JOSÉ VICENTE ALFARO

LA RELIQUIA DEL MÁRTIR

TRILOGÍA ORÍGENES DEL CRISTIANISMO - LIBRO III



LA RELIQUIA DEL MÁRTIR

JOSÉ VICENTE ALFARO



TRILOGÍA «ORÍGENES DEL CRISTIANISMO»
LIBRO III

Contenido

Créditos
TRILOGÍA «ORÍGENES DEL CRISTIANISMO»
PREFACIO
INTRODUCCIÓN
CAPÍTULO PRIMERO
CAPÍTULO SEGUNDO
CAPÍTULO TERCERO
CAPÍTULO CUARTO
CAPÍTULO QUINTO
CAPÍTULO SEXTO
CAPÍTULO SÉPTIMO
EPÍLOGO
NOTA DEL AUTOR
AGRADECIMIENTOS

Créditos

Primera edición: julio 2025
Título: *La reliquia del mártir*

© DSt Producciones
© José Vicente Alfaro

Cubierta y diseño de portada:
© Juan Luis Torres Pereira

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluida la reprografía y el tratamiento informático, sin la autorización previa y por escrito del autor

Para mi querido sobrino Nicolás

TRILOGÍA «ORÍGENES DEL CRISTIANISMO»

Esta novela forma parte de una trilogía que narra el devenir del cristianismo primitivo a lo largo de sus tres primeros siglos. Cada volumen constituye una ventana a un momento clave en la evolución del cristianismo dentro del Imperio romano, mostrando sus desafíos, conflictos y transformaciones hasta convertirse en la fe predominante de la antigüedad tardía.

Para obtener la visión más amplia de la historia de los primeros cristianos se recomienda la lectura de la trilogía completa. En todo caso, cada volumen es independiente y autoconclusivo, por lo que no es imprescindible que se lean en el orden establecido.

PREFACIO

El siglo III fue un período crucial en el desarrollo de la Iglesia primitiva por diversos motivos.

Pese a las adversidades, el cristianismo continuó expandiéndose a lo largo de todo el Imperio romano, tanto en número de adeptos como en influencia cultural y social. Por un lado, su mensaje de salvación y vida eterna, junto con su énfasis en la caridad y la comunidad, atraía en particular a aquella parte de la población que se sentía especialmente marginada por las estructuras sociales y religiosas tradicionales. Y, por otro, la conversión de personas cada vez más influyentes, como nobles y miembros de la casa imperial, también ayudó a aumentar la visibilidad y la legitimidad de la Iglesia.

Al fortalecimiento del cristianismo también contribuyó el desarrollo de su estructura organizativa, lo que facilitó una gestión más efectiva de su rebaño. Junto al clero tradicional —compuesto por obispos, presbíteros y diáconos—, surgieron nuevas figuras, denominadas "órdenes menores". Los ostiarios se ocupaban de controlar el acceso a las casas-iglesias; los exorcistas se encargaban de expulsar a los demonios de las personas poseídas; los lectores eran los responsables de leer las Escrituras y de enseñar la fe a los catecúmenos; y los acólitos asistían a los diáconos y sacerdotes durante los actos litúrgicos.

Durante el presente siglo también se produjo la consolidación del primado de Roma. La iglesia romana reclamaba un linaje apostólico directo, conectado con las figuras de Pedro y Pablo, lo que fortalecía su autoridad espiritual y doctrinal. Además, los obispos de Roma comenzaron a intervenir en disputas teológicas y disciplinarias más allá de su jurisdicción geográfica, estableciendo precedentes para un liderazgo más amplio. En consecuencia, la iglesia de Roma comenzó a ser vista por sus hermanas como el centro de autoridad espiritual de toda la cristiandad.

Las persecuciones constituyeron uno de los puntos clave de este periodo.

Aunque los cristianos ya habían sufrido persecuciones en el pasado, estas nunca fueron sistemáticas ni generalizadas, limitándose a lugares concretos y revistiendo un carácter temporal y restringido. Algunas fueron ordenadas por gobernadores provinciales que no soportaban la presencia del cristianismo en sus territorios, mientras que otras se originaron en tumultos populares de naturaleza espontánea. Ambas modalidades, en todo caso, únicamente reflejaban ciertas actitudes locales y las circunstancias específicas de una región determinada.

Todo esto cambiaría a mediados de siglo con la llegada al poder del emperador Decio, que promulgaría el primer edicto general contra los cristianos de todo el Imperio como parte de una política coherente y reglamentada para acabar con la Iglesia. La violencia y represión que siguieron al edicto desencadenaría un hondo examen de conciencia entre los perseguidos, que se vieron obligados a reflexionar sobre la profundidad y sinceridad de sus creencias, así como sobre el significado de ser cristiano en un contexto tan adverso.

Ocasionalmente, dichas persecuciones resultaban en martirios, lo que, paradójicamente, contribuyó a fortalecer la fe y la identidad de los cristianos.

Por último, cabe destacar la construcción y desarrollo de las catacumbas cristianas.

Frente a la costumbre romana de incinerar a los muertos, los cristianos preferían la inhumación porque creían en la resurrección de los cuerpos. Hasta fines del siglo II, a los cristianos se les enterraba junto a los paganos en cementerios comunes. Sin embargo, a medida que la comunidad cristiana crecía en tamaño y cohesión, surgió la necesidad de fundar cementerios propios que reflejaran sus prácticas y creencias específicas, lo que fomentó la unidad y la solidaridad dentro del grupo.

Dado el elevado coste del suelo en la antigua Roma, los cristianos optaron por construir sus cementerios en el subsuelo para maximizar así el uso del espacio sin ocupar grandes extensiones de terreno. De este modo, podían expandirse fácilmente con la excavación de nuevas galerías subterráneas según se requiriese.

Las catacumbas, por tanto, fueron sobre todo cementerios, si bien, circunstancialmente, también sirvieron como lugares de culto.

Aunque se han descubierto catacumbas en muchos lugares importantes, tales como Alejandría, Nápoles, Siracusa, Malta o Túnez, las más famosas siguen siendo las de Roma, que comprenden más de sesenta, con aproximadamente 160 kilómetros de extensión y un total de 750.000 tumbas.

INTRODUCCIÓN

Roma. Año 249 d. C.

Fabio recorría con premura las calles del barrio de Esquilino, tratando de adivinar por qué su hermano lo había hecho llamar con tanta urgencia. Había recibido una nota muy escueta que no explicaba los motivos y, precisamente por eso, el asunto no le hacía presagiar nada bueno.

El sol había iniciado su descenso en el horizonte, marcando el inicio de la tarde. A su alrededor, el bullicio acostumbrado de la vida cotidiana lo envolvía con su abrazo caótico. Los vendedores ambulantes pregonaban las virtudes de sus productos, mientras hordas de niños jugaban entre risas y saltos.

A sus cuarenta y cinco años, Fabio aglutinaba las características de un hombre corriente, ni gordo ni delgado, ni alto ni bajo. De pelo corto y excesivamente canoso para su edad, ojos negros y barbilla erguida, ofrecía un aspecto maduro y reflexivo que constituía un fiel reflejo de su carácter. Su mirada, aguda y penetrante, se correspondía con la de una persona acostumbrada a observar y analizar meticulosamente el entorno que lo rodeaba.

Pese a que las calles estaban atestadas, los transeúntes mostraban respeto al paso de Fabio, del que se apartaban cuidadosamente cuando advertían el bordado tradicional de su exquisita toga, que denotaba su rango de magistrado. Como juez de la administración romana, Fabio había visto cumplida su mayor ambición, el sueño de toda su vida.

Educado en las artes liberales, Fabio mostró muy temprano un gran talento para la deducción y la lógica. Enseguida se incorporó a la administración pública y ascendió con rapidez hasta encargarse de la gestión de los recursos municipales de uno de los barrios más destacados. Su carrera, sin embargo, dio un giro radical cuando un oficial superior lo reclutó para trabajar como investigador,

aprovechando las habilidades innatas que poseía. En su nueva ocupación, Fabio se dedicó a buscar a personas desaparecidas y a recuperar objetos robados de importancia para el Estado o personalidades influyentes. Hasta que, finalmente, tras resolver un caso complejo y políticamente delicado que involucraba a un miembro de la familia imperial, Fabio fue promovido a magistrado, viendo así recompensados sus muchos años de trabajo.

Al girar en una esquina, el paisaje urbano dio paso a una calle más tranquila, donde las casas estaban adornadas con pequeños jardines que colgaban de balcones y ventanas. Aquí, el ruido de la ciudad se suavizaba y los olores se tornaban más agradables. Pronto, la *domus* de su hermano apareció a la vista, modesta pero pulcra, y adornada con unas cuantas plantas en grandes maceteros flanqueando la entrada.

Cuando su hermano abrió la puerta con el rostro desencajado, Fabio vio confirmados sus peores presagios. Marco era unos años más joven que él, aunque ya mostraba ciertos signos de sobrepeso. Por lo demás, sus fisonomías guardaban un gran parecido. A espaldas de Marco, tan solo un paso por detrás, se hallaba su esposa Servilia, que tenía los ojos visiblemente rojos e hinchados, de lo que se deducía que había estado llorando. Su mirada reflejaba miedo y desconsuelo a partes iguales.

Marco y Servilia regentaban una verdulería en el mercado de Trajano, con la que se ganaban bien la vida. Hacía unos años que se habían mudado al barrio de Esquilino, muy bien comunicado y situado a escasa distancia de su establecimiento.

—¿Qué ocurre? —preguntó Fabio pasando al interior de la vivienda—. He venido en cuanto he salido del tribunal.

—Se trata de Lucila —repuso Marco—. Está muy enferma y nos tememos lo peor.

Lucila, la hija de Marco y Servilia, tenía diez años de edad.

—¿Enferma? ¿Desde cuándo?

—Hace unos días comenzó a tener fiebre, que alterna con escalofríos y delirios. Ya la han visto dos médicos distintos y ambos

han dicho lo mismo. Se trata de la «enfermedad de los pantanos», para la que no existe remedio conocido, y tratándose de una niña tan pequeña, dicen que morirá casi seguro. Probablemente aguantará unas semanas, como mucho.

Impactado, el magistrado se cubrió la cara con las manos. Fabio, que no tenía hijos porque no se había casado, adoraba a su sobrina.

—No me lo puedo creer —murmuró—. ¿Puedo verla?

Marco condujo a su hermano hasta el dormitorio de Lucila. La puerta chirrió ligeramente al abrirse, revelando una estancia tenuemente iluminada por el suave parpadeo de una lámpara de aceite. Los aromas a hierbas medicinales y aceites ungidos impregnaban el aire.

Lucila, que yacía en su lecho de paja, tenía el rostro pálido y los labios teñidos de un tono azul cadavérico. Su respiración era irregular, marcada por momentos de calma combinados con ráfagas de tos. A su lado, en una mesa pequeña, había varios frascos de cerámica y un cuenco con una esponja húmeda.

Marco se sentó en el borde de la cama y se volvió hacia Fabio con una mirada de impotencia. Servilia se quedó bajo el marco de la puerta, observando la escena con los brazos cruzados.

—La fiebre va y viene, pero nunca la abandona del todo —explicó Marco.

Fabio se inclinó sobre su sobrina, con una mezcla de preocupación y ternura.

—Lucila —pronunció suavemente, esperando ver algún signo de reconocimiento en los ojos de la niña.

Ella parpadeó lentamente y, al ver a su tío, un leve asomo de sonrisa cruzó por su semblante. Fabio tomó su mano y la sostuvo con delicadeza entre las suyas, para transmitirle un silencioso mensaje de calidez y firmeza.

Lucila intentó decir algo, pero ni siquiera tenía fuerzas para hablar.

—No te esfuerces, hija —intervino Marco—. Tú solo descansa.

Fabio supo sin el menor asomo de duda que su sobrina moriría más pronto que tarde, y sintió que un nudo de angustia le ascendía por la garganta. Sin embargo, se obligó a contener las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos. El magistrado era un estoico convencido que hacía de aquella filosofía su forma de vida y, como tal, sabía que debía mantener cierto control sobre sus emociones. Por supuesto, ante la muerte de un ser querido la pesadumbre inicial resultaba inevitable. No obstante, con el tiempo convenía mostrarse comedido, pues a partir de cierto momento nuestro propio lamento podría resultar más perjudicial que la propia pérdida sufrida. El estoicismo procuraba hacer énfasis en sentirse agradecido por lo que se tuvo, más que en lamentarse por lo perdido.

En todo caso, Fabio se dio cuenta de que se estaba precipitando. Lucila aún estaba viva, y anticiparse al fatal desenlace de bien poco serviría. Con movimientos cálidos y suaves, arropó a la niña y posó la mano sobre su frente con cariño. Aunque no pudiese hacer nada por ella, podría permanecer firme, un pilar de fuerza para su hermano y su familia. Y, de ese modo, con el corazón pesado pero la mente clara, Fabio tomó la mano de su sobrina, determinado a enfrentar lo que viniera con coraje y compostura, honrando la vida que aún ardía, por tenue que fuera, ante sus ojos.

—Si puedo ayudar en algo, haré lo que sea —ofreció a la pareja de forma decidida.

Un silencio pesado cayó sobre la estancia, tan solo atenuado por el sonido lejano del murmullo de la calle. Marco asintió con la cabeza y Servilia le dedicó a Fabio una mirada cargada de gratitud.

En ese mismo instante, sonaron varios golpes procedentes de la puerta.

—Iré a ver quién es —dijo Servilia.

Un minuto después, un individuo al que Fabio no conocía entró en la habitación, seguido de la mujer de su hermano.

—He venido en cuanto me han avisado —explicó.

—Muchas gracias por acudir, su presencia significa mucho para nosotros —manifestó Marco. Y, dirigiéndose a su hermano, aclaró—:

Este es Fabián, el obispo de Roma: el máximo representante de los cristianos en la ciudad.

Fabio lo saludó con una leve inclinación de cabeza. El obispo, aunque menudo, exhibía un porte digno y su presencia parecía llenar la estancia más allá de su escasa estatura. Vestía una sencilla túnica que no hacía ostentación de su rango, pero cuya calidad hablaba de su importancia.

Marco y su familia eran cristianos desde hacía varios años, decisión que a Fabio le había costado aceptar. Como estoico, el magistrado veía el cristianismo como una secta extravagante, aunque inofensiva. Sus doctrinas supersticiosas y su concepción de Dios y la salvación le resultaban tan peculiares como abstrusas. De cualquier manera, él nunca había sido un hombre religioso. En su faceta pública, cumplía con los actos rituales en honor a los dioses romanos y la figura de emperador, pero en la intimidad de su hogar no perdía el tiempo venerando a deidades vacías.

—¿Cómo está Lucila? —inquirió Fabián—. ¿Es tan grave como he oído?

Marco lo puso al corriente con un hilo de voz. Tanto a él como a Servilia se les notaba visiblemente emocionados de poder contar con el favor de su líder religioso en un momento tan crítico.

—Entonces, su vida está ahora en manos de Dios —concluyó el obispo—. Vamos, acompañadme, por favor. Oremos por la salud de Lucila.

Fabián, Marco y Servilia se arrodillaron en torno a la cama de la niña y elevaron una plegaria al cielo con gran sentimiento. Fabio se apartó y, aunque pensaba que rezar no serviría de nada, guardó un respetuoso silencio.

Cuando terminaron, Servilia ayudó a Fabián a levantarse y mirándolo con ojos implorantes preguntó:

—¿Y no hay nada más que usted pueda hacer?

—Ojalá estuviese en mis manos.

—Pero usted es un hombre santo —insistió la mujer.

—Necesitamos un milagro —añadió Marco.

—Me temo que los prodigios solo están al alcance del Altísimo —se excusó—. Salvo… —Fabián bajó la mirada y dejó sus palabras en el aire.

—¿Qué? ¿Qué iba a decir? —le instó Servilia—. Por favor, no se quede ahora callado.

—No, nada, tan solo estaba pensando en voz alta.

—No importa —suplicó Marco—. Sea lo que sea, queremos saberlo.

—Está bien —concedió el obispo dejando escapar un largo suspiro—. Me había venido a la cabeza la existencia de una antigua reliquia sagrada, que está directamente conectada con Jesús, y de la que se dice que tiene el poder de sanar a los enfermos. Sin embargo, hace más de un siglo que se le perdió la pista y desde entonces no ha vuelto a saberse nada de ella.

—¿Y por qué la ha sacado a colación entonces? —preguntó Marco.

—Porque hace aproximadamente una semana llegaron a mis oídos noticias acerca de su paradero. Y, si las informaciones son ciertas, se hallaría aquí, en Roma. Por desgracia, mis intentos por localizarla no han dado fruto.

De pronto, Marco señaló a su hermano muy excitado y comenzó a realizar aspavientos.

—¡Fabio la buscará! —exclamó—. Si hay alguien capaz de encontrarla, es él. Antes de que le nombraran magistrado, era a lo que se dedicaba. Y no hay nada que se le dé mejor, ¿verdad?

Fabio, que había asistido a la conversación sin intervenir, se convirtió de repente en el centro de todas las miradas.

—Yo… no sé…

—¡Vamos! Si te lo pedimos, ¿no lo intentarías al menos? —lo presionó Marco—. ¿No lo harías por Lucila?

A Fabio, todo lo relativo a la supuesta reliquia de Jesús le resultaba ridículo. Una muestra más de la ingenuidad de los cristianos y sus absurdas creencias. Además, tampoco deseaba contribuir a alimentar falsas esperanzas. Sin embargo, tan solo un

momento antes se había ofrecido a ayudar en lo que fuera, así que no podía negarse.

—Sí, por supuesto —accedió—. Me comprometo a buscar la reliquia si hace falta. Pero ¿de qué estamos hablando exactamente?

—Se trata de una reliquia que se remonta a los tiempos de predicación de Jesús de Nazaret —explicó el obispo—. Y a la que popularmente se la conoce como la «lágrima de Cristo»…

CAPÍTULO PRIMERO

«Todo lo que escuchamos es una opinión, no un hecho. Todo lo que vemos es una perspectiva, no la verdad».

Marco Aurelio

«No podemos elegir nuestras circunstancias externas, pero siempre podemos elegir cómo responder a ellas».

Epicteto

1

Plocio Varo abandonó el cuartel militar que coronaba la colina del Celio, edificio que, además de contener un extenso archivo de documentos secretos, constituía el centro de operaciones de la inteligencia y el espionaje romanos. Poco antes del atardecer, el cielo se había teñido de un tono dorado que se derramaba sobre Roma como la miel.

Una litera cubierta lo aguardaba a la salida, junto a su escolta personal. Plocio ocupaba el cargo de prefecto del pretorio, una de las figuras de mayor autoridad dentro del gobierno imperial, como responsable de la protección del emperador y de mantener la seguridad interna de la ciudad. También aglutinaba un poder considerable en asuntos administrativos y judiciales, y supervisaba las redes de espionaje para proteger al Imperio de las amenazas de sus enemigos.

Plocio se ajustó la capa sobre los hombros y accedió a la litera ahogando un resoplido. Pese a su imponente presencia, pues combinaba una dignidad innata con la robustez de un veterano militar, su cuerpo ya comenzaba a dar señales del implacable paso del tiempo. A sus sesenta años, sus articulaciones le crujían en exceso y cada vez se fatigaba más tras una larga jornada de trabajo. Una barba bien cuidada encuadraba una poderosa mandíbula, y sus ojos grises y calculadores estaban provistos de una mirada de ave rapaz.

—¡Adelante! —indicó Plocio.

Los porteadores elevaron la litera e iniciaron la marcha. Los guardias de la escolta, algunos a pie y otros a caballo, se distribuyeron ordenadamente alrededor del vehículo. El último resplandor del atardecer se reflejaba en sus armaduras plateadas. Plocio no prestó atención alguna a las formidables estructuras de mármol que salpicaban el recorrido, cuyas siluetas se sabía de memoria. Ni siquiera cuando pasó junto al majestuoso Foro Romano,

que se extendía gloriosamente bajo aquel sol bruñido en oro, se distrajo con el espectáculo.

El prefecto del pretorio cerró los ojos y se sumió en sus pensamientos. Su mente estaba llena de preocupaciones, siendo la estabilidad del Imperio la más apremiante de todas. Las noticias acerca de conspiraciones crecían como la mala hierba en el corazón de Roma y sus provincias. Tampoco podía menospreciar el descontento de la población; cada informe que recibía sobre este asunto servía de recordatorio de la multitud de problemas con los que lidiaba a diario. Y, para colmo, la lealtad de sus propios hombres, la guardia pretoriana, se hallaba continuamente en entredicho, y no sin razón. Rumores de sobornos y traiciones se escurrían por entre las sombras de los muros del cuartel. El juramento sagrado de proteger al emperador había perdido su valor y se infringía a la menor ocasión a cambio de una jugosa recompensa. ¿Dónde había quedado, pues, el sentido del deber?

La litera se detuvo frente a la villa de Plocio Varo con un suave balanceo. Situada a las afueras de la ciudad, destacaba por su fachada de mármol blanco, flanqueada por columnas corintias que enmarcaban la entrada. Jardines meticulosamente cuidados la rodeaban, con senderos de grava que serpenteaban entre parterres de flores y estatuas de dioses y héroes romanos que parecían custodiar el lugar.

Enseguida lo abordó un sirviente que, discretamente, le susurró que una visita lo aguardaba en la parte posterior del jardín. Plocio asintió y accedió al interior de la villa con paso cansado. Los altos techos y las frescas estancias de piedra ofrecían un alivio bienvenido frente al calor residual del día. Se dirigió a sus aposentos privados, donde se despojó de las vestimentas formales de su rango, para ataviarse con una túnica ligera, de lino fino, más adecuada para la comodidad de su entorno privado, pero aún digna de un hombre de su posición.

Tras cambiarse, Plocio se internó en los extensos jardines, repletos de fuentes, pérgolas cubiertas de vides y bancos donde

sentarse. El aroma de los árboles frutales, incluidos limoneros y naranjos, se mezclaba con el de las flores y plantas ornamentales.

El visitante lo esperaba junto al estanque central, contemplando las carpas que nadaban despreocupadamente bajo la superficie del agua.

—A la sombra, entre velos y tinieblas, el ojo siempre observa… —dijo Plocio al llegar.

—… mientras la luz oculta más de lo que revela.

Aquel saludo constituía una especie de consigna, que para ellos tenía un especial significado.

—Corvus… ¿Cómo estás? ¿Te apetece comer algo?

—No, gracias. Le agradezco el detalle, prefecto.

Corvus trabajaba como espía al servicio de Roma, pero no uno cualquiera. Primero porque se trataba de un civil, circunstancia muy poco frecuente, y segundo porque todavía era insultantemente joven. Pero además era el único que informaba directamente al prefecto del pretorio, al que le unía un vínculo de parentesco.

—¿Ni siquiera una copa de vino? —insistió Plocio.

—Quizá más tarde.

Corvus provenía de una familia ilustre de Roma. Su padre fue un destacado ingeniero responsable de numerosas obras arquitectónicas. Varios acueductos y algunas estructuras del Foro Romano eran obra suya. Sin embargo, el pasado de Corvus quedó muy pronto marcado por la tragedia. Siendo apenas un adolescente, toda la familia se desplazó hasta Alejandría, donde el padre debía planificar y construir nuevos sistemas de irrigación destinados a mejorar la eficiencia agrícola de la provincia. Por desgracia, durante su estancia en tierras egipcias se desató un brote de peste que acabó con todos ellos.

El futuro de Corvus, como único superviviente, se presentaba tan oscuro como incierto. Por eso Plocio, primo de su madre, decidió acogerlo bajo su ala y, al descubrir sus extraordinarias cualidades para la interpretación y el análisis, lo entrenó en el arte del espionaje y la inteligencia. De aquellos acontecimientos tan solo

habían pasado unos pocos años. Aun así, y pese a su precocidad, Corvus ya contaba con cierta experiencia como espía al servicio del Estado.

Los últimos rayos del atardecer se filtraban a través de las hojas de los cipreses, tiñendo el ambiente de un color cetrino apagado.

—He pisado este jardín miles de veces —comentó Plocio de forma evocadora—. Sin embargo, cada vez que lo hago me sigue pareciendo un lugar diferente. ¿Entiendes?

—No muy bien, prefecto.

—Por supuesto, árboles y plantas son seres vivos que se transforman y crecen, pero no me refiero a eso. La clave está en los matices. Si te fijas con cuidado, te das cuenta de que el entorno cambia dependiendo del momento del día o la época del año. —Plocio señaló el estanque junto al que se hallaban—. En algunas ocasiones, por ejemplo, el agua se ve tan clara que podrías contar cada guijarro del fondo. En otras, en cambio, se transforma en un espejo que tan solo refleja el cielo, ocultando sus secretos.

—Ahora comprendo —repuso Corvus con una leve sonrisa.

Plocio Varo suspiró y, agitando una mano en el aire, dio a entender que había llegado el momento de cambiar de conversación.

—En fin, vayamos al grano. Si estás aquí, debes de tener algo importante que decirme.

—En efecto —confirmó el espía.

Corvus —*cuervo* en latín— era en realidad el alias que había recibido. Ni siquiera Plocio lo llamaba por su verdadero nombre cuando estaba de servicio. En el reino animal, a los cuervos se les conocía por su excepcional inteligencia y su capacidad para resolver problemas; así que el apodo le encajaba como un guante.

—Supongo que está relacionado con la misión que te asigné, ¿verdad?

—Por supuesto.

Corvus vigilaba a varios grupos religiosos que Roma consideraba sospechosos o potencialmente subversivos. Los cristianos eran los más llamativos, pero no los únicos. Los cultos orientales, como los

de Isis o Mitra, también despertaban cierta desconfianza por sus reuniones secretas de carácter exclusivista.

—Bien, ¿y de qué se trata exactamente?

—Los cristianos… He descubierto algo intrigante.

La secta cristiana, cuyo número de adeptos no dejaba de crecer, constituía otra fuente de inquietud para el prefecto. Pues, si bien estos se mostraban mayoritariamente pacíficos, el fervor con que rechazaban el culto imperial podría incitar a la desobediencia civil, o incluso a la rebeldía. El emperador Decio se tomaba el asunto muy en serio, y se rumoreaba que estaba considerando tomar medidas contra ellos.

—¿Y qué?, ¿has averiguado algo que de verdad merezca la pena?

—Tengo localizado a un grupo de cristianos que se llevan a los recién nacidos que han fallecido para realizar sus sacrificios.

—¿Hablas de bebés?

—Sí, y no se trata de un hecho puntual, sino de algo que ocurre con frecuencia.

Debido a su tendencia a apartarse de las prácticas religiosas convencionales, a lo que se sumaba la costumbre de oficiar clandestinamente sus rituales, los cristianos se enfrentaban al rechazo de una mayoría pagana que, incapaz de comprenderlos, vertía contra ellos toda suerte de escabrosos rumores, siendo los peores, sin duda, los de canibalismo e incesto. La primera de las acusaciones surgió principalmente de la interpretación literal de las palabras de la eucaristía, donde se hablaba de comer y beber el cuerpo y la sangre de Cristo; la segunda, se originó por la costumbre de referirse entre ellos mismos como "hermanos" y "hermanas", incluso entre cónyuges.

—Tendrás que darme más detalles.

—Por la noche, bien entrada la madrugada, los cristianos acuden a la Columna Lactaria, en la plaza del Aceite, muy cerca de los templos de Apolo y Belona, para llevarse los cuerpos de los bebés fallecidos.

En la antigua Roma, el abandono de recién nacidos constituía una práctica aceptada, acto que implicaba dejar a un bebé, normalmente ilegítimo o aquejado de alguna deformidad, en un lugar público donde podía ser rescatado y criado por otro o, más comúnmente, morir debido a la desnutrición y la hipotermia.

—¿Y qué hacen con ellos? —inquirió Plocio.

—Eso ya no puedo asegurarlo porque no tengo acceso a sus encuentros privados. Pero es seguro que se los comen como parte de sus oscuros rituales. ¿Para qué si no querrían los cadáveres de los infantes?

El prefecto echó a caminar y Corvus lo acompañó con paso acompasado.

—Me temo que las sospechas no bastan. Para informar al emperador, necesito disponer de pruebas mucho más contundentes.

—En tal caso, las obtendré.

La atención del espía se desvió hacia un grupo de mariposas que sobrevolaba un arbusto de lavanda.

—¿Obtenerlas? ¿Cómo?

—Infiltrándome en la secta.

Plocio torció el gesto.

—No me gusta la idea.

—¿Por qué no? Puedo hacerlo.

—Eso no lo pongo en duda, yo mismo te he instruido personalmente.

—Además, cuento con la ventaja de mi… apariencia —apuntó exhibiendo una sonrisa cómplice—. Nadie dudará de mí.

—También soy consciente de ello. La cuestión es que todavía careces de experiencia en misiones de infiltración.

—¿Y qué mejor oportunidad para adquirirla que esta?

Al principio, cuando el prefecto quiso introducirlo en el mundo del espionaje, Corvus se había resistido a la idea, que le había parecido tan extraña como ajena. Sin embargo, con el tiempo no solo la había abrazado, sino que lo había terminado cautivando por completo. De

algún modo, aquel singular oficio se había convertido en su refugio tras el terrible golpe que había recibido de la vida.

—Los cristianos, aunque enemigos del Imperio, no son violentos ni agresivos —argumentó Corvus en su favor—. Incluso si me descubriesen, no me harían daño.

—Es muy probable. No obstante, el peligro viene por otro lado. Si te unes a ellos, te expondrás a sus doctrinas y participarás de sus rituales.

—¿Y dónde está el problema? Fingir se me da muy bien, tú me enseñaste.

—Me consta que los cristianos pueden mostrarse muy persuasivos…

—¿Temes que me convierta? —Corvus dejó escapar una carcajada—. Eso no ocurrirá, puedes estar seguro.

—No subestimes a tus enemigos. Y menos aún sobrevalores tus capacidades. Aunque no dudo de tu talento, todavía eres muy joven.

Una ligera brisa vespertina sacudió las copas de los árboles, provocando un susurro que resonaba como una melodía lejana.

—Tranquilo. Actuaré con prudencia y te mantendré permanentemente informado.

—¿Y has pensado cómo infiltrarte sin levantar sospechas?

—No, pero ya se me ocurrirá algo.

—Está bien —concedió Plocio—. Procede con la misión. Eso sí, a la menor señal de peligro, te retirarás de inmediato.

Tras autorizar la operación de infiltración, el prefecto dio por zanjados los asuntos de trabajo y condujo a Corvus hasta el peristilo de la villa. Los últimos destellos del día se desvanecían detrás de las colinas, dibujando un cielo crepuscular de tono anaranjado.

Al llegar, un criado ya estaba encendiendo las lámparas de aceite para iluminar dicho espacio, circundado por una columnata de elegantes arcos curvados de los que caían frondosas enredaderas. Las aves nocturnas los recibieron con sus primeros cantos, todavía desafinados, revoloteando en torno a una refinada fuente de bronce que escupía agua sin descanso.

Ambos tomaron asiento ante una mesa baja de piedra, sobre la que descansaba una jarra de vino y dos copas cuidadosamente dispuestas.

—Ya va siendo hora de relajarse —sugirió Plocio, mientras hacía una señal al lacayo para que les sirviese—. Un buen vino siempre ayuda a suavizar las preocupaciones de la jornada.

Corvus aceptó la copa con un gesto de agradecimiento y permitió que el plácido ambiente del peristilo calmara su espíritu.

—Este vino es exquisito —alabó el espía cuando lo saboreó.

—De la Campania, rico y aromático. Los tengo mejores, por supuesto, pero cada cual tiene su momento.

Como no podía ser de otra manera, entre uno y otro existía una profunda corriente de confianza y afecto. Para Corvus, el prefecto no solo era su tío, sino también su mentor y salvador.

—Debo confesar que hay días en los que a menudo desearía retirarme y dedicarme exclusivamente a la viticultura —comentó Plocio—. El poder resulta muy seductor, no puedo negarlo. Sin embargo, a veces también supone un pesado lastre.

—Ese día llegará, no has de impacientarte. Roma aún te necesita.

—Sí, supongo que tienes razón. En el fondo, tanto tú como yo no somos más que piezas desplegadas en un gran tablero, que forman parte de un juego que se escapa a nuestras manos.

2

Marcelo, inclinado sobre el banco de trabajo, se concentraba en la pieza de madera en la que trabajaba. A través de una ventana alta penetraba la claridad de la mañana, cuyos haces de luz contenían en su interior minúsculas partículas de aserrín.

Aunque abarrotado, el taller de carpintería de Marcelo era un espacio bien dispuesto y organizado. Las herramientas, casi una extensión de sus manos, se hallaban cuidadosamente alineadas en un estante de la pared. El suelo estaba cubierto por un mar de virutas, y un aroma a resina y madera recién cortada flotaba en el aire. Marcelo era un hombre práctico, paciente y detallista, cualidades que se ajustaban como un guante a su oficio de carpintero. Alto y robusto, tenía el pelo castaño, ojos muy juntos, manos grandes y dedos ágiles de quien lleva toda la vida trabajando con la madera.

En ese momento, Marcelo marcaba el punto exacto donde irían las bisagras del joyero que estaba fabricando. El receptáculo no solo debía ser funcional, sino también una obra de arte; no solo un objeto de almacenamiento, sino una pieza que reflejara el estatus y el gusto refinado de su futuro propietario, un opulento patricio que le había realizado el encargo.

Marcelo miró de reojo la puerta de entrada y dejó escapar un resoplido. ¿Por qué su hijo se demoraba tanto en volver? Hacía una hora que lo había enviado a por barniz y todavía no había regresado. A Félix le habría venido muy bien observarlo mientras hacía el joyero en vez de estar perdiendo el tiempo en la calle.

Su hijo Félix era también su aprendiz. A sus quince años, ya estaba muy claro que poseía una habilidad innata para la carpintería. Tenía manos firmes y precisas, inventiva, y asimilaba los conocimientos sin apenas esfuerzo. Su único problema radicaba en que se distraía con excesiva facilidad. No obstante, no se trataba de un defecto preocupante. Con el tiempo, esperaba que adquiriese el grado de madurez necesario para el oficio.

La familia de Marcelo la completaban Lucrecia, su esposa, y Livia, la hermana melliza de Félix. Lucrecia era una mujer dulce, generosa y comprensiva, pero también de carácter fuerte y resuelto. Ambos conformaban un sólido matrimonio, pues se escuchaban el uno al otro y tomaban las decisiones de forma conjunta. Lucrecia se ocupaba de llevar el hogar, así como de educar a Livia en las tareas propias de su sexo.

La única crisis conyugal que habían vivido se produjo a los pocos años de casarse, cuando Lucrecia, de forma inesperada, se convirtió al credo cristiano. Marcelo aún recordaba aquel día con extraordinaria nitidez. La sorpresa inicial dio paso a una profunda confusión, que incluso se transformó en resentimiento. A la secta cristiana la rodeaba un halo de desconfianza y aversión, que compartía buena parte de la sociedad romana. ¿Por qué entonces su Lucrecia, tan inteligente y sensata, había decidido seguir aquel camino tan extraño?

Con el tiempo y las explicaciones que pacientemente su esposa le proporcionó, Marcelo comprendió que aquella fe, aunque diferente, no suponía la amenaza que las habladurías insinuaban, de modo que acabó aceptando su controvertida decisión. Tampoco pudo evitar que sus dos hijos, por influencia de Lucrecia, acabasen abrazando el cristianismo con idéntico entusiasmo. A menudo, los escuchaba hablar de sus enseñanzas cuando regresaban de sus encuentros dominicales. A veces, incluso, lo embargaba un sentimiento de exclusión, al ver a su familia compartiendo un ámbito de sus vidas del que él no formaba parte. En todo caso, los intentos de su mujer e hijos por que se uniese a la Iglesia de Cristo, como ellos la llamaban, no habían servido de nada. Marcelo se mantenía fiel a la religión tradicional de sus ancestros, con la que siempre se había sentido identificado.

Por fin, Félix atravesó la puerta a la carrera y, jadeando por el esfuerzo, se encorvó y apoyó las manos sobre las rodillas. Aunque el muchacho aún se estaba desarrollando, saltaba a la vista que había heredado la robusta complexión de su padre. Tenía el pelo rizado,

nariz recta, y ojos muy verdes que reflejaban una curiosidad y una inteligencia vivaces.

—¿Se puede saber por qué has tardado tanto? ¿Acaso has ido a por el barniz al mercado del Campo de Marte?

—Lo siento, padre. Yo… me he entretenido más de la cuenta.

Félix dejó el frasco que había traído sobre la mesa de trabajo, agarró una escoba e inmediatamente se puso a barrer el suelo del taller. Era su manera de disculparse por su demora injustificable.

Marcelo frunció el ceño. Aunque intuía que su hijo le ocultaba algo, presionarlo en ese momento habría resultado contraproducente.

—Anda, deja esa escoba y ven aquí. Ya barrerás más tarde. Ahora te conviene prestar atención a lo que estaba haciendo. Se trata del joyero que me encargaron la semana pasada.

—Es para un senador, ¿verdad?

—En efecto. Por eso tiene que quedar perfecto.

Félix se situó junto a su padre, que se esmeraba en el tallado de un intrincado patrón en la tapa del joyero.

—Para este nivel de detalle, conviene usar un cincel muy fino.

—¿Qué madera has elegido? Parece nogal, pero ¿no resulta demasiado dura para tallarla?

—Sí, pero con las herramientas apropiadas no supone un problema —explicó Marcelo—. En mi opinión, no hay elección más adecuada para un joyero. Además de duradero, el nogal es muy resistente a los cambios de humedad y temperatura.

Viéndolo trabajar, Félix podía reconocer con claridad el gran talento que su padre poseía. El cincel acariciaba la madera con delicadeza, en una especie de armónica danza. Finas virutas salían despedidas, mientras poco a poco se iba revelando el diseño de la tapa. Mientras observaba, una idea comenzó a formarse en la mente del muchacho.

—Padre…, ¿y si añadieses un pequeño compartimento oculto aquí, en la base? —propuso con tono cauteloso—. Podría ser un lugar secreto para las joyas más valiosas.

Marcelo detuvo su trabajo y miró a su hijo enarcando una ceja, al tiempo que evaluaba su sugerencia. Segundos después, una sonrisa comenzó a dibujarse en su rostro.

—Me gusta la idea. Y creo que nuestro cliente pensará de igual modo.

—¿Me dejarás ayudarte?

Marcelo posó ceremoniosamente la mano sobre el hombro de su hijo.

—Lo haré… Pero ¿qué te parece si tú antes me explicas por qué has tardado tanto en volver con el barniz?

Félix desvió la mirada y no pudo evitar ruborizarse.

—Vamos, soy tu padre. Puedes contármelo.

—Me topé con Paula en el mercado… —confesó al fin el muchacho venciendo toda resistencia.

—¿Paula?

—Sí, la hija del zapatero —aclaró—. Pero solo estuvimos hablando. Te lo juro.

Marcelo rodeó el cuello de su hijo en un gesto de complicidad.

—Ya veo… Y Paula te gusta, ¿verdad?

—Es una buena muchacha…

—No lo pongo en duda. ¿Y cómo la conociste?

—Paula es cristiana, como el resto de su familia.

Un incómodo silencio siguió a aquella aseveración.

—Está bien, ya hablaremos de ello —concluyó finalmente Marcelo.

***

Aquella misma mañana, Lucrecia se había desplazado con su hija hasta el atestado barrio de Subura, habitado por los menos favorecidos de la ciudad. Allí, la Iglesia cristiana había fundado un modesto hospital destinado a los enfermos sin recursos.

—¿Seguro que es aquí? —preguntó Livia.

Frente a ellas se alzaba un edificio de aspecto destartalado, con techo de madera y tejas de barro, paredes de estuco y suelo de tierra compacta cubierto de paja. Un benefactor de la comunidad cristiana lo había donado hacía un par de años.

—Lo sé, no parece gran cosa, pero nos apañamos bien.

El hospital contaba con tan solo dos médicos formados, que se alternaban los turnos de mañana y de tarde. El resto del personal estaba integrado por voluntarios, como la propia Lucrecia, que acudía dos veces por semana. De la distribución de los recursos se ocupaba el diácono del distrito, que respondía ante el obispo de Roma. Cada cual, en suma, ejercía su rol para que todo funcionara. Jesucristo había proclamado la importancia de ayudar a pobres y enfermos, y ellos procuraban imitarlo.

—Mamá, me alegro de que me hayas traído.

Lucrecia sonrió con amplitud. La esposa de Marcelo era una mujer esbelta, aunque ella hacía todo lo posible por ocultar su atractivo bajo túnicas amplias y anodinas. Su rostro, de facciones equilibradas y suaves, ya acusaba el paso de los años como así lo atestiguaba la aparición de algunas arrugas. Su cabello, ondulado y de tono cobrizo, lo llevaba a menudo recogido en un moño bajo.

—Entonces, ¿estás lista?

Lucrecia no lo decía por decir. Livia era una muchacha particularmente sensible, con una enorme facilidad para sentir como propio el sufrimiento ajeno, y en el hospital se enfrentaría a un panorama tan crudo como desagradable.

—Sí —respondió tratando de parecer segura.

—Pues entremos de una vez.

Una primera estancia de escasas dimensiones servía de sala de recepción, donde los voluntarios llevaban a cabo una evaluación preliminar de los pacientes.

—Me alegro de verte, Lucrecia —comentó una de las compañeras habituales—. Esta debe de ser tu hija, ¿verdad?

Livia ofreció su mejor sonrisa, no exenta de cierta de timidez. La muchacha era particularmente delgada, de ojos grandes y

expresivos de color verde oliva, y una larga melena castaña recogida en una sola trenza. Tenía la piel clara, con una leve palidez que acentuaba aún más su apariencia juvenil.

—¿Cómo va el día hoy? —preguntó Lucrecia.

—Ajetreado, como siempre. Ayer nos llegó una familia al completo aquejada de fuertes dolores abdominales. Probablemente, debieron de comer algo en mal estado.

—Voy a enseñarle el lugar a Livia, y enseguida nos pondremos manos a la obra.

Más allá del vestíbulo de entrada, se abría un largo pasillo a cuyos lados se distribuían las habitaciones de los pacientes. Cada pieza estaba amueblada con camas simples —tablas de madera cubiertas con mantas delgadas— y algunos taburetes para los cuidadores y visitantes. Ventanas pequeñas, situadas cerca del techo, permitían la entrada de luz natural y algo de ventilación. Pese a todo, el inconfundible olor a enfermedad jamás se disipaba.

En cuanto se internó en el pasillo, Livia se sintió fuertemente impresionada. Los pacientes atestaban las habitaciones, aquejados de todo tipo de males, que iban desde heridas y traumatismos, hasta enfermedades crónicas o infecciosas. El médico se ocupaba de los diagnósticos y de ciertos tratamientos, mientras los voluntarios, vestidos con túnicas simples, se movían entre las camas, ofreciendo palabras de consuelo, limpiando frentes sudorosas o administrando amargos brebajes de hierbas. Los quejidos de dolor, las expectoraciones, los carraspeos y las toses se mezclaban con el murmullo de las plegarias al cielo.

El final del pasillo daba a una estancia que Lucrecia no traspasó. En el interior, una figura solitaria, delineada por el tenue parpadeo de una lámpara cercana, languidecía entre las sombras. Sus ojos, desprovistos de cejas y pestañas, parecían dos faros de desesperación en una cara que había perdido casi toda su forma humana. La nariz, antes prominente, parecía hundirse gradualmente hacia dentro, mientras que sus labios, secos y cuarteados, amenazaban con caerse a pedazos. Con todo, la brillante mirada del

leproso aún reflejaba la dignidad que la enfermedad le había arrebatado.

Lucrecia rodeó a su hija por los hombros y la apartó del umbral de la puerta.

—Ya has visto suficiente. Ahora te enseñaré a limpiar heridas, cambiar vendajes y lavar a los pacientes. Hay mucho que hacer.

Las tareas más básicas no supusieron problema alguno para Livia. Sin embargo, cuando se enfrentó por primera vez a un caso más complicado, se sintió sobrepasada. Se trataba de un niño pequeño que no dejaba de llorar, cuya piel estaba cubierta de erupciones rojizas y supurantes. El dolor que lo consumía resultaba palpable.

—Primero hay que limpiar de pus las áreas afectadas con una solución de vino y agua —explicó Lucrecia, empapando una tela limpia—. Vamos, ocúpate tú.

La muchacha asintió y dio inicio a la tarea. Lucrecia, mientras tanto, asió la mano del niño para que se tranquilizara.

—Creo que le estoy haciendo daño —susurró Livia, angustiada. El crío no dejaba de proferir dramáticos alaridos.

—No dejes que sus gritos te distraigan. Está muy asustado y por eso llora tanto, pero lo estás haciendo muy bien.

Cuando terminó, Livia miró a su madre a la espera de nuevas instrucciones.

—Ahora, aplícale este ungüento sobre las llagas. Ayudará a curarlas y también le aliviará ligeramente el dolor.

Livia, visiblemente cohibida, se retrajo. El niño, desquiciado por completo, pataleaba y lloraba a pleno pulmón.

—No sé si podré —confesó.

—Venga, sigue adelante. Esto es así, no existen atajos. Eres más fuerte de lo que crees. —Lucrecia tuvo que sujetar al crío para facilitarle la tarea—. Tú solo piensa que esto es por su bien.

***

A mediodía, ya estaban de vuelta en casa.

Livia había logrado guardar la compostura durante el camino de regreso. Sin embargo, en cuanto se vio en la seguridad de su hogar, lejos de las miradas extrañas, sintió de golpe todo el peso de lo que había visto y experimentado en el hospital, con una claridad desgarradora.

—¿Te encuentras bien? —se interesó Lucrecia.

Livia se dejó caer en una silla y comenzó a sollozar. El sufrimiento de los pacientes y la injusticia de la enfermedad habían hecho mella en la muchacha. Su madre la abrazó para consolarla. No podía hacer mucho más, Livia necesitaba liberar la tensión acumulada.

Momentos después llegaron Marcelo y Félix, tras llevar toda la mañana trabajando en el taller.

—¿Qué ocurre? —inquirió el padre de familia.

—Nada. Ha sido su primer día en el hospital de Subura y le ha afectado un poco —aclaró Lucrecia—. Es completamente normal.

Félix se acercó y se sentó junto a su hermana, ofreciéndole su presencia silenciosa como consuelo. La muchacha se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano y trató de esbozar una sonrisa tranquilizadora.

—Estoy bien —dijo en un murmullo.

—Si tan difícil te resulta, no tienes por qué volver allí —terció Lucrecia—. Puedes colaborar con la Iglesia de muchas otras maneras.

Livia levantó la mirada, sus ojos todavía húmedos, pero habitados por una expresión definitivamente resuelta.

—No, quiero ayudar a los pacientes en todo lo que pueda. Mamá, ¿acaso no nos has enseñado que hay que vivir de acuerdo con las enseñanzas de Cristo? Él nos mostró el camino de consolar a los afligidos y socorrer a los enfermos. Si seguimos su ejemplo, debemos acercarnos a los que sufren, no alejarnos de ellos.

—Cierto, pero quizás no estés preparada todavía.

—Tengo una naturaleza frágil, lo sé, pero ¿qué mejor forma de curtir el carácter que enfrentarme a mis miedos? Con la práctica, me

iré fortaleciendo. Además, no todo ha sido malo. Al contrario, también fui testigo de momentos de sanación y esperanza que me llenaron el alma.

Los argumentos de su hija, tan contundentes como razonables, empujaron a Lucrecia a darle la razón.

—De acuerdo —concedió—. En tal caso, acompáñame la próxima vez.

Félix se alzó entonces como un resorte.

—Yo también quiero ir —anunció.

—¡De eso nada! No puedes ausentarte de tu deber durante toda una mañana —replicó Marcelo de inmediato—. Tu lugar está aquí, en el taller de carpintería. Aún te quedan muchos años de aprendizaje y todos los días cuentan.

—¿Por qué?, ¡no es justo! —protestó el muchacho.

—No estás en posición de quejarte —prosiguió su padre—. Hoy mismo has perdido media mañana por toparte con la muchacha a la que le has echado el ojo.

Una ola de rubor se extendió por el cuello y la cara de Félix, que apretó los labios con fuerza.

—Paula es una buena chica —apuntó Lucrecia.

—¡Ah, así que tú estabas al corriente del tema! —le reprochó su marido.

—Los he visto hablar durante los encuentros cristianos. No tiene nada de malo.

—Y no he dicho que lo tenga, solo digo que no lo hagan durante las horas de trabajo.

Ante el rumbo que había tomado la conversación, Livia decidió intervenir en actitud conciliadora.

—Félix, no pasa nada por que no puedas venir al hospital como voluntario. Puedes ayudar de otra manera. He notado que hace falta una estantería para organizar mejor los remedios y ungüentos de que disponemos. ¿Te gustaría hacerla?

A Félix se le iluminó el rostro. ¡Qué idea tan extraordinaria! Porque además conectaba su fe con su oficio, dotando a su labor de

un sentido más elevado. Al igual que él, Jesús de Nazaret también fue carpintero antes de iniciar su vida de predicación.

—Padre, ¿me ayudarás con la estantería?

—Lo haré, siempre y cuando trabajes en ella durante tu tiempo libre. ¿De acuerdo?

—No tengo inconveniente.

Aunque Marcelo no compartía el culto cristiano de su esposa e hijos, no podía negar que los valores de compasión, servicio y amor al prójimo que profesaban, resultaban dignos de elogio. Y eso le hacía sentirse orgulloso. Al mismo tiempo, sin embargo, una parte de él sentía un profundo miedo del que no podía desprenderse del todo. Paradójicamente, aquella fe inofensiva también podía exponer a su familia al mayor de los peligros. La historia del cristianismo había estado marcada por episodios intermitentes de persecución y sufrimiento. La actual calma que imperaba en Roma no significaba nada, en cualquier momento los vientos podían cambiar y volverse en contra de nuevo.

¿Y qué pasaría entonces?

3

Fabio no había dormido bien.

La vida de su sobrina Lucila se apagaba lentamente y ni los mejores médicos podían hacer nada por ella. Su hermano Marco se había refugiado en la fe y, desesperado, se había aferrado a un clavo ardiendo como última salida. Su única esperanza radicaba en una supuesta reliquia sagrada a la que la tradición cristiana atribuía poderes curativos. Y Fabio, incluso a sabiendas de que no serviría de nada, había jurado buscarla. ¿Qué otra cosa podía hacer?

El obispo Fabián le había contado todo lo que sabía al respecto, que tampoco era mucho. Por lo visto, consistía en una sencilla horquilla de metal que, según se creía, Jesús de Nazaret, el Mesías de los cristianos, había bendecido cuando predicaba en Cafarnaúm, una modesta población de Galilea. La horquilla disponía en su extremo de una cuenta con forma de lágrima, de ahí el nombre que se le daba. Pues bien, la reliquia había pertenecido a una familia cristiana de origen judío que se había trasladado desde Palestina hasta Antioquía, donde la había conservado durante varias generaciones hasta que, en un momento dado, pasó a manos de la Iglesia. A partir de ahí es cuando el asunto se complicaba de verdad. La «lágrima de Cristo» no entró en posesión de la corriente mayoritaria, sino de una corriente alternativa —al parecer la de los montanistas, aunque tampoco podía afirmarse con rotundidad—. Después, se le perdió la pista por completo durante aproximadamente un siglo.

Hacía tan solo una semana, sin embargo, había llegado a oídos del obispo el rumor de que la supuesta reliquia había recalado en Roma como parte de un cargamento de antigüedades… Una información que resultaba tan vaga como poco fiable. Ni siquiera contaban con un nombre a partir del cual poder tirar del hilo. Incluso el obispo, en privado, había admitido no conceder a dichos rumores excesiva credibilidad.

Todo eso dejaba a Fabio en una posición muy delicada. Aun así, estaba dispuesto a emprender la búsqueda de la reliquia para complacer a su hermano.

Aquel domingo había amanecido más frío de lo habitual para esa época del año. Desde su *domus* en el fresco y arbolado Monte Celio, Fabio partió camino de la basílica Julia, donde una vez a la semana se reunía con sus colegas estoicos para debatir sobre dicha filosofía. En aquel tiempo, las diferentes corrientes filosóficas no se percibían como meras teorías, sino como guías prácticas cuyos adeptos aspiraban a integrar en su día a día para vivir conforme a sus principios.

El magistrado salió de su casa y descendió por la Vía Caelimontana, una ruta adoquinada rodeada por altos cipreses y flanqueada por residencias que se alzaban orgullosas y elegantes, testimoniando siglos de nobleza y tradición. Aunque la ciudad comenzaba a despertar, el aire aún conservaba la frescura de la noche. Fabio se ajustó el manto de lana sobre los hombros y giró hacia el noroeste, hasta llegar a la altura del imponente Coliseo, cuya torneada silueta se recortaba contra la claridad del amanecer. Las calles comenzaban a desperezarse: los comerciantes preparaban sus puestos y los artesanos apretaban el paso hacia sus talleres.

Cuando pasó bajo el arco de Tito, adornado con relieves que mostraban escenas de celebración y triunfo, Fabio, como ciudadano y magistrado, sintió una mezcla de orgullo y satisfacción. Aquel emblemático monumento, erigido para conmemorar la toma de Jerusalén y la destrucción del Templo judío, simbolizaba la grandeza del Imperio romano y su permanencia en el tiempo.

A pesar de la temprana hora, el Foro bullía de actividad. Los tenderos y comerciantes acarreaban carretillas repletas de mercancías, que dispondrían meticulosamente en los puestos que regentaban. También se veían escribas ofreciendo sus servicios para redactar cartas o documentos legales, sentados en taburetes bajos con rollos de papiro y tinteros a su alcance. A lo largo de los pórticos que bordeaban la plaza, filósofos y maestros pertenecientes a

escuelas rivales se enfrascaban en duelos dialécticos apasionantes. Tampoco faltaban predicadores y profetas ocasionales, que proclamaban su mensaje a quienes quisieran escucharlos.

Ubicada en el extremo sur, frente al templo de Cástor y Pólux, la basílica Julia, toda revestida de mármol blanco, se erguía como un islote de coral surgido en mitad del océano. Se trataba de un edificio público que, además de albergar tribunales, comercios, bancos y oficinas gubernamentales, ofrecía espacios de reunión.

Fabio completó la parte final del recorrido, el manto ondeando suavemente a cada paso mientras sus sandalias de cuero resonaban contra las losas de fría piedra. Atravesó el umbral y entró en el vasto espacio interior. La nave principal, dividida en cuatro partes por cortinajes, estaba rodeada por tres hileras de columnas que formaban dos pórticos concéntricos. La claridad se filtraba a través de altos ventanales, creando reflejos espectrales en el suelo pavimentado con mármoles de colores.

Al fondo, congregados cerca del ábside, Fabio reconoció a sus colegas charlando animadamente. Todas las semanas discutían acerca de las enseñanzas estoicas, debatían sus aplicaciones prácticas en la vida cotidiana y se ofrecían apoyo mutuo en los desafíos personales y profesionales a los que se enfrentaban.

—¡Fabio! ¡Buenos días!

—Siento haberme retrasado un poco.

Sempronio, el integrante más veterano del grupo, provisto de una barba muy blanca, solía moderar aquellos encuentros. Poseía una notable sabiduría y se guiaba por una virtud tan elevada que suponía un ejemplo para todos.

—Hemos estado hablando de la reciente puesta en marcha de la escuela infantil que hemos financiado entre todos.

—¿Ha ido todo bien? —quiso saber Fabio.

—Como la seda —repuso Sempronio—. Deberías pasarte para comprobarlo por ti mismo.

—Lo haré en cuanto pueda, por supuesto. Me alegra mucho saber que nuestra obra filantrópica comienza a dar sus frutos.

Fabio advirtió entonces que, entre los presentes, había alguien a quien no conocía. Se trataba de un joven bien parecido, que parecía hallarse ligeramente abrumado por la situación. Sempronio no tardó en reaccionar y se lo presentó de inmediato.

—Tenemos un invitado especial —señaló—. Nevio es un actor novato con mucho talento, que ha expresado un gran interés por nuestra filosofía.

—Le agradezco el elogio, pero lo de talentoso aún está por ver —repuso el aludido.

—Ah, ya veo que también eres modesto.

La inocente broma de Sempronio provocó algunas risas. Situados en círculo, algunos de los presentes permanecían en pie, mientras que otros habían aprovechado la presencia de un par de bancos de piedra para sentarse.

—¿Y qué te ha llevado a interesarte por el estoicismo? —preguntó Fabio.

—Con sinceridad, tengo un gran problema que no sé cómo resolver —contestó Nevio—. He recibido numerosos consejos, pero ninguno me ha servido. En cambio, he oído hablar muy bien del saber estoico y su aplicación práctica.

La escuela filosófica estoica, fundada en Atenas por Zenón de Citio a principios del siglo III a. C., gozaba de un considerable prestigio en Roma desde los tiempos de la República. Importantes figuras políticas y culturales, como Cicerón, Séneca, Epicteto o el emperador Marco Aurelio, adoptaron y difundieron su pensamiento.

—Bueno, seguro que no es para tanto —comentó Sempronio—. En cualquier caso, cuéntanos lo que te ocurre y ya veremos qué podemos hacer por ti.

Nevio asintió y, antes de comenzar a hablar, paseó la mirada por cada uno de los presentes. Le constaba que eran hombres de buena posición social, que habían alcanzado un éxito notable en las profesiones más diversas.

—Soy actor vocacional y me encanta lo que hago —explicó—. Sin embargo, la ansiedad me consume desde hace unos meses.

—Y, concretamente, ¿en qué consiste esa ansiedad que dices padecer?

—No puedo evitar pensar que, cuando subo al escenario, algo no saldrá bien. ¿Y si me olvido de alguna línea del texto de mi personaje? ¿Y si tropiezo y me caigo al suelo provocando las risas indeseadas de los espectadores? Cuando mi mente se pone a elucubrar, surgen infinitas posibilidades. —Nevio observó a sus interlocutores y, con cierta aprensión, preguntó—: ¿Tiene solución?

—Desde luego que sí —contestó Sempronio con rotundidad—. Un problema así ni siquiera se le presentaría a un estoico experimentado.

—Marco Aurelio afirmaba que la ansiedad no se origina por algo externo, sino que procede de nuestro propio interior —señaló Fabio —. Por lo tanto, si nosotros mismos la creamos, también podemos eliminarla.

—Apuesto a que eres el tipo de persona que quiere tenerlo todo bajo control —apuntó un tercero—. Y, precisamente, la ansiedad se produce por intentar controlar aquello que no depende de nosotros. Cierto nivel de incertidumbre es inevitable, y debes aprender a convivir con ello.

Sempronio volvió a tomar la palabra para reconducir la conversación al punto que le interesaba.

—Céntrate en la preparación de tu papel, eso es todo cuanto puedes y debes hacer. Lo cual, a su vez, te ayudará a apartar la ansiedad de tus pensamientos. Has de traer la mente al instante presente y centrar la acción en lo que estés haciendo en cada momento. En la naturaleza, cuando un animal detecta un peligro, huye de él, pero una vez a salvo, ya no piensa más en ello. El ser humano, por el contrario, nunca deja de preocuparse por el mañana, convirtiendo así una de sus mayores ventajas, la capacidad de visualizar el futuro, en una especie de maldición.

—Creo que voy entendiendo —articuló Nevio, sintiéndose más confundido de lo que le hubiese gustado admitir.

Fabio miró fijamente al joven actor.

—Pregúntate una cosa —le planteó—. Ahora mismo, y me refiero a este específico momento, ¿tienes algún problema concreto?

—Supongo que no…

—Exacto. Pon siempre tu atención en el momento actual, de ese modo reducirás la anticipación a los hechos inciertos del futuro y tu ansiedad disminuirá. Nadie que se centre en el presente podrá ser infeliz.

A continuación, varios miembros del grupo intervinieron para aportar su punto de vista.

—Todas esas desgracias que temes que te ocurran en el escenario probablemente nunca lleguen, y con seguridad no se han producido. Al anticiparte, tú mismo estás creando un dolor que no existe, pero que tu mente siente como real —dijo uno de ellos—. Esa es la ansiedad que te consume.

—¿Te das cuenta de que estás arruinando el hoy por el miedo al mañana? —apuntó otro.

—Y, si finalmente se produce eso que tanto temes, lo único que habrás conseguido será sufrir dos veces —remató un tercero.

Nevio agradeció todas y cada una de las recomendaciones, y continuó:

—La ansiedad también me afecta de otra manera. Durante los ensayos, mi actuación es bastante buena. Sin embargo, en frente de un auditorio siento que mi voz pierde fuerza y seguridad.

—Está claro que la diferencia radica en la presencia o no de público —señaló Sempronio—. Lo cual significa que le das mucha importancia a lo que los espectadores piensen de tu actuación.

—Supongo que sí…, pero ¿acaso no es lógico?

—No, porque la reacción del público está fuera de tu control. Es justo lo que acabamos de explicarte. Olvídate de buscar el aplauso de los espectadores y céntrate en lo único que de verdad depende ti, tu propia actuación.

—Aunque suene paradójico, te será mucho más fácil obtener el beneplácito del público cuanto antes te olvides de él —explicó Fabio

—. No hay mejor forma de liberarse de la ansiedad que aceptar todo lo externo que no depende de uno mismo.

Nevio se tocó la barbilla con la mano mientras evaluaba todo aquel caudal de información.

—Vale, ya capto la idea… La cuestión ahora es…: ¿cómo implemento esa forma de pensamiento? No creo que resulte tan sencillo.

—Y no lo es —admitió Sempronio. Y, esgrimiendo una sonrisa tranquilizadora, añadió—: pero los estoicos disponemos de numerosas herramientas que te ayudarán a conseguirlo. ¿Qué opinas? ¿Te gustaría aprender nuestra filosofía?

Nevio, desde luego, aceptó unirse al grupo y aquella misma mañana recibió las primeras lecciones destinadas a hacer de él un estoico militante.

Por lo demás, la reunión discurrió por los derroteros habituales. Solo al final, Fabio preguntó a sus colegas sobre el coleccionismo de antigüedades, acerca del cual fingió sentirse interesado. Si hubiese contado la verdadera razón de su interés, habría tenido que dar explicaciones que no deseaba.

—Pues aquí mismo, en el Foro, hay un puesto especializado en objetos antiguos y de gran valor. Suele tener un poco de todo: esculturas, joyería, vasijas y otros artefactos que los coleccionistas saben apreciar —le dijo Sempronio—. Está justo al lado del arco de Septimio Severo, pasada la Vía Sacra.

Fabio aprovechó la cercanía de la tienda en cuestión para visitarla de inmediato. Afuera, el sol ya había iniciado su recorrido, arrancando ecos de bronce al horizonte de templos y fachadas que salpicaban la capital del Imperio romano.

El enclave del puesto de antigüedades se hallaba entre dos columnas. Estaba construido con maderas robustas y contaba con un toldo de lino que servía de cobijo. Sobre mesas muy alargadas cubiertas de finas telas, se exhibían todo tipo de objetos antiguos:

monedas de reinos desaparecidos, desgastadas estatuillas de innegable exotismo y jarrones agrietados de un gran valor histórico.

—Señor, ¿busca, quizá, algo con lo que adornar su villa? —preguntó el dueño, tratando de echar sus redes al potencial cliente que ojeaba la mercancía.

—No exactamente… En realidad, estoy buscando un objeto en concreto, bastante singular.

Fabio le habló de la supuesta reliquia y se la describió con tanto detalle como pudo. El propietario del puesto lo escuchó con atención, mientras jugueteaba con un pequeño amuleto romano que llevaba colgado al cuello.

—Desde luego, es la petición más inusual que recuerdo en mucho tiempo —repuso frunciendo el ceño—. ¿Una reliquia cristiana? ¿En serio? Lo lamento, pero me temo que jamás he oído hablar de tal objeto.

A Fabio no le sorprendió la respuesta. Desde que supo de la «lágrima de Cristo», tuvo claro que se trataba de una quimera.

—Gracias de todos modos.

—No obstante… —añadió el dueño del puesto, provocando que Fabio se girase de inmediato cuando ya se estaba alejando—. Hay alguien que quizá pueda ayudarle. Se trata de un coleccionista privado, bastante excéntrico y extremadamente reservado, conocido por su fortuna y su obsesión por acumular los objetos antiguos más raros y valiosos que uno pueda imaginarse. Si existe tal reliquia y está en Roma, tal vez él sepa algo.

Fabio acogió aquella información con una intensa sensación de alivio. No es que supusiese un gran descubrimiento, pero al menos le permitía seguir adelante con su investigación.

4

Marsonia (provincia romana de Dalmacia)

Glaukias y Daesina fueron a por agua cuando el sol aún se asomaba tímidamente en el horizonte.

Tomaron un sendero que serpenteaba a través de un bosque cercano, de sobra conocido por ambos. El estrecho carril de tierra estaba bordeado por hierba alta y flores silvestres que lucían salpicadas de brillantes gotas de rocío. Hacía algo de frío, pero nada extraordinario para aquella época del año. De vez en cuando, una liebre o un pequeño ciervo se cruzaban en el camino para desaparecer rápidamente entre la maleza.

Glaukias y Daesina eran hermanos; él tenía trece años y ella acababa de hacer los diez.

—¡Mira! —dijo Daesina señalando unos aromáticos arbustos de aspecto elegante—. Son lavandas, mamá las usa mucho para hacer sus aceites. ¿Le llevamos unas cuantas?

—No es buena idea —repuso Glaukias—. ¿No te das cuenta de que volveremos completamente cargados?

—Bueno, quizá vuelva más tarde.

A continuación, Glaukias se trastabilló y a punto estuvo de caerse, pues aún no se había espabilado del todo. Se había quedado despierto hasta muy tarde y había dormido muy poco. Al muchachito, enclenque pero espigado, le caía el pelo en mechones desordenados, enmarcando unos ojos perspicaces e inteligentes.

—Mira por dónde pisas o acabarás en el suelo —le advirtió su hermana con una sonrisa traviesa.

Aunque menuda, Daesina poseía la agilidad propia de un chico. Vivaz e impetuosa, siempre estaba en movimiento, ya fuese jugando con los animales de la granja o realizando las tareas cotidianas. El cabello le llegaba hasta los hombros y su cara redondeada destacaba por sus regordetes mofletes.

Hasta ellos llegó el sonido del agua brotando entre las rocas, anticipando la proximidad de su destino. Instantes después, se abrió un claro donde resplandecía un estanque de agua cristalina, rodeado de musgo y malvas rosadas.

—Adelante —dijo Glaukias.

Ambos hermanos se inclinaron sobre la orilla y llenaron sus cántaros hasta el borde. La vuelta sería más tediosa, pues los recipientes pesaban bastante y avanzarían más lentamente. Daesina sujetaba el asa con las dos manos y tenía que inclinarse hacia atrás para mantener el equilibrio.

Durante el recorrido, se toparon con un par de campesinos de la zona que tiraban de un burro testarudo. Sus caras se torcieron en cuanto vieron a los niños.

—¡Decidle a vuestro padre que no tiene ningún derecho a despreciar las costumbres de nuestros ancestros!

—¡¿Acaso os creéis mejores que nosotros?! —les increpó el otro.

Glaukias y Daesina conocían bien a aquel par de idiotas. Y ambos sabían que, de haber estado su padre delante, no habrían abierto la boca. Además, el que les insultaran por su condición de cristianos no era nada nuevo para ellos.

—No les hagas caso —susurró Glaukias al oído de su hermana.

—¡¿Qué andas murmurando?! —inquirió uno de los campesinos paganos.

El otro detuvo el burro y se interpuso en el camino de los hermanos.

—Dejadnos pasar —espetó Daesina—. Nosotros no os hemos hecho nada.

—En Marsonia se han honrado siempre las festividades, lo que vosotros hacéis es más propio de demonios que de seres humanos.

El pueblo de Marsonia se asentaba en una fértil llanura, protegida al norte por colinas onduladas y al sur por la ribera del río Cetina. La abundante vegetación, con sus bosques mixtos de robles y pinos, proporcionaba madera y refugio a la fauna local, mientras los campos constituían una mezcla de cultivos de cereales y pastizales.

Pequeños huertos y viñedos aportaban un punto de color al paisaje. La economía se basaba principalmente en la agricultura, y las festividades locales, tanto religiosas como sociales, constituían momentos clave en la vida de sus habitantes. Las celebraciones de la cosecha, los festivales en honor a las divinidades y las reuniones en la plaza central reforzaban los lazos comunitarios. Los cristianos, sin embargo, se negaban a participar en las tradiciones locales, y por ello comenzaban a ser cada vez más odiados.

—¡Nosotros no nos metemos con nadie! —se defendió Glaukias —. ¡Dejadnos en paz!

Uno de los campesinos se plantó a escasos centímetros de distancia del chiquillo, mirándolo con desdén, y luego se fijó en el cántaro que llevaba. Entonces formó un cuenco con sus manos y le quitó un poco agua.

—¿Qué estás haciendo? —protestó Daesina—. ¡Esa agua es nuestra!

El campesino ignoró a la niña y vertió el líquido sobre la cabeza de su compañero.

—Ahora ya estás bautizado —dijo a modo de burla, lo que provocó las carcajadas de ambos.

A pesar de la provocación, ni Glaukias ni Daesina cayeron en la trampa. Sus padres les habían enseñado que ignorarlos constituía la mejor forma de enfrentarse a aquel tipo de situaciones. Y, enseguida, la estrategia probó dar resultado. Los campesinos se cansaron y siguieron su camino tras haber dejado claro que en Marsonia no apreciaban a los cristianos.

Glaukias y Daesina reanudaron la marcha sin perder un segundo, y prácticamente no pronunciaron palabra durante el trayecto de vuelta.

La granja de la familia estaba situada en una meseta elevada, con vistas a los valles circundantes. Los campos de trigo y cebada se extendían en terrazas, aprovechando al máximo el terreno inclinado. Al norte, un denso bosque proporcionaba sombra y madera mientras

que, al sur, los vientos suaves traían la brisa marina desde el distante Adriático.

—Dejad los cántaros de agua en la entrada —indicó la madre cuando los vio aproximarse.

La casa era una construcción de piedra con techumbre de tejas rojas, sencilla pero acogedora. Un huerto dominaba la parte delantera, donde crecían coles, zanahorias y nabos, entre otras hortalizas, además de algunas hierbas aromáticas, como el tomillo y el romero. A los lados se ubicaban establos y corrales y, en la parte posterior, se alzaba un viejo roble milenario.

Nada más desprenderse de los cántaros, los niños le contaron a su madre de forma atropellada el desagradable encuentro que habían protagonizado. Epulonia era una mujer oronda que, pese a su complexión, se movía con gran agilidad y siempre tenía algo que hacer en la granja.

—Pasamos mucho miedo —confesó Glaukias.

—Esos necios escupen el mal por la boca, pero jamás os harían ningún daño. Aunque pretenden asustarnos, no dejaremos que lo hagan. El Señor está de nuestro lado y no permitirá que nos ocurra nada malo.

—¿Por qué nos odian tanto? —preguntó Daesina.

—Les asusta lo diferente. No entienden nuestra fe y por eso se comportan de esa manera —explicó Epulonia—. De cualquier manera, le contaré a vuestro padre lo que ha ocurrido para que hable con ellos.

—¿Papá les dará su merecido?

—De castigarlos ya se ocupará el Altísimo. Nosotros debemos perdonar, siguiendo el ejemplo que nos dio Jesús.

—¡Pues yo no pienso hacerlo! —contestó Daesina exhibiendo una mueca de disgusto—. ¡Nos insultaron y se burlaron cruelmente de nosotros!

Epulonia se arrodilló y tomó sus pequeñas manos entre las suyas.

—Comprendo que te sientas así, pero los cristianos hemos de guiarnos por los principios de nuestra fe.

—¿Quiere decir eso que también tenemos que rezar por ellos? —preguntó Glaukias.

—Así es —confirmó su madre—. Todo eso, además, os ayudará a mantener alejados el odio y el rencor de vuestros corazones. —Epulonia se puso de nuevo en pie y, señalando a sus dos hijos, añadió—: Ya hablaremos más tarde de esto con mayor detenimiento. Ahora hay mucho trabajo que hacer, y ya conocéis vuestras tareas.

***

A media mañana, Dardanus regresó a la granja tras faenar en los campos de cultivo desde el alba.

Dardanus, que ya contaba con veinte años, era el mayor de los tres hermanos que conformaban la familia. Su musculatura desarrollada y sus manos callosas hablaban de largas horas de trabajo bajo el sol, arando la tierra y cuidando del ganado. La determinación de su mirada reflejaba su carácter decidido y su compromiso con la granja.

—¡Daesina! ¿Se puede saber por qué estás perdiendo el tiempo?

Dardanus había sorprendido a su hermana pequeña jugando con un cabrito frente al establo, corriendo y saltando. El animal la seguía a todas partes y ella jugaba a esquivarlo.

—¿Qué haces aquí tan pronto? —preguntó ella—. Aún no es la hora de comer.

Dardanus echó un vistazo al interior del establo y su enfado aumentó aún más de grado. Daesina, que estaba encargada del cuidado de los animales, no había cambiado la paja ni repuesto el heno fresco de las cabras.

—Daesina, primero cumple con tus responsabilidades. Y, solo cuando hayas terminado, podrás hacer lo que quieras.

En ausencia de su padre, Dardanus asumía el rol del cabeza de familia con plenos poderes para reprender a sus hermanos si hacía falta.

—El gallinero está limpio y ya he recogido todos los huevos. Solo me estaba tomando un descanso —se justificó la niña—. Además, ha sido Chispita quien se ha puesto a jugar conmigo.

—No quiero oír más excusas. Vuelve al trabajo ahora mismo.

Mientras la niña se alejaba refunfuñado, Dardanus encaminó sus pasos hacia el huerto de hortalizas, de cuyo cuidado debía ocuparse Glaukias. Un rápido vistazo le bastó para comprobar que su hermano no había hecho prácticamente nada: había malas hierbas por todas partes y tampoco había regado.

Contrariado, entró en la casa dando grandes zancadas. Gruesas gotas de sudor le caían por la frente y le empapaban la espalda.

—Mamá, ¿dónde está Glaukias?

—Que yo sepa, en el huerto —repuso Epulonia mientras revisaba las provisiones de la despensa.

Dardanus negó con la cabeza y, cada vez más enojado, fue directo al dormitorio de su hermano.

—¡Lo sabía! —exclamó tras abrir la puerta—. ¡Eres un completo irresponsable y un vago redomado!

Glaukias dio un respingo al verse sorprendido. En la mano sostenía un cálamo que usaba para escribir sobre un pergamino.

—Dardanus… —murmuró—. Te juro que pensaba ocuparme del huerto ahora mismo.

—Te pasas todo el día garabateando palabras. ¿Es que no te das cuenta de la inutilidad de lo que haces?

En Marsonia apenas había una veintena de personas que supiese leer y escribir, y Glaukias, sorprendentemente, era una de ellas. La explicación tenía su origen en un anciano llamado Segovesus, un antiguo escriba que, tras servir en la administración romana, se había retirado en su pueblo de origen. Entre el anciano y la familia de Glaukias existía un fuerte vínculo afectivo pues Segovesus, durante su juventud, había sido amigo íntimo de su abuelo, al que además había ayudado a resolver un litigio relacionado con la delimitación de su parcela.

La primera vez que Glaukias visitó a Segovesus, con apenas ocho años, mostró una curiosidad inusitada por los escritos que este atesoraba por todos los rincones de la casa. Fue tal su interés, que el anciano prometió enseñarle a leer y escribir si sus padres lo aprobaban, cosa que hizo a lo largo de los años siguientes. Y, no satisfecho con eso, también lo instruyó en la esencia de la filosofía, la belleza de la poesía y, en general, en el placer de jugar con las palabras.

—Lo siento, pero de repente me sentí inspirado y tenía que escribirlo antes de que la idea se desvaneciese.

—¡Tonterías! La próxima vez que vuelvas a eludir tus tareas, me desharé de todos tus pergaminos e instrumentos de escritura.

Dardanus, por desgracia, no se daba cuenta de las ventajas de ser una persona letrada; desde su punto de vista, el trabajo físico era lo único que importaba en una granja.

—Vale, vale. Ahora mismo voy —claudicó Glaukias.

Dardanus salió de nuevo al exterior, mascullando entre dientes. Sus hermanos, aunque jóvenes, debían arrimar el hombro por el bien de la granja. Además, los trabajos que tenían asignados tampoco requerían de tanto esfuerzo comparados con el de él, que se deslomaba en el campo a diario para sacar adelante los cultivos.

Al pasar junto al establo, se asomó a la puerta y vio que su hermana estaba ordeñando a una cabra. No obstante, advirtió que lo hacía con excesiva lentitud.

—¿Qué haces? ¡A ese ritmo no acabarás de ordeñar a las cabras en toda la mañana!

Si no hubiese estado enfadado, probablemente Dardanus no hubiese dicho nada, pero la actitud de Glaukias lo había sacado de sus casillas.

—Esta cabra lleva enferma toda la semana y todavía no se ha recuperado del todo —replicó Daesina—. Por eso voy con más cuidado. Si le aprieto las ubres con demasiada fuerza, se queja.

—¡Pues que se queje! No es más que una cabra, no deberías tratarla con tanta delicadeza.

Daesina, visiblemente irritada, se levantó tan deprisa que volcó el cubo de leche.

—¡Mira lo que has hecho! —la reprendió Dardanus.

—¡No me grites! ¡Ya estoy harta de tus broncas!

Y, dicho esto, pasó junto a su hermano hecha una furia y se alejó del establo.

—¿A dónde crees que vas?

—¡A esconderme donde no puedas encontrarme!

***

Batarius, el padre de familia, llegó a mediodía después de haber estado en el pueblo negociando con los mercaderes locales el futuro precio de la cosecha de cebada. Dardanus fue a su encuentro nada más verlo.

—¿Cómo ha ido la negociación?

—Peor de lo que esperaba. Sé que no ha hecho buen tiempo, y que la calidad de nuestro cereal se ha visto ligeramente perjudicada. Aun así, en tiempos de escasez todo grano debería ser bien recibido.

—¿Y qué te han dicho? —preguntó.

—Tan solo me ofrecen cuatro denarios por cada modio de cebada. Menos aún que el año pasado.

Batarius era un fornido campesino, de espaldas anchas, barba espesa y bigote desaliñado. La parcela de tierra que poseía se había trasmitido de padres a hijos, junto con el conocimiento asociado a su cuidado. Cada generación había aprendido las mejores prácticas para sembrar, atender y cosechar los cultivos, adaptándose a las condiciones del suelo y el clima de la región.

—¿Cuatro denarios? ¡No es justo! —se lamentó Dardanus.

—No, no lo es. Pero tendremos que adaptarnos a las circunstancias.

Físicamente, Batarius y su primogénito guardaban un extraordinario parecido. Además, Dardanus también compartía con

su padre el sentido del deber, así como el profundo vínculo con la tierra que los alimentaba.

En ese momento, Epulonia los llamó para que entrasen en la casa. La mujer había estado esperando a que Batarius regresara para almorzar todos juntos.

Glaukias ya estaba sentado a la mesa, pero aún faltaba Daesina.

—¿Dónde está tu hermana? —preguntó Epulonia.

—No lo sé —repuso el chico.

Batarius inspiró profundamente y dio una voz tan fuerte que su hija tendría que haberlo escuchado incluso estando dormida. No obstante, siguió sin aparecer transcurridos dos largos minutos.

—Yo iré a buscarla —intervino Dardanus—. La última vez que la vi estaba en el establo.

Mientras tanto, Glaukias estiró la mano para coger una rebanada de pan que su madre había horneado esa misma mañana, y enseguida la retiró cuando advirtió la fulminante mirada de su padre. No comenzarían a comer hasta que toda la familia se hallase a la mesa.

—No estaba en el establo —dijo Dardanus al volver.

Epulonia acudió de inmediato al dormitorio de la niña, pero tampoco la encontró allí.

—¡Qué raro! Daesina no se habría alejado de la granja sin decir nada —concluyó.

Dardanus alzó los brazos para solicitar que le prestasen atención.

—Ya sé lo que ha ocurrido, creo que Daesina está disgustada —explicó—. Antes discutimos y me dijo que pensaba esconderse de mí. Sin embargo, de eso hace ya un buen rato…

—Pues parece que todavía no se le ha pasado en el enfado —dedujo Batarius—. Vamos, busquémosla entre los cuatro por la granja, hasta en el último rincón. Si está aquí, la encontraremos.

Epulonia y Glaukias revisaron el interior de la vivienda, mientras Batarius y Dardanus examinaron cada recoveco de los establos y corrales. También cubrieron el área reservada al huerto y dieron una

vuelta completa alrededor de la casa. Sin embargo, no sirvió de nada. Daesina había desaparecido sin dejar el menor rastro.

—¿Dónde se habrá metido? —masculló Batarius, cada vez más preocupado.

—Aquí no está, tiene que haberse ido a alguna parte —comentó su esposa.

—Esta mañana, cuando fuimos a por agua, vimos unas lavandas al borde del camino —apuntó Glaukias—. Quizá haya ido a por ellas.

—De acuerdo, yo cubriré el trayecto que lleva al manantial —decidió Batarius—. Dardanus, tú búscala en el bosque del valle del este.

—Yo también quiero ayudar —pidió Epulonia—. No pienso quedarme aquí de brazos cruzados.

—Está bien, toma el camino que lleva hasta Marsonia. Yo no me he tropezado con ella cuando venía hacia aquí, pero tampoco podemos descartar esa posibilidad. —Batarius se dirigió entonces hacia su hijo mediano—. Glaukias, tú quédate aquí por si tu hermana aparece, ¿entendido?

—De acuerdo.

Glaukias los observó marchar a cada uno por su lado, llamando a Daesina en voz alta. La preocupación también lo había alcanzado y había perdido el apetito, así que comenzó a dar vueltas por la granja sin un rumbo claro. Aunque no había querido mencionarlo, también se acordaba de los dos campesinos que los habían increpado aquella mañana.

Fue entonces cuando, mientras caminaba, se fijó en que Chispita no dejaba de brincar alrededor del roble situado en la parte posterior de la casa. Glaukias acudió de inmediato al encuentro del cabrito con una sospecha que enseguida vio confirmada. Había marcas en el tronco del árbol: parte de la corteza se había desprendido y algunas ramitas bajas estaban partidas. Glaukias se situó justo debajo y elevó el cuello para mirar hacia arriba: Daesina se ocultaba en lo alto de la frondosa copa, recostada entre dos ramas.

—¡Daesina! ¿Qué estás haciendo ahí? ¡Toda la familia te anda buscando!

—Me da igual. Estoy harta de que Dardanus me dé órdenes a todas horas.

—Nuestro hermano a veces es un idiota, pero no tiene mala intención. ¡Baja de ahí de una vez!

Daesina pareció pensárselo unos segundos.

—Está bien, pero prométeme que no le dirás a nadie dónde estaba. ¿Me lo prometes?

El escondite, desde luego, era perfecto. Trepar por aquel árbol no resultaba tarea fácil, y menos aún para una niña de diez años. Nadie habría podido imaginarse que Daesina se ocultase allí.

—Prometido. Será nuestro secreto.

La niña descendió del árbol empleando la misma destreza que al subir. Cuando puso los pies en el suelo, esbozó una mueca de preocupación.

—¿Y qué vamos a decirles a papá y a mamá?

—Diremos que te fuiste muy enfadada y que te perdiste en el bosque del manantial. ¿Te parece bien?

Daesina frunció el ceño mientras sopesaba la idea.

—Vale —concluyó. Y, a continuación, le dio a su hermano un beso de agradecimiento en la mejilla.

CAPÍTULO SEGUNDO

«Cuando era niño, estudiando en Roma, solía visitar las tumbas de los apóstoles y mártires con otros de mi edad, pasando a través de aquellas galerías excavadas en las entrañas de la tierra, donde los cuerpos de los muertos estaban colocados en las paredes. Todo era tan oscuro que recordaba las palabras del profeta: "Descenderán vivos al abismo"».

San Jerónimo (347–420 d. C.) - Carta 108 a Eustoquio

5

Fabio se plantó ante una imponente villa situada en la colina Palatina, bañada por el dorado resplandor vespertino.

La vivienda pertenecía al coleccionista privado de antigüedades que el dueño del puesto del Foro le había referido. Por lo que Fabio había podido averiguar, aquel individuo había heredado la fortuna que poseía. Sin embargo, también había oído decir que contaba con una fuente de ingresos adicional que carecía de la legitimidad que habría cabido esperarse de alguien de su prestigio. Según se rumoreaba, Galieno, que así era como se llamaba el coleccionista, mercadeaba con artefactos saqueados de templos y tumbas sagradas, por cuya venta obtenía cuantiosos beneficios.

A Fabio no le había resultado nada sencillo que Galieno accediese a recibirlo. Para lograrlo había tenido que echar mano de sus mejores contactos. Quizá su condición de magistrado había despertado los recelos del coleccionista, no podía estar seguro. De cualquier modo, sus gestiones habían tenido éxito y al cabo tres días había conseguido una cita.

El estado de salud de Lucila no había cambiado. Los médicos seguían mostrándose igual de pesimistas. Por eso, cada día que su sobrina se aferraba a la vida era una buena noticia. Su hermano Marco, mientras tanto, continuaba depositando todas sus esperanzas en la «lágrima de Cristo».

Fabio estiró el cuello para contemplar la fachada de la villa, fiel reflejo de la personalidad de su propietario. Dos imponentes columnas de mármol negro surcadas por vetas plateadas se alzaban como centinelas del averno a cada lado de un grueso portón de bronce. Meticulosamente talladas con escenas de batallas mitológicas, las columnas no solo soportaban la estructura, sino que constituían por sí mismas verdaderas obras de arte.

Un siervo, vestido con una túnica limpia y bien ajustada, recibió a Fabio con una reverencia y lo condujo hasta un amplio vestíbulo

adornado con pequeñas estatuas de alabastro y jarrones de porcelana, cuidadosamente colocados sobre pedestales de piedra.

—Sígame, por favor. Mi señor le aguarda en el triclinio.

Recorrieron un estrecho pasillo desde el que, a través de ciertas aberturas estratégicamente colocadas en las paredes, se atisbaba un jardín interior plagado de exóticas flores, cuya fragancia impregnaba toda la villa. Hasta sus oídos llegaba incluso el suave murmullo de una fuente de agua.

Finalmente el sirviente se detuvo ante una puerta y le invitó al triclinio, donde Galieno disfrutaba él solo de un espléndido festín. Sobre una larga mesa en forma de U, cubierta con un fino mantel, se desplegaban todo tipo de manjares, desde ostras y pavo real hasta frutas exóticas y panes tostados. El vasto salón estaba dominado por un gran fresco que comprendía todo el techo, y que ilustraba un banquete de los dioses del Olimpo. Recostado en un diván, Galieno articuló una sonrisa al ver a su invitado. Por su voluminosa figura —y el resto de pistas—, no había lugar a dudas de cuánto le gustaba la comida.

—¡Magistrado Fabio! Siéntese y coma conmigo, por favor.

—En realidad, no quería robarle mucho tiempo.

—¿Va a dejar que coma solo? Eso sería de mala educación.

Para complacerlo, Fabio asió un racimo de uvas de aspecto apetitoso.

—Me intriga el motivo de su visita —comentó Galieno, al tiempo que se echaba a la boca un exquisito dulce de higo, relleno con nueces y dátiles, y cubierto de miel—. ¿Acaso se halla aquí por razones profesionales?

—En absoluto —aclaró Fabio de inmediato para tranquilizarlo.

—Ah, en tal caso, deduzco que le interesan las antigüedades, ¿no?

—No exactamente, aunque sí que estoy aquí por eso.

En ese momento, Galieno interrumpió la conversación y llamó a uno de sus esclavos con un gesto de la mano. Inmediatamente, el

siervo acudió con un elegante recipiente de cerámica, que depositó en el regazo del coleccionista.

—Disculpe, Fabio. Esto tan solo me llevará un instante.

Dicho esto, dio la espalda a su invitado y se metió los dedos en la garganta. Segundos después, con la rapidez que denotaba la práctica, vomitaba todo lo que recientemente había ingerido. Se limpió con una servilleta de lino y el siervo se llevó la jofaina con los restos regurgitados. Galieno recuperó su posición natural en el diván y, con una sonrisa renovada, se preparó para seguir disfrutando de las delicias culinarias que aún quedaban sobre la mesa.

Durante todo el proceso Fabio guardó silencio, intentando que la expresión de su cara no revelara lo que estaba pensando. Aunque, por el comentario que Galieno realizó a continuación, quedó claro que no lo había conseguido.

—Por su gesto, deduzco que no aprueba una práctica que goza de gran tradición entre las élites romanas.

—Si me permite decirlo, creo que calificarlo de costumbre me parece excesivo.

—Incluso algunos emperadores solían practicarla —arguyó el coleccionista de antigüedades—. Calígula, por ejemplo.

—Tal vez, pero puedo asegurarle que Marco Aurelio jamás habría hecho nada parecido.

—Ah, claro. Lo dice porque Marco Aurelio fue un estoico convencido, ¿verdad? —Galieno le dedicó una intrigante mirada a su invitado—. Fabio, sé que usted forma parte de esa escuela filosófica. Como comprenderá, cuando voy a recibir a un invitado en mi casa me gusta saber con qué clase de persona estoy tratando. —Fabio no se lo reprochó. Antes de acudir allí, él había hecho exactamente lo mismo—. No se ofenda, pero el estoicismo me parece tremendamente aburrido. Con esa mentalidad de perseguir la virtud por encima de todo…

—¿Eso cree? ¿Que los estoicos no sabemos disfrutar de la vida?

—No es que lo crea. Se trata de una verdad indiscutible.

—El problema está en convertir el placer en un fin en sí mismo —aclaró Fabio—. En realidad, nosotros no lo rechazamos, tan solo decimos que debe perseguirse de forma moderada.

Galieno se sirvió una costilla de cerdo asada aderezada con hinojo silvestre y comenzó a engullir la carne con fruición.

—Siento decirle que en mi opinión, placer y moderación son ideas incompatibles. Entiéndalo, yo soy un hedonista convencido.

—¿Acaso no se da cuenta de que placer y dolor se hallan a menudo estrechamente conectados? A corto plazo, por ejemplo, los efectos de la embriaguez resultan muy agradables, pero al día siguiente nadie se libra de la resaca.

—No puedo negar que la ingesta de tantos manjares ha provocado… ¿cómo llamarlo?… ciertos efectos indeseables en mi salud. Aun así, creo que la vida merece ser exprimida al máximo.

Fabio negó con la cabeza.

—Me temo que la búsqueda constante de placer nunca podrá llevar a una vida satisfactoria. Poco después de satisfacer un placer, la necesidad aparecerá de nuevo y lo hará con más fuerza. En consecuencia, cada vez necesitará emociones más intensas para alcanzar el mismo grado de satisfacción. En su caso, usted ha desarrollado un paladar tan sofisticado, que ya es incapaz de obtener placer de los alimentos más básicos.

—¿Y por qué iba a conformarme con un plato sencillo, cuando tengo acceso a todas estas delicias? —argumentó el coleccionista extendiendo el brazo para abarcar los manjares dispuestos sobre la mesa—. A usted lo que le pasa es que vive constreñido por sus absurdas reglas morales. Yo, en cambio, soy libre de hacer lo que me plazca.

—¿En serio? Pues tal como yo lo veo, parece justo lo contrario. Hágase la siguiente pregunta: ¿es usted libre de comer cuanto quiera y lo que quiera, o más bien se ha convertido en un esclavo de la comida?

De repente, el semblante de Galieno enrojeció y, visiblemente molesto, se puso en pie con cierto trabajo.

—Sígame, he perdido el apetito.

Fabio obedeció sin rechistar para no enojar aún más a su anfitrión. Galieno lo guio por un pasillo hasta llegar a una puerta maciza de madera de cedro, que abrió con una llave que llevaba colgada al cuello. Su santuario privado de antigüedades se hallaba al otro lado.

Inmediatamente, un siervo comenzó a prender las numerosas lámparas de aceite que salpicaban la estancia. El resplandor de las luminarias danzaba sobre las superficies pulidas y alcanzaba los rincones más remotos de la sala. Las paredes estaban cubiertas de estantes y vitrinas de cristal templado, que contenían un sinfín de objetos de valor incalculable.

—Magistrado, ¿ve ese cetro de ahí, revestido de oro y piedras preciosas? —señaló Galieno—. Perteneció a Darío I, un poderoso emperador persa conocido por sus grandes conquistas.

—¡Qué maravilla! Es una auténtica obra de arte —elogió Fabio al observarlo de cerca.

—¿Y esa lanza corta decorada con patrones intrincados, se imagina a quién perteneció? Pues ni más ni menos que a Alejandro Magno.

Fabio se fijó a continuación en un espejo de mano adornado con incrustaciones de lapislázuli y turquesas.

—¿Y este de aquí? —inquirió.

—Ese fue de Cleopatra. Extraordinario, ¿verdad?

Fabio pensó que lo era. La mayoría de aquellas piezas habían pertenecido a figuras históricas de gran relevancia.

—Vamos, déjeme enseñarle ahora uno de mis tesoros favoritos.

Galieno condujo a Fabio hacia una esquina especialmente iluminada, donde un amplio expositor acogía una envidiable colección de monedas de todas las formas y tamaños.

—Las de la parte superior son romanas y se remontan hasta la fundación del Imperio. El resto proceden de todas las culturas imaginables: persas, griegas, egipcias…, de Cartago, del reino de Palmira…

Galieno le mostraba a Fabio su colección de antigüedades con un entusiasmo desbordante, lo cual, naturalmente, no sorprendió lo más mínimo al magistrado. ¿Acaso podía haber mayor satisfacción para un coleccionista?

Fabio, sin embargo, tuvo que frenarlo, porque de lo contrario se pasaría allí toda la tarde. ¡Aún no le había enseñado ni la cuarta parte del total de su repertorio de antigüedades!

—He venido a verlo para preguntarle por una pieza muy específica. Un objeto al que se le perdió la pista en Antioquía hace aproximadamente un siglo… Sin embargo, recientes rumores sugieren que ha reaparecido aquí, en Roma.

Galieno miró a su invitado con los ojos entornados. Sin duda, aquellas palabras habían logrado despertar su interés.

—¿Y qué pieza era esa?

El magistrado le ofreció los pocos detalles que conocía, y admitió:

—Ni siquiera estoy seguro de que la reliquia exista realmente… Lo cual, por lo que a mí respecta, quedará acreditado si usted me confirma que jamás ha oído hablar de ella.

Galieno juntó las manos detrás de la espalda y comenzó a balancearse ligeramente adelante y atrás.

—No solo existe, sino que hasta hace muy poco formó parte de mi exclusiva colección.

Fabio se quedó paralizado. ¡Aquello lo cambiaba todo por completo! ¡Lo que buscaba era real, no una quimera surgida de la imaginación de los cristianos!

—¿Está seguro?

—Me hice con ella a través de un coleccionista sirio que goza de mi total confianza. La llamada «lágrima de Cristo» protagonizó, al parecer, una larga y accidentada travesía hasta recalar finalmente en Roma. ¿Le interesaría escucharla?

—Sí, por favor.

—Durante muchos años, esa reliquia estuvo en manos de los montanistas, un movimiento cristiano divergente del mayoritario que buscaba legitimarse reivindicando su posesión. Con el tiempo, sin

embargo, acabó perdiendo fuerza e influencia, y la «lágrima de Cristo» pasó a manos de la corriente oficial de la Iglesia. Esta la trasladó inmediatamente al norte de África, que contaba por aquel entonces con una comunidad muy robusta y comprometida. Allí, para regocijo de los creyentes, permaneció durante varias décadas hasta que los cristianos fueron objeto de duras represiones por parte de las autoridades.

»Ante la amenaza de que la confiscaran o la destruyeran, enviaron la reliquia secretamente a Alejandría, que constituía un prominente centro de aprendizaje y teología cristiana. Pero algo ocurrió durante el traslado, pues de algún modo terminó en poder de un grupo gnóstico que se dedicó a venerarla en sus ceremonias privadas. Finalmente, cuando el grupo se desmoronó, su líder vendió la «lágrima de Cristo» a un coleccionista local, que la custodió hasta su muerte, tras la cual fue subastada y adquirida por mi colega sirio.

—Y él se la vendió a usted…

—Exacto —confirmó Galieno—. Ya ha visto que poseo numerosos objetos que pertenecieron a destacados personajes de la historia. Por eso pensé que ese tal Jesús de Nazaret, pese a lo controvertido de su figura, merecía formar parte de mi colección. Por supuesto, todos sabemos que en realidad no fue más que un predicador judío de los muchos que abundaban en aquellas tierras, y que murió crucificado como un vulgar ladrón. Una minoría, en cambio, lo considera el Hijo de Dios. ¿No resulta sorprendente hasta dónde puede llegar la fe del ser humano?

—¿Y qué pasó con la reliquia? —inquirió Fabio—. ¿Por qué ya no la tiene en su poder?

—Algunos colegas me convencieron de lo equivocado de mi decisión. Jesús de Nazaret, me dijeron, no estaba a la altura de las personalidades históricas que forman parte de mi selecta colección. Y el objeto en sí no dejaba de ser una modesta horquilla, carente de la menor belleza o valor. Así que la vendí.

Fabio se inclinó ligeramente hacia delante.

—¿A quién? —preguntó.

—Esa información no se divulga a la ligera. Y menos aún a alguien como usted, que ni siquiera forma parte del gremio.

—Estoy seguro de que, por una vez, podrá hacer una excepción si se lo pido amablemente.

—En tal caso, supongo que no puedo negarme —dijo Galieno algo incómodo—. Pero antes… contésteme a lo siguiente. ¿Por qué busca la reliquia? No me irá a decir que es usted cristiano, ¿verdad?

—No, yo no… Mi hermano, por el contrario, sí que es un adepto al culto. Y ahora mismo atraviesa por un momento muy delicado.

Fabio lo puso al corriente de la situación en la que se hallaba la pequeña Lucila para obtener su colaboración.

—Comprendo… Y, aunque lamento lo de su sobrina… —Galieno se interrumpió un instante para dedicarle a su interlocutor un gesto de suficiencia—, no puedo evitar preguntarme cómo se siente un estoico como usted, alimentando todas esas supersticiones relativas a curaciones milagrosas, tan propias de personas ignorantes.

Fabio, consciente de que aquel no era momento de entablar un debate, encajó el golpe sin perder la compostura. Su prioridad continuaba siendo encontrar la «lágrima de Cristo».

—¿Y bien? ¿Puede decirme ya a quién se la vendió?

—Está bien, no me haré de rogar. Hace aproximadamente un mes, formalicé la compraventa de la reliquia a Messalina Maxima… Supongo que no hace falta que le diga quién es, ¿verdad?

En efecto, no hacía falta. Messalina era la pitonisa más popular de la ciudad de Roma.

6

El Palacio Imperial, que ocupaba toda la parte oriental de la colina del Palatino, y que miraba hacia el norte al Foro Romano y al sur al Circo Máximo, se alzaba como un colosal faro de mármol que iluminase el corazón de la ciudad.

Plocio Varo atravesó la entrada con la familiaridad que le proporcionaba la autoridad de su cargo. Los guardias mantuvieron la mirada al frente y se cuadraron a su paso. El prefecto del pretorio accedió al vestíbulo del monumental edificio y enfiló hacia el ala este, sin la ayuda de sirvientes que lo guiasen. El recorrido, salpicado de escaleras y pasillos decorados con frescos y tapices orientales, se lo sabía de memoria.

La puerta de la biblioteca emitió un leve chirrido, tanto al abrirse como al cerrarse. El interior constituía un oasis de paz, que contrastaba con el sempiterno ajetreo de la vida de palacio. El profundo silencio tan solo se veía perturbado por el leve murmullo de una conversación discreta. Plocio sorteó las robustas mesas dispuestas en la zona central de la sala y se dirigió hacia el fondo de la misma. Las paredes, revestidas de estanterías de madera oscura que llegaban hasta el techo, estaban repletas de pergaminos, códices y rollos de papiro. Bustos de los filósofos y escritores más reconocidos decoraban los nichos abiertos entre los anaqueles. El olor a cera derretida inundaba el ambiente.

En la mesa más apartada, Plocio localizó al hombre que buscaba inclinado sobre un texto antiguo.

—Sabía que te encontraría aquí, Macriano —dijo a modo de saludo—. ¿No te cansas de los libros?

—Al contrario, me falta tiempo para poder leer todo lo que se ha escrito.

De pelo blanco y ralo y rostro arrugado como el del pergamino que sostenía en las manos, Macriano parecía a primera vista un anciano venerable que se hallaba en el ocaso de sus días. Sin embargo, nada más lejos de la realidad. Con un talento natural para

la diplomacia y la negociación, Macriano era un superviviente de la corte que había servido como consejero a los tres últimos emperadores, al que por el momento ni se le pasaba por la cabeza la idea de retirarse. Actualmente era uno de los asesores más próximos al emperador Decio, sobre quien ejercía una gran influencia.

—¿Y tan intrigante te resulta lo que descubres en ellos como para pasar tanto tiempo aquí?

—La historia del mundo está poblada de muchos y muy distintos gobernantes; en cambio, los problemas son a menudo los mismos. Y más veces de las que crees, las respuestas ya se encuentran en un libro.

Plocio tomó asiento junto al anciano, al que podía considerar un amigo. Ambos compartían el interés por proteger al nuevo emperador de las múltiples amenazas a las que se enfrentaba.

Decio se había hecho con el poder tan solo unos meses antes, tras derrocar al anterior emperador, Filipo, en la decisiva batalla de Verona. Sin embargo, entre la opinión pública todavía no contaba con la legitimación política suficiente. Para conseguirla, Decio había puesto en marcha varias medidas: impulsó una reforma administrativa y militar destinada a asegurarse la lealtad de los funcionarios y soldados; ordenó acuñar monedas con su imagen con fines propagandísticos y mandó restaurar el Coliseo, muy deteriorado tras sufrir un terremoto y también un incendio, para devolverle su esplendor y reafirmar el orgullo de Roma.

—Supongo que me traes alguna noticia especial, ¿verdad?

—Una de lo más interesante, aunque todavía no está confirmada —repuso Plocio.

—Bien, bien. Pero antes, ponme al día acerca de los asuntos más apremiantes.

Decio se había hecho con el trono en un contexto de gran crisis e inestabilidad, que había dado comienzo unos quince años atrás, a raíz de la muerte del emperador Alejandro Severo.

—Por supuesto. ¿Qué quieres saber?

—¿Cuál es el panorama general en nuestras fronteras? —inquirió Macriano.

—Bueno, la región del Danubio continúa siendo una zona problemática. Los bárbaros siguen muy activos. Los informes de los exploradores indican que están movilizándose en mayor número… No obstante, sus intenciones aún no están del todo claras.

—¿Crees que planean una incursión a gran escala?

—Tal vez —respondió el prefecto del pretorio—. Estamos tomando todas las precauciones necesarias. El gobernador de la provincia está en constante comunicación con nosotros, y las tropas están en alerta máxima. Sin embargo, los movimientos de nuestros enemigos son erráticos, lo que dificulta prever sus próximas acciones.

Macriano asintió lentamente mientras asimilaba la información.

—¿Y qué me dices de nuestras provincias orientales? Los persas constituyen siempre un peligro latente.

—La situación en Siria y Mesopotamia se ha hecho más tensa. Los persas han estado realizando incursiones a lo largo de la frontera, probando nuestras defensas. El rey Sapor está buscando expandir su influencia en los territorios que se hallan bajo nuestro control. Hemos enviado refuerzos y están fortificando las ciudades clave. Ya sabes, la amenaza persa es mucho más organizada y persistente que la de los bárbaros del norte.

—¿Cómo están nuestras defensas allí? ¿Confías en nuestros comandantes?

—Tenemos defensas sólidas, aunque siempre pueden mejorar, y sí, confío en la capacidad de las autoridades locales. Con todo, la presión constante está afectando a la moral de las tropas. Ya sabes, los persas son maestros en la guerra de desgaste. Estamos en contacto constante con los gobernadores provinciales para asegurar que los suministros y refuerzos lleguen a tiempo.

Macriano unió las puntas de sus dedos sin dejar de fruncir el ceño.

—Debemos asegurarnos de que nuestras defensas no flaqueen. La estabilidad del Imperio depende de mantener a nuestros enemigos a raya. ¿Hay algo más que deba tener en cuenta?

—Estamos fortaleciendo nuestras alianzas con tribus fronterizas que puedan apoyarnos en un momento dado —explicó Plocio—. Además, estoy considerando la posibilidad de enviar embajadores con ofertas de paz y tratados comerciales para intentar suavizar las relaciones.

—Eso podría servirnos para ganar tiempo, al menos hasta que podamos consolidar nuestras defensas. —El consejero carraspeó un momento para aclararse la garganta—. El gran problema es que la crisis económica que sufre el Imperio lo está condicionando todo. El agotamiento del tesoro público es alarmante. Los gastos militares son exorbitantes, nuestras arcas no podrán soportar este ritmo durante mucho más tiempo.

—El valor de nuestra moneda ha caído y los precios de los bienes siguen subiendo. Incrementar de nuevo los impuestos tan solo causará aún más descontento entre la población. Y los soldados ya comienzan a impacientarse por los retrasos en los pagos.

—Y eso sin mencionar el colapso de las redes comerciales. Los salteadores y la piratería están estrangulando el comercio. Y sin el comercio, no podemos generar los ingresos necesarios para sostener al Imperio.

—Estamos intentando restablecer la seguridad en las rutas comerciales —respondió Plocio—. Hemos aumentado las patrullas navales y estamos formalizando acuerdos con algunas tribus para proteger las caravanas terrestres. Pero eso requiere también de recursos que escasean.

—¿Y qué opinas de intentar nuevas alianzas comerciales con regiones que aún están relativamente estables? —sugirió Macriano —. Quizás podríamos encontrar nuevas fuentes de ingresos y recursos.

—Lo malo es que cualquier alianza lleva tiempo, algo de lo que tampoco andamos sobrados. —El prefecto del pretorio se recostó en

el respaldo de su silla—. Y, para colmo, no paran de llegar informes cada vez más preocupantes de distintos puntos del Imperio. Las plagas no dejan de sucederse, arruinando la mayor parte de los cultivos. Los campesinos están desesperados y el hambre comienza a extenderse entre las provincias más afectadas.

Pese a las numerosas crisis imperiales que Macriano había vivido, nunca antes había sido testigo de una tan aguda como aquella.

—¿Y qué hay de la peste? ¿Se sigue propagando?

—Ha surgido un nuevo brote en Cartago. Los muertos ya se cuentan por cientos.

El consejero, inconscientemente, se palpó un anillo provisto del sello imperial que llevaba en su mano derecha, que constituía el signo más evidente de su cercanía al poder. Suspiró y movió la cabeza a uno y otro lado, dando a entender que se hacía cargo de la gravedad de la situación.

—Me has dado mucho en lo que pensar —señaló—. Pero ahora, dime, ¿qué ibas a contarme?

—Es sobre los cristianos. Me pediste que los investigara para saber si había algo de cierto sobre los turbios rumores que circulan sobre ellos.

—Que conste que yo nunca les he dado excesivo crédito.

—Pues puede que contengan algo de cierto después de todo.

—¿En serio?

—Uno de mis espías, Corvus, ha descubierto algo muy interesante. Los cristianos se llevan los cadáveres de los bebés abandonados.

—Entonces, ¿es cierto eso de que se los comen durante sus rituales secretos?

—Eso aún no ha podido confirmarlo, pero Corvus está decidido a infiltrarse en la secta para averiguarlo…, y de un modo u otro lo conseguirá, de eso puedes estar seguro.

Macriano asintió complacido.

—Mantenme informado. No obstante, e independientemente de lo que tu espía descubra, los cristianos tienen los días contados. Yo

también tengo una noticia que darte. Muy pronto, Decio promulgará un edicto destinado a propinar al cristianismo un golpe mortal. La decisión responde a una combinación de factores políticos, sociales y religiosos. Pero, en esencia, el emperador pretende reivindicar su reinado ante la opinión pública y el Senado promoviendo la unidad religiosa del Imperio, al tiempo que culpabiliza a los cristianos de todos los males.

—Entiendo —repuso Plocio—. En tiempos de crisis, Decio necesita culpables a los que señalar. Y los cristianos constituyen los chivos expiatorios más idóneos para su propósito.

—Así es, y no sin razón. Los cristianos han quebrado la *pax deorum* que regía desde la fundación de Roma, y ahora todos estamos pagando las consecuencias.

La *pax deorum* constituía un concepto central de la religión y la política romanas que se refería a la paz y el favor de los dioses hacia el Imperio. Se creía que la prosperidad, la estabilidad y el éxito de Roma dependían de mantener una relación armoniosa con las divinidades a través de los ritos, sacrificios y demás observancias religiosas. Los romanos pensaban que, si cumplían con sus deberes religiosos y mostraban la debida reverencia a los dioses, estos, a su vez, protegerían y favorecerían al Imperio.

—Ya. Estamos pagando caro el ateísmo de los cristianos, ¿verdad?

Desde la perspectiva romana de la época, la creencia cristiana en un solo Dios significaba sostener una posición atea, puesto que implicaba la negación de todas las deidades de su panteón, a las que además rehusaban rendir honores. Eso, unido a que los cristianos no participaban en los sacrificios y rituales dedicados a los dioses romanos, considerados esenciales para mantener el favor divino, perjudicaría gravemente al conjunto de la población.

—Eso resulta innegable —confirmó Macriano—. De ahí que el emperador se haya decidido a dar este paso.

—¿Y los judíos? —quiso saber Plocio—. ¿El edicto también les afecta a ellos?

—No, de ninguna manera. El emperador ha decidido respetar el estatus especial del que, debido a su antigüedad, goza el judaísmo desde los tiempos de Julio César y Augusto.

—Sí. Lo último que nos interesa es despertar la ira de los judíos.

—Exacto. Ya tenemos suficientes problemas.

El consejero, de nuevo, se tocó el anillo y lo hizo girar con los dedos de la otra mano, y continuó:

—Por supuesto, existe otra razón más… pragmática. Además de buscar restablecer la *pax deorum* y consolidar la autoridad del emperador, el decreto también persigue beneficiar económicamente al Estado. A los cristianos más acaudalados que lo incumplan se les confiscará todos sus bienes y su patrimonio, que se venderán en subasta pública. Los ingresos así generados proporcionarán un ligero alivio a las arcas.

—Esa maldita secta se ha buscado todo lo malo que le ocurra. Todos nuestros valores tradicionales (el éxito militar, las posesiones, la cultura, la carrera profesional, los cargos, el prestigio…), los cristianos los desprecian o los miran con indiferencia. Si Roma se libra de ellos, recuperará el espíritu que siempre la ha caracterizado.

—El contenido definitivo del decreto aún se está puliendo, pero la esencia se resume en lo que acabo de contarte.

—Gracias, Macriano.

Dicho esto, Plocio arrastró con cuidado la silla hacia atrás para levantarse, anticipando su marcha de la biblioteca.

—Solo una cosa más —apuntó el consejero—. ¿Quién se esconde bajo la identidad de Corvus? Me consta que tú mismo te ocupaste de su formación. Puedes confiar en mí, ya lo sabes…

El prefecto del pretorio dibujó una mueca burlona.

—Mientras pueda, la identidad de mi agente más prometedor jamás saldrá de mi boca. De lo contrario, perdería la ventaja que le proporciona su "arma" secreta.

—¿Y qué "arma" es esa?

Plocio soltó una carcajada.

—¿Qué clase de jefe de los espías sería si te lo dijera?

Macriano suspiró, resignado.

—Me imaginaba tu respuesta, pero no perdía nada por preguntar…

Plocio se puso en pie para encaminarse hacia la salida. A los pocos pasos, sin embargo, se giró para hacerle a Macriano una última pregunta.

—Por cierto, ¿qué estás leyendo?

—Una obra de Cicerón que analiza las diferentes formas de gobierno. Si no la has leído, deberías hacerlo. Yo es la tercera vez que lo hago y siempre aprendo algo nuevo.

7

Livia había acompañado de nuevo a su madre al hospital cristiano de Subura, donde ambas colaboraban en calidad de voluntarias.

Al principio, la muchacha no se había despegado de Lucrecia, observando atentamente cada uno de sus pasos. Su reconfortante presencia le proporcionaba el grado justo de confianza que necesitaba.

Con el tiempo, Livia ganó en seguridad y comenzó a separarse de ella para realizar ciertas labores por su cuenta. Primero fueron tareas sencillas, como distribuir agua y alimentos entre los pacientes, pero pronto se aventuró a realizar vendajes y a limpiar pequeñas heridas. Lucrecia, siempre atenta, no le quitaba el ojo de encima; se sentía muy orgullosa de los progresos de su hija.

Sin embargo, aquella tarde en particular, la rutinaria actividad del hospital de repente saltó por los aires cuando comenzaron a llegar pacientes procedentes de un incendio cercano. Algunas personas se habían expuesto excesivamente al humo, mientras que otras presentaban quemaduras de diversa consideración. Lucrecia, que estaba a punto de marcharse, buscó a su hija para decirle que se quedaba… Sorprendentemente, no la encontró por ninguna parte.

—Tiene que estar aquí —le dijo otra de las voluntarias—. Yo, al menos, no la he visto salir.

Lucrecia cayó entonces en la cuenta de que solo había un lugar donde no había mirado. Con pasos cortos pero decididos, recorrió el pasillo central hasta llegar a la última estancia, cuya puerta siempre estaba cerrada. La entreabrió lentamente y desde el umbral atisbó una escena que no se esperaba: arrodillada junto al leproso, su hija aplicaba un bálsamo sobre sus heridas ulceradas. La calma y la devoción con que realizaba cada movimiento parecían infundir un aire de dignidad a la tarea, como si aquel hombre, olvidado y marginado por la sociedad, fuese nuevamente reconocido como un ser humano valioso y digno de compasión. La mirada del leproso,

hundida y cansada, brillaba con una gratitud silenciosa que impregnaba cada gesto de su cuerpo.

El contacto del paño sobre las llagas, junto a la luz titilante que los envolvía, habían creado un instante de profunda conexión. La entrega de Livia, ajena a cualquier juicio o temor, se reflejaba en su expresión, mientras el leproso cerraba los ojos, rendido al único alivio que había conocido en años: la bondad de una joven que no temía acercarse a él, ni a su dolor.

Lucrecia se quedó allí un instante, sin dar crédito a lo que veía, y la invadió una profunda admiración hacia su hija.

Lamentando romper aquel momento casi sagrado, la mujer agitó la mano y Livia acudió de inmediato a su llamada.

—No esperaba encontrarte aquí —dijo entre susurros—. ¿No te da miedo? La población repudia a los infectados por una buena razón: la lepra es una enfermedad muy contagiosa.

—Por eso precisamente quiero ayudarlo. ¿Acaso no habría hecho Jesús lo mismo por él?

En ese instante, Lucrecia se dio cuenta de que Livia ya no era una niña, sino una joven mujer movida por una fe muy profunda y compasiva, que ella misma le había inculcado desde la infancia.

—Tienes razón. No obstante, antes debo enseñarte cómo tratar a un leproso de forma segura. Y, de cualquier modo, hoy no es el mejor día.

—¿Por qué?

—Primero, porque ya es la hora de irnos. Y, segundo, porque ha surgido una emergencia y el hospital se encuentra patas arriba —explicó Lucrecia.

—¿Y nos vamos a ir ahora?

—Yo no, me necesitan. Me quedaré todo el tiempo que haga falta. En cambio, tú deberías marcharte ya.

—¡Pero yo también quiero ayudar!

—No, cariño. En las actuales circunstancias, y con tu escasa experiencia, probablemente no harías otra cosa que entorpecer. Además, acuérdate de la ceremonia que el obispo va a oficiar más

tarde en memoria de un antiguo mártir. Busca a tu hermano e id juntos al acto. Félix contaba con asistir.

Livia acató el consejo de su madre. Sabía que tenía razón y oponerse habría sido poco inteligente.

No obstante, antes de abandonar el hospital, entró de nuevo en la oscura estancia donde yacía el leproso y se arrodilló junto a él. Tan solo deseaba dedicarle unas amables palabras de despedida, para que supiese que no lo olvidaba.

***

Valerio llegó al punto de encuentro bastante tiempo antes de la hora prevista.

Se hallaba en la plaza de Porta Capena, en la Vía Apia. El sol bañaba el entorno de tonos bruñidos y, desde los edificios que rodeaban la explanada, se proyectaban sombras alargadas sobre el pavimento de piedra. Viandantes de todas las clases se desplazaban de forma desordenada: algunos, apresurados, terminaban sus compras del día; otros, más relajados, charlaban en pequeños grupos o disfrutaban de los refrigerios que ofrecían los vendedores ambulantes. Unos pocos esclavos caminaban cargados con ánforas y cestas, siguiendo a sus amos como dóciles mascotas.

Valerio introdujo los dedos en el agua cristalina de la fuente que coronaba la plaza y los deslizó por la superficie. El contacto con el agua, tan fresca y suave, contrastaba con sus manos callosas y endurecidas, tan características de su oficio. Valerio trabajaba como *fossor*, lo que significaba que se dedicaba a excavar las catacumbas cristianas, así como los propios nichos. Próximo a la cincuentena, aún conservaba un cuerpo recio y musculoso, esculpido a base de décadas de duro trabajo en las galerías subterráneas. Tenía el pelo corto y entrecano, y una mirada que resultaba casi indescifrable, acorde con su naturaleza introvertida.

Valerio había enviudado a los pocos años de casarse, con tan mala suerte que, a la muerte de su mujer, le siguió inmediatamente

la de su único hijo, como consecuencia de la misma epidemia. Aquella tragedia le afectó muy profundamente, y solo halló cierto consuelo tras refugiarse en la fe de los cristianos. A partir de ese momento, de edificar palacetes y villas, pasó a construir los cementerios subterráneos donde se enterraba a los seguidores de Cristo. El trabajo de *fossor* no era sencillo, pero le proporcionaba la serenidad que necesitaba. Trabajar solo o en grupos muy reducidos casaba con su espíritu. Valerio siempre había sido un hombre de pocas palabras, y aquel rasgo de su naturaleza se acentuó aún más con la prematura pérdida de su familia.

Al cabo de un rato, distinguió a un muchacho dirigirse hacia la fuente y caminar en su dirección.

—¿Es usted Valerio, el *fossor*? —preguntó tímidamente cuando se detuvo frente a él.

Valerio lo escrudiñó con la mirada. Una túnica gastada, atada a la cintura por una cuerda, le colgaba de su escuálido cuerpo. Su cabello, oscuro y desordenado, le caía en mechones sobre la frente, perfilando un rostro aniñado pero marcado por las duras condiciones de vida que le había tocado vivir. La piel, sucia y curtida, reflejaba su constante exposición a los elementos. Aquel, sin duda, debía de ser el joven que el obispo Fabián le había referido.

—En efecto —contestó—. Y tú debes ser Elio, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Está bien, sígueme.

Valerio echó a caminar dando grandes zancadas. El muchacho, que apenas le llegaba al hombro al robusto *fossor*, tuvo que esforzarse para seguirle el ritmo. Dejaron la plaza atrás y enfilaron la Vía Apia hacia las afueras de la ciudad. Flanqueada por altos cipreses, la avenida contaba con una calzada de piedra, lisa y bien conservada, que facilitaba el tránsito de carruajes y corceles. A los lados se alzaban los fastuosos mausoleos de las familias adineradas. A medida que avanzaban, el bullicio de la urbe se fue desvaneciendo, reemplazado por el susurro del viento entre los árboles y el crujir de la grava bajo sus pies.

—¿A dónde vamos? —inquirió Elio.

—No seas impaciente, pronto lo sabrás.

Unos días antes, el obispo Fabián había hablado con Valerio y le había pedido que tomase a Elio como aprendiz de *fossor*: «Elio es huérfano, lleva años malviviendo en la calle, mendigando y también robando cuando ha tenido que hacerlo. Alguien, sin embargo, le habló de la Iglesia como un lugar donde podían ayudarlo. Y por eso acudió a mí. Quiere aprender un oficio y también ha prometido hacerse cristiano. Además, a ti tampoco te vendrá mal contar con un ayudante. Ya vas teniendo una edad y el trabajo se te hace cada vez más pesado. Creo que los dos os beneficiaréis de mi decisión».

—¿Nos alejaremos mucho más de la ciudad? —insistió el muchacho.

Por toda respuesta, Valerio emitió un gruñido ininteligible, para desviarse poco después por un camino secundario, menos transitado y rodeado de mayor frondosidad. No ofreció ninguna explicación y Elio tampoco se la pidió. Ya se había dado cuenta de que el *fossor* no hablaba demasiado.

Al cabo de unos minutos, llegaron a una finca rodeada por un murete de piedra cubierto de musgo y enredaderas. Una puerta de hierro forjado custodiaba la entrada. En la mayoría de los casos, la propiedad donde se ubicaban los cementerios subterráneos había sido cedida por un cristiano acaudalado, perteneciente a una familia de rango senatorial. De hecho, cada una de las catacumbas acostumbraba a recibir el nombre de su benefactor.

La puerta se abrió con un chirrido metálico y se internaron en un jardín de aspecto descuidado, en el que crecían a su antojo plantas aromáticas y flores silvestres. A un lado, un pozo de piedra en desuso le daba al lugar un aire pintoresco. Al fondo, el jardín moría en una ladera ligeramente elevada, que marcaba el acceso a las catacumbas. La entrada, un arco sencillo reforzado con piedra bajo el que se erguía una puerta de madera envejecida, se encontraba parcialmente oculta por la vegetación circundante.

Junto a la entrada, en un pequeño nicho tallado en la pared de piedra, se encontraban varias lámparas de aceite alineadas, listas para que las usaran. Valerio encendió una y abrió la puerta, desvelando una abertura oscura que descendía hacia las profundidades.

—Ve con cuidado —advirtió el *fossor*.

Los escalones, tallados directamente en la toba, los llevaron hasta un estrecho corredor subterráneo que se desplegaba ante la pareja como el conducto digestivo de una ballena.

—Bienvenido a las catacumbas de Domitila.

Elio sintió un escalofrío. El aire se había vuelto más denso y un intenso olor a tierra mojada le ascendió por la nariz. Reinaba un absoluto silencio, tan solo quebrado por el eco de sus propios pasos y un suave goteo de agua en la distancia.

Una evidente angustia se apoderó de Elio, que se puso muy pálido.

—Muchacho, si de verdad quieres convertirte en *fossor*, más vale que te vayas acostumbrando.

Valerio inició la marcha a través de una serie de galerías tan estrechas, que dos personas gruesas que se cruzaran tendrían dificultades para pasar. Las paredes estaban repletas de nichos rectangulares, denominados lóculos, dispuestos en fila, horizontalmente, unos encima de otros, en cada uno de los cuales cabía un cuerpo acostado. Los lóculos se cerraban con lápidas de mármol o, más habitualmente, con piezas de barro cocido que se fijaban con argamasa. Algunas veces se grababa sobre la tapa el nombre del difunto, y otras, algún símbolo cristiano, como el del áncora o el pez.

—Todas las tumbas son iguales… —murmuró Elio, que lo observaba todo sin perder detalle.

—El cristianismo es una religión igualitaria —aclaró Valerio—. Dios no establece diferencias entre sus fieles.

Elio también advirtió que, en algunas tumbas, se colocaban pequeños objetos fijados sobre la argamasa que sellaba la sepultura.

Los había de todas clases: brazaletes, anillos, collares, monedas, conchas, campanillas, fondos de vasos y copas, e incluso muñecas de hueso o de marfil.

—¿Qué significan? —preguntó el joven.

—Sirve, fundamentalmente, para reconocer la tumba en la que se hallan enterrados los restos de un ser querido. Así se individualiza cada nicho, que de otra manera sería prácticamente idéntico al resto.

—Cuando me muera, también me gustaría que mi tumba quedase señalizada por un objeto que me identificase —comentó Elio.

—¿A qué viene eso? Para empezar, aún falta mucho para que eso ocurra. Y, de todas maneras, que yo sepa aún no eres cristiano.

—Pero me bautizaré pronto. El obispo Fabián me lo ha asegurado.

Para proporcionar algo de luz, en ciertos puntos del recorrido había dispuestas lámparas de aceite que colgaban de soportes de hierro. Además, en lugares estratégicos, se abrían en la bóveda del techo grandes orificios que llegaban hasta la superficie, a la manera de enormes tragaluces. También hacían las veces de conductos de ventilación, aunque ese no era su único propósito.

—La tierra excavada la sacamos en cestos que subimos por esas aberturas a las que llamamos lucernarios —explicó Valerio, señalando uno de ellos.

A medida que avanzaban a través de aquel laberinto de túneles, Elio se dio cuenta de que allí abajo había perdido por completo su sentido de la orientación. Las galerías parecían interminables y cada giro se asemejaba al anterior.

—Ni se te ocurra bajar aquí sin la compañía de un *fossor*, o de alguien que se conozca las catacumbas como la palma de su mano —le advirtió Valerio—. Te aseguro que te perderías sin remedio.

Al doblar una esquina, desembocaron por primera vez en una cámara cuadrada, que contaba con un sepulcro dedicado a un

individuo en concreto. El carácter preferencial de aquel lugar era tal, que incluso contaba con una pintura mural al fresco.

—¿No dijo que todos los cristianos eran iguales? —señaló Elio, sin pretender sonar ofensivo.

—Sí —repuso Valerio—, pero a los mártires se les concede un lugar privilegiado.

—¿Los mártires?

—Los cristianos a los que dieron muerte por negarse a renunciar a su fe.

Elio frunció el ceño, al tiempo que se apartaba distraídamente un mechón de la frente.

—¿Tan peligroso es ser cristiano?

—Muchacho, aún te quedan muchas cosas por aprender —contestó el *fossor* dejando escapar un suspiro—. Pero estarás bien, no te preocupes. Hace mucho que vivimos tiempos favorables.

Avanzaron un poco más y finalmente llegaron a un punto donde la galería se estrechaba hasta morir en una pequeña cámara sin salida aparente. Valerio se detuvo y, acercando la lámpara al suelo, dejó a la vista una escalinata descendente.

—Por aquí se baja al segundo nivel —desveló.

Elio tragó saliva, sin poder disimular su desconcierto. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza que las catacumbas pudiesen tener más de un nivel de profundidad.

—¿Y cuántos hay en total? —preguntó con voz temblorosa.

—Por ahora dos, pero ahora mismo estamos trabajando en el tercero.

Descendieron cuidadosamente por los toscos peldaños. Cada paso resonaba con un eco amplificado, aumentando la inquietante sensación de aislamiento. El aire se volvió aún más denso y la atmósfera algo más fría.

Las siguientes galerías llamaron la atención de Elio por dos razones: las escasas dimensiones de los sepulcros y la ausencia de la menor inscripción en ellos.

—Aquí vienen a parar los recién nacidos que mueren cuando son abandonados —aclaró Valerio—. Por las noches, con discreción, los recogemos para procurarles una sepultura digna. Lo consideramos nuestro deber como cristianos.

—Pero… hay cientos y cientos…

Las palabras de Elio quedaron suspendidas en el aire. Valerio no añadió nada más.

Al poco de reanudar el recorrido, el silencio imperante se vio repentinamente interrumpido por el sonido de unos cánticos lejanos.

—¿Ha oído eso? —susurró Elio, mirando al *fossor* con los ojos muy abiertos.

—Este no es solo un lugar de muerte, Elio. Vamos, sígueme y entenderás lo que quiero decir.

Al final de una larga galería, desembocaron en una cámara donde medio centenar de cristianos participaba en un acto de culto oficiado por el obispo Fabián. Los fieles, dispuestos en círculo alrededor de un sepulcro, entonaban un himno sacro de forma solemne. La ceremonia se celebraba en memoria de un mártir que había perdido la vida en el pasado, en los tiempos del emperador Maximino. A través de un lucernario en el techo, un haz de luz alejaba las tinieblas de la estancia, decorada con un fresco ya descolorido que representaba la escena del martirio.

—¡Los cielos se abren a los mártires! —exclamó el obispo al concluir los cánticos—. En el bautismo de agua se recibe el perdón de los pecados; en el de la sangre, la corona de la fortaleza.

Valerio accedió a la cámara, al tiempo que instintivamente se persignaba la frente. Se trataba de una costumbre cristiana muy reciente, a la que se le atribuía la virtud de ahuyentar a los malos espíritus, las enfermedades, las tentaciones y los accidentes. Elio se situó detrás de él intentando pasar inadvertido. Sin embargo, al ser una cara nueva, resultó inevitable que numerosas miradas se clavasen en él.

Entre los asistentes a la ceremonia se encontraban los mellizos Félix y Livia. La muchacha había recogido a su hermano cuando salió del hospital y se habían dirigido hacia allí.

Félix aprovechó el instante de distracción que provocó la llegada del *fossor* para tomar la mano de la muchacha que estaba a su lado y salir discretamente de la cámara por otra galería situada a su espalda. La joven en cuestión se trataba de Paula, la hija del zapatero. Entre ambos había prendido la chispa del amor adolescente, que no entendía de límites ni barreras. Livia se percató de la maniobra de su hermano y arrugó el rostro en un gesto desaprobatorio ante su indecoroso comportamiento.

—¿Cómo se te ocurre? —comentó Paula cuando se adentraron en el corredor, alejados ya de cualquier mirada. Sin embargo, por el tono de su voz quedaba claro que no estaba enfadada. Al contrario, la situación le producía una gran excitación—. Como se den cuenta de nuestra ausencia, se dispararán los rumores.

—Tan solo será un momento —repuso Félix deteniéndose junto a una lámpara que iluminaba el final de la galería—. Volveremos enseguida.

Y, dicho esto, propinó a Paula un apasionado beso en los labios.

Las catacumbas, desde luego, no parecían el escenario más idóneo para un encuentro romántico, pero tenían tan pocas oportunidades de estar a solas, que estaban dispuestos a aprovechar la menor ocasión.

Se besaron durante un largo minuto, pero eso fue todo. Luego, se reincorporaron de inmediato al acto religioso.

Al concluir la ceremonia, los fieles se fueron marchando, no sin antes intercambiar con el obispo algunas palabras. Un diácono que aguardaba junto al acceso a la cámara se ocuparía de facilitar el camino de vuelta a la superficie.

Livia y Félix se despidieron del obispo con un sencillo movimiento de cabeza y una mueca afable, pero Fabián los retuvo un instante

para hablar con ellos.

—He echado en falta la presencia de Lucrecia. ¿Dónde está vuestra madre?

—No ha podido venir, se ha quedado en el hospital porque han recibido de golpe a muchos pacientes —aclaró Livia—. Un incendio cercano.

—Comprendo —murmuró el obispo—. Sabed que sois afortunados de contar con una madre como la vuestra. Lucrecia supone un ejemplo para toda la comunidad.

—Se lo diremos.

Cuando los mellizos ya hacían amago de irse, Fabián añadió algo más en tono confidencial:

—Por cierto, Félix. No creas que no me he dado cuenta de lo que has hecho…

El muchacho no pudo evitar ruborizarse. Sin embargo, el obispo se limitó a darle una palmada en la espalda, acompañada por una sonrisa. El comportamiento del muchacho, aunque algo descarado, tampoco merecía un reproche mayor.

Valerio deseaba hablar con el obispo a solas, así que esperó pacientemente a que todos saliesen. Elio, mientras tanto, curioseaba en torno a la cámara, ajeno por completo a lo que ocurría a su alrededor.

—Ya veo que has traído a Elio contigo —comentó el obispo con satisfacción.

—Señor, no creo que esto sea una buena idea —objetó Valerio.

—¿Por qué no? El muchacho se merece una oportunidad. La vida no ha sido justa con él, y nosotros estamos en posición de remediarlo.

—Eso no lo discuto, pero en cuanto ha puesto un pie en las catacumbas se ha sentido intimidado. Sinceramente, no le veo el menor futuro como *fossor*.

Fabián dedicó una rápida mirada al muchacho. Elio observaba ensimismado las inscripciones grabadas en la sepultura del mártir, que incluía un breve epitafio con su nombre, la fecha de su muerte y

unas palabras que expresaban sus esperanzas de resurrección. La Iglesia velaba por que solo recibiese el título de mártir quien de verdad lo hubiese merecido.

—El muchacho acudió a mí varios días seguidos y no paró hasta que prometí conseguirle un trabajo. Además, también quiere ser cristiano y pronto comenzará su catecumenado. Por eso estoy convencido de que va muy en serio.

—Pues a mí no me parece que esté capacitado para llevar a cabo un trabajo tan duro. ¿Ha visto lo delgado que está?

El obispo cambió de expresión y adoptó a continuación un tono mucho más firme.

—Valerio, te conozco desde hace muchos años y sé que eres un buen cristiano. Aunque, en ocasiones…, uno bastante testarudo. Tus excusas para no adiestrar a Elio no están justificadas. Para empezar, ¿has conocido a alguien que durante su primera visita a las catacumbas no sintiese un escalofrío? Y, en cuanto a su condición física, soy consciente de sus limitaciones actuales, pero en cuanto comience a alimentarse como es debido, ya verás lo rápido que cambia.

Fabián llamó al muchacho con un gesto de la mano.

—Señor, gracias de nuevo por la oportunidad que me ha dado —dijo Elio—. No pienso defraudarle. Y a Valerio tampoco —añadió elevando la barbilla hacia el *fossor*.

—Estoy seguro de ello. Para nosotros supone una satisfacción que ahora formes parte de la comunidad cristiana —repuso el obispo con una sonrisa—. Valerio puede resultar a veces bastante duro, pero también es un hombre justo. Así que haz lo que él te diga. ¿De acuerdo?

—Puede contar con ello.

Valerio dejó escapar un largo suspiro, que ponía de manifiesto la admisión de su derrota. Si tenía que enseñarle el oficio a Elio, lo haría sin excusas.

—Acompáñame —dictaminó—. Descenderemos hasta el tercer nivel de las catacumbas, donde estoy trabajando en la apertura de

una nueva galería. Allí tengo herramientas de sobra. Te daré un pico y nos pondremos manos a la obra.

8

Marsonia (provincia romana de Dalmacia)

Aquella mañana de domingo el cielo se había vestido de un azul tan luminoso, que ni siquiera las nubes lograban empañar aquel lienzo inmaculado.

Tras asistir a la ceremonia de la eucaristía, Batarius y su familia habían emprendido el camino de regreso a la granja.

Epulonia aún murmuraba para sí algunas de las oraciones que habían recitado durante el servicio. La oronda mujer poseía una fe tan fuerte como inquebrantable. Dardanus, el hijo mayor, avanzaba unos pasos por delante pensando en las obligaciones del trabajo, al que se sentía tan vinculado —urgía cortar leña y reparar la cerca del corral de las gallinas—. Por su parte, Glaukias y Daesina cerraban la marcha. Los niños caminaban de forma despreocupada, dándole patadas a los guijarros que se encontraban por el camino.

—¿Por qué hay tan pocos cristianos en Marsonia? —preguntó la niña.

De los miles de habitantes que tenía el pueblo, los seguidores de Jesús ni siquiera llegaban al centenar; entre ellos se contaban algunas familias de campesinos, aunque muy pocas, un puñado de artesanos y comerciantes, algunas viudas y un grupo de esclavos.

—En el campo uno está muy apartado —contestó Batarius—. En las ciudades hay muchos más. Con tanta gente entrando y saliendo, todo va más deprisa. Las ideas también.

—Además, aquí las tradiciones paganas se hallan especialmente arraigadas en la vida cotidiana de la gente —apuntó Epulonia—. Y a las personas con más poder no les interesa que nada de eso cambie.

Ni Marsonia ni sus poblaciones vecinas contaba con un presbítero propio. Los representantes de la Iglesia solían escasear en las zonas más alejadas de los núcleos urbanos. Las pequeñas comunidades cristianas dispersas por toda la región dependían únicamente de uno

o dos presbíteros, los cuales se movían continuamente de un sitio a otro, de manera que, cuando uno de ellos llegaba a Marsonia, los fieles se avisaban entre sí y despejaban rápidamente el almacén de un comerciante donde solían llevar a cabo los actos de culto. Solo cuando tocaba oficiar un bautismo se desplazaban hasta la orilla del río.

—Papá —intervino Glaukias—. ¿Alguna vez te has arrepentido de hacerte cristiano?

Batarius se detuvo un momento, sorprendido por la pregunta de su hijo.

—¿Y por qué tendría que arrepentirme?

—Porque muchos de nuestros vecinos prácticamente ni nos dirigen la palabra. Otros hasta nos insultan… Y aunque la mayoría de las veces lo hacen a nuestras espaldas, en ocasiones incluso también a la cara.

—Casi no tenemos amigos —añadió Daesina con un mohín.

Batarius descendía de una larga línea de campesinos paganos que había honrado a los dioses romanos y locales con la devoción y el rigor propios de la costumbre. Él fue el primero en romper con la tradición, pese a la desaprobación de sus parientes y vecinos. La conversión tuvo lugar durante sus años de juventud. La visita de un misionero cristiano cambió por completo su forma de entender la fe, cuando escuchó hablar de un único Dios que proclamaba el amor, el perdón y la caridad entre todos los seres humanos, y que ofrecía la vida eterna a todos los que viviesen conforme sus principios.

—No, hijo. Por desgracia, ser cristiano no resulta fácil por culpa de la intolerancia de los que se empeñan en vivir con los ojos cerrados. Pero no, nunca me he arrepentido. Al contrario, conocer la verdadera fe me dio una paz interior que jamás me ha abandonado. Vosotros dos aún no habéis madurado lo suficiente —precisó Batarius—, pero antes o después sentiréis esa llama prender en vuestro interior.

—Hijos, los evangelios sagrados son la palabra del Señor —agregó Epulonia—. Su mensaje nos señala el camino correcto y la

certeza de que, cuando muramos, nos espera la vida eterna junto al Altísimo. ¿Qué importa entonces lo que los demás puedan pensar de nosotros? Como familia, debemos permanecer unidos y afrontar con valentía las adversidades que nos encontremos en el camino.

De repente, las calles de Marsonia se impregnaron del sonido de tambores y cánticos. La familia dobló una esquina y, al llegar a la plaza central, la vieron adornada con guirnaldas de flores y cintas de colores. Una mesa con ofrendas —cestas de trigo, fruta fresca y jarras de vino— había sido dispuesta en el centro. La sangre de un cordero recientemente sacrificado aún chorreaba sobre la superficie de un altar improvisado.

Aquel día se celebraba la festividad romana de la Ambarvalia, una ceremonia en honor a Ceres, la diosa de la agricultura, en la que se pedía la purificación de los campos y la protección de las cosechas.

—Vamos, sigamos adelante —apremió Batarius.

La familia atravesó la plaza a paso ligero, huyendo de las miradas hostiles de los asistentes. Cuando ya se alejaban, fueron el blanco de toda suerte de improperios. Dardanus se giró para, si hacía falta, dar su merecido a los cobardes que habían proferido los agravios. Batarius, sin embargo, se apresuró a agarrar a su primogénito del brazo y lo conminó a seguir caminando, mientras que Epulonia atrajo hacia sí a Glaukias y Daesina, que no avanzaban con la suficiente rapidez.

—No os rezaguéis —los urgió.

Cuando se internaron en el campo, se toparon de frente con el grueso de la procesión. Varios sacerdotes encabezaban la marcha, entonando himnos sagrados dedicados a las divinidades locales. Los seguían un amplio número de habitantes, sobre todo granjeros y campesinos acompañados de sus familias. Todos vestían túnicas blancas que simbolizaban la pureza del ritual que celebraban.

A lo largo del recorrido se habían colocado altares temporales, en los que se detenían para realizar las ofrendas y sacrificios. Los sacerdotes, tocados con coronas de laureles, vertían sobre la tierra la sangre de las bestias que sacrificaban. Los campesinos, a su vez,

ofrecían todo tipo de dádivas para complacer a la diosa: leche, miel, uvas, aceitunas, espigas de trigo… El tono festivo del acto, acentuado por el uso de flautas y timbales, no le restaba una pizca de solemnidad.

—¡Batarius! ¡Aguarda un momento!

Un hombre alto, de cejas pobladas y nariz aguileña, se desgajó de la procesión y se acercó para hablar con ellos. Tascius, que así era como se llamaba, pertenecía al consejo local y poseía además un gran número de tierras.

—Buenos días, Tascius. ¿Qué quieres?

—La situación del campo es insostenible. La sequía de los últimos años está causando estragos y las cosechas siguen menguando.

—Lo sé.

—¡Y eso por no hablar de las plagas! Esta temporada los gorgojos se han cebado con todas las reservas de grano.

Al menos, se habían librado de la plaga de langostas, la más temida de todas; y por la época del año en que se hallaban, ya no parecía probable que fuese a producirse.

—¿A dónde quieres ir a parar? —inquirió Batarius.

—En nombre del consejo, te ruego que participes de las festividades. Y no solo tú, sino todos aquellos que os hacéis llamar cristianos —espetó Tascius—. La división nos debilita, y salta a la vista que Ceres y el resto de las divinidades se sienten decepcionadas con el comportamiento general.

—No puedes pedirme eso, sabes bien que nuestra fe nos impide adorar a los falsos ídolos.

—¿Cómo osas cuestionar las tradiciones que nos han sostenido durante siglos? ¿Por qué te muestras siempre tan increíblemente arrogante?

—Soy un campesino veterano, Tascius. Lo suficiente como para haberme dado cuenta de que, con indiferencia de los rituales que se realicen para obtener la protección de los dioses, el campo atraviesa por rachas buenas y malas. Vuestras ceremonias no sirven para nada.

—¿Y qué propones entonces?

—Las oraciones al Dios único y verdadero tendrían mucha mayor eficacia —replicó Batarius—. Si todo el pueblo se convirtiese a la fe cristiana, nos iría mucho mejor.

—¡Tonterías! Esa superstición en la que creéis no puede ser más ridícula. ¿De verdad piensas que seguir a un hombre que murió crucificado como un criminal, alguien que ni siquiera pudo salvarse a sí mismo, va a cambiar la suerte de nuestras cosechas?

Dardanus reaccionó de forma fulminante. Dando un paso adelante, se encaró con Tascius, dispuesto a darle un puñetazo.

—¡Para, hijo! ¡¿Qué estás haciendo?! —gritó Batarius sujetándolo por los brazos.

—¡Lo único que busca es provocarnos!

—Cálmate, la violencia no es el camino. ¿Acaso te has olvidado de las enseñanzas por las que nos regimos?

Epulonia intervino rápidamente para apartar a su hijo mayor y hacerlo retroceder unos pasos. Mientras, Glaukias y Daesina asistían a la pugna guardando un silencio cauteloso.

—Deberías tener más cuidado con lo que dices, Tascius —le advirtió Batarius cuando las aguas volvieron a su cauce.

—¿Yo? ¡Sois vosotros, los cristianos, los que deberíais tener cuidado! La población está cada vez más harta de vuestra actitud. Sois obstinados y egoístas. ¡Y vuestra negativa a participar en los ritos tradicionales nos está perjudicando a todos!

—Jamás traicionaré mi fe, ya lo sabes. No la he traicionado en veinticinco años y no voy a hacerlo ahora.

Tascius le lanzó una furibunda mirada.

—¿Es que no tienes corazón, Batarius? Parte de la comunidad ya está pasando hambre. ¡Piensa en los niños!, ¡en los ancianos! ¿Qué mal puede acarrearte mostrar que respetas a los dioses tradicionales? ¿No podrías, al menos por este año, hacer una excepción?

—No insistas, no cambiaré de opinión —zanjó Batarius—. Y, si no tienes nada más que decir, esta conversación ha terminado.

***

La casa de Segovesus se ubicaba en una calle lateral del centro de Marsonia, no muy lejos de la plaza central, aunque sí lo suficientemente alejada como para disfrutar de un ambiente sereno.

A primera hora de la tarde, Glaukias se plantó ante la puerta. La vivienda del antiguo escriba constituía un fiel reflejo de su situación financiera. La modesta pensión que recibía de la administración romana le permitía vivir con cierta comodidad, si bien prescindiendo de cualquier tipo de lujos. La piedra toscamente labrada de los muros contrastaba con la robusta puerta de entrada, confeccionada con madera de roble. Las ventanas estaban adornadas con macetas de terracota, que daban al conjunto un punto de color.

Cuando llamó, Segovesus lo invitó a pasar al interior dando una voz. Glaukias acudía una vez a la semana y el anciano lo estaba esperando. El interior estaba decorado con un mobiliario escaso pero funcional: una mesa, bancos y un hogar de piedra donde siempre ardía un fuego, proporcionando calor y un lugar para cocinar. Varias estanterías cubrían las paredes, repletas de libros y rollos de papiro.

Glaukias llevaba una cesta con pan que había preparado su madre, que dejó sobre la mesa.

—Gracias, muchacho. Aunque ya te he dicho muchas veces que no hace falta que me traigas nada.

—Mi madre ha insistido.

—Epulonia es demasiado generosa, no merezco tantas atenciones —farfulló al tiempo que dejaba la cesta en el suelo—. Vamos, siéntate y muéstrame lo que has escrito esta semana.

A pesar de que Segovesus no era cristiano, no le suponía ningún problema relacionarse con Glaukias y su familia. Otros habitantes de Marsonia, en su lugar, jamás habrían dejado entrar en sus casas a un seguidor del dios crucificado.

—Me gustaría saber lo que piensa, pero…

—¿Pero qué?

—Que también me da un poco de vergüenza.

—Vamos, déjate de zarandajas y dame la hoja de pergamino que has traído.

El anciano la desenrolló y recitó en voz alta el largo poema que Glaukias había escrito. Se trataba de una oda a la naturaleza, que glorificaba la belleza de los campos, con descripciones vívidas de las flores silvestres y el canto de las aves. Al finalizar, la mirada le brillaba de orgullo.

—Tienes talento, muchacho. Y también mucha sensibilidad. Has sabido capturar la esencia de nuestra tierra de una forma sencilla y elegante.

—¿De verdad?

—¡Por supuesto! Lo cual no significa que no tengas que pulir algunos aspectos. Tus hermosas descripciones podrían beneficiarse de un lenguaje más preciso y meticuloso. También deberías prestar más atención al ritmo de los versos. A veces, una variación en su longitud podría conferir mayor fuerza a tus palabras.

Unos golpes en la puerta interrumpieron la conversación. Segovesus, que no esperaba ninguna otra visita, esbozó una mueca de extrañeza. Se levantó y fue a ver quién era.

—¡Hola, Batarius! Tu hijo está aquí. ¿Vienes a buscarlo, o es que quieres que te escriba una carta? —Batarius tenía una hermana llamada Ardala, que se había trasladado a Roma hacía unos diez años, con la que se carteaba de vez en cuando para mantener el contacto—. Glaukias bien que podría hacerlo ya por mí.

—En realidad, quería hablar contigo. Con los dos, para ser exactos.

Batarius pasó al interior y tomó asiento junto a su hijo, que lo miró con cierta suspicacia.

—Glaukias ha escrito un poema magnífico. ¿Te gustaría oírlo? —preguntó Segovesus.

—Quizá más tarde, prefiero ir directamente al grano. —El hombre se pasó la mano por la barba y su bigote desaliñado, denotando que se trataba de un asunto importante—. Segovesus, te agradezco

mucho la atención que le has dedicado a mi hijo durante los últimos años, y todo lo que le has enseñado. Sin embargo, no quiero que venga más a tu casa. Las clases se han acabado.

—¡¿Cómo?! —exclamó Glaukias con una mezcla de sorpresa e indignación—. Pero ¿por qué?

—Yo tampoco lo entiendo —intervino el anciano—. ¿Ocurre algo malo?

—Mi hijo lleva mucho tiempo descuidando sus deberes en la granja.

—¡No volverá a ocurrir, papá! ¡Te lo juro!

—Es mucho más que eso, Glaukias. Si ahora eres incapaz de ocuparte del huerto, ¿qué pasará cuando tengas que ayudarnos en el campo, con el cultivo de los cereales? Estás muy delgado y tienes muy poca fuerza. Necesitamos manos fuertes en la granja, estás a punto de cumplir catorce años y no lo parece. A esa edad, tu hermano ya trabajaba conmigo codo con codo —explicó Batarius—. Eres un campesino, hijo. ¿Acaso lo has olvidado? No puedes pasarte todo el día escribiendo y leyendo viejas obras literarias. Todo eso no es más que una pérdida de tiempo.

—Tu hijo tiene un don especial para las letras, Batarius —terció Segovesus—. Y creo que no debería desperdiciarlo.

—¿Y qué valor tiene ese don en una granja? Para poder comer, tenemos que sacar el trabajo adelante. Y la situación del campo es cada vez más delicada.

Segovesus asintió y dejó escapar un largo suspiro. Mientras tanto, Glaukias asistía expectante al duelo dialéctico entre ambos adultos.

—¿Y por qué el destino de Glaukias ha de estar necesariamente ligado al campo?

—¿Y qué propones?, ¿que se haga poeta? Así no ganará ni un solo denario.

—Podría trabajar como escriba para la administración romana, tal como hice yo mismo. Con su conocimiento, no le faltarían salidas profesionales: funcionario público, maestro…, o incluso bibliotecario.

—Marsonia es demasiado pequeña, difícilmente hallará trabajo aquí de nada de eso.

Ahí tenía razón, Segovesus no podía negarlo. Él había hecho carrera en Salona, el principal centro administrativo y económico de la provincia de Dalmacia.

—En tal caso, tendrá que marcharse de Marsonia. ¿Tendría eso algo de malo? A cambio, se le abriría un amplio abanico de posibilidades.

—Glaukias aún es demasiado joven —objetó Batarius.

—En cuatro o cinco años se habrá convertido en un hombre capaz de tomar sus propias decisiones. —Batarius bufó con desaprobación, y el anciano añadió—: Odio entrometerme. Pero yo solo pienso en lo mejor para el chico.

—No pongo en duda tus buenas intenciones, siempre has sido un amigo muy querido de la familia. Sin embargo, no creo que se trate de un consejo acertado.

—Nadie le ha preguntado a Glaukias todavía…

Automáticamente, las miradas de ambos convergieron en el muchacho.

—Yo… —Glaukias, que nunca antes había considerado aquella posibilidad, se sintió completamente abrumado—. No lo sé…

—Tranquilo, no tienes por qué decidirlo ahora —terció Segovesus.

Batarius alzó los brazos para poner un poco de orden y reconducir la conversación al punto que le interesaba.

—Es demasiado pronto para hablar de todo esto.

—Quizá no tanto como parece. Si el futuro de Glaukias está ligado a las letras, debería seguir preparándose conmigo hasta el momento en que se marche.

—Ahora mismo, lo único que importa es el presente —zanjó Batarius—. Y, de cualquier modo, soy de la idea de que la familia debe permanecer unida. En los tiempos que corren, aventurarse en solitario supone un riesgo muy alto. Y más aún para un cristiano.

—Está bien, no insistiré —se rindió Segovesus—. No obstante, si más adelante cambias de opinión, ya sabes que Glaukias tiene

abiertas mis puertas.

Batarius le dio las gracias, tomó a su hijo del brazo y juntos abandonaron la casa del anciano.

CAPÍTULO TERCERO

«En el tiempo del emperador Decio, se desató una persecución contra los cristianos que superó en crueldad a las anteriores. Los líderes de las iglesias fueron especialmente buscados, y muchos sufrieron martirio por negarse a renunciar a su fe. Esta prueba sacudió a las comunidades, y algunos, temiendo por sus vidas, apostataron. Sin embargo, a través de este fuego purificador, la Iglesia emergió más fortalecida, y aquellos que permanecieron firmes fueron ejemplo y aliento para los demás».

Eusebio de Cesarea (*Historia Eclesiástica*)

9

Fabio compaginaba su trabajo de magistrado con la búsqueda de la reliquia cristiana, que constituía la última esperanza de su familia para salvar a Lucila. Aunque personalmente, él no pensaba que la «lágrima de Cristo» fuese a servir de nada, eso no interfería lo más mínimo en su determinación por encontrarla.

Su investigación le había llevado hasta Messalina, la pitonisa más popular de la ciudad. Antes, la reliquia había formado parte de la colección privada de Galieno, el coleccionista de antigüedades pero, desafortunadamente, había llegado tarde. En todo caso, Fabio se hallaba más cerca que nunca de encontrar aquel objeto supuestamente sagrado que a lo largo de doscientos años había viajado desde Cafarnaúm hasta Roma, pasando de mano en mano por diferentes ciudades.

Fabio se vio obligado a recurrir de nuevo a sus contactos para conseguir una cita con la pitonisa, cuya apretada agenda no dejaba margen alguno. Messalina descendía de un antiguo linaje de Roma, conocido por su riqueza y por su interés en las tradiciones religiosas. Su inclinación hacia lo místico se había manifestado desde su infancia y se había reforzado durante su adolescencia. Su familia, reconociendo en ella un talento innato para la videncia, le proporcionó una educación especializada en las artes esotéricas, que la llevó a recorrer todo el Imperio Romano, desde Egipto hasta Grecia, donde adquirió conocimientos sobre diversas prácticas adivinatorias y rituales ocultos.

Messalina dominaba la habilidad de interpretar los auspicios tanto examinando las entrañas de los animales como observando el vuelo de las aves. Más allá de la adivinación, sus servicios también incluían la interpretación de los sueños y la preparación de encantamientos para encontrar el amor, atraer la prosperidad o deshacer maleficios. Gracias al prestigio de su ascendencia, nunca le había faltado clientela, mayoritariamente selecta. Y, en pocos años, había logrado labrarse una sólida reputación.

Un esclavo de piel negra condujo a Fabio hasta una antesala, donde los clientes aguardaban su turno para ser atendidos.

—La señora Messalina lo recibirá en último lugar —le informó—. Ella misma lo llamará.

Las paredes de la estancia estaban forradas con paneles de madera de cedro, sobre los que colgaban tapices de ricas texturas, uno de los cuales representaba el famoso oráculo de Delfos. El suelo estaba cubierto por alfombras persas en las que se entrelazaban motivos de criaturas míticas con escenas de jardines paradisíacos. Y, dispuestos alrededor de la sala, varios divanes de terciopelo rojo ofrecían cómodos asientos para los visitantes.

Fabio se sentó frente al único cliente que quedaba en la antesala, de lo cual dedujo que no tardaría en ser atendido. El hombre, que apenas le dedicó una ligera inclinación de cabeza, no dejaba de dar golpecitos en el suelo con el pie derecho, incapaz de disimular su nerviosismo.

—¿Lleva mucho tiempo esperando? —preguntó el magistrado.

—Más de lo que quisiera —contestó el otro secamente, desviando la mirada para evitar darle conversación.

Fabio no insistió; en su lugar, fijó su atención en una mesa baja sobre la que descansaban pequeños ídolos de bronce y fragmentos de rocas de cuarzo. Todo lo que allí había reflejaba no solo los particulares gustos de Messalina, sino también la considerable riqueza que había acumulado a lo largo de los años.

La consulta se hallaba al final de un pasillo, del que enseguida emergió una clienta exquisitamente vestida, que abandonó el lugar con una sonrisa en los labios.

—¡Glicerio!

Tan pronto como escuchó su nombre, el cliente que estaba sentado frente a Fabio se puso en pie y acudió raudo a la llamada. Al final del corredor, un pesado cortinaje bordado con hilos de plata marcaba la frontera que separaba el mundo exterior de los dominios de la pitonisa.

Movido por la curiosidad, unido al tedio de la espera, Fabio se levantó, recorrió el pasillo y se detuvo a escasos centímetros de la gruesa cortina que hacía de puerta. Desde allí, podía escuchar claramente a Messalina y a su cliente, que en ese momento intercambiaban saludos corteses. Al parecer, era la primera vez que el tal Glicerio acudía a su consulta.

—Necesito su ayuda con urgencia —dijo en tono suplicante.

Al entrar, Glicerio no había corrido la cortina del todo, circunstancia que Fabio aprovechó para atisbar el interior de la consulta a través de una finísima rendija que, a pesar de su estrechez, resultaba suficiente para ver a los dos protagonistas de la escena.

—¿Y cómo puedo ayudarle? —preguntó Messalina.

—Mi hijo lleva diez días desaparecido. ¿Qué le ha ocurrido? ¿Está vivo?

La mujer no se inmutó ante la angustia del hombre. Tras asimilar la información, tomó una jarra y vertió su contenido en un cuenco de obsidiana. Luego aguardó un minuto a que el agua se asentase, para acto seguido arrojar un pequeño guijarro del montón que había en otro cuenco cercano. La pitonisa, entonces, observó con gran atención el patrón de las ondas en el agua y los reflejos que se formaban en la superficie.

—Su hijo está vivo.

—¿Seguro?

—Completamente, las señales en el agua son inequívocas.

Glicerio, que había estado conteniendo la respiración, soltó un largo suspiro de alivio y sus hombros se destensaron.

—Gracias, gracias —repitió.

Una sonrisa irónica asomó a la boca de Fabio, que observaba la escena desde su lugar privilegiado. Messalina había dicho lo único que podía decir para ganarse el favor del cliente; de lo contrario, habría actuado en contra de sus propios intereses. El magistrado estoico, por descontado, desconfiaba de aquellos métodos adivinatorios que contradecían el uso de la razón.

—¿Y qué le ha pasado? ¿Puede averiguarlo?

Acto seguido, la pitonisa repitió la misma operación, ante la expectante mirada de su cliente.

—Usted es un hombre de letras…, ¿no? —concluyó al fin.

Glicerio abrió tanto la boca, que la mandíbula casi se le descoyunta.

—i¿Cómo lo ha adivinado?!

—No debería sorprenderse, aprendí el arte de la hidromancia de las mejores sacerdotisas griegas.

Fabio negó con la cabeza. Mientras permanecían en la antesala, él también había advertido las manchas de tinta en los dedos del cliente.

—Sí, llevo trabajando de escriba casi toda la vida.

Messalina guardó silencio, fomentando que su interlocutor siguiese hablando para obtener así más información.

—Y confío en que mi hijo siga pronto mis pasos —añadió.

—Pero no se trata de algo que a su hijo le entusiasme, ¿verdad?

—Sí, bueno…, me temo que lo suyo no es vocacional. Sin embargo, un oficio como el mío le proporcionaría una gran estabilidad.

Fabio volvió a sonreírse. La pitonisa se había limitado a lanzar una conjetura, segura de que contaba con bastantes probabilidades de acertar. ¿Qué joven sueña con ser escriba, cuando aún se siente repleto de energías para explorar todo un mundo lleno de posibilidades?

Acto seguido, Messalina repitió el ritual del guijarro y el cuenco de agua.

—Su hijo está librando una lucha interna acerca de su propio futuro.

—¿Quiere decir que se ha marchado por voluntad propia?

—Eso es lo que percibo. Y también he visto en el agua que, antes de la próxima luna llena, volverá a tener noticias suyas.

Al hombre se le llenaron los ojos de lágrimas y se deshizo en gracias al recibir tan buenas noticias. Fabio, por su parte, regresó

rápidamente a la antesala para evitar que le sorprendieran curioseando detrás de la cortina. Messalina había sabido jugar muy bien sus cartas, tras esbozar una hipótesis bastante plausible. De estar en lo cierto, el hijo de Glicerio retornaría a casa tarde o temprano, cuando se le agotasen los recursos. Y, si al final no volvía en el plazo previsto y Glicerio regresaba a la consulta para pedir explicaciones, la pitonisa siempre podía repetir sus rituales esotéricos y realizar nuevas interpretaciones, adaptando así el relato a los hechos en un ciclo sin fin.

Instantes después, Glicerio abandonó el lugar y por fin le llegó el turno a Fabio de reunirse con la vidente.

Al entrar, pudo contemplar la consulta en toda su plenitud. Las ventanas, cubiertas con cortinajes de terciopelo, apenas dejaban pasar la luz del día, creando un ambiente deliberadamente sombrío y misterioso. Una estantería de madera oscura acogía una variada colección de amuletos, hechos de materiales riquísimos como oro, plata y piedras semipreciosas, que adoptaban la forma de animales sagrados o bien contenían símbolos astrológicos. En un rincón de la estancia, iluminado suavemente por una lámpara de aceite, había un pequeño altar de mármol blanco dedicado a Apolo, el dios de las profecías, en el que un incensario de bronce ardía lentamente, liberando volutas de humo perfumado, mezcla de mirra y de sándalo.

En el centro de la sala, una gran mesa de roble pulido dominaba el espacio. El sillón de honor estaba reservado para la pitonisa. A los clientes les estaba reservada una silla más sencilla pero igualmente elegante, diseñada para que también se sintiesen importantes, aunque no tanto como la protagonista de la consulta.

—Siéntese, por favor.

—Gracias.

Ni siquiera la penumbra que reinaba en la sala lograba disimular las arrugas que ya surcaban el rostro de Messalina, cuyo atuendo se asemejaba al de una reina. Vestía una túnica teñida de púrpura y ribeteada con hilo de oro en los bordes, y lucía pendientes, pulseras,

colgantes y anillos de exquisita manufactura, que destellaban como fuegos fatuos en la noche.

—Aunque es la primera vez que lo veo por aquí, debería saber que no son pocos los magistrados que han pasado por mi consulta a lo largo de los años.

—En realidad, no he venido por los servicios que presta —señaló Fabio—. Mi presencia aquí responde a un motivo muy distinto.

Messalina frunció el ceño, en un gesto que no solo denotaba sorpresa, sino también cierta contrariedad.

—Estoy intrigada… ¿A qué se refiere?

—Busco una reliquia cristiana, popularmente conocida como la «lágrima de Cristo». Según tengo entendido, se la compró hace poco a un coleccionista de antigüedades.

—Ya veo que está usted muy bien informado. Me enteré de que Galieno buscaba comprador y le hice una oferta. Tenía mis motivos para hacerme con la reliquia.

Fabio inclinó levemente la cabeza, invitándola a continuar.

—Los fieles cristianos atribuyen a la «lágrima de Cristo» inmensos poderes espirituales, incluidos la protección divina y la capacidad de sanar. Su tenencia, por tanto, aumentaría la eficacia de mis poderes, y reforzaría mi reputación como una pitonisa capaz de conectar con múltiples creencias y tradiciones.

—Bueno, supongo que también esperaba atraer a los cristianos a su consulta. Su número no deja de crecer, y poseer algo tan significativo para ellos le permitiría ampliar su clientela. ¿Me equivoco?

—No voy a negarlo —admitió Messalina—. Resulta bastante obvio para una persona inteligente como usted.

El magistrado estoico se reacomodó en el asiento y entrelazó los dedos por encima del regazo, insensible ante los elogios de su interlocutora.

—Me gustaría ver la reliquia. ¿Puede enseñármela?

—Siento decirle que tal cosa no será posible.

—¿Por qué no?

—Me deshice de ella hace dos semanas.

—¡¿Cómo?! ¿Lo está diciendo en serio?

—Lo cierto es que la «lágrima de Cristo» no cumplió con las expectativas que había depositado en ella. Tras integrarla en algunos de mis rituales, comprobé que apenas desprendía energía mística. Los resultados fueron decepcionantes. Además, tampoco sirvió para atraer a los cristianos. El monoteísmo de esos fanáticos los aleja de personas como yo, que consagramos nuestros poderes a los dioses romanos y a otros de tradiciones aún más antiguas. Su fe ciega, por desgracia, les impide acercarse a las verdades que solo las personas como yo, dotadas de poderes sobrenaturales, estamos capacitadas para conocer.

Fabio juntó las palmas de sus manos bajo la barbilla, casi como si rezara, lamentándose de su mala suerte.

—¿Y qué ha hecho con la reliquia?

—La he vendido. Y no me arrepiento en absoluto. No solo he recuperado lo que pagué por ella a Galieno, sino que incluso he obtenido beneficios.

—¿Y quién la tiene ahora? —inquirió Fabio, a quien los detalles de la transacción no le interesaban en absoluto.

—Me temo que eso no puedo revelarlo, magistrado. Por motivos de confidencialidad, debo proteger la identidad del comprador.

—Se lo pido por favor, es importante. Se trata de un asunto personal.

—No insista —rebatió la pitonisa—. Yo me rijo por un código moral muy estricto.

A Fabio no le quedó más remedio que reírse por el atrevimiento de aquella mujer.

—¿Código moral? Está de broma, ¿verdad?

—¡¿Qué quiere decir?!

—Sé la clase de métodos que emplea para embaucar a sus clientes, pero a mí no me engaña.

Messalina se irguió, su mirada afilada como un puñal.

—¡Mis poderes son auténticos! —exclamó—. ¡¿Cómo se atreve a insinuar lo contrario?! Mi ética de trabajo es impecable.

—Que precisamente usted hable de ética resulta insultante. Yo sé lo que de verdad significa guiarse por la virtud, y dista mucho de lo que usted hace aquí a diario.

—¡Ah, no me diga más! Usted debe ser uno de esos pretenciosos estoicos que se cree mejor que nadie.

La filosofía estoica comandaba vivir según los más altos estándares éticos y morales, lo cual se conseguía persiguiendo la virtud por encima de todo. Y dicha virtud se desglosaba en cuatro principios fundamentales: sabiduría, justicia, coraje y templanza. La sabiduría servía para tomar decisiones racionales; la justicia, para tratar a los demás con equidad; el coraje, para enfrentar las adversidades con valentía; y la templanza, para mantener el autocontrol y la moderación. Vivir conforme a la virtud permitía a los estoicos alcanzar la verdadera libertad y tranquilidad interior, alineados con la naturaleza y la razón.

—¡¿Yo?! ¡Usted es la que finge una integridad que está muy lejos de alcanzar!

—¡No pienso permitir que me insulte en mi propia casa! —espetó Messalina—. ¡Márchese ahora mismo de mi consulta!

Fabio se levantó con solemnidad, dispuesto a complacer los deseos de la vidente. No se rebajaría a discutir más con ella. Sin embargo, tras dar unos pasos se giró y añadió algo más con voz muy calmada:

—Permítame recordarle algo, Messalina. Como magistrado, tengo la autoridad para iniciar una investigación sobre sus prácticas. Podría hacer examinar sus métodos, realizar un sinfín de preguntas incómodas… Estoy seguro de que tampoco me costaría tanto trabajo encontrar clientes insatisfechos.

La pitonisa profirió una carcajada siniestra.

—¡Es lo más lo ridículo que he oído en toda mi vida! Sabe tan bien como yo que no he infringido ninguna ley.

Fabio se encogió inocentemente de hombros.

—¿Acaso eso importa? ¿No debería preocuparle más el daño que podría sufrir su reputación?

Messalina apretó sus manos con tanta fuerza, que se clavó las uñas en las palmas. Sus ojos ardían de furia contenida.

—Está bien, le diré el nombre que necesita saber. Pero después, espero no volver a saber de usted jamás, ¿entendido?

10

A última hora de la tarde, Livia accedió al taller de carpintería anexo a la vivienda. Félix alzó un instante la mirada de la tabla que lijaba y sonrió a su hermana a modo de saludo. Un penetrante olor a madera recién cortada impregnaba el ambiente.

—¿Esa es la estantería que ibas a hacer para el hospital? —preguntó Livia, señalando la estructura dispuesta en el centro de la estancia.

Marcelo había concluido su jornada de trabajo mucho tiempo antes. Su hijo, sin embargo, se había quedado para seguir trabajando en el mueble a cuya fabricación se había comprometido.

—¿Qué te parece? Solo me falta ensamblar las últimas piezas y darle un buen acabado —repuso Félix—. ¿Me alcanzas esos clavos, por favor?

—Me encanta —contestó Livia haciendo lo que le pedía—. ¿Te ha ayudado papá?

—Prácticamente la he hecho yo solo, él se ha limitado a darme algunas indicaciones.

—Pues está perfecta, no se ve ni una sola astilla.

—Cuando esté completamente montada, será aún más grande. La estantería tendrá cinco baldas. Las he espaciado de forma que haya suficiente altura para los frascos más voluminosos en las dos baldas inferiores, y disponga de suficiente espacio para los más pequeños en las superiores —explicó Félix.

—En el hospital apreciarán mucho tu trabajo. ¿Cuándo la tendrás terminada?

—Mañana probablemente. Y después puedo hacer otras cosas, taburetes o mesillas…, si hace falta.

—Lo preguntaré, seguro que agradecerán renovar parte del mobiliario.

Por unos minutos reinó un agradable silencio, durante los cuales Livia se dedicó a observar, como hipnotizada, la destreza con que su hermano trabajaba.

—Félix… —dijo al fin tras la pausa.

Por su entonación, se hacía evidente que el siguiente tema de conversación no sería tan plácido.

—¿Qué ocurre? —preguntó el muchacho sin perder la concentración en la tarea.

—Se trata de Paula.

—Me gusta, ya lo sabes.

—Y yo me alegro por ti, pero creo que deberías ser más prudente.

Félix interrumpió lo que estaba haciendo y miró fijamente a su hermana

—¿Qué quieres decir?

—Os han visto pasear de la mano en las inmediaciones del mercado.

—No veo que tenga nada de malo.

—Aún no cuentas con la aprobación de sus padres.

—Todo irá bien. Conoces a su familia y sabes que también son cristianos —arguyó Félix.

—Pero nuestro padre no lo es, ¿acaso lo has olvidado? ¿No has pensado que eso podría ser un problema?

—No lo creo. En cualquier caso, no tardaremos mucho en averiguarlo. Voy a hablar con ellos y pedirles la mano de Paula en cuanto surja la oportunidad.

—Para eso aún faltan varios años, así que, mientras tanto, será mejor que no te precipites. Lo que ocurrió durante nuestra última visita a las catacumbas, cuando aprovechaste para escabullirte con ella, no debe repetirse.

Félix frunció el ceño, molesto por el reproche de su hermana.

—Ya sé que eso no estuvo bien, ¿cuántas veces voy a tener que pedir perdón?

—Paula es perfecta para ti. Solo digo que te tomes las cosas con más calma. Su padre podría molestarse.

El joven agitó una mano con gesto desdeñoso y murmuró una protesta entre dientes. La conversación, de todas formas, no se

prolongó por más tiempo porque justo en ese momento Lucrecia entró en el taller.

—Hola —saludó lacónicamente.

La mujer se dirigió directamente hacia su hija, la tomó de las manos y le dedicó una mirada cargada de tristeza.

—¿Qué ocurre? —preguntó Livia.

—Traigo malas noticias. El leproso del hospital de Subura ha fallecido esta mañana —desveló.

—Oh, no me lo esperaba. —Los ojos de la muchacha se humedecieron al instante.

—Lo siento, te habías volcado en su cuidado y sé que te despertaba una gran compasión. —Lucrecia le acarició el cabello con ternura—. Pero ¿sabes qué? Antes quiso legarte la única posesión de cierto valor que tenía.

—¿Cómo? ¿Por qué a mí?

—Supongo que por la compasión que le demostraste precisamente. Aunque nadie te pidió que te ocupases de él, tú lo hiciste por propia voluntad.

Lucrecia extrajo un objeto de su túnica y lo sostuvo en la palma de su mano: era una pulsera hecha de cuero, de aspecto rústico y desgastado, en cuyo centro había una pequeña placa de bronce.

—¿Puedo ponérmela? —preguntó Livia.

—Por supuesto.

Mientras lo hacía, los ojos de la muchacha brillaron como chispas incandescentes, a pesar de que la pulsera estaba lejos de ser bella; su verdadero valor radicaba en su profundo significado.

Más tarde, Lucrecia terminaba de sazonar la comida en la amplia cocina que también hacía las veces de comedor. Las paredes de piedra mantenían la frescura en verano y el calor en invierno. Una mesa de madera rústica, rodeada de bancos, ocupaba el centro de la estancia, mientras que, en un rincón, un fogón de ladrillo servía para cocinar, con braseros y ollas de barro siempre listos para ser usados.

Del techo colgaban varias hierbas —tomillo, salvia y romero— que aromatizaban el aire.

—Poned las fuentes sobre la mesa —pidió la madre de los mellizos.

Félix obedeció y se ocupó de una pesada cazuela que contenía un apetitoso guiso de cordero con garbanzos. Livia, por su parte, sirvió un cuenco de ensalada de trigo, con pepinos, tomates y aceitunas negras.

—¿Y papá? —preguntó la muchacha—. ¿No vamos a esperarlo para comer?

—Fue al templo de Diana, pero ya debería haber vuelto. Supongo que llegará de un momento a otro. —De su respuesta, expresada con cierta frialdad, se desprendía lo mucho que a Lucrecia le desagradaba el paganismo de su marido—. Hoy empezaremos sin él.

Dicho esto, se sentaron los tres a la mesa y se fueron sirviendo la comida en sus respectivas escudillas.

—Cada vez estoy más preocupada por la idolatría de papá… —comentó Livia tras masticar su primer bocado—. ¿Qué ocurrirá con su alma cuando muera?

Lucrecia suspiró, colocando su mano sobre la de su hija.

—Lo sé, yo también pienso en ello a menudo.

—¿Y por qué no hablas con él otra vez para hacerle comprender el verdadero mensaje de salvación?

—Creo que insistir no servirá de nada. Nuestro comportamiento debería seguir siendo el mejor reflejo de nuestra fe. Vuestro padre es un buen hombre y tarde o temprano descubrirá en Cristo la verdad que para nosotros resulta tan clara.

Livia negó con la cabeza.

—Pero pasan los años y sigue empeñado en venerar a las falsas divinidades —se lamentó.

—Hay que darle tiempo. Cuesta mucho cambiar cuando llevas toda la vida creyendo y haciendo las mismas cosas que tus ancestros.

Félix, con aire pensativo, tomó una hogaza de pan y se partió un pedazo.

—Hay algo que podríamos hacer… —sugirió—. ¿Y si le pedimos al obispo que hable con él? A Fabián no podrá ignorarlo tan fácilmente.

—¡Buena idea! —aplaudió Livia—. El obispo es un hombre sabio, inteligente, y como cabeza de la iglesia de Roma goza de una autoridad reconocida.

De pronto, un fuerte portazo resonó desde la entrada de la casa, interrumpiendo bruscamente la conversación.

Instantes después, Marcelo se presentaba en la estancia tan pálido como si llevara una máscara funeraria de porcelana. Todos dedujeron de inmediato que había ocurrido algo malo.

—¡Sabía que esto pasaría! ¡Lo sabía! —exclamó con la respiración agitada—. ¡¿Y acaso no os lo advertí desde el principio?!

—Marcelo, ¿quieres calmarte y explicarnos de qué estás hablando? —terció Lucrecia—. Nos estás asustando.

El veterano carpintero se apoyó en la mesa, cerró los ojos un momento y trató de recuperar la compostura.

—Me he enterado de la noticia en el templo de Diana. Acaban de publicar un edicto que obliga a todos los ciudadanos del Imperio a realizar un sacrificio en honor a los dioses romanos y al propio emperador.

Automáticamente, Lucrecia intercambió con sus hijos una mirada de horror y preocupación.

—Pero…, ¿cómo? ¿Por qué?

—Al parecer, Decio pretende restaurar la unidad y estabilidad del Imperio mediante el fortalecimiento de la religión tradicional romana —contestó Marcelo—. De cualquier manera, eso es lo de menos.

—¡Eso es injusto! —protestó Félix—. Nuestra fe nos impide venerar a los ídolos creados por el hombre. Tal cosa supone un pecado abominable.

—Injusto o no, estáis obligados a hacerlo. Solo los judíos están eximidos de su cumplimiento.

—Está bien. No perdamos la calma —pidió Lucrecia con firmeza alzando los brazos—. Basta con no acudir al templo el día señalado para realizar el sacrificio. La población de Roma se cuenta por cientos de miles de personas. ¿Cómo sabrán las autoridades si hemos cumplido o no con el edicto?

—Ojalá fuese tan sencillo —repuso Marcelo—. Pero el edicto supone mucho más que una simple declaración de intenciones. El deber de sacrificar a los dioses romanos deberá llevarse a cabo ante comisiones locales, que se encargarán de supervisar su cumplimiento. Tras lo cual, emitirán un certificado, denominado *libelo*, que acreditará a su poseedor haber acatado la orden.

Lucrecia no pudo disimular su estupor. Aun así, insistió en restarle gravedad al asunto.

—A pesar de todo, aún no sabemos hasta qué punto las autoridades se esforzarán en comprobar qué habitantes del Imperio poseen el *libelo*. A mí eso me parece mucho trabajo.

—Puedes estar segura de que en Roma serán muy estrictos porque el emperador Decio querrá dar ejemplo. Y, por tanto, todo aquel que carezca del certificado correrá un riesgo muy alto.

Félix arrastró la silla hacia atrás y, levantándose de un salto, gritó:

—¡Pues yo no pienso hacerlo!

Marcelo se inclinó hacia delante y lo señaló con el dedo índice desde el otro lado de la mesa.

—Hijo, no es momento de hacerse el héroe. Las penas para los que se nieguen a cumplir el decreto van desde el destierro hasta la muerte, pasando por el envío a las minas. Es tu vida lo que está en juego.

Tras escuchar aquello, Lucrecia sintió como si la hubiesen golpeado en el estómago. El rostro se le demudó y se cubrió la cabeza con las manos. La rebeldía del propio Félix se desinfló como una llama consumida por el aceite. Livia tenía lágrimas en los ojos.

—Pero, papá… —objetó la muchacha—. No pueden obligarnos a hacer algo que ataca directamente nuestras creencias más

profundas.

—Yo mejor que nadie sé con cuánta devoción vivís vuestra fe. Y lo lamento mucho, de verdad. Sin embargo, dadas las circunstancias, no os queda más remedio que hacer una excepción.

Un espeso silencio cayó sobre la estancia como un manto de plomo. La comida se enfriaba sin que nadie le prestase atención. Todos habían perdido el apetito.

—Esperad —intervino Lucrecia recuperando cierto optimismo. Un destello de esperanza brillaba en su mirada—. Se me ha ocurrido una posible solución.

—¿De qué estás hablando? —inquirió Marcelo.

—Escúchame, por favor. ¿Y si sacrificas tú a los dioses en nuestro nombre? En calidad de *pater familias*, deberías poder hacerlo.

Marcelo se rascó la nuca, pensativo.

—No sé… Lo veo muy arriesgado… Ni siquiera sé si el decreto contempla esa posibilidad…

—Tienes que intentarlo, papá —suplicó Livia—. Si obtienes un *libelo* que nos incluya a los cuatro, nos habrás salvado a todos.

Marcelo, nervioso, comenzó a pasearse por la estancia.

—¿Por qué correr ningún riesgo? —protestó—. ¡Temo por vosotros! ¡¿Es que no os dais cuenta de lo asustado que estoy?!

Lucrecia se acercó hasta su esposo y, tomándole la cara entre las manos, lo miró fijamente a los ojos.

—Lo último que queremos es hacerte sufrir, créeme. Pero tienes que entender lo mucho que esto significa para nosotros. ¿Podrías, por favor, hacer lo que te pedimos?

***

La noche había caído sobre la ciudad, envolviendo la casa del carpintero con su abrazo silencioso. Marcelo y Lucrecia se retiraron a su dormitorio, tratando aún de digerir la inesperada noticia que había sacudido sus vidas. Sobre una mesilla, la suave luz que

proyectaba un candil de aceite resultaba suficiente. Un arcón a los pies de la cama contenía las pertenencias más valiosas de la familia. Y, en una esquina, un pequeño cofre guardaba los documentos importantes, como el registro de los trabajos de Marcelo y algunos manuscritos religiosos de Lucrecia.

La pareja se metió en el lecho, sintiendo el frescor de las sábanas de lino contra su piel. La sensación de estar juntos en la intimidad logró librarles momentáneamente de la tensión que todavía los atenazaba.

Lucrecia se giró hacia Marcelo y apoyó la cabeza sobre la almohada.

—Gracias —susurró—. Gracias por haber accedido a mi petición. Sé lo difícil que te resulta todo esto.

—Que sepas que sigue sin parecerme lo más acertado. En mi opinión, deberíais acudir el día señalado para los sacrificios y cumplir con vuestro deber de ciudadanos romanos. De esa manera, ninguno de vosotros correría peligro alguno.

—Lo sé, pero si tú puedes cumplir con el decreto en representación de toda la familia, ¿por qué no aprovecharnos? Así todos saldríamos ganando.

—Y estoy dispuesto a intentarlo, pero… con una condición.

Lucrecia arqueó una ceja, mostrando su sorpresa.

—¿Una condición? Antes no lo mencionaste.

—Lo he pensado y me parece una petición justa.

—Ahora no puedes echarte atrás.

—Y no lo haré…, siempre que tú te comprometas a cumplir tu parte del trato.

—¿Y qué tengo que hacer?

Marcelo tomó la mano de Lucrecia y, apretándola con delicadeza, la miró fijamente a los ojos.

—Si el plan sale mal y no consigo un *libelo* que nos incluya a todos, deberás sacrificar a los dioses romanos sin ofrecer resistencia. Nuestros hijos son muy reticentes a cumplir el decreto, pero si te ven hacerlo, acabarán siguiendo tu ejemplo.

—Entiendo…

—Félix me preocupa especialmente. Ya sabes lo impetuoso que puede llegar a ser algunas veces.

Lucrecia asintió lentamente, tragando saliva al tiempo que se le humedecía la mirada.

—Si ese momento llega, lo haré…

—¿De verdad? Sé que hacer algo así supondría traicionar tus creencias más sagradas.

—Tienes mi palabra. Yo tampoco quiero que a nuestros hijos les pase nada malo.

Marcelo acarició el cabello de su esposa con ternura.

—Pase lo que pase, vamos a superar esto juntos, como siempre lo hemos hecho hasta ahora.

Lucrecia se acurrucó junto a su marido y apoyó la cabeza en su pecho. Los latidos de su corazón, firmes y acompasados, lograron infundir en ella cierta seguridad.

—Te quiero, Marcelo.

—Y yo a ti — respondió envolviéndola en sus brazos.

En la penumbra de la habitación, el cansancio del día los fue venciendo poco a poco hasta que ambos se durmieron. Sin embargo, ninguno de ellos pudo disfrutar de un descanso reparador. La incertidumbre y el miedo lograron colarse en sus sueños, como espectros sigilosos, perturbando la paz de aquella noche y de las que estaban por venir.

11

El edificio que constituía la sede episcopal se erguía en una discreta esquina de la ciudad, encajado entre almacenes y talleres que servían de perfecto camuflaje. Desde el exterior, no había nada que revelase su verdadero propósito. Perezosas enredaderas trepaban por la fachada de piedra, cuya entrada principal estaba resguardada por una pesada puerta de madera con herrajes de hierro.

Al cruzar el umbral, se accedía a un pequeño atrio que daba paso a la verdadera sala de los encuentros, que quedaba oculta a los ojos ajenos. El lugar, amplio y diáfano, se había adaptado a las necesidades de las ceremonias cristianas. Carecía casi por completo de mobiliario o decoración, salvo por un par de bancos reservados a los ancianos, y una mesa sencilla que servía como altar para celebrar la eucaristía.

Aquel día la sala estaba a rebosar. El edicto de Decio había sacudido a la comunidad cristiana con la contundencia de un seísmo. A la llamada del obispo habían acudido fieles procedentes de las siete circunscripciones eclesiásticas en las que se dividía la ciudad. Los presentes se apretujaban entre sí y murmuraban todo tipo de rumores sin fundamento. Un miedo irracional se había apoderado de todos ellos.

Fabián se abrió paso entre la multitud hasta situarse delante del altar. Su imponente carisma compensaba con creces su escasa estatura. Nadie ponía en duda su autoridad.

—Queridos hermanos y hermanas, a estas alturas ya todos estáis al corriente de la noticia. Y no voy a engañaros, la situación es extremadamente grave. Los cristianos ya hemos sido objeto de persecuciones en el pasado, en eso tenemos experiencia. Sin embargo, fueron acciones impulsadas por gobernadores locales, a menudo esporádicas y, aunque terribles, nunca coordinadas a gran escala. Además, solían dirigirse principalmente hacia los líderes de la Iglesia. El decreto de Decio lo cambia todo por completo.

El obispo recorrió la sala con la mirada y vio la incertidumbre reflejada en las caras de su rebaño.

—Ahora, ninguno de nosotros puede considerarse a salvo —dijo retomando su discurso—. El emperador, mediante la participación de magistrados, funcionarios y soldados, ha organizado un sistema de control y supervisión destinado a garantizar que todos los ciudadanos cumplan con el edicto de sacrificar a los dioses romanos. Esta red de vigilancia implica inspecciones, registros y una presencia constante de las autoridades para identificar y castigar a los incumplidores. Y la pena de muerte constituye el castigo más probable.

Un murmullo de estremecimiento se propagó entre los fieles. Con frecuencia, los allí presentes habían venerado a los antiguos mártires como si de figuras legendarias se tratasen. Ahora, comenzaban a darse cuenta de que ellos mismos pronto se hallarían en una posición similar, en virtud de la cual se enfrentarían a la disyuntiva de seguir sus pasos o renegar de su fe.

—El alcance del edicto abarca a todo el Imperio, lo cual supone un contratiempo aún mayor. No podemos prever con certeza cómo se aplicará en cada una de las provincias que lo integran. Eso dependerá de la voluntad de los gobernadores; algunos pueden mostrarse más indulgentes o incluso indiferentes ante el cumplimiento de esta orden. Por desgracia, podemos estar seguros de que aquí, en Roma, se hará de forma estricta y despiadada.

Seguidamente, una mujer alzó la voz para verbalizar lo que muchos pensaban.

—¡¿Por qué Dios ha dejado que esto ocurra?!

—Hermanos, debemos ver esta prueba como parte del plan de Dios. Por desgracia, la calma de la que hemos disfrutado durante las últimas décadas ha llevado a muchos a olvidarse de ciertas enseñanzas fundamentales, reemplazando la piedad por la acumulación de riquezas. Una mayoría indeterminada de cristianos se ha vuelto excesivamente complaciente, pero somos todos, sin distinción, los que pagaremos las consecuencias. Ahora, sin

embargo, Dios nos concede la oportunidad de regresar al camino correcto. Es en tiempos de dificultad cuando nuestras almas se fortalecen. Esta prueba nos llama a resucitar los verdaderos principios de nuestra fe, a purificarnos y a prepararnos para la vida eterna. No debemos ver esto como un castigo sin sentido, sino como la ocasión ideal para renovar nuestra devoción e integridad como cristianos.

La voz del obispo Fabián resonaba fuerte y clara, un faro de esperanza en mitad de la incertidumbre.

—El día señalado para los sacrificios, limitaos a no acudir a los templos paganos. Asistir para oponerse públicamente al edicto publicado, alegando nuestra condición de cristianos, supondría desafiar al enemigo innecesariamente. En nombre de la Iglesia, yo os exhorto a manteneros firmes en la fe. Sin embargo, no por ello debemos dejar de ser prudentes. Es vital desconfiar de nuestras propias fuerzas y no provocar situaciones que nos pongan en peligro.

Un hombre situado en las primeras filas intervino a continuación.

—¿Y luego qué? Cuando vengan a nuestras casas, no dispondremos del *libelo* requerido por las autoridades. Con lo cual, nos detendrán y nos pondrán ante un magistrado facultado para torturarnos si hace falta.

—Si la situación nos pone en la posición de negar o afirmar nuestra fe, debemos optar por afirmarla, aunque eso signifique el martirio. Ahora bien, no debemos buscar el martirio de forma deliberada. Si podemos convencer a los jueces de nuestra inocencia sin negar a Cristo, logrando así preservar la vida, debemos intentarlo.

—¿Nos está diciendo que no deberíamos seguir el camino de los mártires del pasado?

—Lo que digo es que el martirio no debe ser un objetivo en sí mismo —respondió el obispo con calma—. El verdadero martirio ocurre cuando, enfrentados a la opción de negar nuestra fe o mantenernos fieles, elegimos lo segundo a pesar de las

consecuencias. Pero no debemos provocar intencionadamente nuestra muerte si podemos evitarlo.

Además de temor, el obispo también percibía en los presentes una determinación digna de admiración. No obstante, sabía que a la hora de la verdad serían muy pocos los que no renegasen de Cristo. La gran mayoría acabaría sacrificando a los dioses romanos para evitar los castigos corporales o la pérdida de su patrimonio. Y lo comprendía. La fortaleza requerida para enfrentar el martirio constituía un don extraordinario, reservado a tan solo unos pocos. El instinto de supervivencia, junto al miedo a perderlo todo, prevalecería en casi todos los casos.

Horacio y su mujer, Ardala, escuchaban el discurso del obispo con gran interés, desde un lateral de la sala. Situada entre ambos, su hija Verina, de diez años de edad, se daba perfecta cuenta de la gravedad de la situación, dando muestras de una sorprendente madurez. Horacio era un alfarero de notable talento, y Ardala contribuía a la economía familiar remendando prendas de vestir, actividad para la que poseía una gran destreza.

—Mamá, ¿qué vamos a hacer? —preguntó la niña en un susurro.

—Guarda silencio, Verina. Aún no lo sabemos.

El matrimonio estaba considerando la posibilidad de huir de Roma para eludir así la obligación de sacrificar a los dioses paganos. Ardala tenía familia en Marsonia, una pequeña población rural situada en la provincia de Dalmacia, donde presumiblemente el alcance del edicto sería prácticamente nulo. Allí, su hermano Batarius, que poseía su propia granja y también era cristiano, podría darles cobijo durante el tiempo que fuese necesario.

Horacio alzó la mano para plantearle una cuestión al obispo.

—Si algunos de nosotros decidiésemos abandonar Roma para escapar al cumplimiento del edicto, ¿qué opinión le merecería? ¿Tiene la Iglesia una posición definida al respecto?

Fabián reconoció al alfarero fácilmente entre la multitud, debido al intenso tono pelirrojo de su cabello, que resultaba inconfundible. Horacio era un devoto cristiano que, junto a Ardala, seguía al pie de

la letra los preceptos de la Iglesia. Extraordinariamente comprometidos con su fe, el matrimonio recolectaba alimentos y los distribuía entre los más necesitados.

—Hermanos, abandonar Roma para escapar de la persecución no supone un acto de cobardía. Al contrario, se trata de una decisión para la que hace falta un coraje excepcional. La Iglesia, por tanto, lo aprueba sin reservas de ningún tipo. Ya lo dijo Jesús en las Escrituras: «Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra». Así pues, vayáis donde vayáis, llevad siempre la luz de Cristo con vosotros y nunca olvidéis que no estamos solos en esta lucha. Dios está con nosotros, nos guía y nos protege.

Tras la respuesta del obispo, Horacio y Ardala supieron de inmediato que la decisión estaba tomada. Ni siquiera hizo falta verbalizarla, bastó con mirarse a los ojos para saber que ambos pensaban lo mismo.

Ardala se agachó y tomó a su hija por los hombros. La mujer, de cabello rubio oscuro y rostro agraciado, ya peinaba algunas canas que, lejos de restarle encanto, acentuaban su belleza natural.

—Verina, nos vamos de viaje. Roma ahora mismo no es un lugar seguro.

—¿A dónde?

—Al pueblo donde nací: Marsonia. Allí vive tu tío Batarius y su familia. ¿Te acuerdas que te he hablado de ellos?

—¿Los campesinos?

—Exacto —confirmó—. Mi hermano nos acogerá con los brazos abiertos.

—Pero ¿regresaremos a nuestra casa alguna vez?

—Eso espero, esta persecución no durará para siempre.

Dar aquel paso constituía una medida necesaria, pero también desgarradora. Emprender un viaje de aquellas dimensiones comportaba siempre un peligro, debido a los riesgos del camino. Igualmente, abandonar el hogar significaba dejar atrás todo lo que conocían, las personas y los lugares a los que asociaban muchos de

sus recuerdos. Además, una huida rápida implicaba llevarse consigo tan solo lo esencial.

Verina bajó la mirada un segundo, pensando en los amigos a los que no volvería a ver.

—No quiero perder a mis amigos —protestó sin excesiva convicción. La niña había heredado la melena pelirroja de su padre, pero de un tono más suave por influencia de Ardala. Una constelación de pecas del mismo color moteaba su naricilla.

—Nosotros tampoco —repuso Horacio interviniendo en la conversación—, pero no tenemos elección.

—Todos tenemos miedo a lo desconocido. Aun así, debemos confiar en Dios —le apoyó su mujer—. Además, allí conocerás a tus primos. La más pequeña, Daesina, tiene tu edad.

—¿Y qué haremos allí?

—Yo puedo ejercer mi oficio allá donde vaya —respondió él—. Las vasijas, jarras y demás utensilios de barro que fabrico son en todas partes igual de necesarios. Estaremos bien, ya lo verás.

La niña, que suspiró en señal de aceptación, se apoyaba casi de forma exclusiva en su pierna derecha. Con apenas dos años padeció una grave enfermedad que la mantuvo varios meses en cama, hasta que finalmente logró superarla, circunstancia que reforzó aún más la fe de sus padres en Jesús de Nazaret: sus oraciones al Altísimo habían sido escuchadas. Por desgracia, le quedaron secuelas en la pierna afectada, cuyos músculos no se desarrollaron de forma adecuada, provocándole una permanente cojera.

—Cuando toda esta locura haya pasado, regresaremos —zanjó la mujer.

Entretanto, en la sala se había levantado un nuevo clamor, que obligó a Fabián a pedir silencio repetidas veces.

—Sabed que el decreto también nos prohíbe celebrar nuestros rituales de culto en espacios públicos —explicó—. Afortunadamente, los de carácter funerario, como suelen tener lugar en las catacumbas, apenas se verán afectados. En cambio, la costumbre de llevar a cabo los bautismos en el río será suprimida de forma

inmediata. De ahora en adelante, y para garantizar nuestra seguridad, todos los actos de culto se trasladarán a los cementerios subterráneos. Dadas las circunstancias, ni siquiera me atrevo a considerar segura nuestra red de casas privadas destinadas al culto.

La angustia que se reflejaba en los cientos de rostros allí congregados resultaba abrumadora. Los niños se aferraban a las manos de sus madres y los ancianos cerraban los ojos en oración silenciosa. El obispo supo entonces que tenía que concluir su discurso con un poderoso mensaje de esperanza.

—Hermanos y hermanas, entiendo cómo os sentís en estos momentos de incertidumbre. Nos enfrentamos a una prueba casi sobrehumana. Con todo, quiero recordaros que Dios está con nosotros en cada paso del camino. Recordad las palabras de nuestro Señor Jesucristo: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo». Y esta promesa no se desvanece con el decreto de ningún emperador. Nuestra fortaleza no reside en la ausencia de problemas, sino en la presencia de Dios en nuestras vidas. —Fabián extendió los brazos hacia la congregación, buscando transmitirles su energía y confianza—. Estos tiempos difíciles nos llaman a ser más fuertes y a estar más unidos. Cada oración, cada acto de bondad y cada momento de fe nos acercan más a Dios y nos fortalece como comunidad. No dejéis que el miedo os consuma. En lugar de eso, llenad vuestros corazones de amor y devoción. Ayudaos los unos a los otros, y encontrad en vuestra fe la luz que guiará vuestro camino en medio de la oscuridad.

***

Una hora después, aún quedaban fieles en la sede del obispo, necesitados de consejo o consuelo espiritual.

Valerio, el *fossor*, había recibido instrucciones de esperar a Fabián, que tenía que hablar con él acerca de las consecuencias del edicto. A su lado, el joven Elio lo observaba todo con una mezcla de

curiosidad y nerviosismo. El solemne ambiente del lugar le resultaba tan extraño como llamativo.

A Elio le gustaba el *fossor*, pese al carácter huraño que tanto lo caracterizaba. Además, también tenía mucho que agradecerle. Desde que Valerio lo había acogido en su casa —temporalmente, por supuesto—, su vida había dado un giro que hacía tan solo unos meses parecía inimaginable. Ahora dormía bajo techo, comía tres veces al día y ya no se vestía con andrajos sucios y malolientes. Atrás quedaron los días en los que, para sobrevivir en las calles, incluso se había visto obligado a vender su cuerpo.

Elio se había dado cuenta enseguida de que Valerio era extremadamente reservado, pues cuando había intentado llevar una conversación al terreno de lo personal, se había topado con un muro de silencio y la hostilidad de su mirada. Luego averiguó, por otros compañeros de excavación, que tiempo atrás había perdido a su familia, tragedia de la que nunca se había recuperado. Solo la fe le había aportado cierto consuelo, cierta esperanza. Por eso, desde entonces, había vivido por y para la Iglesia cristiana, no solo en calidad de *fossor*, sino también realizando todo tipo de encargos de diferente naturaleza. El culto cristiano, en definitiva, se había convertido en el principal motor de su vida.

Valerio podía mostrarse arisco, pero en la práctica demostraba que Elio le importaba de verdad, lo que, para el muchacho, constituía algo totalmente nuevo. En toda su vida, nunca antes había recibido esa clase de atención.

—Valerio, gracias por esperar —dijo el obispo cuando por fin pudo hablar con él.

El *fossor*, fiel a su carácter reservado, se limitó a asentir con la cabeza.

—Hola, señor —intervino Elio.

—Hola, muchacho. Me alegro mucho de verte —lo saludó Fabián dándole un cariñoso cachete en la cara—. ¿Valerio te trata bien?

—Me hace trabajar muy duro, pero es justo conmigo.

—Vuestro trabajo no es fácil, pero sí necesario. Y creedme cuando os digo que el Señor sabrá recompensároslo.

Verdaderamente, excavar galerías subterráneas era mucho más arduo y agotador de lo que Elio podría haberse imaginado, pero hacía cuanto podía para cumplir con las expectativas.

—¿Y tú, Valerio? ¿Qué piensas? —inquirió el obispo—. Cuando te propuse tomar a Elio como aprendiz, al principio te resististe a aceptarlo.

—Admito que el muchacho me ha sorprendido, la verdad. Estaba convencido de que no iba a durar ni un solo día, pero reconozco que me equivocaba. Y, aunque hoy por hoy el trabajo aún le viene grande, se esfuerza mucho y no se queja demasiado. Después de todo, quizá tenga futuro como *fossor*.

—¡Ah! Lo sabía. Cuando acudió a mí pidiendo ayuda, me di cuenta enseguida de que su intento por salir del pozo donde se encontraba iba muy en serio. Lo vi en su mirada, Valerio. Y yo en eso rara vez me confundo. Lo único que Elio necesitaba era que alguien le diese una oportunidad.

El muchacho se balanceaba de un pie a otro, incapaz de disimular su inquietud.

—Señor, después de lo que acabo de oír durante su charla, confieso que ahora tengo miedo de lo que pueda pasarme.

—Te has unido a la Iglesia en un momento especialmente complicado, no voy a negarlo. Sin embargo, puedes estar seguro de que no te ocurrirá nada.

—¿Cómo puede saberlo?

—Hasta hace poco vivías en la calle, sin domicilio conocido ni familia de origen. Dudo mucho que figures en ningún registro de las autoridades, así que nadie te buscará para comprobar si has cumplido con el edicto o no.

—¿Y a usted? —preguntó Elio.

A Fabián le invadió un repentino sentimiento de gratitud. Había hablado con numerosos fieles, pero muy pocos habían mostrado su preocupación por él.

—Yo estoy preparado para lo que tenga que venir. Y si Dios requiere de mí que dé testimonio de nuestra fe con mi vida, espero complacerle sin perder la entereza. Mi destino está en sus manos y confío plenamente en su plan. No temo el sufrimiento ni la muerte, pues sé que nuestra verdadera vida está en Cristo.

El obispo no exageraba. Como cabeza de la iglesia romana, sabía que se convertiría en el principal objetivo de las autoridades.

—Quizá debería irse de la ciudad —sugirió Valerio.

—Tomaré mis precauciones —contestó Fabián—. Pero no pienso abandonar a mi rebaño, ni tampoco vivir escondido a partir de ahora.

El *fossor* no quiso insistir, no le correspondía a él tomar ese tipo de decisiones.

—Pero basta ya de hablar de mí —dijo el obispo encauzando el hilo de la conversación—. Valerio, la actividad en las catacumbas de Domitila aumentará notablemente a partir de ahora. Conviene, por tanto, tomar ciertas medidas para afrontar la nueva situación.

—Entiendo.

—Hay que evitar las aglomeraciones a toda costa. Para ello, los actos de culto se distribuirán a lo largo de toda la jornada. Necesitaremos más guías que ayuden a los fieles a desplazarse por las galerías de forma segura. Y también deberás asegurarte de que el lugar cuenta con la ventilación adecuada.

—Tomo nota.

—Y seguro que surgirán muchas más cosas. En cualquier caso, nos adaptaremos a las circunstancias sobre la marcha.

—Dios proveerá —repuso Valerio.

—Exacto. Dios nos brindará la fortaleza y la sabiduría necesarias para superar cualquier obstáculo. Su amor y su gracia nos sostendrán en todo momento. No estamos solos en esta lucha, y su guía nos llevará a través de cualquier adversidad. Por difícil que sea el camino, el Señor jamás se separará de nuestro lado.

12

Salona (provincia de Dalmacia)

Octavio yacía sobre una lujosa camilla de madera en su sala privada del pretorio.

Dos expertos masajistas trabajaban sus músculos con aceites especiales, deslizando sus firmes manos por la parte posterior de su cuerpo. Un intenso aroma a incienso flotaba en el aire, mezclado con el de los ungüentos perfumados.

Octavio mantenía los ojos cerrados, permitiéndose un momento de relajación en medio de la creciente tensión política que lo rodeaba. Físicamente, ya comenzaba a mostrar un declive considerable. Poseía un voluminoso vientre y se había quedado completamente calvo, pese a que apenas superaba los cincuenta años.

Octavio ostentaba el cargo de gobernador de la provincia romana de Dalmacia desde hacía cinco años. Proveniente de una influyente familia patricia, comenzó su carrera en el ejército destacando en varias campañas militares que le granjearon el favor de sus mandos. Luego demostró sus habilidades de gestión en diferentes puestos dentro de la administración romana, hasta lograr su ansiado nombramiento como gobernador, gracias a su habilidad política, su tenacidad y su falta de escrúpulos.

Con un profundo suspiro, Octavio levantó una mano para indicar a los esclavos que el masaje había terminado. Se incorporó lentamente y se vistió con una túnica de lino. Siempre que podía, aprovechaba su privilegiada posición para disfrutar de los placeres que la vida podía ofrecerle. El gobernador adoraba la caza, los baños en las termas y las grandes fiestas donde el vino fluía en abundancia. Aun así, tenía sumo cuidado de no descuidar sus obligaciones profesionales; de lo contrario, no habría durado tanto tiempo en el cargo.

Recorrió un largo pasillo, el suave eco de sus pasos resonando en las paredes de caliza. Situado sobre una colina que dominaba la ciudad de Salona, el edificio del pretorio era una enorme estructura construida en mármol y piedra, que comprendía tanto un ala residencial, como una extensa área de trabajo, que incluía oficinas administrativas, salas de audiencias y una cámara del consejo para las reuniones oficiales. Octavio cruzó el atrio central y se dirigió a su amplio despacho, donde lo aguardaban los asuntos del día.

Aunque relativamente pequeña, la provincia de Dalmacia poseía un destacado valor estratégico. Situada en la costa oriental del mar Adriático, servía de puente entre la península itálica y las regiones balcánicas, controlando importantes rutas comerciales terrestres y marítimas, que facilitaban el flujo de bienes y recursos. Además, era rica en minerales como el hierro y la plata, esenciales para la economía y las operaciones militares romanas, y su producción agrícola de cereales, vino y aceite de oliva contribuía al sostenimiento alimentario del Imperio.

Tan pronto como se acomodó tras su mesa de trabajo, su principal asesor pidió permiso para hablar.

—¿Qué noticias tienes?

—Señor, anoche, en la ruta que conecta Salona con las ciudades del interior de la provincia, una caravana fue atacada por bandidos. Se llevaron un valioso cargamento de grano y bienes de lujo, y dejaron varios heridos, incluyendo a dos guardias.

Octavio descargó un golpe sobre la superficie de la mesa.

—Este ya es el tercer asalto que se produce en lo que va de semana, ¿verdad?

—Exacto. Lo que viene a confirmar el aumento del bandidaje durante el último trimestre.

—Está bien, ordena incrementar las patrullas y establecer más puestos de control en las principales rutas comerciales.

—De acuerdo, aunque tal vez no sea suficiente —comentó el asesor.

—¿No? ¿Y qué sugieres entonces? —inquirió el gobernador.

—Podría intentar negociar con los bandidos, ofreciendo la amnistía a todos aquellos que se entreguen y renuncien a su vida delictiva.

Octavio desechó de inmediato aquella idea con un gesto de la mano.

—Ni hablar, una medida así sería vista como un gesto de debilidad.

—Entiendo. En tal caso, podría considerar la posibilidad de lanzar campañas militares selectivas sobre los focos de bandidaje más destacados. Podría obtener buenos resultados a muy corto plazo.

—A costa de perder a algunos soldados…

—Cierto, un determinado número de bajas sería inevitable.

—Está bien, lo hablaré con el comandante al cargo de las tropas antes de tomar una decisión.

El gobernador se pasó la mano por la calva y le indicó a su asesor que continuase.

—Entre los campesinos, el descontento es cada vez mayor debido a la crisis del campo. La sequía y las plagas están provocando daños considerables —explicó el funcionario—. Por eso están pidiendo un alivio en sus cargas fiscales.

—i¿Acaso tengo yo la culpa de los caprichos del clima y de las calamidades naturales?! —refunfuñó Octavio con cinismo—. Los campesinos siempre se están quejando.

—Se conformarían con una reducción de la cuota de grano que deben facilitar. Para ellos, supondría la diferencia entre poner o no un plato encima de la mesa para sus familias.

—De ninguna manera. Roma debe recibir todo el grano que se espera de Dalmacia. No pienso poner en riesgo mi puesto por esta dichosa crisis.

—Señor, podría enfrentarse a disturbios, levantamientos…

—En tal caso, ya los sofocaremos —dictaminó—. Lo que de verdad me preocupa es que cada vez estamos ingresando menos. Y la culpa no la tiene solo la mala situación de la agricultura…

El asesor carraspeó, como si aquel asunto le produjese cierta incomodidad.

—Bueno, sabemos que algunos terratenientes y comerciantes están encontrando la forma de ocultar sus verdaderos ingresos.

—¿Hablas de fraude tributario? —inquirió el gobernador.

—En efecto. Pero, además, cada vez se producen con más frecuencia ciertas corruptelas entre algunos recaudadores locales.

—¡Eso es inaceptable!

Octavio despotricó como un energúmeno y se puso rojo de ira. Paradójicamente, él mismo llevaba años desviando fondos públicos hacia cuentas propias. Su ambiciosa carrera política había perseguido siempre un doble fin: una combinación de poder y enriquecimiento personal.

—Sugiero llevar a cabo auditorías regulares y exhaustivas de los registros fiscales y las actividades de los recaudadores, lo cual nos permitiría detectar y corregir irregularidades de manera mucho más efectiva —planteó el asesor—. Y, con respecto a los comerciantes y terratenientes, deberíamos implementar inspecciones sorpresa en sus comercios y propiedades. Esto aseguraría que los ingresos y bienes declarados coincidan con la realidad y reduciría las oportunidades de fraude.

—Todo eso está muy bien, pero ¿qué hay de imponer sanciones ejemplares a los defraudadores? Multas severas, confiscación de bienes y penas de prisión enviarían un mensaje claro de que no toleraremos la corrupción.

—Mano dura, ¿verdad? Entendido, señor. Organizaré una reunión con sus consejeros para analizar en profundidad todas estas medidas.

El funcionario alzó entonces un pergamino y lo depositó sobre la mesa de Octavio.

—Debo informarle acerca de un nuevo decreto que procede directamente de Roma. El emperador ordena que todos los ciudadanos del Imperio realicen sacrificios a las divinidades romanas

y obtengan un certificado que lo acredite —explicó—. Se trata de una medida para reforzar la lealtad al Imperio y la unidad religiosa.

El gobernador enarcó una ceja y se rio con sarcasmo.

—¿Sacrificios y certificados? Bastantes problemas tenemos ya como para añadir la supervisión de rituales religiosos a la lista. Honestamente, todo lo relacionado con las divinidades me parece una distracción innecesaria.

—Desde luego, hacer cumplir el edicto supondrá la movilización de un elevado número de recursos humanos (guardias, funcionarios y magistrados), que deberían dedicar su tiempo y esfuerzo a asuntos mucho más importantes.

—¡Exacto! Eso es justo lo que pienso —convino Octavio, y se dio un segundo para reflexionar —. Me pregunto qué buscará Decio con todo esto…

—Los más afectados por este decreto serán los cristianos, sin duda, ya que su fe les prohíbe honrar a cualquier otro dios distinto del suyo.

—¿Los cristianos? Qué raro. Por lo que tengo entendido, los miembros de esa extraña secta son inofensivos.

El asesor se encogió de hombros.

—Desde luego, no nos consta que hayan causado disturbios ni problemas parecidos.

—En Dalmacia tampoco hay demasiados, ¿verdad? —preguntó Octavio.

—No, muy pocos en comparación con otras provincias.

—Ahí tienes otro motivo para no perder el tiempo con este edicto.

—¿Cuál es su decisión entonces?

—De momento, dejaremos su aplicación en suspenso. Solo si más adelante volvemos a tener noticias de Decio, insistiendo en su cumplimento, tomaremos las medidas oportunas. Hasta entonces, concentrémonos en resolver los problemas que realmente amenazan la estabilidad de la provincia.

***

Nertomarus fue conducido hasta una de las salas de audiencias del edificio del pretorio. No era la más espaciosa, ni tampoco la más elegante; de hecho, apenas se usaba debido a su pobre estado de conservación. La estancia tenía techos bajos y ventanas estrechas, carecía de una iluminación adecuada y los tapices de las paredes habían perdido parte de su color. Evidentemente, el gobernador Octavio no había elegido aquella ubicación por casualidad: su invitado era un enconado rival político al que pretendía degradar con aquel recibimiento.

Nertomarus era un próspero comerciante y armador local, que también controlaba varias minas importantes de la región. Se trataba, sin duda, de una de las figuras públicas más acaudaladas de la provincia de Dalmacia y, como tal, resultaba inevitable que compartiese negocios con el gobernador provincial. Al principio, su relación con Octavio había sido fluida y cordial. Sin embargo, el idilio no duró demasiado. Pronto, Nertomarus advirtió que Octavio buscaba su propio beneficio por encima de todo, y que le importaba muy poco la población sobre la que gobernaba.

A partir de ese momento, comenzaron los problemas entre ambos. Nertomarus, aprovechando su influencia y recursos, comenzó a esparcir rumores que ponían en duda la competencia de Octavio al frente de la administración. Y este, en represalia, no le renovó al comerciante un lucrativo contrato para proveer de víveres a las tropas romanas emplazadas en Dalmacia. Desde entonces, no habían dejado de intercambiarse golpes a la menor oportunidad, si bien, al mismo tiempo, estaban irremediablemente condenados a entenderse en ciertos asuntos de mutuo interés.

De complexión media, nariz chata y ojos saltones, Nertomarus era un hombre inteligente y perspicaz, naturalmente dotado para los negocios. El comerciante se sentó en una silla de respaldo alto tapizada en cuero oscuro, consciente de que Octavio lo haría esperar para ponerlo nervioso. Aquella estratagema formaba parte de la guerra psicológica que ambos llevaban librando durante años.

Cuando Octavio accedió a la sala, se sentó frente a su invitado en una silla ligeramente más elevada. Una mesa de madera maciza, salpicada de antiguas vetas, los separaba y marcaba las distancias.

—Bonito lugar —comentó Nertomarus con sarcasmo—. Por cierto, llegas tarde. ¿Así es como tratas habitualmente a tus invitados?

—Un gobernador tiene sus responsabilidades.

—Mi tiempo es igual de valioso.

Octavio fulminó a su interlocutor con la mirada. La tensión se palpaba en el ambiente.

—Está bien, vayamos al grano entonces.

—Tú dirás.

—Quiero renegociar el precio que pagamos por el hierro y la plata de los que nos provees. Como bien sabes, la provincia está en crisis y nuestros ingresos han caído considerablemente. Creo que una disminución del diez por ciento sería razonable.

Aunque un par de minas se hallaban bajo el control de la administración romana, lo que de ellas se extraía no bastaba para cubrir toda la demanda. De ahí la necesidad de acudir al mercado para adquirir lo que faltaba. El hierro era crucial para la fabricación del armamento militar, y la plata, para la acuñación de moneda.

—No estás en posición de pedir nada —repuso el comerciante con frialdad.

Un par de años atrás, Octavio había intentado arrebatarle las minas a su rival para hacerse con el monopolio de la región, pero su plan confiscatorio no prosperó. Nertomarus poseía sólidos títulos de propiedad y las leyes estaban de su lado. Además, contaba con poderosos aliados en Roma que velaban por sus intereses.

—Lo que pagamos está muy por encima del mercado. Esos precios se fijaron hace años, están desfasados.

Octavio podría optar por traer los minerales de fuera de la provincia, pero el coste del transporte habría encarecido enormemente el precio final. Le gustara o no, dependía totalmente de su odiado adversario.

—Mis costes también han crecido desde entonces —arguyó el comerciante—. Además, en las minas de mi propiedad yo empleo a más trabajadores que esclavos. Por tanto, rebajar los precios se traduciría en despidos y recortes de salarios.

A diferencia del gobernador, Nertomarus contaba con el apoyo de su pueblo debido a su notable actividad filantrópica. Entre otras medidas, el rico comerciante había financiado la construcción de importantes infraestructuras, como puentes, caminos y acueductos. Y, fundamentalmente en el entorno de Salona, solía distribuir alimentos básicos entre la población en las épocas de mayor escasez.

—Rebajar el precio es una cuestión de justicia —insistió Octavio.

—¿Justicia? —Nertomarus soltó una carcajada—. Tiene gracia que esgrimas semejante argumento. ¿Qué sabrás tú de justicia cuando jamás has hecho nada por la población de Dalmacia?

—¡Tengo las manos atadas! Debo cumplir con las exigencias de Roma y no me queda margen de actuación. Menos aún en tiempos de crisis.

El comerciante se inclinó hacia delante con las palmas de las manos apoyadas sobre la mesa.

—Estoy al corriente de la corrupción de tu administración y del dinero que te embolsas con tus manejos.

—¡¿Cómo te atreves a insultarme de esa manera?! ¡¿Acaso te olvidas de que sigo siendo el gobernador?!

—En efecto, el peor que ha tenido Dalmacia en décadas. Tus días, sin embargo, están contados. Estoy recabando pruebas que demuestran lo que llevas haciendo desde que llegaste al poder. Y puedes estar seguro de que, tan pronto como Roma sepa de tus corruptelas, tu tiempo aquí se habrá acabado.

Aunque furioso, Octavio hizo un enorme esfuerzo para no exteriorizarlo. Reaccionar de forma visceral equivaldría a admitir la veracidad de aquellas acusaciones.

—Si pretendes asustarme, no vas a conseguirlo. Mi gestión es impecable, no tengo nada que ocultar.

No obstante, por dentro estaba temblando. Las acusaciones eran ciertas, por mucho que lo negara. Además, se encontraba en una posición extremadamente delicada. Por regla general, el emperador nombraba directamente a los gobernadores provinciales entre sus hombres de mayor confianza. La lealtad constituía un factor fundamental para evitar que le traicionaran. Y Octavio había sido designado por Filipo, el predecesor del actual emperador, lo cual implicaba que Decio podía reemplazarlo en cualquier momento por una persona de su círculo más cercano. El nuevo emperador todavía llevaba poco tiempo en el cargo, pero cualquier sospecha de corrupción podía precipitar que diese aquel paso.

—Eso ya lo veremos.

Octavio juntó los dedos de las manos por debajo de la barbilla.

—Nos estamos desviando del tema principal. O renegocias el precio del hierro y la plata, o aumentaré las tasas correspondientes a la extracción de los minerales. ¿Qué te parece?

—Hazlo. Si aumentan mis costes, lo repercutiré de inmediato en el precio de venta final que tengas que pagar.

Nertomarus hacía gala de una extraordinaria seguridad, pese a las argucias de su adversario por desestabilizarlo.

—Dentro de unos meses finaliza nuestro acuerdo para el transporte del grano. Te lo advierto, prescindiré de tu flota y firmaré un nuevo contrato con otro armador, aunque me cueste más caro.

—Sobreviviré.

—Está bien, hasta aquí hemos llegado —concluyó Octavio poniéndose en pie—. He intentado ser razonable, pero resulta evidente que no tienes intención alguna de colaborar. A partir de ahora, atente a las consecuencias.

Nertomarus se dirigió hacia la puerta con paso decidido.

—No suelo entablar una batalla sin antes estar seguro de poder ganarla —dijo para despedirse cuando ya se perdía por el pasillo.

En cuanto el invitado abandonó la sala de audiencias, el principal asesor de Octavio acudió al encuentro de su jefe.

—¿Cómo ha transcurrido la reunión? —preguntó.

—Peor, imposible. Nertomarus se niega a negociar. Está fuera de control y se ha convertido en una seria amenaza. Quiero que lo investigues a fondo.

—¿Otra vez? Ya lo hicimos cuando lo conoció y no encontramos nada.

—Quiero una investigación mucho más exhaustiva, que abarque todo su pasado. ¡Nadie puede enriquecerse de esa manera sin haberse ensuciado las manos! Todos tenemos trapos sucios y él no va a ser una excepción. —El gobernador caminaba en círculos por la estancia, encendido como un volcán en erupción—. Si lo exponemos, destrozaremos la imagen tan favorable que tiene su pueblo de él. Y, por supuesto, le impondremos una multa ejemplar.

—¿Qué tengo que buscar exactamente?

—Sobre todo, algún hecho delictivo. Cualquier indicio de corrupción o cualquier irregularidad —especificó sin dejar de hacer aspavientos—. Sobornos, evasión de impuestos, comisiones ilegales, extorsión, falsificación de documentos… ¡Lo que sea! Dispones de recursos ilimitados para cumplir tu misión.

—Entiendo, señor.

—¡Quiero hundir a Nertomarus! ¿Está claro?

CAPÍTULO CUARTO

«He seguido este procedimiento con aquellos que me han sido denunciados como cristianos: les he preguntado si eran cristianos. Si confesaban, repetía la pregunta dos o tres veces, amenazándolos con el castigo; si persistían, ordenaba que fuesen ejecutados. Pues no dudaba que, cualquiera que fuese su naturaleza, su obstinación y terquedad inflexible merecían ser castigadas».

Plinio el Joven (Cartas)

13

Casiano accedió al templo de Diana con el corazón encogido.

El lugar estaba abarrotado. Tomando como base el último censo, las autoridades romanas estaban haciendo cumplir minuciosamente el edicto de Decio. Los ciudadanos contaban con un determinado plazo de tiempo para observar su deber de sacrificar a los dioses paganos, y por todos los templos de la ciudad, se habían dispuesto comisiones encargadas de supervisar su cumplimento.

Casiano no era un simple ciudadano más. Procedía de una de las familias patricias más antiguas de Roma y era un prestigioso miembro del Senado. Ese día, sin embargo, había renunciado a su atuendo oficial para lucir una túnica corriente que lo igualase con la plebe. Delgado y de penetrantes ojos azules, Casiano exhibía un porte recto y elegante que reflejaba su origen aristocrático.

De pie, cerca de la entrada, el senador recorrió el templo con la mirada de un extremo a otro. Había una larga fila de ciudadanos —por lo general, familias enteras—, que aguardaban su turno para demostrar su piedad ante los dioses, ya fuese por medio de libaciones, ofrecimientos de incienso o la ingesta de carne sacrificada. Cuando se acercaban al altar, se colocaban una corona de laurel sobre la cabeza y cumplían con el deber establecido. La comisión comprobaba que todo se realizaba correctamente y, después, expedía el certificado que acreditaba haber cumplido con el rito. Estar en posesión de un *libelo* resultaba crucial para no tener problemas. Quienes no lo tuviesen se convertían automáticamente en sospechosos de ser seguidores de Cristo.

Casiano se hallaba ante una encrucijada moral, debido a sus profundas convicciones religiosas, pues, pese a haberse educado en la tradición romana, desde hacía unos años se había convertido en un ferviente seguidor del dios de los cristianos. Comisionado por el Senado, había realizado un viaje diplomático a Oriente para defender los intereses comerciales de Roma en la ciudad de Antioquía. Fue allí donde, a través de un poderoso comerciante local, se acercó por

primera vez a la fe cristiana a la que, hasta ese momento, jamás se había tomado en serio. Invitado por el comerciante, Casiano había asistido a una serie de encuentros privados, en los que descubrió una filosofía de vida marcada por principios que nada tenían que ver con la corrupción y la decadencia tan arraigada entre sus contemporáneos romanos.

Cuando regresó a Roma, profundizó por su cuenta en los textos sagrados, hasta que dio el paso de contactar con el obispo Fabián, quien se ocupó de instruirlo y bautizarlo personalmente. Y, desde entonces, se había erigido en uno de los principales benefactores de la Iglesia —por ejemplo, el edificio del hospital de Subura lo había cedido él—. Para su círculo más íntimo, la nueva fe de Casiano no era ningún secreto; no obstante, lo llevaba con discreción, para que no perjudicase su carrera política.

Y es que Casiano albergaba ambiciones importantes. Aspiraba a gobernar una provincia exterior para consolidar su reputación y demostrar asimismo sus habilidades administrativas y militares. Su desempeño como gobernador le serviría como puente para seguir escalando en su carrera, hasta lograr hacerse con el puesto de prefecto de Roma, como objetivo final de su trayectoria.

En el templo solía regir un respetuoso silencio, alterado tan solo por los ocasionales cánticos de los sacerdotes. Aquella jornada, sin embargo, debido a la asistencia masiva de fieles, un constante murmullo reverberaba en el ambiente, amplificado por la acústica natural del edificio.

—¡Estoy en mi derecho! —Un fuerte grito quebró la relativa calma del recinto sagrado.

Casiano se puso de puntillas para ver por encima del mar de cabezas que le tapaban la vista, pero no logró sacar nada en claro. Intrigado, se fue abriendo paso a través del atrio hasta acercarse al imponente altar de sacrificios, junto al que se había dispuesto una mesa alargada. Allí, un hombre gesticulaba frenéticamente frente a la comisión de funcionarios encargada de supervisar los sacrificios y expedir los certificados.

—¡Solicitud denegada! ¡No pienso volver a repetírselo! —espetó el portavoz de la comisión—. El procedimiento establecido no contempla esa posibilidad.

El individuo que protestaba no era otro que Marcelo, que estaba dispuesto a defender su causa ante la comisión con todas sus fuerzas.

—Lo cual no quiere decir que la prohíba —rebatió el carpintero con vehemencia—. Acabo de realizar el correspondiente sacrificio, ¿no?

—Sí, y nosotros le hemos hecho entrega de su *libelo*.

—Pero aquí solo figura mi nombre. Y, como *pater familias*, exijo que amplíe el certificado a mi mujer y mis hijos. Sus nombres figuran en el censo que maneja, ¡compruébelo si quiere!

—Esa no es la cuestión —replicó el funcionario—. Si los demás miembros de su familia desean el certificado, tendrán que venir ellos mismos. ¿Qué trabajo les cuesta? Porque no serán cristianos, ¿verdad?

Marcelo palideció.

—¡Por supuesto que no! —mintió atropelladamente.

—Pues entonces, ya sabe lo que tiene que hacer. No insista más o le diré a los guardias que lo echen del templo a patadas.

Marcelo se dio cuenta de que no le convenía llamar la atención hacia sí más de lo que ya lo había hecho. Lucrecia y sus dos hijos, Félix y Livia, tendrían que traicionar al dios cristiano al que tanto adoraban o, de lo contrario, se enfrentarían a la pena de muerte.

Casiano siguió al carpintero con la mirada hasta que lo perdió de vista entre la multitud. Entonces sintió que alguien posaba una mano sobre su hombro. Se giró, y vio a un anciano que lo miraba con el ceño fruncido.

—¿Va usted a sacrificar? En tal caso, debería ponerse a la cola como todo el mundo.

Casiano murmuró una disculpa y se volvió a la entrada del templo. La respiración se le había acelerado y había comenzado a sudar profusamente. Desde que se publicó el edicto de Decio, en su

fuero interno se debatía entre dos alternativas tan antagónicas como excluyentes. Dormía mal por las noches y, durante las sesiones del Senado, se distraía con facilidad. Se enfrentaba a la decisión más trascendental de toda su vida. Más allá del plano físico, lo que se estaba jugando era el destino de su alma inmortal.

Para un verdadero cristiano, sacrificar a los dioses paganos no constituía una mera formalidad. Venerar a otros ídolos o divinidades suponía legitimarlos y reconocer su poder, lo cual no solo violaba uno de los mandamientos más importantes de su fe, sino que también resultaba incompatible con la creencia en un solo Dios verdadero. Además, llevar a cabo un acto de idolatría equivalía a renegar públicamente de Cristo, socavando el ejemplo que todo cristiano debía dar a sus hermanos, y quebrando asimismo el compromiso que había adquirido con la comunidad. ¿Y qué había de la firme creencia en la recompensa celestial? Semejante acto de apostasía conllevaría poner en peligro la promesa de vida eterna en el reino de los cielos, lo que para algunos podía resultar incluso más aterrador que el propio martirio.

Pero, igualmente, el incumplimiento del edicto podía acarrearle a Casiano consecuencias devastadoras.

Para empezar, le confiscarían todos sus bienes, lo que supondría de forma inmediata la ruina de su familia. Pero es que, además, los suyos serían socialmente degradados. De la noche a la mañana, él y su familia pasarían de nobles a plebeyos, perdiendo todos los privilegios asociados a su estatus. Por otra parte, Casiano perdería su prerrogativa de que no le sometieran a tortura —común a todos los patricios—, por el hecho de ser cristiano. Únicamente conservaría un privilegio: el de recibir una muerte rápida mediante la decapitación por espada. A los cristianos del vulgo se los condenaba al fuego, o eran arrojados a las fieras.

De repente, Casiano sintió una intensa sensación de ahogo y un fuerte dolor en el pecho, por lo que abandonó el templo a trompicones y buscó un banco donde sentarse. Un nuevo ataque de ansiedad había vuelto a asaltarlo.

***

Unos días después de su visita al templo, Casiano creía haber dado con la solución a todos sus problemas.

Otro patricio, cristiano como él, le había hablado de un individuo que vendía falsos certificados. *A priori*, parecía la mejor salida posible al dilema al que se enfrentaba: poseer uno de aquellos *libelos* podría librarle de la tortura, el martirio y la muerte sin tener que sacrificar a los dioses, conservando intacta su condición de cristiano.

Casiano se dirigió hacia la zona portuaria, a orillas del Tíber. Embarcaciones atracadas a lo largo de los muelles suministraban mercancías procedentes de todo el Imperio. El aire estaba cargado con una mezcla de aromas intensos, entre los que prevalecía el de pescado fresco. La persona que le habían referido recibía a sus "clientes" en una oscura taberna llamada «La jarcia del marinero».

El interior estaba tenuemente iluminado por unas pocas lámparas de aceite, así como por un pequeño hogar de leña cuya luz anaranjada pugnaba por ahuyentar la penumbra dominante. Las mesas y bancos de madera, toscamente labrados, mostraban las cicatrices de incontables noches de riñas y altercados. El suelo de tierra batida estaba cubierto de paja sucia, que absorbía el vino que se derramaba.

El senador preguntó en la barra por el tipo que buscaba, un tal Varro. El tabernero escrutó a Casiano con la mirada y, sin decir una sola palabra, señaló al fondo de la estancia.

—Gracias.

Casiano avanzó con cautela entre las mesas hasta alcanzar una pesada cortina de lino, tras la cual había un pasillo atestado de barriles de cerveza, que desembocaba en una solitaria habitación. Lo atravesó y golpeó la puerta con los nudillos.

—¡Pase!

La estancia olía a una mezcla de sudor rancio y vapores etílicos. Sentado tras una mesa cubierta de pergaminos enrollados e instrumentos de escritura, se hallaba un hombre de aspecto ratonil que tamborileaba la superficie de madera con los dedos.

—Usted debe de ser Varro, ¿verdad? —preguntó Casiano.

—Y usted un cristiano necesitado de que lo salven… ¿Me equivoco? —Varro captó de inmediato cómo se torcía el gesto de Casiano ante su comentario pretendidamente ingenioso—. Es una broma de mal gusto, lo sé. Pero no puedo resistirme a hacerla.

—Debería mostrar más respeto por las creencias de los demás, especialmente si no las comprende —le recriminó el senador.

—Está bien, está bien. No nos pongamos melodramáticos. Tenemos asuntos que atender y el tiempo es oro. ¿Quiere o no quiere que le prepare un *libelo*?

Casiano tomó asiento en una desvencijada silla que había frente a la mesa y se centró en el asunto que le había llevado hasta allí.

—¿Hasta qué punto sus falsificaciones son de garantía?

—Por eso no tiene que preocuparse. La mayoría de los falsos *libelos* que saturan el mercado negro no superarían ni una inspección rutinaria. Mi método, por el contrario, va mucho más allá de una burda imitación.

—Eso suena bastante pretencioso. ¿Cómo puede afirmarlo con tanta seguridad?

—Se lo explicaré, es muy sencillo. Yo formo parte de una de las comisiones encargadas de supervisar el cumplimiento del decreto de Decio, lo cual facilita mucho las cosas. Aquí, con toda la calma del mundo, me dedico a preparar el documento hasta el último detalle. Luego me llevo los rollos conmigo al templo y, cuando nadie está prestando atención, estampo el sello oficial sobre los *libelos* falsificados. Los certificados que yo expido, por tanto, son en la práctica indistinguibles de uno real.

Varro tomó uno de sus trabajos más reciente y se lo mostró al senador. La estructura de los *libelos* era siempre la misma. En el encabezado, bajo la fecha, se identificaba la comisión que había

supervisado el acto. Y a continuación, se listaban los datos personales del ciudadano en cuestión: nombre, filiación, lugar de nacimiento y de residencia, edad, honores y su declaración de lealtad religiosa y de haber cumplido con los sacrificios paganos estipulados.

Casiano tuvo que admitir que aquel funcionario corrupto había montado un negocio muy bien organizado, a la par que lucrativo.

—¿Y qué hay de la discreción?

—Como comprenderá, soy una tumba. A mí me interesa tanto como a usted que nada de esto se descubra. Si se supiese lo que hago, me enfrentaría a un severo castigo.

—¿Y el precio? ¿Cuánto estás pidiendo?

—Diez mil sestercios. Por adelantado, por supuesto.

Casiano dejó escapar un ligero silbido. Aquella cantidad suponía una pequeña fortuna, equivalente a varios años de salario para un soldado.

—¿No le parece demasiado?

Aunque Casiano podía hacer frente al pago, tampoco perdía nada por intentar regatear el precio.

—¿Demasiado? ¿Qué precio le pone usted a la vida, o a la fe que dice profesar con tanto fervor?

La aguda réplica de Varro despertó por primera vez en Casiano cierto asomo de duda acerca de lo que estaba a punto de hacer. Éticamente hablando, ¿se trataba de un acto inocuo, o atentaba contra la moral?

—Está bien, no pienso discutir. —Casiano deslizó una voluminosa bolsa de monedas sobre la mesa y desató la correa que la cerraba—. Pero no llevo tanto encima.

—Eso no será un problema, me fío de usted. Págueme ahora la mitad, y el resto cuando le entregue el *libelo* sellado. Y, si le parece, me puede ir proporcionando toda la información que requiero saber.

Casiano suspiró y comenzó dándole su nombre completo.

***

Tan solo una semana después, inspectores de la administración romana se presentaron sin previo aviso en la residencia de Casiano. Al frente de la comitiva se hallaba un magistrado civil, escoltado por dos secretarios administrativos. Una cuadrilla de soldados los acompañaba a escasa distancia.

Casiano sabía que aquella visita se produciría tarde o temprano, de modo que estaba preparado.

—Señor, me temo que en nuestros registros no consta que usted haya realizado los sacrificios decretados por el emperador. Y, como bien sabe, ni siquiera los ciudadanos de su rango están exentos de ser arrestados y puestos a disposición de un tribunal.

Casiano fingió inmediatamente sentirse sorprendido.

—¿Cómo? Debe de tratarse de un error. Yo sacrifiqué en el templo de Saturno. Estoy seguro de que muchos fieles me vieron allí.

—Eso no basta. Salvo que posea usted el certificado que lo acredite, tendrá que acompañarnos.

—¡Por supuesto que lo tengo! Voy a buscarlo, ahora mismo se lo traigo.

Casiano se perdió en el interior de su elegante *domus* y regresó dos minutos después.

—Compruébelo usted mismo —dijo tendiéndole el *libelo* al magistrado civil.

—Gracias, déjeme verlo.

El magistrado desplegó el rollo de pergamino y comenzó a revisarlo cuidadosamente.

—¿Lo ve? Ya se lo dije.

—Un momento… —El magistrado frunció el ceño y se inclinó sobre el documento para examinarlo más de cerca.

Casiano tragó saliva y procuró aparentar una calma que en verdad no sentía.

—¿Ocurre algo?

El magistrado alzó el rostro y miró fijamente a Casiano.

—No, nada. Todo está en orden, senador. Lamento mucho las molestias.

Cuando la comitiva abandonó su propiedad, Casiano sintió un profundo alivio. Entonces elevó una oración al cielo para mostrar su gratitud.

14

El tribunal donde Fabio impartía justicia se hallaba en la basílica Julia, en uno de los extremos de su nave central.

Desde hacía unos días, se le acumulaban las causas contra los ciudadanos que no habían sacrificado a los dioses dentro de la fecha establecida. La mayoría eran cristianos, aunque no todos. Algunos, sencillamente, se habían despistado o no habían prestado atención al edicto del emperador.

Sentado en su tribuna, situada sobre una elevación, Fabio presidía la sesión judicial cumplidamente togado. A su lado, tras una mesa alargada, varios ujieres y escribas, provistos de estiletes y tablillas de cera, tomaban nota de los interrogatorios y de las sentencias del magistrado. Repartidos por toda la sala, soldados y lictores velaban por el buen desarrollo del proceso. Los acusados aguardaban de pie, emplazados frente al juez, un poco por debajo de él y separados por una balaustrada. Varias filas de bancos de madera acogían a los espectadores que asistían a las audiencias para satisfacer su curiosidad.

Fabio llamó al siguiente acusado, un anciano enjuto que mantenía la cabeza gacha. Temblaba como una hoja y se retorcía los dedos de las manos.

—¿Eres cristiano? —inquirió el magistrado estoico.

—Sí, señor.

—Conoces la ley, y también las consecuencias si insistes en quebrantarla.

—Yo soy inocente. ¿De qué se me acusa?

—No se requiere la comisión de ningún delito en particular, el solo hecho de ser cristiano ya es motivo suficiente. Tu secta rehúsa dar culto a los dioses, lo que se considera un ataque a la paz y estabilidad religiosa del Imperio. —Fabio señaló un pequeño altar de Júpiter dispuesto en la sala, que incluía una estatuilla de Decio—. Sin embargo, si quemas unos granos de incienso ante la efigie del emperador y ruegas por su fortuna, te liberaremos inmediatamente.

—El emperador se considera un dios en la tierra, pero no lo es. Si quemase incienso en su honor, estaría apostatando.

Contrariado, Fabio apretó la mandíbula. Hasta el momento, la mañana había transcurrido con bastante tranquilidad. Los acusados que habían comparecido ante él habían cumplido con el ritual ante el altar para evitar la tortura o la muerte. Incluidos muchos cristianos que, enfrentados a la perspectiva de un sufrimiento atroz, habían preferido traicionar su fe antes que convertirse en mártires por la causa.

Fabio descendió del estrado y se situó a escasos centímetros del anciano.

—Acompáñame hasta el altar —pidió.

—No pienso sacrificar.

Fabio no comprendía aquella obstinación. Como estoico, cumplir con los rituales y leyes del Imperio constituía una parte esencial de la vida virtuosa y un deber hacia la sociedad. ¿Por qué los cristianos tenían que entenderlo como una traición a su fe, en vez de una simple formalidad necesaria para la cohesión social y la estabilidad del Estado?

El anciano, aunque enrocado en su postura, no dejaba al mismo tiempo de dar numerosas muestras de nerviosismo. Fabio lo tomó por el brazo y lo condujo unos pasos hasta situarlo ante el altar.

—Vamos, toma unos granos de incienso y acabemos con esto de una vez.

El anciano movía los labios, aunque ninguna palabra brotaba de su boca; parecía que rezaba a su dios. Fabio asió su mano con firmeza, se la extendió y depositó unos granos de incienso sobre su palma, manejándolo como a una marioneta.

—Arrójalos a los carbones ardientes —insistió—. Con eso bastará.

Por mucho que Fabio no entendiese a los cristianos, tampoco estaba dispuesto a condenarlos por un decreto cuyas penas consideraba excesivas.

El anciano se había quedado como petrificado, salvo por los temblores de la mano que continuaba extendida. Finalmente, el

propio Fabio agarró la muñeca del anciano y dio una fuerte sacudida en dirección al altar. Los granos de incienso salieron despedidos como pétalos al viento y cayeron sobre el fuego sagrado.

—Que conste en acta que el acusado ha cumplido con su deber de ciudadano —dictaminó Fabio—. Eres libre de marcharte.

El anciano, aun desconcertado por lo acababa de ocurrir, comenzó a gemir como un animal desvalido. Fabio ignoraba si lloraba de alivio, o de culpabilidad por cómo se había resuelto el asunto. Mediante su ardid, quizá había frustrado su deseo de convertirse en mártir.

Una pareja de lictores se encargó de sacar al anciano fuera de la sala y el procedimiento continuó según lo previsto.

Poco después, la familia de Marcelo, el carpintero, fue conducida ante el tribunal de justicia.

Lucrecia y los mellizos, Félix y Livia, se apoyaron en la balaustrada, situada a escasos metros del juez. Marcelo, sentado entre el público presente en la sala, se mostraba inquieto y golpeaba el suelo repetidamente con los pies. No había podido obtener un *libelo* que amparase a toda la familia y se culpaba por ello.

Fabio se dirigió primero hacia la mujer y recitó la fórmula acostumbrada. Lucrecia reconoció ser cristiana, y el magistrado le dio la oportunidad de sacrificar ante el altar. Si lo hacía, podría marcharse sin mayores inconvenientes.

Lucrecia se giró y miró a su marido. Ella no quería rendir honores a los dioses paganos, y menos aún a la imagen del emperador, pero se había comprometido a ello para que sus hijos siguiesen su ejemplo. Marcelo asintió levemente con la cabeza para recordarle la promesa que ella le había hecho.

Lentamente, la mujer se encaminó hacia el altar. Se sentía rota por dentro y luchaba por contener las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos. Pese a todo, mantuvo la compostura, cogió un puñado de incienso y se volvió hacia sus hijos. Tanto Félix como

Livia lloraban por ella, sabedores de que se disponía a traicionar sus creencias más sagradas.

Tras realizar el sacrificio, Fabio la liberó de la acusación que pesaba sobre ella. Lucrecia fue entonces a ocupar un lugar en el banco junto a Marcelo, que le apretó suavemente la mano.

—Has hecho lo correcto —murmuró el carpintero.

Ella no las tenía todas consigo. Aún no estaba claro si los cristianos que apostatasen públicamente serían o no admitidos de nuevo en el seno de la Iglesia.

A continuación, Fabio inició el procedimiento contra Félix.

—Acabemos con esto cuanto antes, muchacho. Tu madre acaba de sacrificar, ya has visto que no es tan complicado.

Félix se pasó la mano por los rizos de su cabeza. Miró a sus padres, y pudo ver en sus rostros la angustia que los atenazaba. Dócilmente, se desplazó hasta el altar y, al contemplar la estatuilla de Júpiter, su respiración se aceleró sin remedio. Los segundos que transcurrieron a continuación se hicieron eternos hasta que, por fin, tomó unos granos de incienso… Para sorpresa de todos, acabó arrojándolos al suelo.

—¡No pienso renegar de Jesús!

Marcelo y Lucrecia dieron un salto y, alarmados, le suplicaron que acatase la voluntad del magistrado.

En circunstancias normales, Fabio habría ordenado mantener el silencio en la sala pero, en este caso, la interrupción favorecía sus intereses. Tanto los padres del muchacho como él perseguían el mismo objetivo: que Félix sacrificase.

—«El que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí. El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará» —recitó Félix desafiando al tribunal.

Lucrecia reconoció aquel pasaje, procedente del evangelio de Mateo. Marcelo le dedicó a su esposa una mirada de reproche. Su impetuoso hijo estaba poniendo su vida en peligro por las creencias que ella le había inculcado. ¿Y cuántas veces la había advertido de aquel peligro?

Fabio conservó la calma y se aproximó a Félix exhibiendo un gesto firme, pero no exento de cierta complicidad.

—Muchacho, tienes un valor digno de admiración. Sin embargo, mi deber es hacer cumplir la ley.

—Si cree que por ser cristiano merezco que me condenen, haga lo que mejor considere.

—Te estarías condenando tú mismo… Lo cual considero todo un desperdicio, aún tienes toda la vida por delante.

Félix miró al magistrado, reflejando por primera vez cierto gesto de vacilación.

—Y no morirías de cualquier forma —insistió Fabio, consciente de que sus palabras comenzaban a hacer mella en el muchacho—. Sufrirías una muerte horrible, ante una muchedumbre para la que constituiría un mero espectáculo. La hoguera sería uno de tus posibles finales. ¿Te haces una idea de lo que significa perecer abrasado por el fuego? ¿O acaso que te arrojen a las fieras del circo romano te parece un final menos aterrador?

—No tengo miedo… —murmuró Félix con un hilo de voz.

Pero sí que lo tenía. Y mucho. Los dientes le castañeteaban y parpadeaba sin parar. Fabio sabía que, si perseveraba, terminaría doblegando la voluntad del muchacho.

—Tu madre ha sacrificado y no ha pasado nada. Es un simple gesto, no lo pienses tanto. Tus padres te lo están suplicando. ¿Te has parado a pensar en el inmenso dolor que les causarías si siguieses adelante?

Félix, finalmente, pareció derrumbarse. Agachó la cabeza y comenzó a sollozar como un niño pequeño. Con la mirada perdida, tomó un bastoncito de incienso y lo depositó sobre el carbón encendido. El sacrificio se había consumado.

Fabio dictó sentencia y los ujieres lo recogieron por escrito. Arrastrando lentamente los pies, Félix alcanzó el banco que ocupaban sus padres, quienes lo recibieron con los brazos abiertos.

El magistrado estoico regresó a su estrado, se acomodó en el sillón y consultó el documento que le habían facilitado. De aquella

familia cristiana únicamente quedaba la hija.

—Livia, ¿eres cristiana?

—Sí.

—Bien, eso no me importa siempre y cuando sacrifiques ante la efigie del emperador. Adelante.

Livia, sin embargo, no se movió del sitio que ocupaba, dando a entender que no pensaba dar facilidades. Su padre reaccionó de forma inmediata: saltando como un resorte, le rogó a su hija que obedeciese al magistrado. De nuevo, Fabio permitió que una conducta tan irregular tuviese lugar en su sala. La intervención de la familia de la muchacha ayudaría a allanar el camino.

—Vamos, Livia —terció Fabio—. Ya has oído a tu padre.

La joven, que conservaba una serenidad pasmosa para alguien que se enfrentaba a la perspectiva de su propia muerte, no parecía darse por aludida.

A continuación, fue Lucrecia quien intermedió para persuadir a su hija.

—Hemos hecho lo que hemos podido, hija mía. Dios es misericordioso, encontrará la forma de perdonarnos.

Su hermano, en cambio, no intervino. A Félix aún se le veía visiblemente apesadumbrado.

Como Livia permanecía a impasible a los ruegos de su familia, Fabio asumió de nuevo las riendas de la situación. El magistrado se acercó hasta ella y le preguntó:

—¿Cuántos años tienes?

—Quince…

Fabio la observó con detenimiento. La delgadez de la muchacha, que carecía de formas marcadas, junto a la claridad de su piel, la hacían parecer una niña más que una mujer. En todo caso, como el derecho romano consideraba que las niñas alcanzaban la edad núbil a los doce años, los jueces debían tratarlas como si fuesen adultas.

—Acompáñame hasta el altar.

El magistrado asió a Livia por la muñeca, pero cuando tiró de ella, se topó con una firme resistencia. La muchacha se negaba a

moverse.

—Solo quiero hablar contigo —le susurró él—. Lo hago por tu bien.

Nada. Con la mano izquierda, Livia se aferraba a la balaustrada sin intención de soltarla. Fabio no insistió y decidió poner en práctica allí mismo todas sus dotes persuasivas. Hablándole al oído, empleó los mismos argumentos que con su hermano. Pese a todo, no dio ningún resultado. La muchacha no mostraba inquietud alguna y conservaba una calma impropia para una persona de su edad.

—Cuento con medios para hacerte cambiar de opinión. —Fabio había adoptado un tono de voz mucho menos amistoso—. Métodos que no desearía tener que aplicar, pero que no dudaré en hacerlo si me obligas a ello.

Livia continuaba con la mirada clavada en el suelo. De vez en cuando, se palpaba la pulsera que llevaba en la mano derecha, gesto que parecía darle fuerzas para resistir la fuerte presión a la que estaba siendo sometida. Se trataba, por supuesto, de la pulsera que había heredado del leproso, que desde entonces jamás se quitaba.

Finalmente, Fabio se rindió y volvió a ocupar su puesto en la tribuna.

—Ordeno el ingreso en la cárcel de la acusada para que reflexione acerca de su postura. Y espero que cuando comparezca de nuevo ante este tribunal, haya recapacitado.

Las condiciones en prisión eran tan duras, que unos días entre rejas solían bastar para doblegar la voluntad del más fervoroso de los cristianos. La persecución no tenía como finalidad la sangre de los fieles, sino su apostasía. Cuantos más cristianos sacrificasen, más débil se volvería la Iglesia. La ejecución debía constituir el último recurso, reservado tan solo para los más obstinados.

15

La litera manejada por sus habituales porteadores dejó a Plocio Varo frente al cuartel militar de la colina del Celio, donde tenía su oficina privada.

La entrada principal del edificio estaba custodiada por dos centinelas, que inmediatamente se cuadraron a su paso. El prefecto del pretorio atravesó las grandes puertas de madera reforzada con bandas de hierro, sintiendo en las rodillas el considerable peso de su cuerpo.

El patio central bullía de actividad: soldados entrenando, oficiales revisando documentos, mensajeros corriendo de un lado a otro… Plocio avanzó con paso firme y saludó brevemente a algunos militares de alto rango, aunque sin detenerse a conversar con ellos. Su mente estaba centrada en su inminente reunión con Corvus, su espía predilecto. Corvus le había hecho llegar un mensaje para concertar el encuentro. Al parecer, había hecho una serie de interesantes averiguaciones acerca de la secta cristiana.

Plocio cruzó un portón y atravesó el patio de armas, donde los legionarios practicaban maniobras de combate bajo la dirección de un instructor que corregía posturas y movimientos. El polvo salía despedido en todas direcciones y se adhería a la piel y a los uniformes. Alcanzó el otro extremo y giró a la derecha, entrando en un pasillo estrecho y sombrío, adornado con estandartes militares que ondeaban suavemente en la brisa que se colaba por las ventanas. Luego ascendió por una escalera de piedra que conducía a la sección más privada de las instalaciones.

Al llegar a la cima de la escalera, el ambiente cambió drásticamente. Aquella sección del edificio era mucho más tranquila, con menos soldados y más oficiales de inteligencia y escribas trabajando en silencio. El rasgueo de las plumas predominaba sobre cualquier otro sonido.

Finalmente, Plocio accedió a su oficina privada. Un gran escritorio de madera de roble dominaba la estancia, mientras que de las

paredes colgaban varios mapas, algunos mostrando las rutas de las legiones romanas y otros detallando las regiones bajo vigilancia. En un rincón, una pequeña mesa auxiliar sostenía una jarra de vino y varias copas de cerámica.

El prefecto del pretorio se sirvió una copa y aguardó la llegada del espía.

Al mismo tiempo, Corvus se deslizaba sigilosamente por las sombras de la colina del Celio, hasta tomar un callejón que conducía a la parte trasera del cuartel. Allí, escondido tras unos arbustos y parcialmente tapado por una pesada losa de piedra, se encontraba el acceso a un pasaje secreto.

El espía vestía una túnica de lana oscura que le llegaba hasta los tobillos y, sobre ella, un manto con capucha, que le ocultaba la mayor parte del rostro. Llevaba guantes de cuero. Sus sandalias, también de cuero, eran robustas pero discretas, y de su cinturón colgaban una pequeña bolsa con monedas y una daga pequeña para protegerse.

Cuando entró, aguardó unos segundos a que sus pupilas se acostumbrasen a la oscuridad. Las paredes del pasaje estaban cubiertas de musgo y la humedad se filtraba en el aire. Varios minutos después llegó a un recodo donde, ingeniosamente camuflada para parecer una sección del muro de piedra del túnel, había una puerta que solo se abría mediante un mecanismo oculto.

Con manos expertas, Corvus lo accionó. La puerta se abrió silenciosamente hacia el interior…

El pasadizo desembocaba en un sótano del cuartel, pensado para ser usado como ruta de escape en tiempos de emergencia.

Para moverse libremente por el edificio, Corvus llevaba un anillo de bronce, con el emblema del prefecto del pretorio grabado en la superficie. Y, por si no fuese suficiente, del cuello le colgaba un pequeño medallón de plata, grabado con una clave que solo conocían el personal de inteligencia y los oficiales superiores.

Cuando entró en el despacho, el prefecto del pretorio se hallaba enfrascado en la lectura de un informe que relataba una supuesta conspiración política dentro del Senado.

—A la sombra, entre velos y tinieblas, el ojo siempre observa… —dijo Plocio alzando la cabeza del pergamino.

—… mientras la luz oculta más de lo que revela.

—Corvus, me alegro de verte. ¿Has llegado bien?

—Sin ningún problema.

Corvus se echó la capucha hacia atrás y se acabó despojando del manto que le hacía sudar profusamente. La privacidad que le ofrecía el despacho de Plocio le permitía mostrarse tal cual era, sin necesidad de artificios con que camuflarse.

—El clima no parece muy confiable últimamente —comentó Plocio—. Hace demasiado calor para esta época del año. Pero ya veo que tu profesionalidad está por encima de todo.

—No tengo opción si quiero que nadie me reconozca.

Plocio se levantó y le sirvió al espía una copa de vino.

—Entonces, has accedido por el pasaje secreto, ¿verdad?

—Por supuesto. Y, por cierto, he advertido al subir que se están llevando a cabo algunas obras en el edificio.

—Así es. Estamos instalando un nuevo sistema de drenaje para evitar las inundaciones durante las lluvias torrenciales.

Corvus tomó un trago de su copa y paladeó con gusto la bebida.

—Mi misión de infiltración ha sido todo un éxito— informó.

—¿Seguro? —inquirió Plocio.

—Del todo. Los cristianos me consideran ahora uno de los suyos.

—Me asombra tu rotundidad. ¿Qué te hace pensar que no has levantado sospechas?

—Vamos, Plocio. ¿Quién sospecharía de alguien tan joven como yo, y de aspecto tan frágil e inocente?

El prefecto del pretorio no podía cuestionar aquella lógica. Él mismo había preparado a Corvus para que usase aquellas armas, y otra aún mucho más poderosa.

—¿Y cómo lo has conseguido?

—En realidad, no resultó tan difícil. Al contrario que los cultos de Isis o Mitra, cuyos seguidores se muestran muy celosos de sus enseñanzas y extremadamente restrictivos con sus rituales de iniciación, la Iglesia cristiana mantiene una actitud más abierta a la hora de aceptar a nuevos fieles.

—Bien, bien. ¿Y qué has averiguado?

—Todo ese asunto de los cuerpos de los bebés abandonados que los cristianos se llevaban, no tenía nada que ver con lo que pensábamos. Los rumores que circulan en torno al canibalismo de seres humanos durante sus rituales son completamente falsos.

—Yo nunca les había dado la menor verosimilitud. Pero…, ¿qué hacen entonces con los cuerpos de los niños?

—Los recogen para darles sepultura en sus cementerios subterráneos.

Plocio se quedó en silencio un momento, intentando encontrarle algún sentido a aquello.

—Sí, pero ¿por qué? ¿Qué ganan ellos con eso?

—Nada. Ellos actúan conforme a sus enseñanzas sobre la compasión y el amor al prójimo. La vida, dicen, es un regalo de su dios, y por eso consideran que, independientemente de las circunstancias, todas las vidas son valiosas, incluso en la muerte. —Corvus le dedicó a su interlocutor una mirada sincera—. Y, personalmente, confieso que encuentro esa filosofía digna de elogio.

—¿Cómo? ¿Acaso te has dejado seducir por las enseñanzas de esos sectarios?

—¡Por supuesto que no, tranquilo! Tan solo es un comentario.

—Eso espero… —El prefecto del pretorio carraspeó antes de formular la siguiente pregunta—: Entonces, ¿has estado en sus cementerios?

—Conozco las catacumbas, sí. He de decir que son lugares idóneos para esconderse. Y cuentan con decenas de ellas, puede que más.

—Interesante. Pronto iremos a por sus líderes, así que la información que nos proporciones podría resultar vital —señaló

Plocio—. ¿Y qué hay de sus rituales? ¿Alguna cosa digna de mención que deba saber?

—Nada de particular. Son extremadamente sencillos, anodinos incluso. De diabólicos no tienen nada.

Plocio se acercó hasta una ventana, que tenía vistas al patio de armas.

—Todo esto es interesante, Corvus. Pero si me has pedido una reunión, solo puede significar que has averiguado algo mucho más jugoso.

Una taimada sonrisa se perfiló en los labios del espía.

—Me conoces muy bien, Plocio.

—Soy todo oídos. ¿De qué se trata?

—He descubierto una trama de compraventa de *libelos* falsos.

Plocio enarcó las cejas.

—De eso ya estamos al corriente. Los falsificadores tienen más trabajo que nunca, ¿cómo iban a dejar escapar una oportunidad como esta? Afortunadamente, las autoridades están sobre aviso y, poniendo el debido cuidado en la revisión de los certificados, detectan las falsificaciones con relativa facilidad.

—No de la trama a la que yo me estoy refiriendo. Me consta que hay alguien vendiendo *libelos* falsos totalmente indetectables incluso a los ojos más expertos.

—¿De qué estás hablando?

—De unos certificados emitidos por un funcionario de la administración, miembro de una de las comisiones encargadas de supervisar el cumplimiento de los sacrificios. Tiene tanto el conocimiento como el acceso al material necesario, incluido el sello oficial. ¿Entiendes ahora por qué son falsificaciones perfectas?

El prefecto del pretorio dio un golpe en la mesa para expresar su contrariedad.

—¡No me lo puedo creer!

—A este tipo de *libelos* solo tienen acceso ciudadanos de muy elevada posición. Los precios que pide el falsificador son prohibitivos para el común de la población.

—¿Te das cuenta? ¡En el fondo, los cristianos son unos cobardes! ¡Unos hipócritas!

—Yo no me atrevería a juzgar a aquellos que han optado por ese camino. En su posición, y disponiendo de los medios, probablemente yo hubiese hecho lo mismo.

Plocio movió la mano en el aire en un gesto desdeñoso.

—Necesito nombres, Corvus. Los patricios que nos hayan engañado lo pagarán con la confiscación de todo su patrimonio. Y, sobre todo, quiero la identidad de nuestro funcionario corrupto. Ya me ocuparé yo de hacérselo pagar caro. Pasará el resto de sus días en las minas de Numidia.

—Estoy en ello, pero todo lo relacionado con ese asunto se lleva con una discreción extraordinaria. Y yo acabo de llegar, no tengo peso en la organización.

—Tienes razón, pero el tiempo juega a tu favor. Gánate la confianza de tantos cristianos como puedas. Sobre todo, de los más influyentes.

—Lo haré, no lo dudes.

—Buen trabajo, Corvus. Me siento orgulloso de tus logros. —Plocio rellenó su copa e hizo lo mismo con la de su protegido—. Y, por cierto, supongo que ya te habrás dado cuenta del sacrificio que suponen las misiones de infiltración. Especialmente, por lo incierto de su duración.

—Sí, soy consciente de ello. El trabajo puede extenderse tanto como lo requiera la investigación. Pero eso no me resulta un problema.

—Podría llevarte varios meses…

Corvus se encogió de hombros.

—¿Qué me estoy perdiendo? ¿La ciudad ofrece algo interesante últimamente?

—No demasiado —repuso Plocio—. Hace poco se estrenó una obra en el teatro de Pompeyo que está gozando de un éxito considerable. Se basa en los trabajos de Hércules.

—Me habría gustado verla —admitió Corvus.

—También han abierto una nueva taberna en el Foro Boario —y añadió en tono confidente—. He oído que sirven un vino de Hispania excepcional.

—Bueno, la taberna seguirá ahí cuando mi vida recupere la normalidad.

—Cierto —convino Plocio—. ¿Un brindis por la inevitable caída de los cristianos?

16

Marsonia (provincia romana de Dalmacia)

Horacio y Ardala, junto a su hija Verina, abandonaron Roma para eludir el cumplimiento del edicto que los obligaba a apostatar de su fe si querían salvar la vida. No se sintieron culpables porque la Iglesia aprobaba aquella medida. Se trasladarían al pueblo natal de Ardala, situado en la provincia de Dalmacia, donde su hermano podría ofrecerles cobijo.

Para la primera parte del desplazamiento hicieron uso de un carro tirado por un burro. Aunque habían partido con lo mínimo, algo de ropa y las provisiones necesarias, los instrumentos de trabajo de Horacio pesaban demasiado como para haber ido a pie. Además del torno, que era lo más voluminoso, también llevaba sus herramientas de modelado —espátulas, cinceles y cuchillas—, y los instrumentos de medición. Para sostener a la familia, Horacio ejercería su oficio de alfarero en su nuevo destino.

Siguiendo la Vía Flaminia, que conectaba Roma con el norte de la península, pusieron rumbo al noreste con destino a Aquileia. Por las noches se hospedaron en posadas, salvo cuando encontraron refugio al calor de las comunidades cristianas con que se toparon por el camino. La segunda parte del viaje la hicieron por vía marítima, mucho más rápida, navegando por la costa del Adriático hasta el puerto de Salona y, desde allí, se valieron de nuevo del carro para ir hasta Marsonia.

La visión del pequeño pueblo en la distancia, ubicado en la fértil llanura que le servía de lecho, suscitó en Ardala un remolino de emociones. El aire fresco, la fragancia de las flores silvestres, el trinar de los pájaros y el abrazo de la frondosa vegetación… Todo le recordaba la simplicidad y la paz que había dejado atrás al mudarse a Roma.

La vida de Ardala dio un vuelco inimaginable cuando, con motivo del festival de la cosecha, conoció a un grupo de artesanos

itinerantes, entre los cuales se hallaba un joven y apuesto romano llamado Horacio. El alfarero había decidido emprender un extenso viaje por el Imperio para enriquecer sus conocimientos y habilidades. Su maestro le había enseñado que el verdadero arte de la alfarería no solo residía en la técnica, sino también en la inspiración y en la diversidad de estilos y tradiciones locales.

La conexión entre los dos fue prácticamente instantánea, y la chispa del amor, una consecuencia inevitable. Pero lo que favoreció su rápida unión fue el hecho de que ambos compartiesen la fe cristiana. Cuando Horacio regresó a Roma, lo hizo junto a Ardala ya convertida en su esposa.

Cuando la mujer se internó en Marsonia, reconoció al momento sus edificios y calles, como si nunca se hubiese ausentado, pese a llevar fuera más de una década. En realidad, no había cambiado casi nada. Salvo por sus habitantes, visiblemente más envejecidos, el tiempo parecía haberse detenido en aquella modesta población rural alejada de las grandes ciudades. Ardala sintió una extraña paz, como si el pasado y el presente se fusionasen en un abrazo reconfortante.

Sus antiguos vecinos, sin embargo, la recibieron con indiferencia, e incluso cierta desconfianza. Quizá no la recordaban, lo que habría explicado las miradas de suspicacia… O, a lo mejor, todo lo contrario: la habían reconocido y no habían olvidado que era cristiana.

Su hermano Batarius solía enviarle dos o tres cartas al año. Y por ellas sabía que la fama de los cristianos había empeorado a lo largo de los últimos años, coincidiendo con la crisis del campo. La sombra de una hambruna revoloteaba sobre Marsonia, y el miedo se reflejaba en la faz de sus habitantes.

Dejaron el pueblo atrás. El corazón de Ardala comenzó a latir más deprisa cuando tomaron el camino que conducía hasta su antiguo hogar, del que se conocía hasta el más mínimo detalle de cada roca y arboleda. Pronto divisó, al alcanzar la cima de una cuesta, la granja familiar, y no pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas. Los últimos rayos de sol acariciaban la techumbre de la

casa, muy bien conservada. Una brisa fresca, que traía consigo el aroma a resina, mecía los campos de cereales sembrados en terrazas.

Horacio arreó al burro y el carromato inició el descenso que desembocaba en la granja. La niña, Verina, guardaba silencio, desconcertada por la emoción que había inundado a su madre.

La primera figura que apareció a la vista fue la de un robusto joven, en el que Ardala no tardó en identificar a su sobrino Dardanus. Este llamó al resto de la familia, que observó extrañada el carro que se aproximaba. Habían salido de Roma de forma tan precipitada, que Ardala ni siquiera había podido avisar de su llegada.

Cuando por fin Batarius reconoció a Ardala, corrió hasta ella y la estrechó entre sus brazos. Aunque se alegraba de verla, también estaba preocupado. Su inesperada presencia allí sugería malas noticias.

—¿Qué ocurre? —inquirió.

—En Roma están persiguiendo a los cristianos.

***

Con la aparición de Ardala y su familia, todos tuvieron que apretujarse un poco para darles cabida. Provisionalmente, Batarius y Epulonia les cedieron su habitación y se trasladaron a dormir a la sala común. Ya construirían un anexo en el lateral derecho de la casa más adelante para solucionar la falta de espacio.

Horacio debía ponerse a trabajar lo antes posible ya que, tras los gastos del viaje, se había quedado sin ahorros. Así pues, acondicionaron rápidamente un cobertizo, donde instaló el torno y sus herramientas de modelado hasta convertirlo en un taller funcional. En cuanto hubiese confeccionado suficientes piezas como para conformar una colección, las vendería en la plaza del mercado.

Daesina estaba encantada con la presencia de sus tíos allí. Y, más en particular, con la de su prima Verina. Ambas niñas, que tenían la misma edad, habían congeniado desde el principio. No solo jugaban

juntas, sino que también compartían las tareas cotidianas de la granja. Incluso Glaukias, que llevaba un tiempo decaído desde que le hubiesen prohibido ver al viejo Segovesus, se animó un poco con la llegada de su prima. Ardala, por su parte, ayudaba a Epulonia con las tareas domésticas y remendaba las prendas peor conservadas.

Las noticias que Ardala traía de Roma eran preocupantes. Por suerte —y para gran alivio de todos ellos—, no les constaba que en la provincia de Dalmacia se estuviese aplicando el edicto de Decio. Sin embargo, no todo pintaba tan bien. Batarius advirtió a su hermana de la enorme tensión que se respiraba en la región por culpa de la crisis del campo. Y de que los cristianos de Marsonia se sentían cada vez más señalados.

***

Horacio trabajó con tanto ahínco, que en apenas unos días había logrado reunir las piezas suficientes como para acudir al mercado. Batarius decidió acompañarlo debido al evidente origen foráneo de su cuñado, como bien denotaba el tono pelirrojo de su cabello. Aunque el fornido campesino no era especialmente popular debido a su condición de cristiano, al menos era un reconocido habitante de Marsonia, lo cual serviría a Horacio de aval ante sus nuevos vecinos.

Montaron el puesto a una hora temprana. Previamente, Batarius se había encargado de obtener los permisos necesarios. El lugar que les había correspondido estaba un poco apartado, sin embargo, dadas las circunstancias tampoco podían quejarse. Horacio expuso todas las piezas de cerámica que había confeccionado sobre la mesa: jarras, cuencos, platos, copas y vasos; es decir, artículos cotidianos que tenían un claro fin práctico.

En cuanto el mercado comenzó a cobrar vida, Horacio se dio cuenta de que los visitantes no paraban en su puesto y pasaban de largo. Miraban desde la distancia, con curiosidad disimulada, pero nadie se aproximaba, y menos aún compraban su cerámica.

—No me lo explico —comentó el alfarero.

—Yo sí —repuso Batarius—. ¿Ves a ese hombre de ahí? —añadió señalando con la cabeza—. Pues cada vez que alguien llega a la plaza se acerca a decirles algo. Supongo que los previene de nuestra presencia aquí y les insta a ignorarnos.

—¿Por qué? ¿Quién es?

—Tascius. Un influyente miembro del consejo local.

—¿Y por qué está haciendo eso?

—La respuesta es más sencilla de lo que parece. El yerno de Tascius también es alfarero. Tu negocio, por tanto, podría perjudicar seriamente sus intereses.

De repente, como si los hubiese escuchado, Tascius se dirigió hacia el puesto de Horacio y, tras echar un rápido vistazo, despreció con una mueca las piezas expuestas.

—No parece que hasta ahora la mañana os haya ido muy bien —comentó cínicamente.

—Tascius, te presento al marido de mi hermana, Horacio. Su trabajo goza de un gran reconocimiento en Roma —dijo Batarius—. Se están alojando en mi casa y, de momento, han venido para quedarse.

—Lo sé, las noticias vuelan en Marsonia.

—No soy estúpido, Tascius. Sé que lo estás saboteando.

—¿De verdad? A lo mejor es que la gente simplemente prefiere comprarle a uno de los nuestros antes que a un extranjero. Para mí tiene todo el sentido del mundo.

—La gente no es libre de elegir mientras tú los sigas cohibiendo —insistió Batarius.

Tascius ignoró al campesino y, dirigiéndose directamente a Horacio, le manifestó lo siguiente:

—Si aceptas un consejo, márchate. Algo me dice que aquí tienes muy poco futuro.

Y, sin esperar respuesta, se alejó de allí exhibiendo una mueca desafiante, acentuada por su característica nariz aguileña.

El resto de la mañana continuó por los mismos derroteros, hasta que un individuo bien parecido se acercó por fin al puesto y examinó

con atención la cerámica de Horacio.

—Vaya, son magníficas… —murmuró verdaderamente impresionado.

Los elogios estaban justificados. Frente a la tradicional cerámica local, Horacio empleaba un estilo más innovador, integrando elementos de diseño clásico con influencias modernas. Además, sus meticulosos acabados reflejaban su talento natural para la alfarería.

El cliente no lo dudó y adquirió varias piezas. Los precios tampoco suponían un obstáculo, pues eran similares a los de la competencia.

—Felicidades —dijo Batarius—. Acabas de completar tu primera venta. Ese cliente goza de una posición particularmente desahogada, así que no se ha dejado influir por Tascius con tanta facilidad.

En cuanto se rompió el hielo, otros clientes se atrevieron a seguir sus pasos, y las ventas comenzaron a cobrar impulso.

El giro de los acontecimientos provocó entonces el inesperado regreso de Tascius, visiblemente frustrado.

—¡Batarius, ya estoy harto de ti y de tu familia! —espetó con el rostro rojo de indignación—. ¡No sabéis más que causar problemas!

—¿Problemas? ¿De qué estás hablando?

—En la festividad de la Ambarvalia te pedí por el bien de la comunidad que te unieses al resto de los campesinos durante la procesión, pero te negaste sin pensártelo dos veces. Y ahora esto. ¡En Marsonia no necesitamos más alfareros!

De forma impulsiva, Tascius le dio un manotazo a un jarrón, que acabó hecho pedazos en el suelo.

—Eso tendrás que pagarlo —advirtió Batarius.

—¿Quién, yo? Ni de broma… Ha sido un accidente.

—Lo has hecho a propósito. Todo el mundo lo ha visto.

—Adiós, no pienso perder más el tiempo contigo.

Batarius trató de ir tras él, pero Horacio lo sujetó del brazo para impedírselo.

—Olvídalo. No merece la pena. Las ganancias compensan con creces la pérdida de esa pieza.

***

Batarius, a pesar de todo, se negó a dejar pasar el incidente e interpuso una denuncia ante las autoridades locales. Los esfuerzos de Horacio para intentar disuadirlo fueron en vano. Por supuesto, el valor económico del jarrón era lo de menos: tal como Batarius lo veía, se trataba de una cuestión de respeto. El comportamiento de Tascius había sido inaceptable y, si se dejaba avasallar sin tomar medidas, el resto del pueblo lo acabaría tratando de la misma manera.

Tan solo unos días después, los protagonistas de la disputa se dieron cita en un pequeño edificio situado en el centro de Marsonia, que servía como sede judicial y administrativa. Aquella mañana el cielo había amanecido gris, cargado de nubes bajas que anticipaban un día inestable.

La sala, aunque amplia, carecía de decoración salvo por varios símbolos locales y un estandarte del Imperio romano. El pleito había generado tanta expectación, que los vecinos habían llenado todas las filas de bancos. Los últimos en llegar se colocaron en la parte de atrás y se distribuyeron por los laterales. Batarius y Horacio habían acudido junto a sus respectivas mujeres. Epulonia y Ardala no podían ocultar su nerviosismo, pues Tascius era un hombre poderoso al que no convenía enfrentarse.

El magistrado local, llamado Eparquio, era un hombre grueso y de semblante permanentemente severo, que ocupaba un viejo estrado de madera. En virtud de su cargo, Eparquio se encargaba de impartir justicia, mantener el orden y supervisar las obras públicas. También implementaba las políticas del gobernador provincial y acataba sus preceptos, como el principal representante de la administración romana en Marsonia.

Cuando dio comienzo el juicio, el magistrado concedió la palabra al demandante para que explicase el motivo de su pretensión. Batarius resumió lo ocurrido y solicitó el pago del jarrón destrozado.

—Entonces, ¿el hecho no se produjo de forma accidental? —inquirió Eparquio.

—En absoluto —repuso el campesino—. En tal caso no habría interpuesto reclamación alguna. Tascius estaba enfadado porque la actividad de Horacio, mi cuñado, podría perjudicar los intereses de su yerno, que también es alfarero.

—Entiendo.

A continuación, el magistrado concedió al demandado el turno de réplica. Tascius no negó la acusación, porque había testigos que podían corroborarla. Además, desde su punto de vista no había hecho nada malo.

—Los artesanos locales deberían tener prioridad para vender sus productos en el mercado —arguyó en su defensa.

—Horacio contaba con los permisos correspondientes —intervino Batarius rápidamente—. Yo mismo me ocupé de gestionar los trámites necesarios.

—Aun así… —intentó replicar Tascius.

Eparquio lo interrumpió alzando la mano.

—Este caso está bastante claro —concluyó—. Condeno al demandado a pagar el coste de la pieza de cerámica objeto del litigio.

Epulonia dejó escapar un suspiro de alivio en cuanto escuchó el veredicto. Pese a todo, no podía quitarse una idea de la cabeza. ¿Por qué un hombre tan orgulloso como Tascius habría aceptado someterse a un juicio que prácticamente tenía perdido de antemano? Pagar el jarrón le habría salido mucho más barato que la humillación pública de salir derrotado.

Sin embargo, no todo había terminado. Tascius, en el último momento, solicitó al magistrado permiso para añadir algo más. Epulonia estaba a punto de conocer la respuesta que tanto la intrigaba.

—Antes de que formalice su decisión, considero mi deber aportar a la sala una información que podría dar un vuelco radical al caso. Ambos demandantes son cristianos, ¿lo sabía?

Un denso silencio se hizo en la sala. Epulonia y Ardala contenían la respiración.

—¿Y bien? ¿A dónde quiere llegar? —preguntó el magistrado.

—Recientemente ha llegado a mis oídos que el emperador Decio ha promulgado un edicto que obliga a todos los ciudadanos del Imperio a sacrificar ante los dioses romanos. Por tanto, requiero a este tribunal para que haga cumplir ahora mismo el citado mandato.

La inesperada petición levantó una exclamación en la sala. Batarius y Horacio intercambiaron una atónita mirada, no exenta de temor.

—¡Calma! ¡Silencio! —pidió Eparquio—. Estoy al corriente del edicto mencionado. Sin embargo, nuestro gobernador Octavio ha estimado no aplicarlo en el territorio que se encuentra bajo su administración. Al menos, de momento. Y, mientras así sea, mi obligación es acatar su voluntad. ¿Está claro?

—Pero, magistrado… —protestó Tascius inútilmente.

—¡Basta! He dicho mi última palabra.

La muchedumbre comenzó a murmurar y Tascius se convirtió en el centro todas las miradas.

—¡Esto no va a quedar así! —masculló a Batarius apretando los labios. Y, abochornado, abandonó la sala a toda velocidad, con la cabeza gacha y el orgullo maltrecho.

En su vida se había sentido tan humillado.

Mientras tenía lugar el juicio, Dardanus y los niños se habían quedado en la granja cumpliendo sus tareas. El sol se ocultaba tras un cúmulo de nubes oscuras que enturbiaban el cielo. Las temperaturas habían descendido ligeramente y el aire se había cargado de electricidad.

En el interior del establo, Daesina se disponía a enseñar a su prima Verina a ordeñar una cabra.

—Mira cómo lo hago yo… Presionas suavemente la ubre y, cuando salga el chorro, te aseguras de que caiga dentro del cubo.

¿Lo ves? Ahora tú.

—De acuerdo.

Los primeros intentos de Verina no dieron buen resultado, pues solamente consiguió extraer unas gotas de leche.

—Cierra bien tus dedos sobre la ubre y aprieta arriba y abajo —explicó Daesina—. Un poco más fuerte, no tengas miedo de lastimarla.

—Es más difícil de lo que parece.

—¡Qué va! Solo cuestión de práctica.

De pronto, la cabra se removió inquieta y a punto estuvo de volcar el cubo.

—No te preocupes, es normal. —Daesina sonrió, acentuando aún más la redondez de sus mofletes—. Cuando te pase, acaríciala y susúrrale palabras tranquilizadoras.

Verina obedeció y el animal no tardó en calmarse.

—¡Qué alivio! Creí haberla enfadado.

—Continúa, lo estás haciendo muy bien.

A partir de ese momento, el nivel del cubo fue ascendiendo de forma gradual.

—¿Y cómo es vivir en Roma? —preguntó Daesina—. ¿Es tan grande como cuentan?

—Tanto que ni podrías llegar a imaginártelo. Está repleta de edificios gigantescos y hay gente por todas partes. No tiene nada que ver con esto.

—¿Y tenías muchas amigas?

—Sí, muchas. —La cara de Verina, poblada de pecas, se iluminó y se entristeció a la vez al recordar a sus amigas.

—Yo aquí me sentía muy sola, así que me alegro mucho de que hayas venido. —A continuación, Daesina señaló con cierta timidez la pierna derecha de su prima. Además de anormalmente fina, había notado que era un poco más corta que la otra, lo que le provocaba una cierta cojera—. ¿Qué te pasó?

—De pequeña caí muy enferma. Mis padres me contaron que estuve a punto de morirme, pero que nunca perdieron la fe en el

Señor.

Cuando terminaron de ordeñar a la cabra, se pusieron a jugar un rato con Chispita. El cabrito andaba especialmente excitado y no dejaba de brincar de un sitio a otro.

—Le gustas —dijo Daesina riendo.

Las niñas se dedicaron a perseguirlo por toda la granja, alrededor de la casa y bajo el roble milenario. La cojera de Verina condicionaba sus movimientos, pero no la privaba de la diversión.

Se lo estaban pasando en grande hasta que, de repente, Dardanus apareció en escena dando un fuerte grito.

—¡Hay que recoger el heno ahora mismo!

—Pero ¡nosotras ya hemos cumplido con nuestras tareas! —protestó Daesina.

—¿Y qué? Se va a poner a llover de un momento a otro y no podemos dejar que se moje.

Las nubes que dominaban el horizonte avanzaban ahora hacia la granja. Relámpagos ocasionales iluminaban las lejanas montañas.

—Está bien. —Daesina, consciente de que el heno podía echarse a perder, accedió a la petición de Dardanus. Señaló un campo cercano y echó a caminar hacia allí—. Vamos, Verina. Mi hermano tiene razón. Tenemos que ayudarlo a transportar el forraje hasta el granero.

—Y daos prisa —las apremió Dardanus—. Yo voy a avisar a Glaukias.

El joven campesino irrumpió en la habitación de su hermano, seguro de que lo encontraría allí. En efecto, Glaukias se hallaba inclinado sobre una hoja de papiro, enfrascado en el proceso de escritura. Tal era su concentración, que dio un respingo cuando la puerta se abrió de forma repentina.

—Está a punto de llover y hay que guardar el heno sin perder un segundo.

Glaukias frunció el ceño, como si tratase de procesar la información.

—¡Vamos, muévete ya! —le gritó su hermano.

Finalmente, el muchachito se puso en pie sin protestar.

—¡¿Y por qué sigues perdiendo el tiempo con esas bobadas!? —Dardanus señaló el papiro con una mueca de desdén—. Sabes muy bien que lo tienes prohibido.

—¡No es verdad! Que no me dejen visitar a Segovesus no significa que no pueda escribir después de haberme ocupado del huerto.

—Ya estoy cansado de tus tonterías.

Dardanus apartó a su hermano de un empujón, cogió el cálamo y el papiro y los hizo pedazos en sus narices.

—¡¿Por qué has hecho eso?! —se quejó Glaukias, sin poder evitar que las lágrimas asomasen a sus ojos.

—¡Muévete! ¡El heno se mojará si no nos damos prisa! —Dardanus lo arrastró afuera sin miramientos—. Y deja de llorar, que ya no eres un niño.

CAPÍTULO QUINTO

«La virtud es el único bien que debe ser buscado por sí mismo. Las riquezas, los placeres y los honores no son verdaderos bienes, sino cosas indiferentes que pueden usarse bien o mal. La verdadera felicidad proviene de la virtud, que es suficiente en sí misma y no necesita nada más para ser perfecta. Quien posee la virtud es dueño de sí mismo y vive en armonía con la naturaleza, indiferente a los caprichos de la fortuna».

Séneca

17

Livia recibió con serenidad la orden de su encarcelamiento. Ni la privación de libertad ni el empeoramiento de sus condiciones de vida le producían ningún miedo. Pero una cosa era lo que se había imaginado, y otra muy distinta la cruda realidad a la que de verdad se enfrentaría…

El edificio de granito que servía de cárcel se erigía en el corazón de la ciudad como un bastión indestructible. Los guardias abrieron la puerta de la prisión, un pesado portón de madera reforzada que crujió ominosamente y reveló un interior húmedo y oscuro. Al cruzar el umbral, Livia fue recibida por un aire denso y viciado, impregnado de humedad y el olor acre del moho que proliferaba en las paredes de piedra.

La condujeron a través de un largo pasillo, apenas iluminado por unas pocas antorchas colocadas en soportes de hierro. Los murmullos y gemidos de los prisioneros se mezclaban con el eco distante de cadenas arrastrándose. La muchacha comenzó a darse cuenta de que entrar en la cárcel significaba mucho más que estar encerrada entre cuatro paredes.

La metieron en una celda amplia, destinada exclusivamente a los cristianos rebeldes.

La visión del lugar le produjo un horror indescriptible. Una treintena de personas, hombres y mujeres de las edades más diversas, se hacinaban como ganado, repletos de suciedad y miasmas malolientes. Livia contuvo las arcadas que le ascendieron por la garganta. Los prisioneros se sentían asqueados por los desperdicios humanos que se acumulaban en los rincones y la falta de aire. La situación empeoró cuando cerraron la puerta y todo se sumió en la oscuridad.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, Livia comenzó por fin a distinguir contornos y caras. Alguien se dirigió a ella con voz afectuosa, pero no prestó atención. Aún se sentía excesivamente conmocionada. La dueña de la voz era una mujer que quería saber

cómo se llamaba. Livia se identificó y su nombre corrió de boca en boca por si alguien la conocía.

Entonces una figura emergió entre las sombras, dando a Livia una gran alegría. Aquel prisionero no era un cristiano cualquiera, se trataba ni más ni menos que del obispo de Roma. Pese a saber que lo buscaban, Fabián no se había escondido, y las autoridades lo habían detenido en su sede acostumbrada.

—Bienvenida, hija mía —la recibió Fabián con voz suave, que resonó como un bálsamo en el silencio de la celda—. No temas, pues, aunque estas paredes son frías y oscuras, el amor de Cristo nos envuelve aquí más fuerte que nunca. Tu coraje, dada tu juventud, resulta una inspiración para todos los que te rodean. Aquí no estás sola, estás entre hermanos y hermanas en la fe.

***

La Iglesia consideraba uno de sus deberes primordiales la visita de sus fieles encarcelados. De modo que, a diario, un diácono acudía y les llevaba algo de comida. De lo contrario, habrían tenido dificultades para sobrevivir, pues allí dentro tan solo les daban agua —en cantidad insuficiente—, algo de pan duro y unas gachas insípidas.

Al día siguiente, la madre y el hermano de Livia fueron a verla. Un carcelero la condujo hasta una sala común, situada cerca de la entrada de la prisión, provista de sencillos bancos de madera donde tenían lugar los encuentros entre los prisioneros y sus familiares.

—¿Y papá? ¿No ha venido? —preguntó Livia, ante la llamativa ausencia de Marcelo.

Por toda respuesta, Lucrecia bajó la mirada. No hizo falta que dijese nada. Resultaba evidente que los recientes hechos acontecidos habían provocado un cisma en el seno de la familia.

—¿Cómo te encuentras? ¿Es tan malo este lugar como dicen?

—Es duro, pero no estoy sola. Aquí hay más cristianos, entre ellos, el obispo Fabián.

—Había oído que lo habían detenido. Salúdalo de nuestra parte.

Félix guardaba silencio. Parecía sentirse avergonzado y culpable, convencido de que debería ser él quien ocupase el lugar de su hermana.

—La próxima vez, traed algo de alimento —señaló Livia—. No para mí, sino para repartirlo entre los demás.

—Cuenta con ello, tendría que habérseme ocurrido.

Livia esbozó una melancólica sonrisa.

—¿Y cómo van las cosas en el hospital?

—Mucho trabajo, como siempre —repuso Lucrecia—. Se te echa de menos.

—Yo estoy fabricando nuevo mobiliario —apuntó Félix para hacerse valer.

La conversación se prolongó durante unos minutos más, hasta que les llegó el momento de despedirse. Intercambiaron besos y abrazos, y Lucrecia prometió visitarla al día siguiente.

Cuando Livia regresó a la celda, se dio cuenta de que su madre no había abordado la cuestión que la había llevado hasta allí, ni le había dicho en ningún momento lo que tenía que hacer o no. No le había pedido que sacrificase ante los dioses paganos, ni tampoco lo contrario. Le había concedido, por tanto, la potestad de elegir libremente.

Por la tarde, los carceleros arrojaron a un nuevo prisionero al interior de la celda. Era una muchacha de pelo corto, algo mayor que Livia, dos o tres años tal vez. Se llamaba Virginia y se veía que estaba muy asustada. Lloraba desconsoladamente y respiraba de forma agitada.

Aunque Fabián sintió lástima por ella, también lo invadió un profundo orgullo por la valentía de la que estaba haciendo gala. Virginia se había convertido al credo cristiano muy recientemente; tanto, que ni siquiera estaba bautizada. Y, pese a todo, no había dudado en anteponer su fe por delante de su integridad física.

El obispo tomó suavemente la mano de la joven y la guio hasta el centro de la estancia, donde los demás presos se congregaron alrededor de la muchacha.

—Hermanos y hermanas —comenzó, su voz firme y llena de compasión—, hemos sido llamados a este lugar no por los hombres, sino por la voluntad de Dios. No veáis estas cadenas como una carga, sino como un testimonio de nuestra fe inquebrantable. Recordad las palabras de nuestro Señor: «En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo». Nos enfrentamos a duras pruebas, sí, pero no estamos solos. Cristo está con nosotros, y en su amor encontramos la fortaleza para resistir.

De algún modo, las palabras del obispo poseían la capacidad de disipar las tinieblas que los rodeaban.

—Ahora —continuó Fabián, extendiendo sus manos en un gesto que abarcaba a todos—, unámonos en oración, pidiendo a nuestro Señor que nos dé las fuerzas necesarias para soportar lo que ha de venir, y la sabiduría para seguir su camino a pesar de las trabas.

Después de los rezos pertinentes, Virginia se sintió algo más reconfortada. Entonces miró a su alrededor y, tras avistar a Livia, se acercó tímidamente a ella. La presencia de otra muchacha de su edad le inspiró una inmediata confianza.

—¿Puedo ponerme a tu lado? —preguntó.

—Claro.

A partir de ese momento, no volvieron a separarse. Ambas agradecieron haber encontrado a una amiga en circunstancias tan amargas.

***

El calor, la estrechez y la insoportable pestilencia hacían de aquel lugar un pedazo de infierno en la tierra, donde el tiempo pasaba terriblemente despacio. Entre largos silencios y frecuentes oraciones al Altísimo, a veces tenían lugar conversaciones que iban de lo trivial a lo más elevado.

—Si esto os parece malo —dijo el hombre que más tiempo llevaba encerrado—, es que no conocéis el agujero. Eso es muchísimo peor.

Virginia, intrigada, se inclinó ligeramente hacia delante.

—¿El agujero?

—Bajo el suelo de la prisión hay una cámara que jamás ha recibido la luz del sol. Es una estancia húmeda, de bóveda rebajada y paredes tan estrechas que parecen querer estrangularte. Y, justo en el centro, se abre un agujero donde, si los guardias te tiran de cabeza, te hundes en un fango sucio y apestoso.

—¿Tú has estado allí? —preguntó Livia.

—Una vez, pero afortunadamente no me metieron en el hoyo.

Cuando llegó a oídos del obispo el tema de la conversación, intervino para ponerle fin de inmediato.

—Déjalo, por favor. Estás asustando a las muchachas.

La casualidad quiso, tan solo unos minutos después, que dos carceleros se llevasen a Fabián sin mediar explicación. Un silencio helador se adueñó del ambiente tras su marcha. Nadie apostaba por que fuesen a liberarlo precisamente.

Durante la ausencia del obispo, alguien comenzó a hablar acerca de la dudosa práctica de algunos cristianos adinerados, que empleaban sus abundantes recursos para no tener que honrar a los dioses paganos.

—¿Y cómo lo hacen? —inquirió Livia.

—Muy fácil, conocen a alguien dentro de la administración romana que les expide un *libelo* mediante el que pueden acreditar haber sacrificado.

—Pero no han sacrificado, ¿verdad? —apuntó un tercero.

—No, claro. Ahí reside la trampa.

—¿Y cómo se llama ese funcionario? —preguntó Virginia.

—Nadie lo sabe. Su identidad es un secreto muy bien guardado. Sin embargo, puedo deciros el nombre de varios cristianos que se han beneficiado de sus servicios.

La conversación degeneró en un tenso debate acerca de la ética de aquella práctica, que se vio repentinamente interrumpido por el regreso de los guardias. La puerta se abrió con un estruendo y Fabián fue arrojado al interior de un empujón.

El obispo cayó pesadamente en el suelo, como si careciese de fuerzas para sostenerse. Livia fue la primera en reaccionar. Se levantó de un salto y corrió hacia su encuentro. El horror se apoderó de ella cuando se dio cuenta de que tenía la espalda en carne viva.

—Han intentado convencerme para que cambie de postura —murmuró Fabián entre jadeos—, pero estos necios no saben que Dios está de mi lado.

Indudablemente, las autoridades romanas sabían que, si el pastor del rebaño cristiano flaqueaba, sus ovejas se sentirían mucho más perdidas.

—¡Ayudadme! —exclamó Livia—. ¡Lo han azotado!

La propia muchacha, en virtud de lo que había aprendido en el hospital de Subura, asumió las riendas de la situación.

—¡Necesito cualquier pedazo de tela limpia que podáis recuperar! ¡Y suplicad a los carceleros que traigan algo para limpiar las heridas! ¡Un poco de vino, o incluso agua con vinagre servirá!

Mientras los presos se arrancaban retazos de sus propias túnicas, Virginia comenzó a golpear la puerta de la celda para llamar a los guardias. Finalmente, uno de ellos mostró algo de piedad y les dio un poco de vinagre.

Livia se arrodilló junto al obispo y, tras humedecer un trozo de tela, comenzó a limpiar las laceraciones con delicadeza. De las heridas aún rezumaba sangre en abundancia. El obispo hubiese querido gemir de dolor, aunque apretaba los dientes para que no se le notara. Virginia le tomó de las manos y se las sostuvo con firmeza. Uno de los presos improvisó una oración, y el resto lo siguió de inmediato.

La flagelación de Fabián tan solo sirvió para unir aún más a los cristianos.

***

Livia recibió la visita de su padre el tercer día de su estancia en la cárcel.

Marcelo tenía mal aspecto. Había perdido peso y su rostro demacrado reflejaba la falta de sueño. Ante la atenta mirada de los guardias, abrazó muy fuerte a su hija, como nunca antes lo había hecho. Después se sentaron uno frente al otro.

—Livia, no deberías estar aquí. Aún eres una niña…

—Ya no soy una niña, papá.

—A mis ojos, sí. Mi pequeña…

A Marcelo no dejaba de sorprenderle la firme actitud de su hija, pese al cúmulo de adversidades a las que se enfrentaba.

—Tu madre y tu hermano sacrificaron a los dioses romanos, al igual que muchos otros cristianos. ¿Por qué no puedes hacerlo tú?

—También los hay que se han negado a hacerlo. Algunos están en las cárceles, otros han huido, o se han escondido para no ser encontrados.

—Pero… tú eres muy joven. ¿Acaso no te das cuenta de que tienes toda la vida por delante?

—Papá, aunque esta vida es un regalo, la vida eterna es la verdadera promesa.

Marcelo, desesperado, se cubrió la cara con las manos y contuvo las lágrimas. Más allá de la ira o la frustración, lo que más lo abrumaba era el miedo: un miedo profundo y visceral a perder a su hija para siempre.

—Intento comprenderte, de verdad, pero no lo consigo. ¿Qué sentido tiene morir por algo que podría resolverse con un simple acto mecánico? ¿Qué te impide seguir siendo cristiana después de haber sacrificado?

—Si niego públicamente a Cristo, estaría abriendo la puerta a la duda y a la debilidad en mi corazón, y eso sería perderme a mí misma. Mi fe no consiste solo en algo que practico en secreto, es quien soy, y no puedo traicionarlo, ni siquiera por un segundo.

Marcelo sintió que sus fuerzas lo abandonaban. La convicción inquebrantable en la voz de su hija, el peso de sus palabras, lo dejaba sin argumentos. Viendo el espíritu que ardía en sus ojos, sabía que jamás la convencería.

—Hazlo por mí, por Félix, por tu madre. ¿Has pensado en el dolor que nos provocaría tu pérdida?

Livia sintió un nudo en la garganta y bajó la mirada. Era perfectamente consciente del daño que podía causar a su familia, y eso le producía un profundo desgarro.

Ante el elocuente silencio de Livia, Marcelo optó por cambiar de tema:

—Y dime, ¿cómo te tratan aquí?

—Nos tienen en condiciones lamentables, pero sobreviviré. Aunque al obispo le han dado latigazos.

—Creo que dentro de muy poco volverán a llevarte ante el tribunal. Aguanta. Antes de irme, hablaré con uno de los carceleros y le ofreceré una compensación para que no te pase nada.

—¿Vas a sobornarlo?

—Haré lo que sea para protegerte.

Livia suspiró.

—En tal caso, incluye también a una joven cristiana llamada Virginia. Se ha convertido en mi mejor amiga aquí dentro.

Aquel mismo día se llevaron de nuevo al obispo, ante las protestas inútiles del resto. El rostro de Fabián mostraba una calma resignada; sus pasos, sin embargo, eran vacilantes, y su cuerpo temblaba ligeramente bajo el peso del sufrimiento acumulado.

Livia y Virginia intercambiaron de inmediato una mirada de preocupación. Fabián no solo no se había recuperado aún de sus heridas, sino que era un hombre mayor. No soportaría una nueva sesión de tortura sin que su vida peligrase.

Cuando la noche cayó, la preocupación se transformó en verdadero temor. El obispo no había sido devuelto a la celda, lo que

invitaba aún más al pesimismo. A pesar de que los prisioneros cristianos intentaron dormir, la incertidumbre les impidió encontrar el descanso. Cada crujido en las paredes de piedra, cada eco lejano, parecía anunciar el peor de los desenlaces.

A la mañana siguiente, la puerta se abrió de nuevo con un chirrido siniestro y los guardias arrojaron al obispo al interior de la celda. Su cuerpo cayó al suelo con un golpe sordo.

Los cristianos se apresuraron a rodearlo. Livia fue la primera en llegar a su lado y, al inclinarse sobre él, sintió un nudo de horror en el estómago. Fabián estaba irreconocible. Tenía el rostro hinchado y amoratado, y sus ropas hechas jirones, empapadas de sudor y sangre seca. Sus labios, agrietados y pálidos, apenas se movieron cuando trató de articular palabra.

—¡Agua! Hay que darle un poco de agua.

Virginia trajo a toda prisa el cuenco, y Livia vertió un poco de agua en la boca del obispo, que bebió con fruición.

—Me han tenido toda la noche en el agujero —logró articular al fin—. Pero si pretendían doblegar mi espíritu, se equivocaban. La luz de Cristo no me ha abandonado.

A continuación, Fabián pareció perder el conocimiento y se sumió en un sopor muy pesado. Después de eso, ya no volvió a despertarse. Su corazón dejó de latir y sus pulmones de inhalar y exhalar aire. Un profundo silencio se abatió sobre la celda, mientras los fieles asimilaban el destino del líder cristiano.

El obispo Fabián acababa de convertirse en mártir de la Iglesia ante sus ojos.

—Que alguien memorice la fecha de hoy para que no se olvide el día natalicio de Fabián —sugirió alguien.

La fecha de la muerte de un mártir se consideraba entre los cristianos como el día de su nacimiento a la verdadera vida.

Finalmente, Livia se acercó al oído del obispo y, con lágrimas en los ojos, susurró:

—Que tu alma vuele hacia el Señor. Te has ganado un lugar en el reino de los cielos.

18

Fabio recorría las calles del barrio de Esquilino camino de la casa de su hermano. Lucila aún se debatía entre la vida y la muerte. Solía visitar a su sobrina prácticamente todos los días, y casi siempre lo hacía a una hora parecida.

Al magistrado estoico le hubiese gustado llevar consigo la «lágrima de Cristo», pero la elusiva reliquia seguía resistiéndose a ser encontrada. Messalina, la pitonisa, le había desvelado el nombre de la persona a la que le había vendido la horquilla. Se trataba de Marcia Agripina, una mujer viuda de clase alta, poseedora de una considerable fortuna, que unos años atrás se había convertido al cristianismo. El giro inesperado se produjo cuando, tras llevar a cabo las pesquisas oportunas, Fabio descubrió que Marcia acababa de morir hacía tan solo unos días… Lo cual volvía a complicarlo todo de nuevo. Ahora todo cuanto podía hacer era hablar con sus herederos.

Fabio llegó a la *domus* de su hermano y golpeó suavemente la puerta con los nudillos. Las plantas que adornaban la entrada languidecían cada día que pasaba, como una siniestra metáfora de la vida de su sobrina. Como nadie abría, Fabio volvió a llamar con más fuerza; sin embargo, pasaron varios minutos sin que nadie acudiese a su llamada.

Aquello no tenía sentido. Si su hermano Marco no estaba en casa, al menos debía estar Servilia. La niña no podía quedarse sola. A no ser que… Fabio comenzó a ponerse en el peor de los escenarios, cuando de repente sintió que un niño tiraba de su túnica.

—¿Es usted el señor Fabio? —preguntó el crío, que no tendría más de ocho años.

—Sí, ¿y quién eres tú?

El niño no respondió y se limitó a pedirle que lo siguiera. A Fabio le costó mantener el ritmo porque el crío se escurría entre los transeúntes y tomaba callejones apartados cuya existencia ni siquiera conocía. Lo estaba conduciendo hacia una parte de la

ciudad algo más sombría, plagada de viviendas destartaladas y comercios ruinosos.

Minutos más tarde, por fin, se detuvo ante una vivienda de aspecto empobrecido.

—Ahí —dijo el niño. Y, sin despedirse siquiera, salió corriendo y se perdió entre el bullicio.

—¡Eh! ¡No te vayas!

Frustrado, Fabio se encogió de hombros y llamó a la puerta que le había señalado el pequeño. Abrió una mujer a la que no había visto nunca, y que le dedicó una larga y escrutadora mirada.

—Un momento —dijo.

—Oiga, espere…

La mujer no lo escuchó y desapareció de su vista. Afortunadamente, su hermano fue la siguiente persona en aparecer en el umbral.

—¡Marco! ¿Qué está pasando!

—¡Entra! ¡Deprisa! —repuso este tirando del magistrado y cerrando la puerta tras de sí.

—No entiendo nada, Marco. ¿Lucila está bien?

—Ahora está dormida, pero puedes verla si quieres.

Accedieron a una habitación en penumbra, donde la niña yacía recostada en una cama de paja. Su habitual palidez indicaba que su estado no había cambiado. Aun así, por alguna razón, Fabio intuyó que su final se hallaba cada vez más cerca. Servilia lo saludó con un asentimiento de cabeza, hundida en una vieja silla. Las ojeras de la mujer denotaban la eterna preocupación que sentía.

Acto seguido, Marco sacó a su hermano de la estancia para hablar con él a solas.

—Hemos tenido que dejar nuestra casa —explicó—. Por un tiempo, al menos.

—¿Por qué?

—Ni Servilia ni yo hemos sacrificado como exige el edicto de Decio.

—¿Cómo? No lo entiendo. Cuando hablamos del tema, me dijiste que lo haríais para no tener problemas y poder cuidar de Lucila.

—Sí, lo dije, pero te mentí. No deseaba discutir contigo.

Contrariado, Fabio se llevó una mano a la frente.

—¿No te das cuenta del peligro que corréis? ¿Y si os descubren? Lucila os necesita ahora más que nunca.

—Aquí estamos bien escondidos. Nuestros anfitriones no tienen muchos recursos, pero son cristianos generosos y sé que puedo confiar en ellos

—Tengo una *domus* enorme, yo os podría haber dado refugio. Aún puedo hacerlo.

—No podía ponerte en semejante compromiso. Tú eres magistrado y, si te descubriesen ocultándonos, eso significaría el final de tu carrera. Además, somos hermanos. Si las autoridades quisiesen localizarme, ¿dónde crees que buscarían primero?

Marco tenía sólidos argumentos; sin embargo, Fabio aún no había dicho su última palabra.

—¿Eres consciente de que, si te descubren, podrías acabar en mi tribunal y ser yo quien te juzgase? ¿Te imaginas en qué posición me pondrías?

—No me descubrirán, ni a Servilia tampoco.

—De eso no puedes estar seguro del todo. —Fabio miró fijamente a su hermano—. Marco, muchos cristianos han venerado a los dioses romanos, vosotros nos seríais ninguna excepción. Os estáis jugando la vida, ¿quién os lo podría reprochar?

—No traicionaremos nuestra fe, y ahora menos que nunca. Todos los días rezamos por la salud de nuestra hija. ¿Cómo esperas que el Señor responda a nuestras plegarias si al mismo tiempo renegamos de él?

Fabio tuvo que morderse le lengua para no decir lo que pensaba.

—¿Y qué pasa con la reliquia sagrada? —inquirió Marco—. Hace poco me dijiste que estabas a punto de dar con ella.

—Y así era. Por desgracia, las cosas han vuelto a complicarse de nuevo. Lo siento, estoy haciendo todo lo que puedo.

Marco tomó a su hermano por los brazos y lo sacudió ligeramente.

—No desistas ahora, por favor. Aún no es demasiado tarde. Sigue buscándola y tráela con nosotros. Tengo la absoluta certeza de que, cuando depositemos la «lágrima de Cristo» sobre el regazo de Lucila, se producirá el milagro que todos esperamos.

***

Al día siguiente, Fabio se desplazó hasta una zona apartada de la ciudad, lejos del bullicio del foro y rodeada de árboles que proporcionaban sombra y un ambiente sereno. Allí se había inaugurado recientemente una escuela infantil, financiada por sus colegas estoicos y él mismo, como parte de una iniciativa impulsada por Sempronio.

En su búsqueda de la virtud, la justicia constituía uno de los pilares fundamentales de la filosofía estoica. De ahí que hubiesen fundado una escuela como aquella, no solo con el fin de promover la educación, sino también de proporcionar a los niños, independientemente de su origen, la oportunidad de desarrollarse como individuos racionales y virtuosos.

Al llegar, Fabio se detuvo un momento para observar la entrada, donde un grupo de chiquillos corría alegremente mientras otro se dirigía con entusiasmo a sus clases. Las risas y voces infantiles llenaban el aire, creando una atmósfera de alegría y esperanza.

En el interior, el olor a madera nueva y cera de abejas impregnaba el mobiliario de las instalaciones. Las paredes estaban adornadas con sencillos frescos que representaban escenas de la vida cotidiana, diseñados para inspirar y enseñar a los jóvenes estudiantes.

Fabio avanzó por un largo pasillo, a cuyos lados se distribuían las aulas del edificio. En una de ellas, el propio Sempronio impartía clases frente a un grupo de niños, que practicaban las letras del

alfabeto en sus tablillas de barro. La voz de su sabio amigo poseía un matiz cautivador que lograba captar la atención de sus alumnos.

Cuando Sempronio advirtió la presencia de Fabio, esbozó una sonrisa y decidió anticipar el fin de la lección. Los críos salieron de forma ordenada, saludando cariñosamente a su viejo maestro de la barba blanca como la nieve.

—¡Fabio! Me alegro mucho de verte por aquí. ¿Qué te parece nuestra pequeña escuela?

—Es más de lo que esperaba. Diría que se ha hecho un formidable trabajo. Y los chavales parecen felices.

Sempronio asintió, complacido.

—Siempre he creído que la educación es la base de una sociedad justa.

—Me siento muy orgulloso de formar parte de todo esto —afirmó Fabio.

—Deberías estarlo, amigo. A estos pequeños les ofrecemos mucho más que conocimiento. También les enseñamos a pensar, a razonar, a actuar con justicia… Eso es lo que estamos cultivando. No solo futuros ciudadanos, sino también personas virtuosas. Probablemente, yo no llegue a ver los frutos de nuestro trabajo en su totalidad, pero eso no merma ni un ápice mi entusiasmo.

La pareja salió al exterior y echó a caminar bajo el paraguas de la naturaleza.

—Estoy preocupado, Sempronio —confesó Fabio—. Por mi tribunal no dejan de pasar cristianos acusados de atentar contra el Imperio por incumplir el edicto de Decio.

—El emperador se equivoca. Y no lo digo por una cuestión de deslealtad hacia él, ni de simpatía por los cristianos. La tolerancia religiosa ha constituido siempre uno de los pilares característicos del Imperio romano. Esta persecución contra la secta cristiana rompe con una tradición de siglos. Y eso no es bueno para nadie.

—Decio tiene sus razones, persigue la cohesión del Imperio.

—La cohesión del Imperio es importante, sí, pero no a cualquier precio. La justicia, tal como la entendemos, implica tratar a cada

persona con equidad y respeto, independientemente de sus creencias. Forzar a alguien a actuar en contra de su conciencia, a traicionar aquello que considera sagrado, no puede considerarse justo. Es una imposición tiránica que no tiene cabida en una sociedad que se proclama equitativa.

Mientras caminaban, el suelo del bosque, alfombrado de hojas caídas de tonos marrones y dorados, crujía bajo sus sandalias. Una brisa suave agitaba las ramas de los árboles, creando un susurro constante que se mezclaba con el trinar de los pájaros.

—Te entiendo. No obstante, el edicto promulgado es lícito. Y, ¿acaso no es justo también exigir que todos los ciudadanos cumplan con sus deberes cívicos? A fin de cuentas, el sacrificio es una tradición romana, un símbolo de lealtad hacia el Imperio.

—Todos debemos respetar las leyes, desde luego, pero las leyes mismas han de estar alineadas con la razón y la justicia. Cuando una ley obliga a un individuo a actuar contra su conciencia más profunda, esa ley debe ser cuestionada. —Sempronio posó la mano en el hombro de su amigo—. Las persecuciones no fortalecerán el Imperio. Al contrario, pueden sembrar el resentimiento y la discordia. Un Estado que se basa en el miedo y la opresión no es fuerte; es frágil. Si permitimos que los cristianos sigan sus convicciones sin amenazas de muerte, demostramos la verdadera fortaleza del Imperio: su capacidad para conducirse de forma justa, para respetar la diversidad de sus ciudadanos y para gobernar con sabiduría en lugar de con puño de hierro.

A medida que avanzaban, el olor a tierra húmeda y a musgo fresco se hacía cada vez más intenso. Fabio continuó:

—Hasta ahora no he tenido que condenar a muerte a ningún cristiano, aunque eso puede cambiar en cualquier momento. Que alguien tenga que pagar con su vida por no sacrificar ante los dioses romanos y el genio del emperador me parece absolutamente desproporcionado.

—Decio está actuando de forma descontrolada, lo cual viola los principios estoicos más elementales. Nosotros enseñamos a dominar

las pasiones y las emociones, a evitar la ira y el odio. La verdadera fortaleza reside en la moderación y en el trato humano, incluso hacia aquellos con quienes uno difiere.

—Espero no tener que mandar ejecutar a nadie —terció Fabio—. En el fondo, no puedo ignorar que los cristianos no han cometido ningún acto inmoral ni han causado daño alguno.

—La muerte es el castigo definitivo, Fabio. Y nosotros, como estoicos, sabemos reconocer el valor de la vida humana. Condenar a los cristianos a muerte por sus creencias supone una pérdida innecesaria de vidas que podrían contribuir positivamente a la sociedad. Es una acción que no se alinea con la apreciación de la vida que promueve nuestra filosofía.

—¿Y si me veo obligado a hacerlo?

Sempronio se detuvo un instante y le dedicó una severa mirada.

—Guíate por la virtud, no puedo decirte otra cosa.

Fabio sabía que su colega no hablaba por hablar. Más de treinta años atrás, Sempronio había llevado la práctica de la filosofía estoica hasta sus últimas consecuencias. Pese a ser consciente del riesgo que corría, había considerado su deber denunciar públicamente la tiranía del emperador «Caracalla». Y, este, que ya había mostrado muy poca tolerancia hacia aquellos que no apoyaban incondicionalmente su régimen, lo acusó de formar parte de una conspiración contra él. Sempronio fue despojado de todos sus bienes y exiliado a una desolada isla situada en el mar Egeo, donde pasó tres años de su vida. Solo tras la muerte del emperador pudo regresar a Roma, donde tuvo que comenzar de nuevo desde cero.

—Por otra parte, la doctrina cristiana me parece una extravagancia tan incomprensible como contraria a la razón —argumentó Fabio a continuación—. Y la pertinaz obstinación de sus seguidores por no renegar de su Dios escapa por completo a mi entendimiento.

—Sí, entre el cristianismo y el estoicismo existen importantes diferencias. Nosotros, como estoicos, basamos la virtud y la moralidad en la razón y la naturaleza humana, como guía suprema

para vivir en armonía con el universo. Los cristianos, en cambio, las fundamentan en la voluntad de Dios y en las enseñanzas de su profeta. —Sempronio se detuvo un instante en mitad del camino— . Además, nosotros concebimos la muerte como un retorno al cosmos, un proceso natural que no debemos temer, mientras que los cristianos creen en la resurrección y en la vida eterna en el reino de los cielos.

—Así es.

—Sin embargo, quizá te sorprenda saber que entre la filosofía cristiana y la estoica también existen importantes similitudes. Jesús enseñó a sus seguidores a vivir una vida moralmente virtuosa, marcada por el amor, la compasión, la justicia, el perdón, la humildad y la generosidad como virtudes fundamentales para alcanzar la plenitud espiritual. El principal mandamiento cristiano proclama amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo. Y ¿acaso nosotros no consideramos la virtud (identificada con la sabiduría, la justicia, el coraje y la templanza), como el bien supremo y la base para alcanzar la plenitud? Ambas filosofías enfatizan la importancia de vivir una vida en armonía, con principios morales elevados, cultivando relaciones basadas en el amor y la justicia.

Antes de continuar con su discurso, Sempronio se tomó un momento para pensar y renovar el aire de sus pulmones.

—Las enseñanzas cristianas no instan a sus fieles a acumular riquezas terrenales, que son pasajeras y pueden ser destruidas, sino a buscar tesoros espirituales que perduren para siempre. Y, del mismo modo, los estoicos valoramos el desapego hacia lo material, la moderación en el disfrute de los placeres mundanos y la renuncia a los deseos excesivos de poder y opulencia. Cristianos y estoicos coincidimos, por tanto, en reconocer que la verdadera riqueza reside en el espíritu y en las relaciones humanas, y no en la acumulación de posesiones materiales.

»Y aún hay más. El cristianismo conmina a sus seguidores a soportar las pruebas y tribulaciones con paciencia y fortaleza. Y,

confiando en la voluntad de su Dios, promueve la resignación ante el destino como medio para hallar la paz de espíritu. Igualmente, el estoicismo reconoce que la adversidad y el sufrimiento forman parte natural de la vida, pero en lugar de resistir o temer lo que está fuera de nuestro control, se centra en aceptarlo mediante la calma y el autodominio.

—Reconozco que no estaba familiarizado con las enseñanzas cristianas —admitió Fabio.

—Y, por último, la importancia de la comunidad es otra similitud fundamental entre ambas filosofías. Los estoicos consideramos a todos los seres humanos como parte de una comunidad universal y, desde esta perspectiva, promovemos la cooperación, la justicia y el apoyo mutuo. La comunidad cristiana se basa en la solidaridad, se espera que todos sus miembros se socorran y se cuiden mutuamente. Todos tienen el deber moral de ayudar a los demás. Nosotros, por ejemplo, hemos construido esta escuela. Ellos levantan hospitales y distribuyen alimentos entre los más necesitados.

—Nosotros nos guiamos por la razón, y ellos, por la fe…

—…pero ambos caminos conducen a un destino parecido —concluyó Sempronio.

La pareja guardó un largo silencio mientras enfilaba el camino de regreso a la escuela, cada cual sumido en sus propios pensamientos.

—Sempronio —terció Fabio al cabo de un rato—. El cristianismo se originó y se desarrolló dentro del mundo romano, en un tiempo en el que la filosofía estoica ya estaba muy extendida. Así pues, ¿crees que sus enseñanzas pudieron influir en la formación de la fe cristiana?

19

Marsonia (provincia romana de Dalmacia)

Batarius y Dardanus trabajaban en la parte alta de la ladera, desde donde se tenía una completa panorámica de los campos de cereales sembrados en terrazas. El sudor empapaba sus túnicas, pese a que el sol aún no se hallaba en su cenit y una brisa fresca soplaba desde las colinas cercanas.

Batarius arrancó una espiga de trigo y la examinó cuidadosamente.

—Demasiado endeble —comentó.

—Las recientes lluvias no han sido suficientes para compensar la sequía de todo el año —repuso Dardanus.

—No me sorprende, fueron muy escasas.

Batarius arrojó la espiga y se incorporó con los brazos en jarras.

—No conseguiremos una gran cosecha, pero dadas las circunstancias tampoco podemos quejarnos.

De repente, un inquietante zumbido, extraordinariamente intenso y profundo, llegó hasta sus oídos. Padre e hijo se estremecieron e intercambiaron una mirada de espanto.

—No lo puedo creer…

Ascendieron hasta la cima y lo que vieron al otro lado los dejó sin aliento. Un inmenso enjambre de langostas, semejante a una mancha palpitante y oscura, reposaba plácidamente sobre la meseta. Sus peores temores se habían confirmado.

—Nunca hay plagas de langostas en esta esta época del año… —murmuró Batarius—. Y menos aún de semejantes dimensiones.

—Cierto, pero nuestros ojos no nos engañan.

Un instante después, la nube de insectos alzó el vuelo y la penumbra se abatió sobre el valle. La visión de aquella monstruosidad, capaz de tapar al astro rey, resultaba apabullante. Había millones de langostas, tantas como gotas en el océano;

flotaban en el aire y caían sobre la tierra, avanzando en oleadas como un ejército imparable.

Batarius y Dardanus habían visto suficiente. Inmediatamente, se giraron y emprendieron el camino de regreso, corriendo a toda velocidad.

—¡Tenemos que llegar a la granja cuanto antes! ¡Vamos!

Cuando las langostas alcanzaron la cima y vislumbraron el festín que les esperaba, cayeron como un vendaval sobre los cultivos de cereales, dejando tras de sí los signos del desastre.

Dardanus fue inmediatamente a guardar el ganado, mientras Batarius advertía al resto del peligro.

—¡Cerrad puertas y ventanas!

Todos se recluyeron en el interior de la casa, apresurándose a sellar hasta la más mínima abertura. El sonido de las langostas estrellándose contra las paredes y postigos evocaba una violenta tormenta de granizo.

Verina, que nunca había presenciado un fenómeno parecido, se abrazaba a sus padres aterrorizada. Horacio y Ardala trataban de calmarla, aunque ellos mismos no podían evitar sentirse angustiados. Epulonia acariciaba el pelo de Daesina, mientras Glaukias cerraba los ojos para evadirse del momento.

No podían hacer nada, salvo rezar…

La plaga tuvo unas consecuencias devastadoras en toda la comarca.

Las langostas arrasaron con todo lo que encontraron a su paso: cultivos de grano, viñedos, olivos…, incluso bosques. Nada pudo detenerlas. Remontaron vallas y cercas, entraron en los huertos cerrados, y hasta en las casas si alguna ventana se había quedado abierta.

Todas las personas se vieron afectadas, sin importar la clase social a la que pertenecieran. Los grandes propietarios de tierra perdieron tanto como los labradores modestos. Las cosechas y los

frutos del campo fueron pasto de los voraces insectos. Cereales, higos, dátiles, judías, calabazas… Un daño irreparable que se sumaba al sufrido unos meses antes debido a la plaga de gorgojos.

En tan solo una semana, la velada amenaza de hambruna se había convertido en una realidad incontestable.

La provincia de Dalmacia contaba con varios benefactores entre sus habitantes más acaudalados, siendo Nertomarus el más popular de ellos. No obstante, las donaciones del poderoso comerciante se circunscribían al entorno de Salona, quedando la región del norte fuera de su rango de acción. La administración romana tendría que haber asumido la responsabilidad de tomar las medidas de auxilio necesarias. Aun así, lejos de compadecerse de la población, el gobernador Octavio, pese a las circunstancias excepcionales por las que el campo atravesaba, ni siquiera consideró la posibilidad de rebajar los impuestos que recaudaba, destinados a engrosar las arcas de Roma.

En Marsonia, la situación se había vuelto insostenible y, aquella tarde de sábado, un numeroso grupo de campesinos se había echado a las calles, empujado por el miedo y la desesperación. Muchos portaban azadas y palos, dejando muy claro que estaban dispuestos a ejercer la violencia si no se atendían sus demandas.

En cuanto se corrió la voz, más y más ciudadanos descontentos se fueron incorporando a la manifestación improvisada, sobre todo, campesinos, aunque no fueron los únicos. La crisis había golpeado a casi todos los sectores por igual, en mayor o menor medida.

Cuando la muchedumbre se plantó ante la sede del magistrado local, ya superaba las doscientas personas. Eparquio salió a recibirlos en tono apaciguador y los escuchó pacientemente durante varios minutos. Sin embargo, se mantuvo firme y no accedió a ninguna de sus pretensiones.

—¡Mis manos están atadas! —gritó—. ¡Yo me limito a cumplir las órdenes del gobernador provincial!

Su evasiva respuesta hizo que la muchedumbre estallara de indignación. A la lluvia de insultos que recibió le siguió el

lanzamiento de algunas piedras. Eparquio se refugió enseguida dentro del edificio y movilizó a la pequeña guarnición de soldados que tenía bajo su mando. Hizo lo posible para que no se le notara lo verdaderamente asustado que estaba. Por muy bien pertrechados que estuvieran, una veintena de infantes se antojaba insuficiente para contener a semejante multitud.

Afortunadamente, los soldados se emplearon a fondo y lograron repeler a los manifestantes. Eparquio mandó atrancar la puerta de entrada y, solo cuando estuvo bien apuntalada, se permitió respirar aliviado.

La espantada del magistrado frustró aún más a la plebe, deseosa de descargar su ira contra los representantes romanos. Durante algunos minutos reinó el desconcierto, los líderes de la revuelta no se ponían de acuerdo acerca de lo que hacer a continuación. La mayoría abogaba por continuar con las protestas en las calles, provocar disturbios y hacer mucho ruido.

Parte de la masa se había esparcido alrededor la plaza, donde aún quedaban algunos comerciantes ofreciendo sus productos. Horacio se hallaba entre ellos, vendiendo los artículos de cerámica que había confeccionado durante la semana. Fue entonces cuando Tascius, que se había erigido como uno de los principales agitadores, solicitó a voz en grito la atención de los presentes.

—¡Todo esto es culpa suya! —exclamó con dramatismo, al tiempo que señalaba a Horacio con el dedo—. ¡De él y de todos los demás cristianos!

El alfarero palideció, consciente del peligroso cariz que estaba tomando el asunto. Tascius le había dado problemas desde su llegada, y el pleito que había protagonizado y perdido contra Batarius tan solo había servido para empeorar aún más las cosas.

—¡Los cristianos han ofendido a los dioses, negándose a realizar los correspondientes rituales y sacrificios! —prosiguió diciendo Tascius—. ¡Sus creencias ateas y supersticiosas han provocado que caigan sobre nosotros toda serie de males! ¡La sequía parece interminable! ¡Y las plagas han sido devastadoras!

—¡Es cierto! —gritó otro exaltado—. ¡Los dioses han de estar furiosos! ¡¿Desde cuándo las langostas aparecen en esta época del año?!

Rápidamente, los manifestantes se fueron congregando alrededor de Tascius, a quien, como miembro del consejo local, tanto respetaban.

—¡Al principio no había más que unos pocos! ¡Sin embargo, el número de cristianos no ha dejado de aumentar año tras año! ¡Por eso cada vez sufrimos más calamidades! ¡Y ahora nuestras familias lo están pagando caro!

—¡Pasamos hambre! —coreó la multitud.

—¡Deberíamos expulsar a los cristianos de Marsonia! ¡En Roma, están siendo severamente castigados por no cumplir con los rituales sagrados! ¡Incluso los están arrojando a los leones! ¡Aquí, en cambio, se están saliendo con la suya porque las autoridades no están haciendo cumplir el edicto de Decio!

Acto seguido, Tascius agarró la mesa sobre la que Horacio exhibía sus artículos y la volteó con las dos manos. Todas las piezas de cerámica cayeron al suelo, haciéndose añicos.

Instintivamente, Horacio apartó a Tascius de un empujón para proteger su mercancía. Desafortunadamente, su reacción provocó que varios manifestantes se le echasen encima. Horacio se revolvió y, durante el forcejeo, alguien le golpeó con una azada en la cabeza.

El alfarero cayó desplomado, envuelto en un charco de sangre. Había perdido la vida sin apenas ser consciente de ello.

La muerte de Horacio, lejos de calmar los ánimos, exaltó aún más la furia de los manifestantes. Ahora ya tenían un objetivo sobre el que descargar su frustración, un blanco definido para su venganza.

La muchedumbre se dirigió entonces hacia el negocio de un comerciante, en cuyo almacén solían llevarse a cabo los actos de culto cristianos. Sacaron a rastras de su local al pobre hombre, mientras otros lo saqueaban sin contemplaciones. Sus protestas no sirvieron de nada. Le dieron una paliza de muerte y lo acallaron para siempre.

Ante la violencia desatada, varios ciudadanos corrieron hasta la sede del magistrado local para advertirle de la situación.

—Lo siento de veras, pero con los pocos soldados de que dispongo, no tengo manera de proteger a los cristianos —dictaminó Eparquio—. Bastante suerte he tenido habiendo podido salvar mi propio pellejo.

Una vez que se desató el caos, ya no hubo forma de pararlo. La revuelta se había transformado en una cacería de cristianos. Habían identificado a los culpables de todos sus males, y los campesinos se lanzaron a tomarse la justicia por su mano.

A continuación, fueron a la casa de una familia cristiana, situada en el barrio más acomodado, cuyo cabeza de familia se dedicaba con éxito al transporte de mercancías. Alguien trajo entonces un ídolo de la diosa Ceres. Si querían salvarse, tendrían que adorarla. El hombre, aterrorizado, se postró frente la divinidad, ante la angustiada mirada de su esposa, que apretaba a sus dos hijos pequeños contra su regazo. Una anciana que lloraba, la abuela de los niños, musitaba una oración en silencio.

El padre de familia hizo todo lo que le pidieron. Sin embargo, la turba enloquecida seguía ávida de sangre, y ya no se conformaría con menos. Así que lo molieron a palos junto a su esposa. Solo los niños y la anciana se libraron de la matanza.

Un esclavo de una casa vecina corrió la misma suerte. Los dueños, conocedores de la fe que profesaba su siervo, lo arrojaron afuera al paso de la multitud para no tener problemas y cerraron su portón a cal y canto. Las súplicas de aquel pobre infeliz no le sirvieron de nada. En pocos segundos, vio cómo una marea humana lo rodeaba y lo arrastraba por la calle mientras la emprendían con él a porrazos.

—¡Seguidme! —vociferó Tascius—. ¡Sé dónde viven más demonios cristianos como este!

Cuando entraron en el pueblo, Batarius y Ardala no sabían nada de la revuelta popular que se había desatado. Ambos hermanos charlaban distraídamente, sin percatarse del inusual aspecto de las calles, que se hallaban prácticamente desiertas. Se dirigían hacia la plaza del mercado para recoger a Horacio y regresar con las piezas de cerámica que no hubiese vendido.

De pronto, una joven sierva apareció corriendo tras doblar una esquina y se detuvo ante ellos con la respiración entrecortada. Batarius la conocía porque recientemente había asistido a su bautismo.

—Ahora mismo iba camino de vuestra granja para avisaros. ¡Tenéis que huir de aquí!

—¿De qué estás hablando?

—¡¿No os habéis enterado?! —La joven los miraba con los ojos desorbitados—. ¡Nos están persiguiendo! ¡Quieren acabar con todos los cristianos de Marsonia!

—¡¿Cómo?!

—Solo sé que medio pueblo se ha vuelto loco y que van a por nosotros.

Ardala reaccionó ahogando un gemido de angustia.

—Horacio, mi marido. ¿Sabes si está bien?

—Él estaba en la plaza cuando todo empezó. Creo que fue la primera víctima de toda esta locura. Lo siento…

Ambos hermanos encaminaron inmediatamente sus pasos hacia allí. Pero antes, Batarius sujetó a la muchacha por los hombros y le dijo:

—Por favor, avisa a mi familia del peligro.

—Lo haré. Te lo prometo.

Batarius y Ardala recorrieron un par de calles a toda prisa, urgidos por las circunstancias. El azar, sin embargo, les jugó una mala pasada porque, al doblar una esquina, se toparon de frente con la multitud enfervorecida que coreaba consignas contra los seguidores de Cristo y agitaba en el aire sus palos y azadas manchados de sangre.

Tascius se desgajó de la masa y le dedicó a Batarius una mirada triunfal.

—Batarius, siempre fuiste un egoísta. ¿Qué trabajo te costaba participar en la Ambarvalia y honrar a nuestros dioses tradicionales? Ahora, todo el pueblo está pagando las consecuencias de vuestros actos.

—i¿Qué habéis hecho?! Todo esto es una locura sin sentido.

Tascius lo ignoró y, en su lugar, ordenó que depositasen el ídolo de Ceres en el suelo.

—Si adoras a la diosa, quizá me compadezca de ti…

Batarius se giró hacia su hermana y le susurró:

—Vete ahora mismo de aquí.

Ardala no quería dejarlo solo, pero vio que no era momento de discutir así que, poco a poco, comenzó a retroceder.

Tascius sonreía, saboreando aquel satisfactorio triunfo. Batarius le sostuvo la mirada tanto como pudo, evaluando sus opciones de huida. No las tenía, lo habían rodeado por completo. Sabiéndose sentenciado, relajó los músculos y dejó que el miedo se diluyese en una extraña calma, como arena entre los dedos.

Finalmente, haciendo gala de una imperturbabilidad inexplicable, Batarius se acercó a la imagen de Ceres y, tras dedicarle una mueca cargada de indiferencia, la derribó de una patada.

Durante unos instantes, nadie movió un músculo ni se atrevió a articular sonido alguno, como si el tiempo mismo se hubiese detenido. Hasta que, a una señal de Tascius, un grito gutural y furioso salió de la muchedumbre y esta cayó sobre el campesino como una bandada de buitres carroñeros.

Ardala presenció la matanza a cierta distancia, como si fuese una pesadilla. Luego intentó escapar a la carrera, pero no le sirvió de nada. Para su desgracia, había tardado demasiado en reaccionar. La horda enfurecida la alcanzó con facilidad, para brindarle el mismo fin que a su hermano.

Entretanto, la sierva llegaba a las inmediaciones de la granja, tal como había prometido.

Epulonia acudió al encuentro de la joven. Esta respiraba de forma agitada y hacía gala de un evidente nerviosismo.

—¿Dices que la gente del pueblo está matando a los cristianos?

El escepticismo de Epulonia estaba más que justificado. ¿Cómo iba alguien de buenas a primeras a creerse semejante disparate?

Instantes después, Dardanus se unió a la conversación.

—¿Horacio está muerto? ¿Estás segura?

—Me temo que es lo más probable.

—¿Y mi padre?

—No lo sé, cuando lo dejé estaba con Ardala. Ambos se encaminaban hacia la plaza para comprobar con sus propios ojos lo que había ocurrido con Horacio.

En cuanto asumió las riendas de la situación, lo primero que hizo Dardanus fue darle las gracias a la muchacha y dejar que se marchara. La sierva se adentró en el bosque del manantial y se perdió entre los arbustos.

—Mamá, coge a los niños y poneos a salvo cuanto antes.

—Y tú, ¿qué piensas hacer?

—Esa no es la cuestión.

—¡Por supuesto que lo es! —exclamó Epulonia.

Dardanus ignoró a su madre y gritó con todas sus fuerzas los nombres de su prima y hermanos. Primero aparecieron Daesina y Verina, que jamás se separaban. Glaukias tardó un poco más en acudir a la llamada, pero lo hizo al cabo de unos minutos.

—Ahora no tengo tiempo de explicaros lo que está pasando, simplemente hacedme caso —anunció Dardanus—. Debéis huir de aquí cuanto antes.

—Pero ¿qué ocurre? —inquirió Glaukias.

—¿Qué acabo de decirte? ¡No hay tiempo para explicaciones!

Los niños, sin embargo, ya se habían dado cuenta de que algo muy grave debía de estar pasando. Lo cual hacía que aumentase aún más su curiosidad.

—¿Dónde están mis padres? —preguntó Verina, con cierta desazón.

Epulonia rodeó cariñosamente a la niña con el brazo.

—Están bien, luego se unirán a nosotros. —Sabía que era mentira, pero ¿qué otra cosa podía decirle?

—Vamos, marchaos ya de una vez —los apremió Dardanus.

—No, tú te vienes con nosotros —objetó la mujer.

—Mamá, yo debo buscar a papá y a la tía Ardala. Puede que necesiten mi ayuda.

El joven campesino se armó con una horca de hierro, dejando claro que haría lo que fuese necesario para conseguir su objetivo.

—Vas a asustar a los niños —le reprochó Epulonia.

—Ya están asustados, ¿no te das cuenta?

De repente, escucharon un fuerte clamor que les hizo estremecerse. La turba enfilaba directamente hacia la granja, y lo hacía muy deprisa. Dardanus fue consciente de que, incluso aunque sus hermanos huyesen en ese momento, probablemente los acabarían atrapando. Tenía que intervenir para evitarlo.

—¡Huid ahora mismo! ¡Escondeos! Hombres malos quieren hacernos daño. ¡Mamá, llévatelos de aquí!

Dardanus se giró y se adentró en el camino, consciente de que no tardaría en toparse frente a frente con la multitud. De hecho, eso era lo que pretendía.

—¡No, hijo! ¡Por favor!

Las súplicas de Epulonia para que volviese no sirvieron de nada. Sabía muy bien lo que Dardanus se proponía. Pretendía ganar tiempo para que ellos tuviesen la oportunidad de salvarse. Iba a sacrificarse por la familia.

—¡Mamá! —intervino Daesina—. Yo sé dónde podemos escondernos para que no nos encuentren.

—¡Pues hacedlo! ¡Deprisa!

—¿Y tú? —preguntó Glaukias.

—No os preocupéis por mí —repuso la mujer entre sollozos—. El Señor no dejará que me pase nada malo.

Daesina echó a correr hacia la parte posterior de la casa, seguida de Glaukias y Verina. Ella mejor que nadie sabía que si se ocultaban en la copa del roble milenario, nunca los encontrarían. No había mejor escondite.

Por su parte, Dardanus alcanzaba en ese momento a la multitud de campesinos, a los que no dudó en plantar cara pese a su evidente inferioridad.

—¡Fuera de aquí, paganos del demonio! ¡Largo! —aulló agitando la horca en el aire para intimidarlos.

Obviamente, la multitud podía acabar con él sin apenas esfuerzo. No obstante, a nadie se le escapaba que, antes de caer, Dardanus se llevaría por delante a los primeros que se acercasen. La horca de tres puntas parecía muy afilada.

Los manifestantes, entonces, la emprendieron a pedradas con el joven. Dardanus logró esquivar algunos proyectiles…, muchos otros acabaron haciendo impacto. En la práctica, fue como si lo lapidasen. Después, la marabunta pasó por encima de él como si fuese un simple insecto.

Unos metros más adelante, la horda enfurecida se topó con Epulonia en la entrada de la granja. La mujer, arrodillada, oraba en voz alta con los brazos extendidos. Parecía transfigurada, como si no fuese consciente de lo que pasaba a su alrededor. Un torrente de lágrimas surcaba sus mejillas.

—¡La bruja ya no volverá a practicar sus rituales oscuros! —se oyó decir entre los manifestantes—. ¡Matadla ante de que nos lance un maleficio!

En esta ocasión, fueron las mujeres del pueblo quienes, valiéndose de sus uñas y dientes, se ocuparon de la campesina. La jauría de hienas cayó sobre Epulonia, hasta dejarla como a un guiñapo irreconocible.

En el momento en que la iracunda columna de campesinos accedía al perímetro de la granja, los niños no habían logrado aún ponerse a salvo.

Tanto Glaukias como Daesina ya se habían encaramado a la copa del árbol. Verina, en cambio, no era capaz de treparlo.

—¡Vamos, Verina! —la apremió su prima—. ¡Sube! ¡Puedes hacerlo!

Pero la cruda realidad era que no podía. Y no por una cuestión de fuerza, ni de habilidad. Sencillamente, carecía del punto de apoyo necesario para su escalada; su pierna derecha, extremadamente debilitada como consecuencia de la enfermedad que había padecido de niña, resultaba completamente inservible para aquella labor.

—¡No puedo! —lloriqueó Verina, vencida por la impotencia.

Glaukias y Daesina se miraron muy asustados. Los gritos de los manifestantes se escuchaban con total claridad. Si no se escondían ya, sorprenderían a Verina intentado subir al árbol y acabarían por descubrirlos a los tres.

Finalmente, la niña tomó la iniciativa y decidió bajar del roble.

—Tú quédate aquí —le dijo previamente a su hermano.

Daesina tomó la mano de su prima y tiró de ella para emprender la huida. Verina corría con todas sus fuerzas, a pesar de que la cojera lastraba su ritmo.

—¡Rápido! ¡Están a punto de llegar! ¡Tenemos que escondernos en otro sitio antes de que nos vean!

Desde su posición, Glaukias apartó algunas ramas para ver lo que pasaba. Daesina y Verina habían rodeado la casa, por lo que dedujo que se habían metido dentro. No les quedaba otra alternativa.

Los manifestantes comenzaron a deambular por la granja, buscando más cristianos a los que dar su merecido. Algunos se detuvieron bajo el roble milenario para discutir acerca de su siguiente objetivo. Otra familia cristiana residía en una granja situada no muy lejos de allí.

Glaukias temblaba como un pollo recién nacido. La respiración se le aceleró y, asustado, se tapó la boca con las manos. El corazón le latía tan fuerte, que temía que sus latidos lo delatasen.

Entonces quiso el azar que, debido a una ráfaga de viento, una bellota se desprendiese de la rama más alta del árbol y cayese sobre

la cabeza de uno de los campesinos.

Automáticamente, el hombre miró un momento hacia arriba. Frunció el ceño y entrecerró los ojos, escudriñando el follaje. Movió la cabeza con sospecha, como si su instinto le advirtiera de algo. Inspiró hondo y dio un paso atrás para observar mejor, inclinando el cuello con lentitud. Glaukias se encogió y aguantó la respiración. Un sudor frío comenzó a recorrerle la espalda. Si el campesino daba un paso más, si cambiaba de ángulo, lo descubriría. Por suerte, la densa maraña de hojas impidió que eso ocurriese.

No mucho después, los manifestantes fueron abandonando la granja, para alivio de Glaukias… Sin embargo, pronto llegó hasta él un preocupante olor a humo. Se temió lo peor y deseó estar equivocado. Pero cuando vislumbró las primeras llamas rasgar el aire, vio sus sospechas confirmadas. Habían prendido fuego a la casa, con Daesina y Verina en su interior.

Glaukias volvió a encogerse entre las ramas, absolutamente aterrorizado, y no paró de llorar a lo largo de la siguiente hora. Cuando logró recomponerse, el sol ya comenzaba a ponerse detrás de las montañas. De los manifestantes ya no quedaba ni rastro, hacía rato que se habían marchado.

Descendió del árbol y, horrorizado, contempló la devastación que el fuego había provocado. Las paredes de piedra aún estaban en pie en algunos lugares, pero el techo se había derrumbado por completo, dejando un amasijo de cascotes humeantes.

El suelo estaba cubierto de una capa de ceniza, entre cuyos escombros sobresalían dos cuerpos humanos de pequeño tamaño, completamente carbonizados. Glaukias sintió náuseas y vomitó ante la visión de los cadáveres de su hermana y su prima.

Se alejó de allí y divisó otro cuerpo en la entrada de la granja. Cuando se acercó, comprobó que era el de su madre, aunque le resultó casi imposible reconocerlo. Glaukias se abrazó al destrozado cadáver de Epulonia y derramó sobre ella otra cascada de lágrimas.

En ese momento comprendió que, si su padre no había regresado aún, solo podía significar que había corrido la misma suerte que el

resto de su familia. Todo apuntaba a que se había convertido en el único superviviente.

Sin embargo, unos minutos después vio moverse algo al fondo del camino. Una persona se arrastraba penosamente por el suelo, dejando tras de sí una larga estela de sangre.

—¿Dardanus?

Parecía increíble que su hermano aún siguiese con vida, aunque también saltaba a la vista que no sería por mucho más tiempo. Glaukias se arrodilló a su lado sin poder contener el llanto.

Dardanus tosió y negros esputos de sangre salieron despedidos de su boca.

—Glaukias, has conseguido salvarte… —Su voz, apenas audible, le brotaba de un rostro completamente desfigurado—. ¿Y los demás?

El muchacho negó con la cabeza.

—Tú, al menos, también te has salvado —musitó.

—No, hermano. Me temo que yo no seguiré aquí para ver un nuevo día.

—¡No, no digas eso! ¡Tú eres el más fuerte de todos nosotros!

Dardanus sentía que la vida se le escapaba como un suspiro en el viento, pero hizo un último esfuerzo para decir algo.

—Glaukias, ahora me doy cuenta de lo injusto que fui contigo. Siempre pensé que eso de escribir era una pérdida de tiempo… Lo que no sabía era que Dios tenía sus propios planes. Y tú formabas parte de ellos. Ahora tienes una misión que cumplir. Una misión increíblemente importante.

—¿Una misión?

—Tienes que recoger por escrito todo lo que ha pasado. De lo contrario, la historia se tergiversará y se acabará desdibujando con el tiempo. Hazlo y ve después a Roma para entregarle los pergaminos al obispo. La Iglesia no dejará que la memoria de sus mártires caiga en el olvido.

Glaukias, de repente, sintió que lo aplastaba el peso de la responsabilidad.

—Pero, Dardanus, ¿cómo se supone que voy a hacer todo eso? Solo tengo trece años.

Su hermano, sin embargo, ya no pudo responderle. Acababa de exhalar su último aliento.

20

La muerte del obispo Fabián sacudió a toda la comunidad cristiana, especialmente al conocerse los detalles de cómo se había producido. Sin embargo, más allá del dolor por la trágica pérdida, su deber más apremiante consistía en darle sepultura con todos los honores que como mártir le correspondían.

A tal fin, Valerio se desplazó hasta la prisión para reclamar el cadáver. La legislación disponía que los restos de los ajusticiados fuesen entregados a quien los reclamara. Por tanto, los fieles cristianos tenían derecho a pedir a las autoridades los cuerpos de sus hermanos martirizados. Al veterano *fossor* lo acompañaba su joven aprendiz, Elio, que rara vez se separaba de su lado.

Desde que los actos de culto se hubiesen trasladado al interior de las catacumbas, el trabajo de los *fossores* se había multiplicado. Afortunadamente, Elio aprendía deprisa y empezaba a mostrar su valía. Ya se conocía de memoria el laberíntico trazado de las catacumbas de Domitila, y participaba activamente en la excavación de las nuevas galerías.

El paso del tiempo había estrechado la relación entre ambos. Valerio comenzaba a erigirse como la figura paterna de la que Elio siempre había carecido. Aunque el *fossor* no era un hombre afectuoso por naturaleza, denotaba por sus gestos que se había tomado muy en serio la tutela del muchacho. Ahora, Elio se sentía protegido, y había desarrollado por Valerio un aprecio sincero y un agradecimiento infinito.

—El obispo Fabián tendrá una cámara funeraria propia en el segundo nivel de las catacumbas —explicó Valerio—. La decoraremos con frescos, inscripciones y símbolos cristianos.

—¿Tú sabes pintar obras artísticas? —preguntó Elio.

—No se me da mal.

—Entonces, a mí también me gustaría aprender.

Cuando Valerio llegó a la prisión, se presentó ante los guardias como un representante autorizado de la comunidad cristiana y

solicitó hablar con el carcelero jefe.

Tras esperar casi una hora, por fin apareció el individuo en cuestión, cuya severa expresión dejaba muy claro que no toleraba la desobediencia, ni entre los prisioneros ni entre sus propios subordinados.

—Estamos aquí para reclamar los restos mortales del obispo Fabián —explicó Valerio—. Tenemos constancia de que su espíritu abandonó este mundo hace muy poco.

—Ni quiero, ni puedo daros el cuerpo de ese lunático.

—Por ley, está obligado a hacerlo.

—No en este caso —rebatió el carcelero jefe—. Tengo órdenes de arriba que anulan las disposiciones generales. El prefecto del pretorio no va a permitir que a un criminal se le rindan honores solemnes y se le adore como si fuese un santo.

Valerio intercambió con Elio una mirada de estupefacción.

—Lo que hagamos con sus restos no es asunto de nadie —arguyó el *fossor*.

—No voy a repetirlo dos veces. Los que mandan han dispuesto otros planes para el cadáver de vuestro dirigente.

—¿Otros planes? ¿Cuáles?

—El cuerpo ha sido llevado al anfiteatro, donde será exhibido en la arena para que sirva de escarnio, a merced de los perros hambrientos y de las aves carroñeras. Así durante varios días hasta que, lo que quede del mismo, sea quemado y reducido a cenizas, que se arrojarán a la corriente del Tíber para que no quede ni rastro de ellas.

En su intento por desacreditar y debilitar a la Iglesia, las autoridades romanas habían decidido destruir los cuerpos de los mártires para privarlos así de la posibilidad de resucitar, según la creencia cristiana en la «resurrección de la carne». De ese modo, pretendían demostrar que ni siquiera su Dios podría salvarlos o restaurarlos después de la muerte, intentando así minar la esperanza y la fortaleza de sus fieles.

—¡No pueden hacer eso! —exclamó Valerio.

—Ya está hecho, así que no me hagáis perder más el tiempo.

Valerio y su ayudante partieron de inmediato hacia el anfiteatro para comprobar si lo que les había contado era cierto. ¡De ningún modo consentirían que ultrajaran el cadáver del obispo!

Al llegar a su destino, contemplaron impresionados una escena dantesca. En mitad de la arena, que resplandecía como un campo de fuego bajo el sol del mediodía, yacían los restos de un ser humano que ya se hallaba parcialmente desfigurado por la acción de las bestias. Sin embargo, a Valerio no le costó demasiado trabajo reconocer en ellos al carismático obispo de Roma.

En aquel instante el *fossor¸* que en apariencia era un hombre tranquilo, habría estrangulado con sus propias manos a los responsables de aquella ignominiosa afrenta. Por su parte, Elio exhibió una mueca de tristeza. El muchacho se sentía en deuda con Fabián, después de que este lo hubiese sacado de las calles.

Tras evaluar el lugar con la mirada, a Valerio no le gustó nada lo que vio. El anfiteatro estaba fuertemente custodiado por soldados emplazados en lugares estratégicos, sumados a otros que patrullaban siguiendo rutas establecidas. La posibilidad, por tanto, de apoderarse de los restos de Fabián a plena luz del día quedaba descartada.

Con todo, decidió poner a prueba la profesionalidad de los centinelas…

Valerio se adentró en la arena. Cuando apenas llevaba dados unos pasos, uno de los soldados alzó su lanza y vociferó:

—¡Eh, tú! ¡¿A dónde crees que vas?!

Otros dos centinelas, alertados por el grito, se giraron rápidamente hacia el *fossor* y desenfundaron sus espadas.

—Lo siento, solo quería ver el cuerpo más de cerca —se excusó levantando los brazos en señal de rendición—. Soy un familiar.

—¡Nadie puede acercarse al cadáver! ¿Entendido?

Valerio retrocedió dócilmente, por lo que el incidente no pasó a mayores.

Al mismo tiempo, los paganos que visitaban el anfiteatro aprovecharon para burlarse de ellos.

—¡Mirad a vuestro santo! —gritó uno, señalando el cadáver desdeñosamente—. ¡Este es el destino de los que siguen a ese Cristo crucificado!

Valerio no replicó para evitar un escándalo, pero bien que le hubiese gustado.

—¡¿Dónde está vuestro Dios ahora?! —exclamó otro—. ¡¿Y por qué no ha salvado al líder de vuestra Iglesia?!

—¡Parece que no es tan poderoso como sus seguidores proclaman! —coreó el primero, provocando las carcajadas del resto.

Elio tiró de la túnica del *fossor* para llamar su atención y le sugirió marcharse de allí cuanto antes. De momento, no podían hacer nada.

Valerio —esta vez solo—, regresó por la tarde al anfiteatro, tras haber recibido instrucciones por parte de los actuales mandatarios cristianos de recuperar como fuese los restos mortales de Fabián. Y, para ello, le habían confiado una importante cantidad de dinero que la Iglesia guardaba para hacer frente a situaciones especiales.

El sol moribundo lanzaba sus últimos destellos sobre la monumental construcción, cubriendo las gradas con un velo de tonos púrpuras y anaranjados. Las sombras, largas y difusas, se arrastraban perezosamente, como si el propio espacio se resistiese a la llegada de la noche. En la arena, cuervos hambrientos se habían congregado alrededor del cadáver del obispo, picoteando con voracidad su carne desgarrada.

Valerio se dirigió directamente hacia el decurión, que encarnaba a la mayor autoridad entre los soldados encargados de vigilar el anfiteatro. El hombre, un veterano de mirada acerada, estaba de pie cerca del borde de la arena, observando a sus hombres patrullar por la zona.

—¿Quieres algo? —inquirió cuando vio llegar al *fossor*.

—Solo hablar —repuso Valerio—. Estoy aquí en representación de la Iglesia cristiana.

El decurión lo miró con desconfianza, pero no hizo ningún movimiento para alejarlo.

—El hombre de la arena murió defendiendo su fe hasta las últimas consecuencias. Se merece un descanso digno y no este desprecio público que las autoridades han decretado para él.

—Has perdido la cabeza. Apártate de mi vista.

—Le digo esto porque, si ese cadáver desapareciese, significaría que se habría hecho verdadera justicia.

—Esa es la estupidez más grande que he escuchado en mi vida —replicó el decurión—. Más vale que te largues de aquí antes de que pierda la paciencia.

Valerio sacó entonces una bolsa de cuero de su túnica y la abrió ceremoniosamente. Las monedas de plata que contenía brillaron a la luz del atardecer como estrellas en el firmamento.

—Todo será suyo. Y no tiene que hacer nada, salvo dejar que en un descuido yo me lleve los restos del obispo.

La tentadora oferta captó de inmediato la atención del oficial.

—¿Cuánto hay? —preguntó.

—Tres mil sestercios.

Una cantidad lo suficientemente considerable como para que el decurión se plantease la posibilidad de aceptar el soborno que aquel extraño le ofrecía.

—Tendría que ser hoy —lo apremió Valerio.

Al principio, el decurión se inclinó por tomar el dinero. Difícilmente se le presentaría una oportunidad semejante en toda su vida. Sin embargo, tras considerarlo con mayor detenimiento, se dio cuenta de que podría terminar pagando un precio muy caro por su codicia. La desaparición del cadáver provocaría la furia de los altos mandos, que podían degradarlo por su incompetencia. Además, el montante final que se embolsaría no sería tan elevado. Le gustase o no, tendría que repartirlo con sus subordinados para que todos hiciesen la vista gorda.

—No sé por quién me has tomado —espetó—, pero no traicionaré mis órdenes por unas monedas. Ese cuerpo se queda en la arena, tal como ha sido dictaminado. Y, si tienes algo de sentido común, te esfumarás de aquí antes de que decida que me estás suponiendo un problema. ¿Está claro?

Aunque contrariado, Valerio decidió no tentar a la suerte. Si insistía, podía acabar arrestado, o algo peor… Y ese era un lujo que no se podía permitir. Aún tenía una misión que cumplir, y no pararía hasta conseguirlo.

***

Aquella misma noche, en plena madrugada, Valerio puso en marcha un plan que él mismo había trazado unas horas antes.

El *fossor* se adentró en una callejuela que había a escasa distancia del anfiteatro, la cual serpenteaba entre altos edificios de piedra, donde la luz del sol apenas llegaba durante el día, y que al caer la noche se convertía en un lugar casi desierto. En el extremo opuesto, en mitad del pavimento de grandes losas de piedra, se encontraba una rejilla de hierro que daba acceso a la Cloaca Máxima, el sistema de alcantarillado de la ciudad.

Valerio apartó las hojas que cubrían parcialmente la rejilla y la levantó con cuidado, haciendo el menor ruido posible. Una pequeña escalera conducía a un oscuro pasaje bajo tierra, que constituía el hábitat natural del *fossor* desde hacía incontables años. El alcantarillado no solo transportaba desechos, sino que también servía como una red subterránea que conectaba varias partes de la ciudad, uniendo baños, fuentes y, en ocasiones, grandes edificios públicos como el anfiteatro.

Un olor nauseabundo emergió del agujero, provocado por la sucia mezcla de fango y desechos. El sonido del agua corriendo lentamente por las zanjas resonaba en las paredes de piedra con un eco sordo. Una vez abajo, Valerio encendió una pequeña lámpara de

aceite que apenas iluminaba un metro por delante de él, y comenzó a desplazarse poniendo mucha atención en donde pisaba.

Con la lámpara en una mano y la otra rozando la pared para guiarse, Valerio avanzó por el túnel, siguiendo las bifurcaciones y desvíos que marcaba el camino. Afortunadamente, el trayecto era demasiado corto como para perderse. De lo contrario, habría terminado desorientándose tarde o temprano.

Finalmente, tras una última intersección, Valerio vio ante sí un pequeño ensanchamiento en el camino. El techo del túnel se elevaba un poco más en ese punto, creando una especie de cámara subterránea natural. Las paredes estaban más secas y la piedra se veía menos desgastada, indicando que esta área había sido reforzada en algún momento, probablemente para sostener la estructura del anfiteatro sobre su cabeza.

La trampilla que buscaba estaba incrustada en la piedra, ligeramente oxidada y rodeada de musgo, lo que indicaba que apenas se había utilizado en los últimos años. Con un esfuerzo controlado, Valerio empujó hacia arriba y la trampilla comenzó a ceder, emitiendo un crujido bajo y profundo. A continuación, apagó la lámpara para evitar que la luz lo delatara y, con cuidado, asomó la cabeza a través de la abertura.

La trampilla, situada justo bajo las gradas de madera del anfiteatro, estaba perfectamente oculta bajo una pila de antiguos materiales de construcción, quizás restos de reparaciones olvidadas, que la protegían de la vista de quienes estuviesen en la arena o en las gradas superiores. Valerio se deslizó por completo fuera del túnel y cerró la trampilla tras de sí con la mayor discreción posible. La luna, en su fase creciente, proporcionaba la suficiente visibilidad como para hacerse una buena composición del lugar.

En el centro del coso, Valerio distinguió la forma oscura del cuerpo del obispo, inerte y desamparada; una mancha en medio de la vasta extensión de arena. Luego miró alrededor y comprobó que la seguridad se había reducido notablemente durante la noche. Contó tres soldados romanos ocupados en tareas de vigilancia. El

primero de ellos, ubicado cerca de la entrada principal, parecía estar cansado y se apoyaba contra una columna con su lanza en la mano. El segundo caminaba lentamente a lo largo de la parte superior de las gradas, su figura proyectando sombras irregulares mientras avanzaba con pasos rutinarios. Y el tercero patrullaba alrededor de la arena, sin perder de vista el cadáver del cristiano.

En semejantes condiciones, parecía imposible llevarse el cuerpo de Fabián sin ser descubierto. Pero eso entraba dentro de lo previsto. Valerio debía ceñirse al plan y mostrarse paciente.

Al cabo de unas horas, las primeras luces del alba comenzaron a despuntar en el horizonte, proyectando una débil claridad sobre los tejados. El momento clave se estaba acercando. Valerio conservó la calma y dejó que los acontecimientos siguiesen su curso. Sobre la ciudad de Roma aún sobrevolaba un silencio furtivo.

Poco después, se abrió una puerta lateral y entraron los trabajadores encargados de la limpieza del lugar. Vestían túnicas ajustadas a la cintura con ceñidores de cuerda y lucían paños de tela alrededor de la cabeza. Una pequeña insignia de metal sujeta al cinturón los acreditaba como empleados del anfiteatro. El grupo, como una docena, se dispersó lentamente por las gradas y el perímetro de la arena, cada uno dirigiéndose hacia su área asignada. Algunos cargaban con escobas largas hechas de ramas, mientras que otros llevaban cestas de mimbre para recoger los desechos esparcidos por el suelo.

Valerio se estremeció. La acción daría comienzo de un momento a otro.

Lo cual, en efecto, sucedió tan solo unos minutos más tarde.

—¡Fuego! —exclamó uno de los trabajadores—. ¡Fuego!

Una columna de humo negro ascendía hacia el cielo, procedente de una grada lejana. El fuego, que había empezado con una pequeña llama, había ganado fuerza rápidamente, alimentado por trapos empapados en aceite y la madera seca acumulada en aquella

sección del edificio. En cuestión de segundos, el incendio desató un caos completamente inesperado.

Los soldados abandonaron sus puestos y corrieron hacia el origen del incendio, al tiempo que vociferaban órdenes a los trabajadores para intentar controlar el desastre.

Valerio vio su oportunidad. Se adentró en la arena y se desplazó agachado, aprovechando la cobertura que aún le ofrecía la penumbra de la alborada. Raudo, alcanzó el lugar donde yacía el cuerpo de Fabián, lo envolvió en un sudario y se lo echó sobre los hombros. El trayecto de vuelta lo hizo jadeando por el esfuerzo, pero nada le impidió llegar hasta la trampilla de salida.

Mientras la abría, se vio sorprendido por un individuo que lo hizo ponerse en alerta durante un segundo, hasta que lo reconoció. Era Elio que, tras suplantar a uno de los trabajadores de la limpieza, había provocado el incendio. Sobornar a uno de aquellos empleados para ocupar su lugar no había supuesto ningún problema.

—Buen trabajo —dijo el *fossor*—. ¿Te ha visto alguien dirigirte hacia aquí?

—Creo que no.

—Bien, pues ahora ayúdame a bajar el cuerpo hasta las alcantarillas.

Ambos se pusieron manos a la obra cuando, esta vez sí, fueron descubiertos por un centinela que había seguido al muchacho debido a su extraño comportamiento. Valerio reaccionó a toda velocidad y, antes de que al soldado le diese tiempo a desenfundar su espada, se lanzó sobre él para neutralizarlo.

Ambos hombres se enzarzaron en un forcejeo, durante el cual Valerio cobró cierta ventaja que enseguida supo aprovechar. Primero lo inmovilizó, y después se valió de la poderosa fuerza de sus brazos para estampar la cabeza del soldado contra la pared. El golpe fue extremadamente violento y el centinela iba desprovisto de casco, por lo que perdió el conocimiento de inmediato. Para sorpresa de Elio, sin embargo, Valerio no se detuvo y continuó golpeándolo cuando ya no había ninguna necesidad de ello.

—¡Ya basta, Valerio! —exclamó Elio interponiéndose delante.

Aunque la mirada de Valerio refulgía con furia desatada, al fin pareció controlarse. Entonces soltó al soldado, que cayó al suelo como un saco de arena. Un reguero de sangre le manaba del cráneo.

Elio miró a su mentor con los ojos como platos.

—¿Está muerto?

—Era él o nosotros —replicó fríamente Valerio—. Ahora, salgamos de aquí cuanto antes.

En su fuero interno, Elio sabía que eso no había ocurrido exactamente así, pero aquel no era momento de llevarle la contraria.

—¡Vamos, Elio! No tenemos tiempo que perder.

Antes de partir, el joven echó una última mirada atrás.

El soldado ya no respiraba.

CAPÍTULO SEXTO

«Cuando fueron presentados ante el prefecto, este les dijo: "Obedeced los decretos de los emperadores y ofreced sacrificio a los dioses". Justino respondió: "Nadie en su sano juicio abandona la piedad por la impiedad". El prefecto Rústico dijo: "Si no obedecéis, seréis castigados sin misericordia". Justino dijo: "Pueden matarnos, pero no pueden hacernos ningún daño real"».

Actas de Justino Mártir

21

Todo estaba dispuesto en la sala del juzgado para reanudar la vista de los juicios aplazados.

Fabio presidía el tribunal, secundado por la presencia de ujieres y escribas. Cientos de espectadores abarrotaban la sala, sabedores de que la presente sesión podía ofrecer un suculento espectáculo.

Livia fue la primera acusada en comparecer ante el tribunal. Escoltada por dos lictores que la sostenían de los brazos, se desplazaba con pasos cortos y vacilantes. Las marcas de su paso por la cárcel saltaban a la vista. Su túnica, sucia y rasgada, colgaba de su cuerpo como un paño maltratado, mientras que su larga melena lucía enredada y pegada a su rostro por el sudor y la suciedad. Con todo, un brillo de entereza relampagueaba en su mirada.

Marcelo, Lucrecia y Félix ocupaban el primer banco de la sala. Aunque el carpintero continuaba resentido con su esposa, se sentó junto a ella para proyectar ante su hija la imagen de una familia unida. Estaban nerviosos y el corazón les latía muy deprisa. Ninguno de los tres sabía con certeza qué postura adoptaría Livia durante el juicio tras su estancia en prisión.

La muchacha ocupó su puesto frente a la balaustrada, a la espera de que el juez tomase la palabra. Inconscientemente, Livia se palpó la pulsera que llevaba en su muñeca derecha. El sencillo brazalete que el leproso le había regalado le daba fuerzas en aquel horrible trance.

Desde el lugar que ocupaba en su tribuna, Fabio sintió recaer el peso de la responsabilidad sobre él como pocas veces antes. No deseaba condenar a muerte a nadie, y menos a Livia, que aún era una niña. En su opinión, el incumplimiento del edicto de Decio no constituía motivo suficiente para imponer un castigo tan extremo. Se hallaba ante un profundo conflicto interno. Si hacía cumplir la ley, traicionaría los principios fundamentales de su filosofía, la virtud estoica que guiaba cada uno de sus pasos. Mientras que, si la ignoraba, se arriesgaba a perder su preciado cargo, así como la

envidiable posición social que tanto trabajo le había llevado conquistar.

—Espero y deseo que tu paso por prisión te haya hecho reflexionar —le dijo a Livia en tono aleccionador—. Por el bien de todos, quema unos granos de incienso por el genio del emperador y decretaré inmediatamente tu libertad. Ahí tienes el altar. Ve y cumple con tu deber.

—No tengo inconveniente en rezar por la salud y el bienestar del emperador. Pero venerarlo como a un dios contradice mis creencias —contestó ella sin atisbo de duda.

Fabio suspiró. La muchacha no se lo iba a poner fácil. Aparentemente, las privaciones de la cárcel no habían servido para aplacar su rebeldía.

—Me temo que eso no es suficiente. El decreto promulgado es muy claro al respecto.

—Los decretos de los hombres no pueden suprimir los mandamientos de Dios —replicó Livia—. Yo acato las órdenes del rey de los cielos y a ellas me someto.

—No me obligues a condenarte a muerte.

—No he cometido ningún crimen, ni he levantado mi mano contra el Imperio. No he derramado sangre, no he conspirado, ni he faltado al respeto a mis conciudadanos. Mis únicas "faltas" a vuestros ojos son mi fe y no participar en rituales que mi conciencia no puede aceptar. ¿Cómo puede considerarse delito un acto de omisión, cuando no he causado daño a nadie?

—Livia, tu inacción supone el quebrantamiento de la *pax deorum*, el pacto sagrado entre los dioses y el Imperio romano que garantiza nuestra protección. Tu actitud y la de otros cristianos podría provocar que los dioses nos retirasen su favor, si es que no lo han hecho ya. ¿No te das cuenta de que nos pones a todos en peligro?

En su fuero interno, Fabio no se creía aquel discurso, pero como magistrado, su deber consistía en hacer cumplir las leyes promulgadas legítimamente.

La muchacha bajó la cabeza y no añadió nada más. Fabio se dio cuenta de que, para obtener resultados, tendría que cambiar de estrategia. Así pues, descendió del estrado y se acercó a la acusada, adoptando una actitud más cordial. En ese momento, vio que un espectador muy particular entraba en la sala. Se trataba, ni más ni menos, que de Plocio Varo. Fabio se preguntó qué estaría haciendo allí el prefecto del pretorio, pero evitó distraerse y se centró en su trabajo.

—Ahí está tu madre —manifestó Fabio señalando a Lucrecia, sentada tan solo unos metros por detrás de Livia—. Piensa en ella a la hora de tomar una decisión.

—Yo no tengo madre —contestó la muchacha.

Al magistrado estoico le desconcertó oír aquello; aun así, no se dejó perturbar.

—Y también está tu padre, que sufre por ti.

—Tampoco tengo padre.

—¿Y tu hermano? ¿También vas a renegar de él?

—Mi Señor Jesucristo dijo: «El que ama a su padre o a su madre, a sus hijos o a sus hermanos más que a mí, no es digno de mí».

El público reaccionó con un murmullo creciente. Ni los espectadores ni los integrantes del tribunal se perdían detalle del interrogatorio. La excelente acústica del lugar permitía que las palabras llegasen con nitidez hasta el último rincón de la sala.

—¿Acaso deseas morir?

—Mi único deseo es vivir en Cristo. Fuera de él estaría muerta.

Fabio comprendió que a través del diálogo no conseguiría su objetivo. Entonces le dio una instrucción a uno de sus ujieres. El empleado se levantó y se dirigió hacia una estancia contigua, de donde regresó acompañado por el verdugo, que traía consigo el potro, su instrumento de tortura por excelencia, así como una serie de artefactos destinados a provocar el mayor sufrimiento posible. El hombre ofrecía un aspecto intimidante: mirada impasible, rostro surcado de cicatrices y una túnica marrón salpicada de manchas de sangre.

Los espectadores asintieron con avidez ante el cariz que tomaba el interrogatorio, ávidos de satisfacer el morbo que los había llevado hasta allí.

Situado en la última fila, como un simple espectador más, Plocio Varo observaba con interés el desarrollo del juicio. Había querido asistir personalmente para comprobar cómo se aplicaba el edicto de Decio entre los cristianos más acérrimos. Y, a juzgar por la reputación de Fabio, su tribunal constituía el mejor sitio para hacerlo. De hecho, lo que llevaba visto hasta ahora apuntaba en la buena dirección. El objetivo primordial de las autoridades romanas no consistía tanto en ejecutar a los cristianos, sino en hacer que apostatasen para debilitarlos.

—Livia, no quiero tener que hacer uso de estos horrendos aparatos de tortura —espetó el magistrado—. Pero si no cumples con tu deber, no me dejarás otra opción.

—¿A qué conduce amenazarme con tormentos? Yo solo temo los castigos de Dios. Prefiero el sufrimiento pasajero de este mundo al suplicio eterno en el infierno.

A una señal de Fabio, el verdugo tendió a Livia en el potro y ató sus muñecas y tobillos a las gruesas cuerdas que colgaban de los extremos. La muchacha se dejó hacer con docilidad, sus labios se movían en un murmullo inaudible, repitiendo palabras de oración que apenas salían de su boca seca y agrietada.

De repente, Marcelo dio un salto que acompañó con un grito de súplica:

—¡Piedad! ¡Mi hija no es más que una niña! ¡No está en sus cabales!

—Le ruego que guarde la compostura o lo expulsaré de la sala —lo amonestó Fabio alzando la voz.

Derrotado, Marcelo se dejó caer en el banco y hundió la cabeza entre las manos.

El verdugo reanudó lo que estaba haciendo como si se tratase de una simple tarea rutinaria. Aseguró los nudos, hizo girar mecánicamente la manivela del potro y las cuerdas comenzaron a

tensarse. Livia sintió cómo se le estiraban brazos y piernas. Al principio, la presión resultaba soportable, pero muy pronto se transformó en un dolor agudo y penetrante. Cerró los ojos y apretó los dientes con fuerza.

El crujido de la madera y el sonido de las cuerdas vibrando resonaban en la sala. Los espectadores cuchicheaban entre sí mientras disfrutaban del espectáculo. Cada vuelta de la manivela enviaba nuevas oleadas de dolor al cuerpo de la muchacha, que sentía cómo sus articulaciones y músculos se estiraban más allá de lo que parecía humanamente posible. Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos cerrados. Con todo, no permitió que un grito escapara de sus labios.

Fabio se acercó al oído de Livia y le susurró:

—Livia, apostata y pon fin a este suplicio de una vez. A mí esto me gusta tan poco como a ti. ¿Es que no te das cuenta de que estoy intentando salvarte la vida?

La muchacha apretó los labios y negó con la cabeza. Fabio, frustrado, le indicó al verdugo que aflojase ligeramente la tensión del potro para evitar que las extremidades se le desencajasen.

El magistrado estoico sabía que aún tenía margen para doblegar la voluntad de Livia a través de la tortura. Se sentía terriblemente culpable por lo que estaba haciendo… Sin embargo, la alternativa era aún peor. Así pues, tras considerar las distintas posibilidades a su alcance, terminó señalando el garfio de hierro.

—¡No, por favor! —Marcelo volvió a intervenir, totalmente desquiciado—. ¡Livia, no sigas adelante con esto, te lo ruego! ¡Hazlo por mí!

La muchacha giró la cabeza y, pese al suplicio que soportaba, le dedicó a su padre una mueca de cariño.

—Y lo hago por ti, papá. Para que tu corazón se abra a la luz y vivas por fin la verdadera vida en Cristo.

El verdugo asió el garfio de hierro, que brilló bajo los haces de luz que entraban por las ventanas. Livia contempló el instrumento de tortura, curvo y afilado, y notó que le brotaba en la boca un fuerte

sabor a bilis. En aquel estado, atrapada en el potro y con sus músculos expuestos y estirados, se hallaba en una posición especialmente vulnerable. El sudor corría por su frente y se mezclaba con las lágrimas que brotaban de sus párpados.

Sin perder tiempo, el verdugo hundió el garfio en el costado derecho de la joven, y le desgarró la piel con la precisión de un carnicero. Un grito agudo, mezcla de dolor y súplica, estuvo a punto de escapar de los labios de Livia, pero en lugar de eso, lo transformó en una imploración. Su voz, temblorosa pero firme, se alzó en medio de la tortura:

—Señor… —logró articular, casi sin aliento—. Tú que sufriste… por nosotros… dame la fortaleza… para soportar este tormento.

Imperturbable, el verdugo volvió a clavar el garfio en otro punto del costado y trazó un nuevo surco en la carne. La sangre brotaba de las heridas, manchando la madera del potro y la túnica de Livia. El dolor amenazaba con hacerla desmayarse. Incluso algunos asistentes comenzaron a inquietarse ante el rumbo que habían tomado los acontecimientos.

Marcelo miró a su mujer, sin molestarse ya en disimular el rencor que sentía.

—¡Esto es obra tuya!, ¡en esto has convertido a nuestra hija! ¿Qué te parece lo que ves?

—Estoy orgullosa de ella —replicó Lucrecia con determinación, pese a que sentía su alma desgarrarse—. De su coraje y su valentía para ofrecer testimonio público de su fe.

Marcelo la miró con incredulidad y, ante la impotencia que sentía, terminó por marcharse de la sala, incapaz de soportar por un minuto más el sufrimiento de su hija.

Mientras tanto, Fabio interpeló de nuevo a la acusada para intentar hacerla entrar en razón.

—No te resistas más, pon fin de una vez a este martirio innecesario. Te lo ruego, Livia.

La muchacha, con la voz quebrada por el dolor, levantó la mirada hacia Fabio y dijo:

—Me torturas no para que confiese un crimen, sino para que niegue la verdad de mi fe. ¿No ves la contradicción? ¿Qué justicia es esta, que castiga no por un delito cometido, sino para arrancar de mí una mentira? ¡Si renegase de mi fe ahora, sería como admitir una culpa que no existe!

Fabio era perfectamente consciente de la paradoja que señalaba la muchacha. Normalmente, en los procedimientos legales romanos, la tortura se llevaba a cabo bien para obtener información, bien para buscar una confesión de culpabilidad. En cambio, con los cristianos se pretendía el objetivo contrario: hacer que los acusados negasen su fe y, por lo tanto, negasen el "delito" que las autoridades estaban investigando, es decir, su adhesión al cristianismo.

Plocio Varo observaba el desarrollo de los acontecimientos con preocupación. Resultaba evidente que aquella joven cristiana no daría su brazo a torcer. Fabio debía poner fin a la tortura de inmediato o, de lo contrario, se conseguiría el efecto contrario al deseado.

Un murmullo de inquietud se había extendido entre el público asistente. Algunos de los espectadores, que hasta entonces habían contemplado el sufrimiento de Livia con indiferencia o incluso con aprobación, comenzaron a sentir una creciente incomodidad. El coraje y la firmeza con que la joven defendía su fe, a pesar del tormento, los llevó a plantearse ciertas cuestiones. ¿Qué creencia podía ser tan poderosa como para darle fuerzas para resistir una tortura tan atroz?

Fabio regresó al asiento que ocupaba en el estrado, tratando de decidir qué hacer a continuación. Si la muchacha no había cedido hasta ahora, no creía que fuese a hacerlo, por mucho daño que le infligiese. Se arriesgaba, incluso, a causarle la muerte si llevaba el castigo demasiado lejos. Por otra parte, en las causas seguidas contra los cristianos que persistían en su fe, no había lugar para la absolución. La única salida era condenarlos a muerte. Se hallaba, por tanto, entre la espada y la pared.

Finalmente, el magistrado decidió realizar un último intento. Si llevaba el aguante de Livia hasta el límite, quizá lograse doblegarla. No lo creía probable, pero tenía que intentarlo.

Fabio susurró una nueva instrucción, que el verdugo acató sin pronunciar palabra. Resultaba difícil saber si este disfrutaba o no con su trabajo; de lo que no cabía duda era de que lo ejercía con diligencia.

Acto seguido, asió unas tenazas de hierro y recogió un carbón al rojo vivo de un brasero cercano. Los murmullos en la sala cesaron de golpe y el aire se cargó de una tensión insoportable. Con gesto mecánico, el verdugo presionó el carbón encendido contra el costado desnudo de Livia, produciendo un siseo escalofriante y un desagradable olor a carne quemada. Esta vez, el dolor fue demasiado incluso para la voluntad férrea de la muchacha. Un terrible alarido escapó de su garganta, que corrió como un torrente bajo la bóveda de la basílica. Su cuerpo se arqueó violentamente a pesar de las cuerdas que la sujetaban, luchando instintivamente por liberarse de aquel suplicio inhumano.

Lucrecia y Félix se abrazaron envueltos en lágrimas.

Desde su asiento, Plocio Varo pensaba que el magistrado estaba prolongando la tortura de forma innecesaria. La muchacha debía ser condenada y ejecutada cuanto antes.

Fabio, rayando en la desesperación, se inclinó sobre Livia y le suplicó al oído que apostatase. La angustia del magistrado se reflejaba en su rostro abatido. La muchacha, sin embargo, ni siquiera dio muestra alguna de escucharle. Se había refugiado en la constante oración hacia su dios crucificado, y ya ni siquiera parecía ser consciente de cuanto la rodeaba.

Al final, no le quedó más remedio que darse por vencido. Había hecho todo cuanto estaba en su mano por salvar a la muchacha, y había fracasado. Lentamente, Fabio regresó sobre sus pasos y se dejó caer en su tribuna, bajo la atenta mirada de sus escribas y secretarios. Todos esperaban que sentenciara a la muchacha a muerte y acabase con todo aquello.

Sin embargo, al observar a Livia en su estado agonizante pero inquebrantable, Fabio sintió que no podía hacerlo. Un verdadero estoico debía guiarse siempre por la virtud, como había hecho su amigo Sempronio incluso en las circunstancias más adversas. Así pues, debía actuar basándose en las cuatro virtudes fundamentales: la sabiduría, que le permitía observar la realidad de manera objetiva y racional, le susurró que debía mirar más allá de la letra de la ley; la justicia le dictó que no podía castigar a quien que no había causado mal alguno; la templanza, que le ayudaba a alejarse de los excesos y a actuar con serenidad, le conminaba a evitar una condena a todas luces desmesurada; y el coraje, que le otorgaba la fortaleza para enfrentar las posibles repercusiones de sus actos, lo llevó a tomar la única decisión posible.

Fabio se puso en pie y, tras barrer la sala con la mirada, anunció:

—Renuncio con efecto inmediato a mi cargo de magistrado. —Y, sin dar mayores explicaciones, abandonó el juzgado por una puerta lateral.

Se hizo un silencio absoluto. Los integrantes del tribunal, los guardias y los propios espectadores se quedaron estupefactos. Nadie sabía muy bien qué correspondía hacer a continuación, y de qué modo repercutiría aquella decisión en el destino de la obstinada cristiana. Ni siquiera la propia Livia comprendía lo que estaba pasando.

Plocio Varo, sin embargo, reaccionó a toda velocidad. Se levantó de un salto, se identificó ante los soldados y se dirigió hacia el estrado, dispuesto a solucionar aquel desaguisado sobre la marcha. Él mismo, haciendo valer los incontables poderes que como prefecto del pretorio acumulaba, dictaría la sentencia que había quedado en el aire.

En la práctica, el sacrificio de Fabio no había servido de nada.

22

Salona (provincia de Dalmacia)

Todas las mañanas, Octavio, el gobernador provincial, llevaba a cabo el ritual acostumbrado antes de iniciar su jornada de trabajo.

Se levantaba al amanecer, bebía un vaso de agua de un solo trago, se daba un baño caliente y, por último, recibía un largo masaje relajante. Después se vestía y se dirigía hacia su despacho, donde repasaba con su asesor la agenda del día. Las reuniones y los actos públicos ocupaban la mayor parte de sus obligaciones.

Sin embargo, ya ni siquiera su rutina matinal conseguía relajarlo. El gobernador de Dalmacia llevaba semanas sumido en una profunda angustia, que ni siquiera lo dejaba dormir. La ansiedad le oprimía el pecho como una losa muy pesada. Los problemas de la provincia, lejos de remitir, empeoraban a cada día que pasaba. Pero su mayor preocupación seguía siendo la silenciosa amenaza de Nertomarus. Le constaba que el maldito comerciante, su rival más implacable, estaba conspirando contra él. Y cada vez se sentía más acorralado.

Aquella mañana, el edificio del pretorio amaneció envuelto en una espesa bruma que se deslizaba colina abajo como una serpiente silenciosa. Octavio entró en su despacho seguido de su principal asesor, que lo abordó de inmediato.

—Aún no he tenido tiempo de sentarme y ya me estás agobiando —masculló el gobernador.

—Lo siento, señor. Yo solo cumplo con mi deber…

—Lo sé, lo sé —reculó—. Vamos, habla de una vez y dime a qué viene tanta urgencia.

—Nos han informado de que, recientemente, ha ocurrido una tragedia en Marsonia, una pequeña localidad situada al norte de la región.

—¿Una tragedia?

—Bueno… Quizá ese no sea el término más apropiado para describir lo ocurrido…, es el primero que se me ha venido a la cabeza…

—De acuerdo, de acuerdo. Continúa —le instó Octavio con impaciencia.

—Al parecer, una enfervorecida masa de campesinos, empujada por la desesperación, protagonizó una violenta revuelta. En aquella zona en particular, los efectos de la crisis agrícola han sido especialmente devastadores.

La noticia captó de inmediato la atención del gobernador.

—¿Atacaron a las autoridades locales?

—Lo intentaron, pero como no dio resultado, se volvieron contra algunos vecinos… Más concretamente, contra los cristianos.

Octavio frunció el ceño para expresar su extrañeza.

—¿Y por qué diablos hicieron tal cosa?

—No lo tengo claro. Supongo que la muchedumbre vio en los cristianos el blanco perfecto sobre el que descargar su ira acumulada. La cuestión es que acabaron perpetrando una auténtica matanza. Decenas de personas fueron literalmente masacradas.

—Eso confirma lo que siempre he pensado de los campesinos, que son seres vulgares e ignorantes que se comportan como animales.

El asesor consultó una hoja de pergamino.

—Las autoridades locales solicitan directrices sobre cómo proceder a continuación. No cabe duda de que se cometieron crímenes sancionables por la ley, pero si procesasen a todos los implicados, tendrían que condenar a la mitad de la población. ¿Qué opina, señor?

El gobernador suspiró.

—Nos guste o no, dejarlo correr parece la opción más sensata. De lo contrario, la otra mitad del pueblo se levantaría contra nosotros.

—¿Y si los disturbios se extienden hacia localidades cercanas?

—Mientras los exaltados tengan como objetivo a los cristianos, me da completamente lo mismo. Solo intervendremos si asaltan a las autoridades. Si la secta cristiana teme por su seguridad, es libre de marcharse. O, si no, que se defiendan ellos mismos.

—Entendido.

—Esas son mis órdenes, encárgate de trasmitirlas.

Acto seguido, Octavio comenzó a frotarse las sienes. El tema que deseaba abordar a continuación lo llenaba de desasosiego.

—Tan solo faltan unos días para mi decisiva reunión con Nertomarus. Dime, por favor, que por fin tenéis algo contra él.

Desde hacía varias semanas, estaba en marcha una investigación que buscaba descubrir los presuntos trapos sucios del afamado comerciante. Sin embargo, y pese a todos los recursos empleados, hasta el momento no habían descubierto nada. En apariencia, Nertomarus se había conducido siempre de forma escrupulosa con la ley.

—Lo siento, no hay novedades —dijo el funcionario mirando al suelo—. Nertomarus está limpio, o al menos no hemos podido demostrar lo contrario.

Octavio le dio un manotazo a un tintero de metal que había sobre la mesa; la tinta se desparramó por todas partes.

—¡Es ridículo! —estalló—. ¡Estoy rodeado de inútiles que no saben hacer su trabajo!

Su asesor tenía algo importante que añadir, pero antes de volver a intervenir esperó a que al gobernador se le pasara el arrebato.

—Señor, hemos averiguado cierto detalle de suma importancia, relacionado con todo este asunto. Tenemos constancia de que el senador Casiano ha entrado a escondidas en la región.

Octavio se quedó paralizado. Desde hacía meses, sus informantes estaban al corriente de que Nertomarus mantenía contactos con aquel influyente senador como parte de su estrategia para apartarlo del poder. ¡Y ahora, Casiano también se hallaba en la provincia!

La situación había alcanzado su punto culminante.

***

El encuentro entre Nertomarus y el senador Casiano se celebraría en una villa situada a las afueras de Salona, propiedad de un amigo del comerciante. El lugar, rodeado de viñedos y olivos y alejado de miradas inoportunas, ofrecía la discreción necesaria que requería una reunión de semejante naturaleza. Aquellos dos hombres estaban preparando el terreno para deshacerse de Octavio de una vez por todas.

Una mesa de mármol, rodeada de divanes con cojines de terciopelo, ocupaba el centro de la sala. Pequeñas estatuas de bronce y cerámica adornaban las repisas, aportando un toque de elegancia a la atmósfera de la estancia. El aire estaba impregnado por un sutil aroma a lavanda, proveniente de un brasero humeante. Un techo abovedado con vigas de madera ofrecía una sensación de acogedora protección.

Casiano y Nertomarus mantenían una conversación amena, mientras disfrutaban de algunos aperitivos: aceitunas marinadas, queso de cabra bañado en miel dorada y un vino tinto servido en copas de plata.

—Llevo meses reuniendo las pruebas que acreditan la corrupción del gobernador —afirmó Nertomarus, abordando al fin el asunto que los había llevado hasta allí.

El senador, tras haber burlado el cumplimiento de edicto de Decio mediante la compra del falso certificado, se había desplazado hasta la provincia de Dalmacia en persecución de sus objetivos políticos.

—Espero que sean tan contundentes como me habías anticipado en tu carta.

A una señal de Nertomarus, un sirviente despejó la mesa y se retiró con la misma celeridad con la que había aparecido. El comerciante, entonces, desplegó una amplia variedad de documentos sobre la superficie: libros de cuentas que reflejaban que los gastos personales de Octavio superaban con creces su salario oficial; tablas de cera y rollos de pergamino con cifras alteradas,

evidenciando el desvío de fondos públicos a cuentas personales; copias de contratos mediante los que se otorgaron concesiones a cambio de sobornos; documentación sobre tierras adquiridas por Octavio a nombre de terceros para ocultar su verdadera propiedad; e incluso declaraciones juradas por funcionarios descontentos, describiendo las actividades irregulares que habían presenciado.

—¡Vaya! Las evidencias son realmente abrumadoras —admitió Casiano, verdaderamente impresionado. Sus penetrantes ojos azules brillaban de excitación.

—Octavio se creyó intocable durante muchísimo tiempo, por eso fue tan descuidado.

Casiano ambicionaba convertirse en el nuevo gobernador de Dalmacia para impulsar su carrera política. Y, Nertomarus, por su parte, estaba dispuesto a servirle el cargo en bandeja, a cambio de un trato más justo para los habitantes de la provincia. Con que Casiano no robase ni ahogase a los campesinos en impuestos, el cambio habría merecido la pena. La población llevaba demasiado tiempo sufriendo por la incompetencia de un gobernador mezquino y egoísta.

—¿Y cuándo podré llevarme todos estos documentos a Roma?

—Quizá no haga falta. Pasado mañana tengo prevista una reunión con Octavio, y, si todo sale como tengo planeado, tal vez podamos liquidar este asunto por la vía rápida.

—¿Y si a pesar de todo Octavio se resiste a renunciar al cargo voluntariamente?

—En tal caso, te correspondería a ti entrar en acción —contestó Nertomarus—. De un modo u otro, Octavio está derrotado.

Casiano estaba muy bien relacionado con figuras clave del Senado de Roma, así como con el propio emperador. Por tanto, ayudado de las evidencias que probaban la corrupción de Octavio, tenía prácticamente asegurado ser nombrado en su lugar.

—¿Y qué querrás a cambio cuando todo esto haya terminado y yo me alce con el poder en Dalmacia?

—Nada, ya te lo he dicho antes. Esto no lo hago en mi propio beneficio, sino en el de mi pueblo.

—Está bien, es solo que… me cuesta trabajo creerlo.

—Solo espero que no me falles y que gobiernes pensando en el bienestar de los habitantes —recalcó Nertomarus.

—En eso tienes mi palabra —aseguró el senador.

El comerciante tenía buenas razones para creer que no le fallaría. A lo largo de su trayectoria política, Casiano se había labrado una sólida reputación como buen administrador, recto y responsable.

—Brindemos entonces para celebrarlo.

***

Para cuando llegó el día de la reunión, Octavio ya tenía asumida su derrota.

Aunque ignoraba con exactitud lo que Nertomarus había preparado, podía figurárselo. A lo largo de los últimos años, el dichoso comerciante se había conducido de forma paciente, metódica, y había sabido jugar muy bien sus cartas. Él, en cambio, se había confiado en exceso y había sido descuidado. Y, como resultado, estaba a punto de pagar las consecuencias.

Para recibirlo, Octavio prescindió de los viejos trucos que a veces había empleado para desestabilizar a su adversario. Se embutió en una túnica de lana, y se puso una toga blanca con bordados de púrpura en las mangas, sujeta por un broche de oro en forma de águila. Mandó preparar la sala de audiencias principal del edificio del pretorio, coronada por un monumental fresco que representaba la victoria de Júpiter sobre los titanes, y aguardó la llegada del comerciante sentado en su trono elevado. Esta vez tampoco lo haría esperar como había hecho en ocasiones pasadas.

Un chambelán anunció la llegada de Nertomarus, que accedió a la sala con paso decidido. El comerciante observó a Octavio a través de sus ojos saltones, sentenciándolo con la mirada.

—Gracias por recibirme… —dijo.

—¿Acaso tenía otra opción?

—Supongo que no.

Octavio tomó una profunda bocanada de aire.

—Sé a lo que has venido, Nertomarus, así que no perdamos el tiempo. Cuanto antes se acabe esta agonía, mejor para mí.

—No podría estar más de acuerdo.

—Estoy al corriente de tu alianza con el senador Casiano. ¿Me equivoco?

—Veo que estás bien informado, pero hay más. Solicito permiso para que mi asistente pueda entrar un instante.

El gobernador concedió su autorización y, a continuación, apareció un hombre cargado con un soporte cilíndrico y una bolsa de cuero al hombro.

Entre Nertomarus y su ayudante, comenzaron a desplegar sobre una mesa de mármol todos los documentos que probaban las actividades ilícitas de Octavio. Eran copias, por supuesto; los originales se hallaban a buen recaudo. Cuando finalizaron, el asistente se retiró con la misma discreción con la que había entrado.

El gobernador se levantó de su asiento y se dirigió hacia la mesa para examinar el contenido de aquellos legajos. Y, conforme fue adquiriendo conciencia de lo que significaban, su rostro se fue tornando pálido y las sienes comenzaron a palpitarle.

—Estás acabado, Octavio. Con esta información, Casiano cuenta con munición más que suficiente para hacer que el emperador te deponga del cargo.

—Ya veo… Y negarlo por mi parte supondría una ingenuidad.

—No obstante, las cosas no tendrían por qué desarrollarse de esa manera —terció Nertomarus—. Si renuncias al cargo voluntariamente, nada de esto tendría por qué saberse. Podrías ahorrarte la humillación y una sanción más que probable. Te estoy ofreciendo una oportunidad que ni siquiera te mereces. Si yo estuviese en tu lugar, no la desaprovecharía.

Octavio volvió sobre sus pasos y se derrumbó en su trono elevado, con el rostro enterrado entre las manos. Segundos

después, comenzó a sollozar como un condenado que aguardase su ejecución. Y, en cierto modo, así era.

Nertomarus no quiso presionarlo, y le dio un tiempo para que se hiciese a la idea. Octavio, completamente abatido, precisó de varios minutos para recomponerse.

—Hoy mismo enviaré una misiva formal a Roma para comunicar mi renuncia por motivos personales.

—Sabia decisión. Además, recomendarás al senador Casiano para que te suceda en el cargo.

El gobernador se encogió de hombros.

—De acuerdo.

En ese momento, el asesor principal de Octavio le hizo una señal desde el umbral de la puerta de la sala de audiencias. Al principio, el gobernador lo ignoró, e incluso le hizo gestos para que se marchase… Aun así, su asesor se negó a irse hasta no ser escuchado. Al parecer, se trataba de una urgencia inaplazable.

Octavio cruzó la estancia para encontrarse con su asesor, al que amonestó por haberle interrumpido durante una reunión tan importante. Sin embargo, tan pronto como le susurró al oído la noticia que traía, se enderezó como un estandarte.

—¿Estás seguro?

—Totalmente, señor.

—Gracias, gracias. Puedes retirarte.

Cuando el gobernador regresó al trono, parecía otra persona. Mantenía la cabeza alta, exhibía una media sonrisa y su mirada parecía irradiar fuegos artificiales. Aquella transformación puso a Nertomarus inmediatamente en guardia.

—Olvida la promesa que acabo de hacerte —dijo Octavio soltando una risotada—. Parece que las tornas han cambiado.

El comerciante lo miró como si su oponente hubiese perdido la cabeza.

—¿De qué estás hablando?

—¿Sabes? Hace tiempo que te mandé investigar en busca de irregularidades. Nadie puede llegar tan lejos como tú lo has hecho

sin haber quebrantado la ley, o al menos sin haber eludido su estricto cumplimiento. —El gobernador negó lentamente con la cabeza—. Para mi sorpresa, no encontré absolutamente nada.

—No encontraste nada, porque no había nada que encontrar —afirmó Nertomarus.

—¿De verdad?

Aquella sonrisa lobuna asomó de nuevo a labios de Octavio.

—Hay hombres de negocios que también somos honrados.

—Eso me cuesta creerlo —replicó—. En cualquier caso, tú no eres uno de ellos.

—Ah, ¿no? ¿Y eso por qué?

—Acabo de enterarme, Nertomarus. Mis informantes han averiguado que perteneces a la secta de los cristianos.

El comerciante recibió la noticia como si le hubiesen propinado un puñetazo en la boca del estómago. Durante años, había procurado mantener en secreto la fe que profesaba, consciente de que podía constituir un punto débil del que sus rivales intentarían aprovecharse. Pese a todas sus precauciones, sin embargo, Octavio lo había acabado averiguando.

—Te has quedado mudo —añadió Octavio regodeándose.

La rectitud con que Nertomarus se había conducido siempre, tanto en su vida personal como en los negocios que administraba, así como la actividad filantrópica que solía llevar a cabo, podía explicarse ahora mucho más fácilmente. Los principios cristianos lo habían guiado en cada uno de sus pasos.

—Mis creencias religiosas no tienen nada que ver con todo esto —contestó al fin.

—Ah, Nertomarus. ¡Qué mal se te da hacerte el tonto! No creo que haya un solo cristiano que no esté al corriente del edicto de Decio. Yo no lo he aplicado, pero eso podría cambiar en cualquier momento. Ahora mismo, podría obligarte a sacrificar en honor a las divinidades romanas en el templo de Apolo. ¿Qué harías entonces? Tú no pareces ser de los que traicionarían a su dios. Aunque, por otra parte, la desobediencia se castiga con la muerte.

La situación había dado un giro tan radical que al comerciante le costaba trabajo pensar con claridad. ¿Qué haría si se viese en semejante trance? Ni siquiera él lo sabía.

—Escúchame bien, Nertomarus. En primer lugar, vas a entregarme todas las pruebas que has reunido en mi contra. Y, después, le dirás a Casiano que has decidido no seguir adelante con vuestro plan para derrocarme. De lo contrario, ordenaré la aplicación inmediata del edicto de Decio en toda la provincia de Dalmacia. Y, particularmente, me aseguraré de que todo el peso de la ley recaiga sobre los sacerdotes de tu secta. En todo caso, miles de cristianos sufrirán si no aceptas mis condiciones.

Nertomarus libró una lucha interna que no duró demasiado. El daño que Octavio podía infligir a la Iglesia era incalculable. Y, si estaba en su mano evitarlo, ¿qué otra cosa podía hacer?

—De acuerdo. Haré lo que me pides —concedió al fin en un susurro.

—¡Excelente! Has tomado la decisión más acertada —repuso el gobernador—. Pero te lo advierto, ni se te ocurra tratar de engañarme. Como me entere de que mantienes el menor contacto con Casiano, nuestro acuerdo se habrá terminado.

—Entendido.

—Ah, y una cosa más. Quiero una rebaja en el precio del hierro y la plata. A partir de ahora, nuestras relaciones comerciales se van a regir por criterios muy distintos…

23

Fabio había realizado un enorme sacrificio renunciando a su cargo de magistrado, el sueño de toda su vida, para evitar condenar a Livia. Una decisión que, además, tuvo devastadoras consecuencias para su carrera. En un sistema donde la lealtad al Imperio y la observancia de las leyes eran fundamentales, su decisión se interpretó como un desafiante acto de desobediencia. En consecuencia, fue inmediatamente excluido de futuros cargos dentro de la administración pública.

Aparte, Fabio se dio cuenta enseguida de que lo estaban investigando. Sobre él recaían sospechas de sentir simpatía hacia los cristianos, o incluso de que formaba parte de la secta perseguida, al igual que su hermano. Por supuesto, todo aquello era mentira, así que no le preocupaba lo más mínimo lo que hicieran. Lamentablemente, todos aquellos rumores contribuían aún más a manchar su reputación.

Además de las repercusiones oficiales, Fabio también advirtió que, a nivel social, aquel asunto le pasaba una importante factura. Amigos y conocidos se distanciaron rápidamente de él, por temor a que les asociaran con alguien que se había enemistado con las autoridades. Solo sus colegas estoicos se mantuvieron leales, pues ellos comprendían mejor que nadie lo que significaba vivir conforme a la virtud. De hecho, vieron en Fabio un ejemplo vivo de lo que representaba ser un verdadero estoico: alguien dispuesto a sacrificar el poder, el prestigio y su propia seguridad por vivir conforme a los principios que su filosofía predicaba.

Fabio aún tenía que decidir cómo encauzar su futuro profesional. Sin embargo, no era algo que le preocupara por el momento. De hecho, eso le dejaba mucho más tiempo para buscar la reliquia cristiana que tanto ansiaba su hermano para invocar un milagro. Mientras Lucila siguiese con vida, Fabio no cejaría en su empeño de encontrar la escurridiza «lágrima de Cristo».

***

Fabio había localizado a los descendientes de Marcia Agripina, la viuda cristiana a la que Messalina le había vendido la reliquia. Marcia había muerto y ya no tenía modo de hablar con ella, pero quizá sus herederos supiesen algo acerca de la «lágrima de Cristo».

De las tres hijas que había tenido Marcia, solo una había aceptado contestar a sus preguntas. Claudia, que así era como se llamaba, vivía en la casa familiar que había heredado de su madre. Sus dos hermanas mayores ya se habían casado y vivían en las residencias de sus maridos.

La villa, situada en una de las zonas más nobles de Roma, exudaba una elegancia tranquila. Una estructura de mármol blanco rodeada de jardines bien cuidados, que evidenciaba el estatus de la familia.

Fabio se detuvo un momento en la entrada. Había llegado a primera hora de la tarde y los rayos del sol meridiano se reflejaban en el agua de una fuente cercana.

Un atento sirviente le indicó que lo siguiese a través de un largo pasillo. Las lámparas de aceite, colocadas a intervalos regulares, arrojaban una cálida luz que realzaba los colores y las texturas de los mosaicos que adornaban las paredes. Pasaron junto a varios bustos de mármol, representaciones de ilustres antepasados de la familia, que parecían observarlo de forma solemne. El sonido de los pasos resonaba suavemente sobre el suelo de mármol pulido.

Finalmente, el sirviente se detuvo ante una puerta de madera ornamentada que daba a un amplio triclinio. El salón estaba dispuesto con muebles de exquisita factura: mesas bajas de madera fina con incrustaciones de marfil, divanes adornados con cojines de brocado y una estantería de madera oscura que contenía pergaminos cuidadosamente enrollados junto a pequeñas estatuillas de bronce.

En el centro de la estancia, una mujer joven, elegantemente vestida con una delicada túnica de lino y un manto ligero bordado en

hilos dorados, esperaba sentada en uno de los asientos. Claudia poseía grandes ojos, que resaltaban como gemas bajo sus largas y finas pestañas. Su mirada se posó en la de Fabio, y con un gesto de la mano le indicó que se sentase.

—Le agradezco mucho que me haya recibido —saludó Fabio cordialmente—. Y déjeme decirle que lamento mucho la muerte de su madre.

—Gracias. Ha venido para hablar de ella, ¿verdad?

—Así es. ¿Puedo preguntarle de qué falleció?

—Marcia enfermó hace unos meses, y enseguida supo que su mal no tenía remedio. Los médicos le dieron muy poco tiempo de vida.

La mirada de Claudia evidenciaba un claro rastro de tristeza.

—Tuvo que ser duro, sé muy bien lo que significa perder a una madre.

—Me temo que a mi madre la perdí mucho tiempo antes.

—Disculpe, pero ¿qué ha querido decir con eso?

Claudia mantuvo su mirada fija en la de Fabio un instante, como si buscase las palabras más adecuadas para expresar lo que sentía.

—Me refiero al momento en que mi madre se convirtió al cristianismo. Al principio pensé que se trataba de una simple curiosidad, una moda pasajera. Pero me equivocaba. Muy pronto, su vida entera giró en torno a aquella fe tan diferente a todo lo que conocíamos. Dedicaba largas horas a la oración y asistía a los rituales todos los días. Para ella no parecía haber nada más importante.

Fabio escuchaba en silencio, exhibiendo en todo momento una expresión empática.

—Mi madre, que siempre había sido una presencia cálida y constante en nuestras vidas, empezó a alejarse poco a poco —prosiguió diciendo Claudia—. Mostraba una generosidad que nunca había visto antes, pero no con nosotras, sino con los más necesitados. Daba parte de su fortuna a los pobres, ayudaba a los enfermos…, mientras que a mis hermanas y a mí cada vez nos prestaba menos atención.

»Luego quiso que nosotras también nos convirtiésemos, que compartiésemos su devoción. Yo intenté comprenderla, intenté seguirla en su nueva fe, aunque solo fuese para mantener el vínculo con ella. Pero cuanto más me sumergía en aquella extraña doctrina, más confusa me sentía. Y cuando mis hermanas y yo nos negamos a seguir sus pasos, fue como si algo se rompiera entre nosotras.

Claudia dejó escapar un suspiro, su mirada perdida en algún punto indefinido del triclinio.

—Recuerdo que intenté hablar con ella muchas veces. Le preguntaba por qué se había vuelto tan distante, por qué ya no parecía interesada en nuestras vidas. Siempre me respondía lo mismo: que tenía un deber mayor, que debía servir a algo más grande que a nosotras, a Dios…

»Luego mi madre enfermó y supo que no le quedaba mucho tiempo de vida. Entonces pensé que tal vez querría pasar más tiempo con su familia. Que aprovecharía esos últimos momentos para intentar cerrar la distancia que se había creado entre nosotras. Nada más lejos. En lugar de acercarse, se entregó aún más a la Iglesia. Decía que lo hacía pensando en la recompensa de la vida eterna. Que tenía que preparar su alma para lo que vendría después.

Claudia volvió a suspirar. Aunque le dolía hablar de todo aquello, al mismo tiempo agradecía poder expresar en voz alta lo que sentía, aunque fuese ante un desconocido.

—Lo más difícil de aceptar —continuó la mujer, con la voz teñida ahora de una amarga resignación—, fue cuando descubrí que lo había dejado todo dispuesto para que la enterraran en una de esas horribles catacumbas cristianas, en vez de en nuestro mausoleo familiar. Fue como si, incluso en la muerte, hubiese querido apartarse de nosotras, de nuestras tradiciones. Ya no solo habíamos perdido a nuestra madre en vida, sino que también nos arrebató la posibilidad de honrarla en la muerte, de tener un lugar donde recordarla.

»Y, por si todo eso no fuese suficiente, mi madre nos hizo una última afrenta —explicó Claudia, eligiendo cuidadosamente sus palabras—. En sus disposiciones testamentarias, Marcia decidió legar a la Iglesia cristiana unas propiedades que teníamos fuera de Roma. Eran tierras fértiles, con olivares y viñedos, situadas en la región de Campania. Habían estado en nuestra familia durante generaciones y su producción constituía una parte importante de nuestra riqueza. Mi madre, sin embargo, decidió que serían más útiles en manos de la Iglesia, para que pudiera seguir con sus obras de caridad y su misión.

Fabio asintió, entendiendo perfectamente la magnitud de una decisión así. Aquellas tierras no solo eran valiosas desde el punto de vista económico, sino que también constituían un símbolo del legado familiar.

—Por lo menos —añadió Claudia con una leve nota de alivio en su voz—, heredé la vivienda familiar. Esta casa, donde crecimos, donde tenemos tantos recuerdos, nos sigue perteneciendo. Es todo cuanto me queda de la vida que conocí, de la familia que éramos antes de que todo cambiara.

—Comprendo… —murmuró Fabio.

Un denso silencio se hizo presente, mientras las palabras quedaban en el aire.

—¿Y de qué conocía usted a mi madre?

—En realidad, no la conocía.

Claudia lo miró con extrañeza.

—No se lo he preguntado, pero supongo que no será usted cristiano, ¿verdad?

—No, en absoluto. Aunque mi presencia aquí sí está indirectamente relacionada con dicha circunstancia.

Entonces, Fabio le habló acerca de la reliquia cristiana y del motivo por el que la estaba buscando.

—Y, según he podido averiguar, su madre la adquirió poco tiempo antes de morir —concluyó.

—¿Está seguro de eso?

—Completamente. Pagó una importante suma de dinero para hacerse con ella.

Lo del dinero no le sorprendió a Claudia. Durante los últimos meses, Marcia se gastó en donaciones buena parte del patrimonio familiar.

—Ni a mis hermanas ni a mí nos habló nunca de esa antigua reliquia cristiana. —La mujer parecía contrariada—. No lo entiendo… Si ese objeto tenía tanto valor para la Iglesia, ¿cómo es que tampoco se lo dijo a sus máximos representantes?

Fabio se quedó pensativo. Esa era una magnífica pregunta. Tan pronto como Marcia la hubiese adquirido, lo lógico era que se lo hubiese hecho saber al obispo. Sin embargo, resultaba evidente que no lo había hecho. De lo contrario, él no habría emprendido nunca aquella delirante búsqueda.

—En las disposiciones testamentarias de su madre, ¿no hizo mención alguna acerca de la «lágrima de Cristo»? Puede que su intención fuese que la Iglesia la heredase al morir ella.

—Ya le he dicho que es la primera vez que oigo hablar de semejante asunto.

Fabio entornó los párpados y adoptó una pose reflexiva.

—Antes ya le expliqué que la reliquia no es más que una antigua horquilla para el pelo, con unas determinadas características. ¿Cabría entonces la posibilidad de que se hallase entre los objetos personales de Marcia? Puede que esté guardada en sus aposentos, entre sus pertenencias más preciadas.

Claudia se demoró unos segundos antes de contestar.

—Tal vez —dijo finalmente, su voz apenas un susurro—. Desde su muerte, no he tenido el valor de revisar sus cosas. Todo sigue tal como lo dejó en su habitación. Cada vez que pienso en hacer inventario, me detengo. Es como si abrir esas puertas significara aceptar realmente que ya no está aquí… y no estoy lista para eso.

—Lo comprendo… Y, sé que le estoy pidiendo mucho. No obstante, le estaría muy agradecido si me mostrase los aposentos de

Marcia. Desearía poder buscar la reliquia entre sus cosas. Puedo hacerlo solo, si no se siente con fuerzas para acompañarme.

De entrada, Claudia no estaba dispuesta a acceder a semejante petición. Sin embargo, cuando recordó que Fabio hacía todo aquello por su sobrina, se le acabó ablandando el corazón.

—Está bien… —convino—. Es algo que debo hacer, aunque me cueste. De acuerdo, venga conmigo.

Se levantó del diván y guio a su invitado a través de pasillos y escaleras, hasta llegar a su destino.

Los aposentos de Marcia estaban bañados por la luz tenue que se filtraba a través de las cortinas de lino translúcido, dando al espacio un ambiente etéreo y silencioso. Era una estancia espaciosa y acogedora, con paredes pintadas en suaves tonos crema y azul pálido, decoradas con delicados frescos que representaban escenas pastoriles. El mobiliario era elegante y de buen gusto, como cabía esperar de una mujer de su posición. Un gran lecho con altos postes adornados con cortinas de gasa ocupaba el centro del recinto.

Fabio recorrió la habitación con la mirada y se dirigió primero hacia un armario alto. Dentro, había varias túnicas cuidadosamente dobladas, algunas sencillas y otras adornadas con bordados más elaborados. El leve rastro de un aroma floral, el perfume que Marcia solía usar, parecía haber quedado atrapado en el aire. Fabio revisó su contenido con sumo cuidado, pasando sus manos por las túnicas, palpando los bolsillos y dobladillos en busca de algo que pudiera ser una horquilla. Pero no encontró nada.

A continuación, se arrodilló junto a un cofre de madera tallada situado a los pies de la cama. Al levantar la tapa, descubrió una amplia colección de objetos personales: collares, brazaletes, pendientes y un conjunto de peines de hueso y marfil. Fabio movió cada pieza con atención, asegurándose de no pasar por alto nada importante. Al fondo del cofre, un pequeño estuche de cuero llamó su atención. Lo tomó y lo abrió con precaución. En su interior encontró varias horquillas, todas ellas bellamente decoradas, cada una con su propio diseño y valor. Algunas eran simples piezas de uso

cotidiano; otras estaban adornadas con pequeñas gemas. Sin embargo, ninguna de ellas parecía tener las características que se asociaban a la de la reliquia.

Por último, se acercó al tocador y comenzó a revisar los cajones, repletos de pequeños objetos que Marcia había utilizado en su vida diaria: peines, frascos de perfume, cuentas sueltas de collar… Pero ni rastro de la reliquia cristiana.

—¿No ha encontrado lo que buscaba? —inquirió Claudia.

—Me temo que no.

Fabio, sin poder evitar sentirse derrotado, sacudió lentamente la cabeza. Su investigación había llegado a un callejón sin salida. Se había acercado mucho al paradero de la «lágrima de Cristo», pero una vez más había vuelto a escapársele entre los dedos.

Y, lamentablemente, parecía que para siempre.

24

Los principales presbíteros de Roma se reunieron en las catacumbas de Domitila, después de que los restos mortales de Fabián se hubiesen recuperado.

El aire era denso y húmedo, impregnado de un olor terroso que parecía envolverlo todo. La parpadeante luz de las antorchas proyectaba sombras danzantes sobre las paredes toscamente labradas de la cámara funeraria. A pesar de la penumbra, se notaba a simple vista que el lugar había sido preparado con urgencia. Los muros mostraban marcas frescas de las herramientas empleadas, y el suelo de la cámara, ligeramente inclinado, estaba cubierto de una fina capa de polvo que revelaba lo reciente de su excavación.

En el centro de la estancia, sobre un sencillo lecho de piedra, descansaba el cuerpo del obispo Fabián, envuelto en un sudario de lino. Su rostro desfigurado, pero sereno en el sueño de los justos, reflejaba la crudeza de los suplicios que lo habían llevado hasta la muerte y la forma en que habían maltratado el cadáver. La cámara, destinada a ser un lugar de descanso eterno, aún carecía de los ornamentos y símbolos cristianos que habrían decorado un espacio más propio de su dignidad. No había frescos, ni inscripciones que hablasen de la gloria del mártir; solo las paredes desnudas y la presencia silenciosa del obispo fallecido.

Alrededor del difunto, el grupo de presbíteros rezaba conformando un círculo cerrado. Unos días antes habían decidido que, mientras durase la persecución, no tenía sentido elegir a un sustituto. Entretanto, la iglesia de Roma se gobernaría de forma colegiada.

En la cámara también se hallaban presentes algunos fieles cristianos, entre los que destacaba el héroe que había logrado arrebatar el cadáver de Fabián a los soldados en el anfiteatro. Valerio había recibido un sinfín de elogios y felicitaciones, pero el *fossor* apenas se había inmutado. Haciendo gala de su carácter reservado, casi huraño, se limitó a decir que no había hecho más

que cumplir con el trabajo que le habían encomendado. Elio, cuya participación resultó igualmente importante, no obtuvo el mismo grado de reconocimiento. Sin embargo, al joven muchacho no le importó demasiado.

Entre los cristianos presentes había varias caras conocidas: Lucrecia, cuya hija estaba a punto de convertirse en mártir de la Iglesia tan pronto como fuese ejecutada; Casiano, el senador cristiano que había comprado un *libelo* falso para cumplir con el edicto imperial, y que recientemente había regresado de Dalmacia, donde sus planes para sustituir al actual gobernador provincial habían fracasado; Marco, que había querido velar el cadáver de Fabián para pedir por la salud de su pequeña; y Virginia, la muchacha que había compartido celda con el obispo y con Livia, y que finalmente había sacrificado a los dioses romanos al verse incapaz de soportar las privaciones de la cárcel.

Tras concluir las oraciones por el alma del difunto, los presbíteros abordaron la reciente controversia que había estallado en el seno de la Iglesia. El edicto de Decio había provocado que muchos cristianos apostatasen. Algunos de ellos, por temor a las autoridades, se apartaron para siempre de la fe cristiana; otros, en cambio, habían expresado su deseo de reintegrarse en la comunidad. Pues bien, la cuestión que se planteaba con estos últimos, quienes recibían el apelativo de "caídos", suscitaba dudas importantes. ¿Debía la Iglesia readmitirlos, o habían cometido un pecado demasiado grave como para aceptarlos de nuevo?

Al frente de la postura más rigorista se hallaba Novaciano, un hombre extraordinariamente culto, conocedor de las obras de filosofía griega y de los clásicos latinos. Y, en el lado contrario, Cornelio, de origen mucho más humilde, pero que gozaba de una larga trayectoria dentro de la Iglesia.

—Hermanos —comenzó diciendo Novaciano—, estamos aquí no solo para honrar la memoria de nuestro mártir, el obispo Fabián, sino también para definir el futuro de la comunidad. Y, en mi opinión, no podemos permitir que la santidad de nuestra Iglesia se vea

manchada por aquellos que han traicionado a Cristo en el momento de mayor necesidad. Los "caídos" rompieron su vínculo con la fe. ¿Cómo podríamos entonces, en conciencia, permitirles regresar a nuestro rebaño como si nada hubiese pasado?

Marco asintió con la cabeza, dando a entender que él era de la misma opinión. Algunos, como él y su mujer, se habían escondido para eludir el cumplimiento del edicto. Otros se habían marchado muy lejos, asumiendo riesgos importantes. En resumen, ¿qué sentido tenía lo que habían hecho, si ahora recibían con los brazos abiertos a los que habían venerado públicamente a los falsos ídolos y al genio del emperador?

—Te estás olvidando de un principio fundamental, Novaciano —respondió Cornelio con una voz suave pero firme—. ¿Acaso no es la esencia del cristianismo el perdón y la misericordia? Nuestro Señor nos enseñó a acoger al pecador arrepentido, a no rechazar a quien busca la redención. Los "caídos", aunque débiles en un momento de desesperación, ahora vuelven a nosotros con gran pesar en sus corazones.

—¿Y qué mensaje estaríamos enviando si los aceptáramos? —replicó Novaciano con severidad—. Que poseemos una fe tan débil que puede negociarse, que podemos ignorar los mandamientos de Dios cuando las cosas se ponen difíciles. La Iglesia debe ser una comunidad de santos, no un refugio para los traidores. Aquellos que han negado a Cristo han demostrado que no son dignos de su amor ni de su gracia.

—No entiendo cómo puedes adoptar una postura tan intransigente. Hay otras consideraciones que no estás teniendo en cuenta.

—¿Cómo cuáles?

—Excluir a los "caídos" amenazaría con dividir a la Iglesia y debilitar su cohesión interna —explicó Cornelio—. Su reintegración, en cambio, ayudaría a mantener la unidad de todo el rebaño.

—No necesitamos a los que han renegado de su fe —rebatió Novaciano—. La Iglesia debería mantenerse pura y sin mancha.

Aceptarlos supondría contaminar la santidad de toda la comunidad cristiana.

La tensión en la cámara crecía, bajo la atenta mirada de los demás presbíteros que asistían con preocupación al enconado debate.

—Su readmisión no sería tan sencilla —argumentó Cornelio—. Antes, los pecadores deberán demostrar su verdadero arrepentimiento mediante una confesión pública ante todos los hermanos, seguida de una liturgia penitencial que comprendería oraciones y ayunos, y que se prolongaría a lo largo de varios meses. Y, solo entonces, se produciría la completa reconciliación.

—Lo siento, pero ni siquiera de ese modo me convence tu propuesta. Si aceptamos de nuevo a los "caídos", estaríamos traicionando a aquellos que han muerto por su fe, a los mártires que no cedieron ante la tortura o la muerte. No podemos permitir que su sacrificio sea en vano.

Tras aquella afirmación, Lucrecia dio un paso al frente y solicitó permiso para intervenir.

—Todos los presentes estáis al corriente de la situación de mi hija —señaló—. Livia ha soportado los más terribles tormentos y ahora aguarda en la cárcel el momento de su ejecución. Yo apostaté y desde entonces me he sentido muy avergonzada. Ella, sin embargo, cuando la he visitado esta mañana, le ha restado importancia y, haciendo énfasis en la misericordia cristiana, ha expresado su deseo de que todos los "caídos" sean readmitidos en la casa del Señor.

Inmediatamente, Cornelio aprovechó la intervención de Lucrecia a su favor. La elevada autoridad moral de la que Livia gozaba en ese momento entre los cristianos de Roma dotaba a su postura de mayor legitimidad.

—Lucrecia, las palabras de tu hija prueban que su fe no solo es inquebrantable, sino también profundamente compasiva —señaló—. Si Livia, enfrentándose a la muerte, puede perdonar, ¿cómo no vamos a hacerlo nosotros, que todavía gozamos de libertad? La misericordia debe ser nuestra guía, como lo fue para nuestro Señor.

Novaciano sabía que no le convenía contradecir a una futura mártir, así que contraatacó con otro argumento:

—El pecado de apostasía es tan grave que solo el Altísimo posee la capacidad para perdonarlo. ¿Quiénes somos nosotros, simples mortales, para usurpar el papel de Dios como juez supremo?

—La misión fundamental de la Iglesia consiste en la salvación de las almas, no en su condena. Y Cristo otorgó a los apóstoles y a sus sucesores la facultad de administrar el perdón en su nombre.

El combate dialéctico había alcanzado su punto álgido. Y, desde luego, quedaba muy claro que ninguno de los dos presbíteros pensaba dar su brazo a torcer. Cornelio abordó entonces la cuestión de los llamados "libeláticos", aquellos cristianos que habían adquirido un falso certificado que acreditaba haber cumplido con los sacrificios paganos.

—¿Y cuál es tu posición respecto de los "libeláticos"? —inquirió—. No puedes considerarlos igual que a los "caídos", puesto que ellos no han apostatado.

—Formalmente no, por supuesto —contestó Novaciano—. Pero sus actos son igual de reprobables. Anteponer su propia seguridad a la fe que dicen profesar supone otra manera de negar a Cristo. Así de sencillo.

Casiano, el senador, asistía muy atento al debate, preocupado por la decisión que finalmente los principales líderes cristianos acabasen adoptando, y la forma en que esta pudiese afectarle. Con el tiempo, él mismo acabó dándose cuenta de que se había equivocado aunque, por otro lado, también creía que merecía una segunda oportunidad.

—Estamos de acuerdo en que su forma de proceder no fue la acertada —admitió Cornelio—. Sin embargo, la naturaleza de su pecado es diferente, menos grave. Al menos, en eso me concederás la razón, ¿verdad?

—De ninguna manera. Deberías tener en cuenta que el acceso a un falso certificado tan solo está al alcance de los fieles más ricos,

hecho que provoca distinciones dentro del rebaño y quiebra el principio de igualdad que promueve la Iglesia.

—Soy consciente de ello, lo único que digo es que también merecerían el perdón. Su penitencia, incluso, no debería ser tan severa como la que propongo para los "caídos".

Al tiempo que proseguía la discusión, Virginia se dirigió tímidamente al senador Casiano para hablar con él.

—¿Es cierto que usted adquirió un *libelo* falso? —preguntó entre susurros—. Al menos, eso he oído.

—Sí, y ahora me arrepiento. ¿Acaso necesitas uno?

—No sería para mí —aclaró la joven cristiana—. Yo ya sacrifiqué. Lo que pasé en la prisión fue… más de lo que pude soportar.

—Entiendo, y no has de sentirte culpable por ello.

Mientras tanto, el tono del debate se fue elevando y, para calmar los ánimos, los presbíteros decidieron posponer las deliberaciones para otro momento. Cornelio y Novaciano enviarían cartas a los obispos más influyentes, tanto de Oriente como de Occidente, para convencerlos de que apoyasen su postura. La posición final de la Iglesia respecto a la controversia planteada no se tomaría a la ligera.

Poco a poco, todos los presentes fueron abandonando la estancia. Tan solo Valerio y Elio permanecieron en el interior. La mirada del *fossor* recorrió la cámara funeraria para evaluar lo que todavía faltaba por hacer.

—En la pared frontal podríamos pintar un fresco que ilustrase alguna escena de las Sagradas Escrituras —comentó—. Así tendrás oportunidad de aprender.

—¿Qué vamos a pintar?

—Lo hablaré con Cornelio. Seguramente alguna imagen que haga referencia a la resurrección de las almas.

Valerio extendió un brazo e hizo un gesto que abarcó la estancia completa.

—También colocaremos lámparas de aceite que arderán todo el tiempo.

A Elio le costaba mucho trabajo conciliar aquella imagen serena de Valerio, tan habitual del *fossor*, con la que exhibió la noche en que robaron el cuerpo de Fabián del anfiteatro, cuando, para evitar que les descubrieran, atacó al soldado hasta acabar arrebatándole la vida sin necesidad alguna de ello. Una imagen —la de Valerio estampando repetidamente la cabeza del soldado contra la pared— no dejaba de repetirse en su mente. ¿Cómo alguien tan recto y devoto había podido llevar a cabo un acto tan cruel? Valerio no había mencionado el tema ni una sola vez, ni tampoco parecía cobijar ningún atisbo de remordimiento.

Desde entonces, el muchacho veía a Valerio a través de un prisma algo diferente. El aprecio que sentía por el *fossor* no había cambiado; incluso admiraba su coraje y determinación a la hora de solventar ciertos problemas. Sin embargo, ese respeto venía acompañado por una nueva sensación que no había tenido antes: miedo. Había quedado muy claro que, por la Iglesia, Valerio estaría dispuesto a hacer lo que fuera.

—¿Elio? ¿Estás prestando atención? ¿En qué estás pensando?

—Lo siento, me había distraído un instante —se apresuró a explicar el muchacho.

Valerio lo observó con una ceja levantada, notando la turbación de su voz. Sin embargo, no le dio mayor importancia.

—Por cierto, se rumorea que entre los fieles cristianos puede haber un espía. Así que procura prestar atención. A veces, las personas no son lo que parecen.

—¿Cómo? —La boca de Elio se abrió conformando una circunferencia casi perfecta.

—No debería extrañarte tanto. El Estado está haciendo todo lo posible para perjudicarnos. Y para lograrlo necesitan información de primera mano. Muchos de nuestros hermanos se han escondido de las autoridades. ¿Te imaginas el daño que podría causar un falso cristiano infiltrado entre nosotros?

Dicho esto, el *fossor* se centró de nuevo en el asunto de la decoración de la cámara.

—En el sarcófago deberíamos inscribir un epitafio. Y también esculpir un relieve con algún símbolo cristiano. ¿Qué te parece?

CAPÍTULO SÉPTIMO

«Blandina, después de haber sido azotada, desgarrada por las fieras y atormentada en el sillón de hierro, fue finalmente envuelta en una red y arrojada ante un toro. Aunque había sido azotada, no se desanimó, sino que, llena de fe, se animaba a sí misma y a los demás, diciendo: "Ningún sufrimiento es grande comparado con la gloria que nos espera". Y así entregó su espíritu, siendo ejemplo para todos».

Actas de los Mártires de Lyon

25

La cuadrilla avanzaba con paso firme por el camino que conducía hacia la finca. El centurión que la encabezaba sabía perfectamente hacia dónde se dirigía. Las indicaciones que había recibido no dejaban lugar a dudas. Se disponían a llevar a cabo un asalto a las catacumbas de Domitila, donde les constaba que se escondían destacados líderes cristianos.

Un murete de piedra, engullido por el musgo y las enredaderas, rodeaba la propiedad. Bajo el sol vespertino, las sombras proyectadas por los árboles cercanos señalaban el comienzo del ocaso: la hora prevista para el asalto. Si la información que habían recibido era veraz, sorprenderían reunidos a un buen puñado de representantes cristianos.

El centurión levantó una mano y la docena de soldados bajo su mando se detuvo al instante. Sobre las armaduras y los escudos se reflejaban haces de luz dorada. El ambiente era inquietantemente tranquilo. El único sonido que se escuchaba era el del viento, que agitaba suavemente ramas y arbustos. La puerta de hierro forjado cedió con facilidad y los infantes se adentraron en un jardín desatendido. Las plantas aromáticas, mezcladas con el olor a tierra húmeda, creaban un extraño contraste con la presencia intimidante de la patrulla romana.

Pasaron junto a un viejo pozo y continuaron en dirección a la pendiente que marcaba el acceso a las catacumbas. Ante la entrada, los soldados prendieron las antorchas que habían traído consigo, tras ser advertidos de que las necesitarían. Abrieron la puerta y, en fila de a uno, fueron descendiendo por el angosto pasaje de piedra que los condujo al interior. La respiración pesada de los hombres se mezclaba con el crujido del cuero y el tintineo de metal de sus uniformes. Una desagradable sensación de claustrofobia invadió a la mayoría.

A la luz de la antorcha que portaba, el centurión consultó un detallado mapa del interior de las catacumbas, confeccionado por el

mismo espía que les había proporcionado toda aquella valiosa información. De lo contrario, se habrían perdido sin remedio en la oscuridad de aquel trazado laberíntico. El grupo se movía en silencio, midiendo cada paso con cautela. Las antorchas que llevaban en alto apenas iluminaban unos metros por delante. Las paredes de piedra parecían cerrarse a su alrededor a medida que se adentraban más y más en las profundidades.

A cada cruce, el centurión volvía a consultar el plano para no desviarse del camino señalado. Los túneles repletos de nichos parecían interminables. En algunos puntos se estrechaban, en otros, se expandían en pequeñas cámaras funerarias, donde los restos de los muertos descansaban en sepulcros decorados con símbolos incomprensibles para los soldados. A medida que avanzaban, el aire se hacía cada vez más denso.

Como de costumbre, los presbíteros reunidos en la cámara funeraria discutían acerca de las cuestiones teológicas que más preocupaban a la Iglesia en ese momento. En torno a Cornelio se aglutinaban los que defendían una postura más compasiva hacia los "caídos", mientras que Novaciano representaba la corriente más estricta e intransigente.

El debate discurría por los cauces habituales hasta que, de repente, Valerio irrumpió apresuradamente en la cámara, con el rostro tenso y la respiración agitada por la carrera.

—¡Soldados romanos han entrado y se dirigen hacia aquí! —advirtió—. ¡Hay que huir! ¡Vamos, seguidme!

Durante los primeros instantes reinó la confusión. Aquella idea les parecía tan inconcebible, que tardaron varios segundos en procesarla. El *fossor*, sabiendo que no había tiempo que perder, comenzó a empujarlos hacia la otra salida. Cornelio, Novaciano y varios presbíteros más tomaron la delantera, viendo ya de reojo la llegada de los soldados. Valerio se puso al frente de la marcha para guiarlos a través de la maraña de túneles.

Otros presbíteros, sin embargo, no reaccionaron a tiempo y se quedaron rezagados. Algunos se sintieron paralizados por el miedo, otros desconcertados por el caos de la situación.

—¡Quietos! —gritó el centurión—. En nombre del emperador, quedáis todos bajo arresto.

En tromba, los soldados accedieron a la cámara, desenvainaron sus espadas y rodearon a los presbíteros que no habían podido huir.

—¡Os encontráis en un cementerio, un lugar sagrado! —clamó uno de ellos con vehemencia—. Las leyes romanas prohíben la violencia y las detenciones en terrenos consagrados. ¡Esto es un ultraje contra la piedad y las costumbres cristianas!

—Reservad vuestras quejas para el magistrado —replicó el centurión. A continuación, barrió el lugar con la mirada y se dirigió a su segundo al mando—: Algunos han tenido tiempo de escapar. ¡Vamos, id tras ellos!

Los presbíteros que habían logrado escabullirse corrían fatigados detrás de Valerio, que los guiaba a través de las galerías subterráneas, tomando toda suerte de desvíos para dificultar la persecución de los romanos. El *fossor* se dirigía hacia el tercer nivel de las catacumbas, aún en construcción, motivo por el cual constituía el lugar idóneo donde ocultarse.

Valerio se detuvo para señalar un pequeño corredor, que apenas permitía el paso de una sola persona. La oscuridad aumentaba en dicho tramo, salpicado por los escombros de las excavaciones. Finalmente, llegaron a un hueco en la pared, poco más que una grieta, que conducía a un tramo descendente de escalera toscamente tallada en el suelo. Uno a uno, fueron pasando atropelladamente debido a la urgencia del momento. Valerio fue el último en hacerlo, tras lo cual tapó el acceso con algunos cascotes. A medida que descendían, las pisadas de los soldados que los seguían se escuchaban más y más lejos.

El ambiente en el tercer nivel se percibía más opresivo y viciado aún. Los túneles eran estrechos y no parecían obedecer a un trazado lógico. Valerio, a pesar de ello, se conocía cada giro, cada recodo, y los guio con paso seguro hasta una cámara en plena excavación, en la que las herramientas de los *fossores* se amontonaban en el suelo.

—Lo único que podemos hacer ahora es esperar —señaló Valerio —. No hay manera de que los soldados lleguen hasta aquí.

Los presbíteros se dejaron caer en el suelo mientras recuperaban el aliento, sus túnicas empapadas de polvo y sudor.

—¿Cómo han llegado los soldados hasta las catacumbas? —inquirió Novaciano—. ¿Y cómo han podido orientarse tan bien en el interior?

—Cuando emprendía la huida, me pareció ver que el centurión llevaba un pergamino entre las manos —apuntó Cornelio—. O mucho me equivoco, o contaba con un mapa de las catacumbas lo suficientemente detallado como para localizarnos sin dificultades. Y no debería extrañarnos. Desde hace tiempo sospechábamos que podía haber un espía entre nosotros…

Los ojos de Valerio se abrieron de par en par. Tras la aseveración del presbítero, varias piezas aparentemente inconexas encajaron en su mente, como si una densa neblina se hubiese disipado de golpe, revelando una evidencia que había tenido todo el tiempo delante de sus narices.

Elio, su ayudante, no había acudido ese día a las catacumbas alegando sentirse indispuesto. Una casualidad de lo más oportuna dado el devenir de los acontecimientos…

***

Al día siguiente, cundía el desaliento entre los *fossores* que habitualmente trabajaban en las catacumbas de Domitila.

Al menos, Valerio había logrado salvar a un puñado de presbíteros, entre ellos, Cornelio y Novaciano. No obstante, otros tantos fueron arrestados por los soldados y puestos a disposición de

las autoridades. El inesperado asalto había supuesto un duro golpe para la Iglesia cristiana.

Pese a todo, la vida no se detenía y los *fossores* trabajaban de nuevo en el tercer nivel de las catacumbas, sin hablar entre ellos. Cada golpe desprendía trozos de piedra caliza que caían al suelo con un ruido seco, acumulándose en pequeños montones que, poco después, se retiraban con palas y cestas de mimbre. La tierra removida se mezclaba con el sudor de sus cuerpos, formando una capa de suciedad que cubría sus túnicas raídas.

El aire estaba tan viciado que el polvo parecía flotar en un denso velo que se deslizaba en los pulmones. Cada respiración resultaba agotadora, como si los propios túneles quisieran asfixiar a quienes osaban profanarlos. Bebían de pequeños odres que llevaban atados al cinturón; el agua sabía a cuero recalentado.

Progresaban lentamente. Cada túnel abierto requería horas de esfuerzo y, a veces, la roca cedía de forma inesperada, obligando a los *fossores* a retroceder y asegurarse de que las galerías no colapsaban. El sonido de los picos rompiendo la roca resonaba en los estrechos pasillos, produciendo un eco que sugería el lamento sordo de las paredes. Las herramientas, desgastadas por el uso constante, se revisaban periódicamente. Para iluminar los oscuros pasadizos, utilizaban lámparas de aceite hechas de terracota, que emitían una luz tenue y vaporosa.

Tras su ausencia del día anterior, Elio se había incorporado de nuevo al trabajo. Al enterarse de lo ocurrido, se había mostrado sorprendido y parecía tan afectado como el resto de sus compañeros. Valerio, sin embargo, no podía evitar mirarlo con recelo. Había tomado una decisión y estaba dispuesto a llevarla hasta las últimas consecuencias.

A mediodía, los *fossores* hicieron un alto y ascendieron a la superficie para comer. Valerio aprovechó la ocasión y le pidió a Elio que se quedase un momento.

—Quiero enseñarte algo —dijo.

El veterano *fossor* condujo al muchacho hasta una galería cuya excavación se había abandonado. Durante los trabajos se habían topado con una fisura natural, una cavidad en el suelo de gran profundidad, poco común, pero no del todo infrecuente. La galería en cuestión se acabaría sellando debido al peligro que representaba, pero de momento aún se podía acceder a ella.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —preguntó Elio, extrañado.

De repente, Valerio agarró al muchacho por la pechera de la túnica y lo sostuvo al borde del pozo negro, que se abría en el suelo como las fauces de un cetáceo. Elio balanceó los brazos para no perder el equilibrio, pero enseguida se dio cuenta de que se hallaba por completo a merced de Valerio. Si este lo soltaba, caería sin remedio al fondo del agujero.

—¡¿Qué… qué estás haciendo?!

—Hasta aquí llegó tu farsa, Elio. Durante mucho tiempo has conseguido engañarnos, pero al final te he descubierto. ¡Eres un maldito espía y vas a pagar por ello!

—¡¿Cómo?! ¡No, no, no! ¡Lo juro por lo más sagrado!

—Apareciste muy oportunamente, poco antes de que se iniciase la persecución contra los cristianos. Para inspirar compasión, te inventaste aquella historia de que malvivías en las calles, y buscaste al obispo Fabián para que te ayudase.

—Pero ¡es la verdad!

—He estado preguntando por ahí y nadie te conoce.

—¡Eso no quiere decir nada! ¡El barrio de Subura es muy grande!

Elio estaba aterrado. La mirada del *fossor* parecía consumida por una furia incontenible.

—Los soldados conocían la ubicación de las catacumbas e incluso disponían de un mapa mediante el que orientarse. Y no solo eso, también sabían el día y la hora exacta en la que se reunirían los presbíteros. Muy pocas personas conocían aquella información, y justamente tú eras una de ellas.

—¡Yo no he hablado con nadie! ¡Y menos aún sé nada de espías!

—Y, por si fuera poco, no estuviste presente cuando se produjo el asalto. Te quedaste en casa alegando estar enfermo.

—¡Y lo estaba! ¡Tenía fiebre! Fue una coincidencia que la redada se produjese ese día.

—Yo no creo en las casualidades —repuso fríamente Valerio.

Elio miró de reojo y atisbó el abismo que se abría a su espalda. Tragó saliva e intentó tranquilizarse. Para salvarse, tendría que intentar mantener la mente clara.

—Si se supone que ayer no vine porque soy un espía, ¿qué sentido tiene entonces que esté hoy aquí? —arguyó—. Mi trabajo ya se habría completado, y lo lógico sería que hubiese desaparecido.

Aquel argumento sembró ciertas dudas en Valerio. No obstante, enseguida se le ocurrió una réplica adecuada.

—Si hubieses hecho tal cosa, se habría confirmado que tú eras el espía. Mejor seguir interpretando el papel durante una o dos semanas más, antes de desaparecer de forma definitiva. De ese modo, no estaría tan claro.

—Hablemos del tema con calma, pero no así —suplicó Elio, cuya vida, literalmente, colgaba de un hilo.

—No hay mucho de lo que hablar. Lo que has hecho es imperdonable. Te aprovechaste de la generosidad del obispo Fabián para introducirte en la Iglesia. Y después te ganaste poco a poco mi confianza. Te acogí incluso en mi casa… —Valerio no solo estaba enfadado, sino que también se sentía profundamente dolido por la traición del muchacho—. Me importabas de verdad. Desde que perdí a mi familia, nadie me había importado tanto…

—Y yo te veo como a un padre, Valerio.

—¿Ah, sí?

—Lo digo en serio. De verdad. No puedo estar más agradecido por todo lo que has hecho por mí. Siempre lo he estado. ¿Acaso no me he esforzado desde que llegué por aprender el oficio y convertirme en un buen cristiano?

—Lo único que has hecho es fingir, pretender profesar una fe que en realidad jamás te ha interesado. Lo cual lo hace todo aún peor.

—Al principio no sabía nada de Cristo y su mensaje, pero ahora es distinto. Pronto me bautizaré. Estoy comprometido con la Iglesia. ¡¿O es que te has olvidado de que te ayudé a recuperar el cuerpo del obispo!?

—Sí, lograste engañarme durante un tiempo, pero ahora veo tus mentiras con total claridad.

Valerio sacudió al muchacho en el aire, en cuyas enormes manos parecía tan solo un muñeco. Incapaz de contener los esfínteres, Elio sintió que la orina le empapaba la entrepierna.

—¡Yo no he hecho nada! —lloriqueó, mientras continuaba balanceándose al borde del abismo.

—Eso díselo a todos los cristianos a los que has traicionado.

Elio trató de recomponerse y buscó nuevos argumentos para salvarse.

—No puedes matarme, Valerio. No hay un pecado más horrible que ese. Y tú eres un buen cristiano.

Pero sí que podía. Y Elio lo sabía mejor que nadie, tras haber presenciado cómo le arrebataba la vida al soldado del anfiteatro. Peor aún, en aquel instante, la mirada del *fossor* refulgía con la misma furia desatada.

—¡Cállate!

—Si me matas a sangre fría, no podrás entrar en el reino de los cielos y reencontrarte con tu familia.

Valerio dejó escapar una especie de gruñido, como si fuese un perro infectado por la rabia. Aun así, el argumento de Elio le hizo reflexionar.

—Si admites que eres un espía, dejaré que te marches. Yo ya sé que lo eres, pero quiero escucharlo de tus labios.

—Pero ¡no lo soy…!

Valerio soltó al muchacho por un instante y, acto seguido, volvió a sujetarlo. Por un momento, Elio estuvo seguro de caer al abismo.

—Está bien, está bien… Lo admito. Soy un espía al servicio del Estado —dijo Elio de forma atropellada—. Ahora, déjame ir. Cumple tu palabra.

—Lo sabía… Me dan náuseas solo de mirarte.

—Ahora tienes que perdonarme —arguyó Elio, que aún no las tenía todas consigo—. El perdón constituye una de los pilares fundamentales de la fe cristiana. Lo proclamaba Jesús.

Valerio se tomó un largo minuto antes de contestar.

—Tienes razón, pero Jesús era el Hijo de Dios, y yo tan solo un ser humano.

Y, dicho esto, soltó al muchacho sin pensarlo, que trató de agarrarse inútilmente a los brazos del *fossor*.

—¡Noooooooo!

Elio profirió un grito aterrador, mientras caía al vacío y era engullido por aquel agujero negro abierto en las profundidades del subsuelo.

26

Plocio Varo acudió a una de las habituales fiestas que se celebraban en el Palacio Imperial, más animado que de costumbre.

El ambiente constituía una mezcla de esplendor y ostentación. La sala estaba ricamente decorada con mármoles finos y techos altos engalanados con frescos. En el centro, una fuente ornamental burbujeaba con gracia. Una suave melodía producida por liras y flautas se fusionaba con el murmullo de las conversaciones. Los músicos estaban situados en un rincón, mientras que los esclavos se movían con su acostumbrado sigilo, sirviendo vino en copas de plata y portando bandejas rebosantes de frutas exóticas, quesos, aceitunas y carnes especiadas. Los invitados, principalmente senadores, magistrados, nobles y personajes influyentes, vestían togas elegantes, mientras que las mujeres lucían intrincados peinados y costosísimas joyas.

En el bullicio de la fiesta, Plocio Varo divisó a Macriano, que observaba la escena con calma desde un lugar apartado. El arrugado rostro del viejo consejero reflejaba cierto tedio, sin que por ello se perdiese detalle de cuanto sucedía a su alrededor. El prefecto del pretorio se acercó y le dio una ligera palmada en el hombro.

—Macriano, qué sorpresa verte aquí. Pensaba que solo respirabas el aire enrarecido de los pergaminos en la biblioteca —bromeó.

—Incluso los libros necesitan un descanso de vez en cuando. Y yo también —respondió con un leve gesto de complicidad—. Aunque, debo admitir que, en este ambiente de vino y rumores, uno podría aprender tanto como en cualquier manuscrito.

Plocio soltó una pequeña carcajada.

—Ah, siempre tan sagaz. Pero ten cuidado, aquí también hay serpientes deslizándose entre las columnas.

—Las serpientes no me preocupan tanto. Es de los lobos disfrazados de corderos de quienes hay que cuidarse. —Macriano se inclinó hacia delante y esbozó una ligera sonrisa de satisfacción—.

Por cierto, tengo entendido que un buen número de líderes cristianos fueron capturados en las catacumbas de Domitila. Enhorabuena por el éxito de la operación.

—Sin duda, la Iglesia ha recibido un buen golpe del que esperamos que le cueste recuperarse. Recuerda que poco antes ya habíamos acabado con su máximo representante.

—Buen trabajo, Plocio —lo felicitó el consejero.

—Gracias, aunque la mayor parte del mérito le corresponde a mi espía predilecto. Sin la información que Corvus me proporcionó, no habría sido posible.

—Ah, entonces Corvus logró infiltrarse con éxito en la secta cristiana, ¿verdad?

—En efecto. Durante semanas, fingió ser uno de ellos sin que nadie sospechase lo más mínimo. Ya te dije que mi espía gozaba de un… arma secreta.

Un esclavo pasó junto a ellos con una bandeja y Macriano aprovechó para coger una copa.

—Pero Corvus ha logrado algo aún más importante —prosiguió diciendo el prefecto del pretorio—. Gracias a su labor, hemos podido desmantelar un fraude relacionado con la venta de *libelos* falsos.

—Algo he oído, sí —comentó Macriano.

—Un funcionario corrupto expedía certificados a cambio de grandes sumas de dinero. Ya lo han detenido y muy pronto disfrutará de una "placentera" estancia en las minas de Numidia, de donde no creo que regrese.

Los convictos de las minas sufrían toda suerte de vejaciones físicas. Se les afeitaba la cabeza, se les marcaba con un hierro candente y se les sujetaba los pies con cadenas para que no pudiesen huir. A lo cual se le sumaban las maratonianas jornadas de trabajo, que debían llevar a cabo en condiciones lamentables.

—¿Sabemos los nombres de los clientes que hicieron uso de sus servicios?

Plocio asintió con la cabeza.

—Figuras muy destacadas de nuestra sociedad. Te sorprendería saber los nombres de algunos de ellos.

—¿Y a qué sanciones se enfrentan?

—Dado el estatus que ostentan, vamos a darles la oportunidad de rectificar y sacrificar ante nuestros dioses. Solo quienes se nieguen y persistan en sus ideas se enfrentarán a las consecuencias.

Plocio señaló con discreción a uno de los invitados, de intensos ojos azules y porte aristocrático.

—¿Casiano? ¿En serio? —comentó el consejero—. Había oído rumores de que se había interesado en el cristianismo, pero esto…

—Aún no sabe nada, muy pronto se llevará una gran sorpresa. Y, desde luego, ya puede ir despidiéndose de progresar en su carrera política. El emperador jamás lo designará para gobernar ni en la provincia más pequeña.

En ese momento, Plocio observó que una joven hacía su entrada en la fiesta. Se trataba de su sobrina Aurelia, de dieciocho años, a la que esa noche presentaría por primera vez en sociedad. Rápidamente acudió a recibirla y, tras asirla por el brazo, la guio hasta el lugar donde se hallaba Macriano.

Aurelia destacaba por su elegancia discreta y su porte decidido. Su cabello corto, poco habitual entre las jóvenes de la alta sociedad, caía delicadamente sobre su cuello, enmarcando un rostro de rasgos finos y piel pálida como el pétalo de un lirio. Vestía una túnica de lino blanco, ceñida con un cinturón adornado con delicados bordados de oro, y llevaba una sencilla joya de plata en el cuello, reflejando el buen gusto sin ostentación que su tío había inculcado en ella.

Plocio se la presentó al veterano consejero, que realizó una leve inclinación de cabeza en señal de respeto. Macriano estaba al corriente de que, algunos años atrás, Plocio había asumido la tutela de Aurelia, después de que la muchacha hubiese perdido a sus padres en una epidemia.

—Es un placer conocerte, Aurelia. Había escuchado hablar de ti, pero me sorprende verte aquí. Pensaba que te mantenías alejada de los círculos sociales.

—El placer es mío, Macriano —repuso la joven exhibiendo una cordial sonrisa.

—Aurelia se ha estado preparando para gestionar una casa: la supervisión de los esclavos, la administración del hogar, y, por supuesto, a coser como es debido. También me he ocupado de que sepa leer y escribir.

—Una preparación necesaria, sin duda —comentó el consejero—. Espero que, entre las tareas del hogar, también se permita disfrutar de lo que Roma ofrece a sus ciudadanos.

—Sí, estamos de acuerdo en que ya le ha llegado la hora.

Mientras la charla se desarrollaba de manera distendida, Macriano miró a Plocio con una sonrisa astuta.

—Dime, ahora que Aurelia ha sido presentada en sociedad… ¿estás buscando un candidato adecuado para casarla? —preguntó en un tono que denotaba curiosidad, pero también con la picardía de quien entiende las dinámicas políticas y familiares.

El prefecto del pretorio soltó una leve risa, tomando un sorbo de vino antes de responder.

—No creas que no lo he pensado, Macriano —respondió—. Sin embargo, quiero asegurarme de elegir al hombre adecuado, no solo por su posición, sino también por su carácter. No tengo prisa… y, además, Aurelia tiene sus propias ideas sobre con quién desea compartir su vida.

Aurelia, algo sorprendida por el giro de la conversación, sonrió con amabilidad pero permaneció en silencio, permitiendo que su tío respondiese por ella.

—Sabia decisión, como era de esperar de ti —comentó el consejero mirando a Aurelia—. Estoy seguro de que, cuando llegue el momento, aparecerá el candidato adecuado.

Poco después, un influyente senador reclamó la atención de Macriano, que se perdió entre los invitados de la fiesta. Entonces, cuando Plocio y su sobrina se quedaron a solas, él dijo:

—A la sombra, entre velos y tinieblas, el ojo siempre observa…

—… mientras la luz oculta más de lo que revela —repuso ella.

Tío y sobrina intercambiaron una mirada cargada de complicidad.

—Si Macriano no ha sospechado nada, nadie lo hará.

—Jamás he zurcido una prenda —rio Aurelia.

—Ni falta que te hace. Llevo preparándote durante años para una tarea mucho más importante. Y en muy poco tiempo, has demostrado que puedes llegar a convertirte en uno de mis mejores agentes —afirmó Plocio con orgullo—. Lo de ser espía debes llevarlo en la sangre, hablo muy en serio.

En efecto, bajo la identidad secreta de Corvus se hallaba Aurelia, la sobrina del prefecto del pretorio. Aurelia gozaba de muchas ventajas para realizar su trabajo sin despertar recelos. A su pertenencia a la sociedad civil se le unía su envidiable juventud. Pero, sin duda, su mejor baza para no levantar sospechas era su condición de mujer…

—¿Cómo te ganaste la confianza de la cúpula cristiana en tan poco tiempo? —inquirió Plocio—. Aún no me lo explico.

—No he querido decírtelo antes, pero incluso llegué a pasar un tiempo en prisión. Los cristianos me conocían por el nombre de Virginia.

—¡¿Cómo?! Corriste un riesgo muy alto. Los carceleros podrían haberte flagelado, nadie sabía quién eras en realidad.

—El éxito de la misión requería de ciertos sacrificios. Y, puedes estar seguro de que las penurias que sufrí en la cárcel fueron muy reales. Ahora tengo pesadillas. Mi estancia allí, sin embargo, dio sus buenos frutos. Allí coincidí con el obispo Fabián, el líder de los cristianos, al que hoy en día consideran un mártir. Y yo estuve con él en sus últimos momentos. Desde entonces, nadie se atrevió a dudar de mi compromiso con la Iglesia y pude moverme con total libertad entre sus máximos representantes.

El aroma de los manjares exóticos y especiados se mezclaba con el perfume de las invitadas, creando una atmósfera embriagadora. La propia Aurelia usaba una fragancia de rosas con unas notas de almizcle.

—Por cierto, en la cárcel conocí a una muchacha aún más joven que yo —terció Aurelia—. Se llama Livia y, por lo que supe después, ha sido condenada a muerte.

—Cierto, asistí a su juicio y fui testigo directo de su fanatismo. Se le dieron muchas oportunidades y ni siquiera la tortura sirvió para hacerla entrar en razón. Como si lo único que deseara de verdad fuese morir por su dios.

—¿Y no tendrías algún modo de salvarla?

Plocio miró a su sobrina con extrañeza.

—¿Y se puede saber qué puede importarte a ti el destino de esa muchacha?

—Nada, sin embargo… durante aquellos días supuso un gran apoyo para mí.

—Es una enemiga del Estado. ¿Acaso lo has olvidado?

—Lo sé, pero también se convirtió en mi amiga —arguyó Aurelia —. Me consta, incluso, que su padre sobornó a los carceleros para que nadie nos hiciese daño.

—¿Cuántas veces te he advertido del peligro de establecer algún tipo de lazo afectivo con nadie que forme parte de una investigación?

Aurelia elevó los párpados y puso los ojos en blanco.

—¿De verdad me crees tan tonta? Solo preguntaba, tampoco tiene mayor importancia.

—Pues para que lo sepas, Livia será mañana arrojada a las fieras en el anfiteatro. Su destino ya está sellado y nadie podrá evitarlo.

En su fuero interno, Aurelia lamentó el desgraciado destino de Livia. No obstante, se cuidó de no expresarlo en voz alta para que su tío no la acusase de sentir debilidad y, en su lugar, cambió radicalmente de tema.

—Y ahora que mi labor con los cristianos ha terminado, ¿has pensado en una nueva misión para mí?

—Por ahora, disfruta de tu descanso. Te lo has merecido.

—Sí, pero… ¿tienes ya alguna idea en mente? Vamos, adelántame algo, por favor… —La joven rodeó el brazo de Plocio y le

dedicó una mirada de complicidad.

Una sonrisa asomó a los labios del prefecto del pretorio.

—Sin entrar en detalles… puedo decirte que esta vez no te hará falta ocultarte bajo otra identidad. A partir de ahora, voy a necesitar que comiences a hacer vida social. Tu nuevo hábitat serán los círculos de poder: acudirás a fiestas y actos públicos y te integrarás en la alta sociedad. El parentesco que te une a mí te abrirá todas las puertas.

—Mmmm, no suena mal… —comentó Aurelia con entusiasmo contenido—. ¿Significa eso que podré frecuentar el teatro o acudir a las mejores tabernas de la ciudad?

—Todo eso y mucho más, pero sin perder de vista tus objetivos. Te proporcionaré algunos nombres a los que tendrás que vigilar muy de cerca… En Roma siempre se está pergeñando una conspiración, de eso puedes estar segura. Y tu trabajo consistirá en descubrirlas. La finalidad última será siempre proteger la figura del emperador.

—Ya veo.

—Y no te confíes, que este mundo también entraña sus peligros. —Plocio entornó los ojos y bajó ligeramente el tono de voz—: Para esta misión, además, no bastará con tu agudeza o tu capacidad de observación, también tendrás que hacer uso de todos tus recursos, incluyendo tus… encantos femeninos.

Aurelia arqueó una ceja, sorprendida por la franqueza de su tío. El comentario, en todo caso, le pareció divertido.

—¿Mis encantos? —repitió con una leve sonrisa irónica—. ¿Estás sugiriendo que coquetee para obtener información?

—Vamos, no me tomes el pelo.

—No te preocupes. Sé que esta misión requiere de sutileza… Y no me subestimes, tío. Sé muy bien cómo hacer hablar a los hombres.

Plocio extendió un brazo en dirección a los invitados que atestaban la sala.

—Bueno, ya hablaremos de todo eso. Ha llegado la hora de introducirte en sociedad. Vamos, acompáñame. Hay mucha gente a la que tienes que conocer.

27

El anfiteatro, imponente bajo el sol del mediodía, vibraba con la multitud expectante que llenaba sus gradas. Los rugidos de los leones, apenas audibles desde las jaulas subterráneas, llegaban como ecos lejanos, añadiendo una nota de tensión al aire cálido y polvoriento. El bullicio de los espectadores se mezclaba con los gritos de los vendedores ambulantes, creando un fragor incesante que crecía a medida que se acercaba la hora del siguiente espectáculo. Un espectáculo que, además de perseguir la distracción del público, servía para reafirmar el carisma y la autoridad del emperador.

Las gradas superiores estaban abarrotadas de ciudadanos comunes, mientras que, en los asientos más cercanos a la arena, patricios y senadores, vestidos con sus togas ceremoniales, disfrutaban cómodamente del discurrir de los juegos. Sobre la arena, los esclavos preparaban el escenario. Limpiaban el suelo de la sangre derramada por los gladiadores, revisaban las trampillas por donde surgirían las fieras y montaban una tarima para las inminentes ejecuciones. Un fuerte olor a sudor, cuero y vino flotaba en el ambiente.

Livia aguardaba ser ajusticiada en una celda subterránea, una fría y húmeda estancia ubicada bajo el anfiteatro, apenas iluminada por la llama temblorosa de una antorcha anclada en la pared. La muchacha oraba en voz baja con los ojos cerrados.

De repente, la puerta de la celda se abrió con un chirrido metálico, permitiendo la entrada a Félix y Lucrecia, cuyos rostros reflejaban el dolor y la impotencia de lo inevitable. Los guardias, con expresión pétrea, los dejaron a solas para que se despidiesen de la muchacha. Livia los recibió con una sonrisa serena, como si todo cuanto la rodeaba, la penumbra de la celda y el rugido distante de los leones, no tuviera poder sobre ella.

—Mamá… Félix… Me alegro mucho de veros —susurró, con suavidad. Y después, al darse cuenta de que nadie más venía con

ellos, añadió—: ¿Y papá?

Lucrecia negó con la cabeza.

—Entiendo —repuso Livia, desviando la vista hacia el suelo de piedra—. Sabía que supondría demasiado para él.

—Tu padre no lo acepta. No comprende nuestra fe… y, aunque te ama, no puede soportar la idea de perderte de esta manera. Por eso ha preferido alejarse.

Livia respiró profundamente y alzó los ojos para mirarlos. No había resentimiento en su mirada, solo una profunda compasión.

—Papá no me entiende, pero está bien. Sé que me ama a su manera. Y yo… yo estoy en paz.

Félix guardaba silencio, impresionado por el coraje que mostraba su hermana. En su caso, él se habría sentido muerto de miedo. Livia, dándose cuenta de cómo la miraba, dijo:

—Soy fuerte porque mi fe me sostiene. No tengáis miedo por mí. No sufráis más. La verdadera vida me espera al lado de Cristo, donde ya no habrá temor ni sufrimiento. Estoy serena porque sé que mi destino está en sus manos. Los leones, la arena… no son nada comparado con la gloria que me espera en el reino de los cielos.

Lucrecia se acercó más a Livia y tomó sus manos entre las suyas.

—Hija, quiero que sepas algo antes de que llegue el momento —dijo, su voz apenas un susurro—. La Iglesia no te olvidará. Ya he hablado con los presbíteros. Ellos se ocuparán de darte una sepultura digna de un mártir. Serás recordada por tu fe, por tu valentía. La comunidad reconocerá tu sacrificio y te honrará como a una de las suyas. No estarás sola en tu partida.

Livia apretó suavemente las manos de su madre y esbozó una dulce sonrisa, cargada de gratitud y convicción.

—Me llena de alegría saberlo, madre. Pero no temas por mi cuerpo, ni por lo que sucederá en este mundo. Lo importante es que mi alma encontrará la paz eterna junto al Altísimo. Lo que me espera es mucho más grande que cualquier reconocimiento terrenal.

—Lo sé, hija mía —respondió Lucrecia con la voz quebrada por la emoción—. Sin embargo, para nosotros, los que quedamos aquí, es

un consuelo saber que serás honrada como mereces. Que tu sacrificio no será en vano, y que tu ejemplo será una luz para otros.

En ese momento, Félix no pudo soportarlo más y cayó de rodillas a los pies de su hermana, con los ojos llenos de lágrimas. Lucrecia se unió al llanto y abrazó a su hija con una ternura desgarradora.

Instantes después, el guardia los interrumpió para avisarles de que el tiempo se les agotaba. Por eso, antes de que fuese demasiado tarde, Livia aprovechó para hacer algo que previamente había pensado. Se desprendió de la modesta pulsera que llevaba y se la tendió a su madre con delicadeza.

—Te la regaló el leproso… —objetó Lucrecia al reconocer el objeto.

—Conservadla, por favor. Para mí simboliza el amor al prójimo que Cristo nos enseñó.

Félix observó el pequeño objeto en manos de su madre, una simple pulsera que, sin embargo, cargaba con el peso de la compasión y el sacrificio de su hermana. El valor de Livia no solo residía en su resistencia frente a los jueces y los verdugos, sino en su entrega absoluta a los más necesitados.

Aquella trágica situación ponía de manifiesto una gran paradoja, consecuencia de ciertas leyes arbitrarias. Livia, una sencilla muchacha que planeaba dedicar su vida a cuidar a los enfermos, a los marginados, a aquellos a quienes el Imperio olvidaba, ahora era condenada precisamente por esa fe que la movía a servir a los demás. El mismo Imperio que ensalzaba la virtud de la piedad, ahora la ajusticiaba por vivirla de una forma que desafiaba sus costumbres tradicionales. El contraste era desgarrador: una joven de espíritu compasivo, cuya mayor falta había consistido en amar demasiado, ahora iba a ser sacrificada como si su bondad constituyese una amenaza.

—Recemos juntos —sugirió entonces Livia, mientras entrelazaba sus manos con las de su madre y su hermano.

Los tres se arrodillaron sobre el frío suelo de la celda e inclinaron sus cabezas en oración. Sus voces, murmuradas con devoción, se

fundieron en el silencio de la estancia, resonando suavemente contra las paredes de piedra. Lucrecia y Félix, pese al dolor que los oprimía, no pudieron evitar sentir una extraña sensación de consuelo ante la serenidad que Livia mostraba. La muchacha, en medio de su oscuro destino, brillaba con una luz incomprensible para ellos pero que, de algún modo, les llenaba de fuerza.

Tan solo unos minutos después, el guardia entró haciendo aspavientos y escoltó sin miramientos a Lucrecia y a Félix fuera de la celda. La hora de la ejecución se hallaba muy cerca.

Acto seguido, apareció un hombre de aspecto sucio, ataviado con una túnica corta de cuero y un ancho cinturón. Era uno de los *venatores*, los encargados de velar por el buen fin de las ejecuciones, cuyo cometido principal consistía en azuzar a las fieras cuando estas no mostraban excesivo interés en acabar con los condenados. El individuo traía consigo unos ropajes doblados y una corona de laureles.

—¡Póntelo! —ordenó tendiéndole el vestido.

Livia lo examinó y se dio cuenta de que se trataba de un disfraz de sacerdotisa de Ceres. En ocasiones, además del sufrimiento físico, se añadía a la ejecución pública de los cristianos un elemento de burla y humillación.

—No —replicó la muchacha con firmeza.

—¡Que te lo pongas! Apenas nos queda tiempo.

—Es mi cuerpo lo que voy a entregar, no mi honor.

El *venator* se hartó de la insolencia de la muchacha y, empleando una violencia inusitada, le arrancó la sencilla túnica que llevaba puesta. Instintivamente, Livia utilizó los brazos para cubrir su desnudez.

—O te pones eso o sales afuera desnuda. Tú eliges.

Livia ignoró el disfraz de sacerdotisa pagana y, sin pronunciar palabra, le sostuvo la mirada al *venator*.

—Está bien, tú lo has querido. —Tras lo cual, la agarró por la muñeca y la arrastró fuera de la celda.

El clamor del público estalló en el anfiteatro en cuanto los reos aparecieron en la arena. Junto a Livia iban otros dos hermanos en la fe: un joven robusto y un anciano muy delgado, que también se habían negado a venerar a los dioses romanos. Los tres fueron recibidos al grito de: «¡A los leones!», consigna que se extendió por el graderío con la fuerza de un maremoto. Durante la República, la pena del circo se infligía a los prisioneros de guerra, a los desertores y a los esclavos condenados por sus amos. Durante el Imperio, se imponía a los culpables de ciertos delitos graves; de ahí que también abarcase a los cristianos.

La muerte en la arena era cuidadosamente planificada y tenía un propósito claro: reforzar los ideales del Estado y fortalecer la cohesión cívica y religiosa. Este tipo de ejecuciones se llevaban a cabo en fechas concretas, coincidiendo con celebraciones sagradas. Morir devorado por las fieras no solo tenía un carácter cruel y aterrador, sino que también implicaba una profunda degradación social, cívica y religiosa para la víctima.

No había cristianos en las gradas porque estos consideraban los entretenimientos paganos un insulto a la moralidad y una fuente de perversión. Y más aún cuando se ensañaban con sus propios hermanos.

En cambio, quien sí se hallaba presente era Marcelo. El carpintero, que había encanecido de golpe en tan solo unos días, había dudado hasta el último minuto si asistir o no la ejecución de su hija. Sabía que no podría soportarlo, pero finalmente algo en su interior lo había empujado a ir, quizá con la esperanza de que, al final, todo fuese una pesadilla de la que por fin podría despertar.

Sin embargo, tan pronto como la vio aparecer en la arena, desnuda y desvalida, se arrepintió de inmediato. A su alrededor, las imprecaciones y las carcajadas de los espectadores retumbaron en sus oídos como los truenos de una tormenta cercana. Marcelo tuvo que apartar la vista, absolutamente horrorizado. Livia seguía siendo una niña, ni siquiera se había desarrollado todavía y, para colmo, su cuerpo desnudo mostraba las cicatrices de las torturas a las que

había sido sometida. Con todo, la gente igualmente la insultaba, se reía y arrojaba objetos al coso. Marcelo apretó los puños sobre sus rodillas y luchó por no gritar, por no levantarse y suplicar por la vida de su hija.

Marcelo aún no entendía cómo se había llegado hasta allí, cuando todo podría haberse evitado con un solo gesto, una simple formalidad que no encerraba mayor significado. El dolor se mezclaba con una ira silenciosa, que crecía a medida que buscaba respuestas. Toda la culpa la tenía esa maldita secta cristiana, que había llenado la cabeza de su hija de ideas radicales y absurdas, hasta el punto de convencerla de que morir así tenía algún tipo de sentido.

Él también se culpaba por haberlo permitido, y por no haber podido salvarla de aquel destino tan atroz como innecesario. Marcelo, incapaz de resistir un minuto más, se levantó y encaminó sus pasos hacia la salida. Lloraba con tanta intensidad, que le temblaban los hombros y sus lágrimas le nublaban la vista. Cuando abandonó el anfiteatro, se juró no volver a pisar nunca más aquel horrible sitio.

Mientras tanto, Livia y los otros dos condenados, escoltados por los *venatores*, alcanzaron la tarima que se alzaba en mitad de la arena. Era un estrado de madera cruda, elevado para que todos pudieran ver el momento culminante del sacrificio, en cuyo centro se alzaba un poste solitario. Los *venatores* tomaron primero a Livia y la ataron al poste. La mirada de la muchacha seguía serena, clavada en el cielo despejado, y la cabeza erguida. El sudor perlaba su frente, pero su cuerpo no temblaba en absoluto.

Al joven y al anciano no los maniataron, los dejaron sueltos. Y los *venatores* depositaron en el suelo sendas espadas cortas para que pudiesen defenderse. Formaba parte del espectáculo, prometía un mayor entretenimiento. Los gritos del público resonaban en todas direcciones, una mezcla de insultos, burla y morbo, esperando con impaciencia el momento en que las jaulas se abriesen y las fieras diesen cuenta de los cristianos.

Fabio también ocupaba uno de los asientos del anfiteatro. Aunque como estoico desaprobaba los espectáculos de naturaleza violenta, se trataba de una ocasión especial. Desde que condenaron a Livia, había seguido su proceso de cerca. Sentía que, de alguna manera, su vida había quedado entrelazada a la de ella y, por eso, había querido estar presente durante sus últimos momentos.

El día anterior, Fabio había visitado a su hermano para comunicarle su fracaso. No había encontrado la «lágrima de Cristo», y carecía de nuevas pistas para proseguir con la búsqueda. Todo cuanto sabía era que su última propietaria había sido Marcia Agripina, la viuda cristiana a la que Messalina le había vendido el objeto. Sin embargo, Marcia había muerto y su hija Claudia, tras visitarla, le aseguró que jamás había escuchado a su madre una sola palabra acerca de la reliquia.

Marco se había negado a aceptarlo, por lo que Fabio tuvo que quitarle de la cabeza cualquier atisbo de esperanza. Si aguardaban un milagro divino, este no se produciría por mediación de la «lágrima de Cristo». Al menos, su sobrina Lucila había experimentado una ligera mejoría en los últimos días, si bien los médicos no lo habían interpretado de forma positiva, sino todo lo contrario: un signo característico de la inminencia de su muerte.

Por otra parte, Fabio parecía haber encauzado uno de sus problemas más importantes e inmediatos: el de su futuro profesional. Sus colegas estoicos, siempre bien conectados, le habían abierto la puerta para que pudiese orientar su carrera hacia el ámbito de la docencia. Como maestro de retórica, formando a jóvenes de clase alta en el arte de la oratoria y la argumentación, ya tenía un puesto asegurado. Y también contaba con ofertas para trabajar como tutor privado de varias familias nobles, enseñando a sus hijos en casa.

La mente de Fabio regresó al momento presente y centró en Livia toda su atención. La joven aguardaba atada al poste con una calma sobrehumana, sus ojos fijos en el horizonte, como si ya hubiese trascendido a su propio dolor. En la serena disposición de la

muchacha ante su muerte, veía el eco de las enseñanzas estoicas que tanto apreciaba en su propia vida. Livia no estaba huyendo de su destino, ni se lamentaba por el sufrimiento que se cernía sobre ella. Al contrario, lo afrontaba con una paz incomprensible para la mayoría. Fabio veía en ella una valentía admirable, no muy distinta a la que predicaban los grandes filósofos de su escuela.

El estruendo de la multitud creció cuando los *venatores* abrieron las puertas de las jaulas. Los leones, enormes y majestuosos, avanzaron lentamente hacia la arena, sus músculos tensos y sus colmillos afilados. Un murmullo de anticipación recorrió las gradas mientras los espectadores se inclinaban hacia adelante, ansiosos por presenciar el desenlace. Los dos cristianos, el joven y el viejo, intercambiaron una mirada de resignación, evitando coger las armas que los *venatores* habían dejado en el suelo. Los cristianos luchaban por su fe, no por salvar sus vidas.

El primero de los leones se abalanzó sobre el anciano. No hubo gritos, solo un espasmo breve y el crujido seco de huesos al romperse bajo la fuerza descomunal de las mandíbulas de la bestia. El anciano fue derribado sin apenas oponer resistencia; su frágil cuerpo constituía una presa fácil. Un segundo león atacó al joven, arrojándose con furia, y aunque el muchacho intentó mantenerse firme, fue rápidamente superado.

Livia, atada al poste en el centro de la tarima, mantenía los ojos cerrados. Podía escuchar los vítores del público, pero su mente estaba en otro lugar. Pese a que la sangre de sus hermanos en la fe teñía la arena a su alrededor, ella permanecía inmóvil, como una estatua en medio del caos. También se dio cuenta de que la cuerda que la maniataba, entre el sudor que empapaba su piel y los movimientos involuntarios, comenzaba a ceder.

Los leones, una vez que acabaron con los cuerpos del anciano y el joven, empezaron a deambular alrededor de la muchacha. Daban vueltas y olfateaban el aire, sin atacarla. Quizás ya estuviesen saciados, quizás simplemente la ignoraban… La multitud comenzaba a inquietarse ante la falta de acción. Los *venatores* los azuzaron sin

el menor resultado. Los leones se limitaban a pasear cerca de Livia, como si la muchacha no representara amenaza alguna, como si, de algún modo, su presencia les fuese indiferente.

Las cuerdas finalmente cedieron lo suficiente para que Livia pudiese liberar sus manos. Se soltó y, en lugar de huir, se arrodilló en el centro de la tarima y comenzó a rezar con los ojos alzados al cielo. Sus labios murmuraban palabras inaudibles para los demás, pero su rostro irradiaba una paz conmovedora que provocó un efecto inquietante entre la multitud. Algunos espectadores, que hasta entonces habían vitoreado con entusiasmo, se quedaron en silencio, impresionados por la templanza de la muchacha. Aquella escena no era lo que esperaban. No había desesperación, no había lucha. Solo una fe inquebrantable. Como si los gritos de la multitud, las fieras y la violencia de la arena no pudieran tocarla. Su calma era palpable, y la imagen de una joven arrodillada en oración en medio de la muerte y la destrucción, con los leones a su alrededor, se grabaría para siempre en la retina de muchos de los presentes.

Finalmente, tras recibir la autorización correspondiente, uno de los *venatores*, armado con un gladio corto, avanzó lentamente hacia la muchacha, que continuaba arrodillada con la cabeza inclinada en oración. Livia no alzó la vista; no mostró temor, ni rencor. La daga del *venator* brilló un instante bajo la luz del sol, antes de que su filo se deslizase por la garganta con un corte rápido y certero. Un último aliento escapó de sus labios mientras su cuerpo se desplomaba lentamente sobre la arena.

Durante algunos instantes, la multitud guardó un silencio sepulcral. La sangre de los mártires constituía la semilla de los nuevos cristianos.

28

Marsonia (provincia romana de Dalmacia)

El ocaso sorprendió a Glaukias lamentando aún la muerte de Dardanus, el último miembro de su familia en perder la vida a manos de la iracunda horda de campesinos.

El chico reaccionó al fin y se deslizó al interior del bosque más cercano, pues carecía incluso de un techo bajo el que cobijarse después de que su casa hubiese sido pasto de las llamas. Estaba muerto de miedo y, teniendo en cuenta el horror que había vivido solo unas horas antes, sus pensamientos giraban como un torbellino descontrolado. Tanto sus padres, Batarius y Epulonia, como sus hermanos, Dardanus y Daesina, habían sido asesinados. Y lo mismo había pasado con sus tíos, Horacio y Ardala, y con su prima Verina. Una multitud enloquecida había acabado de repente con todo lo que conocía.

Y todo por ser seguidores de Cristo.

Glaukias se acurrucó entre las raíces de un árbol, al amparo de las sombras crepusculares que se cernían sobre el boscaje. Aunque le incomodaba la espalda y el viento le azotaba la piel, le sobrevino igualmente el cansancio. Poco a poco, sus párpados se cerraron y el mundo se fundió en la oscuridad.

No supo cuánto tiempo llevaba dormido, cuando el frío lo sacó de un sueño inquieto y ligero. Temblaba tanto que los dientes le castañeteaban. La noche era densa y gélida, y cada ruido del bosque lo hacía sobresaltarse. Un nudo de angustia se le había formado en el estómago. Estaba solo y asustado.

Entonces se acordó de Segovesus y por primera vez sintió una chispa de esperanza. En el viejo escriba podía confiar, estaba seguro de que lo ayudaría sin dudarlo. Decidido, aunque con un temor latente que también lo paralizaba, se levantó y se dirigió hacia el pueblo. El camino le pareció interminable. Cada rama que crujía bajo

sus pies lo hacía detenerse en seco, mirando alrededor como si alguien pudiese surgir de la nada. El aire frío penetraba en sus huesos, pero el pavor le daba más escalofríos que el propio viento helado.

Cuando llegó a las inmediaciones del pueblo, la luna apenas iluminaba las calles de Marsonia. Glaukias se movía con sigilo, tratando de mantenerse pegado a los soportales de las casas. Aunque no se atisbaba un alma, sentía cientos de ojos clavados en él. Cada vez que escuchaba el lejano ladrido de un perro o la sacudida de una puerta mal cerrada, su corazón daba un vuelco y aceleraba el ritmo de sus pasos… Luego se controlaba; sabía que correr llamaría la atención, y lo último que quería era que le descubrieran.

Cuando llegó a la casa del escriba, llamó suavemente a la puerta para no hacer demasiado ruido. No obtuvo respuesta, por lo que al poco insistió con más fuerza. Por fin, transcurridos unos minutos que se le hicieron eternos, en los que no dejó de mirar a todos lados, la puerta se abrió con cautela. Segovesus apareció bajo el umbral, sin poder ocultar una expresión de sorpresa y alivio tan pronto como reconoció a Glaukias en la oscuridad de la noche. El viejo escriba estaba al corriente de la revuelta acontecida y se había temido lo peor.

—Pasa, vamos. No te quedes ahí.

En cuanto entró, Glaukias rompió a llorar desconsoladamente.

—He sido el único que… que ha sobrevivido —logró articular entre sollozos—. Mi familia… Ya no queda nadie.

Segovesus lo abrazó con fuerza, sintiendo el frío que envolvía al joven y el temblor que recorría todo su cuerpo. Inmediatamente, reavivó los rescoldos del hogar y colocó una silla frente al fuego.

—Siéntate, Glaukias.

A continuación, le echó una manta sobre los hombros y comenzó a preparar un caldo caliente. Segovesus guardó un respetuoso silencio, consciente de que Glaukias no estaba en condiciones de hablar en ese momento. Cuando se lo sirvió, el joven rodeó el

cuenco humeante con las manos y sintió que la sopa le reconfortaba por dentro. Mientras tanto, el anciano dispuso un lecho improvisado en una esquina de la estancia.

Tras beberse el caldo, Glaukias se echó en la cama sin que Segovesus tuviese que decirle nada. Se sentía exhausto y los ojos se le cerraban. Cayó rendido al sueño en apenas un instante.

Segovesus ocultó a Glaukias en su casa, aunque enseguida comprobó que no hacía falta guardar el secreto. La locura transitoria que se había apoderado de parte de los habitantes de Marsonia no tardó en disiparse, tan pronto como se calmaron los ánimos y vieron satisfecha su venganza. De los cristianos que se libraron de la masacre, la mayoría se marchó a toda prisa del pueblo. Tan solo se quedaron un puñado de ellos, que siguieron viviendo con miedo, sobre todo después de saberse que las autoridades locales no tomarían medidas contra los exaltados que habían protagonizado el suceso.

Durante la primera semana, Glaukias apenas pronunció palabra. Se pasaba la mayor parte del día en un rincón de la casa, con la mirada perdida en el infinito, sin hacer otra cosa que llorar debido al trágico evento. Apenas comía porque no sentía hambre. Y ni siquiera le apetecía leer, pese a tener a su disposición la envidiable colección de manuscritos que poseía Segovesus.

Si el escriba le pedía que lo acompañase al mercado o, sencillamente, a dar un paseo, Glaukias se negaba. Pese a que el peligro había pasado, al chico le aterrorizaba salir a la calle. Y Segovesus tampoco insistía, consciente del trauma que aquel episodio le había supuesto.

Así hasta que, un día, Glaukias salió de repente de su estado depresivo, convencido de tener una misión que cumplir.

—Segovesus, creo que formo parte de los planes de Dios.

El viejo escriba lo miró con suspicacia, pero no lo contradijo.

—Me lo dijo mi hermano antes de morir. Y creo que tenía razón.

—¿A qué te refieres exactamente?

—Debo recoger por escrito lo que ha ocurrido aquí, en Marsonia: la matanza de cristianos inocentes. ¿Me ayudarás?

—Sí, pero…

—Debo reflejar los hechos acontecidos con la mayor precisión posible. Contar cómo tuvieron lugar y por qué. Y, sobre todo, listar los nombres de los cristianos ajusticiados. Te necesito. Tú posees toda la información. Y, lo que ignores, puedes averiguarlo. Deberíamos recoger los testimonios de quienes presenciaron el suceso.

De pronto, Segovesus se sintió algo abrumado debido al repentino cambio de actitud protagonizado por Glaukias.

—Te ayudaré, por supuesto…

—Y, cuando lo tenga preparado, yo mismo le entregaré los pergaminos al obispo de Roma.

—¿Quieres viajar a Roma? No hace falta. Puedes enviar los pergaminos con un mensajero.

—No, esto es algo que tengo que hacer en persona. Debo asegurarme de que la Iglesia cristiana conozca los nombres de sus mártires. En eso consiste mi misión.

El viejo escriba frunció el ceño en señal de disconformidad.

—Solo tienes trece años. No puedes hacer un viaje tan largo por tu cuenta. ¿Acaso eres consciente de los peligros a los que te expondrías?

Glaukias se encogió de hombros.

—Dios me protegerá —repuso convencido.

Segovesus suspiró, dándose cuenta de que no lograría disuadirlo.

—Está bien —concedió—. Haremos el viaje juntos.

Glaukias esbozó una elocuente sonrisa y abrazó al anciano con el corazón lleno de gratitud.

***

Al cabo de un mes, emprendieron la travesía que los llevaría hasta la capital del Imperio.

Optaron por la vía marítima para acortar el trayecto y evitar los riesgos inherentes a un largo desplazamiento por tierra. En el puerto, encontraron pasajes para un navío de carga que partía hacia la península itálica transportando ánforas de vino y aceite. El agua chocaba con suavidad contra el casco del barco, que navegaba lentamente sobre un mar en calma y bajo un cielo caprichoso en constante cambio de tonalidades. Los días a bordo transcurrieron sin incidentes.

En el plazo previsto, arribaron a la costa cercana a Brindisi, excelentemente conectada con la Vía Apia.

Glaukias y Segovesus se unieron a una caravana de mercaderes para gozar de su protección. El bullicio del puerto fue rápidamente reemplazado por el monótono traqueteo de los carros y el murmullo de los viajeros. Aunque los caminos pavimentados facilitaban el avance de la caravana, las largas jornadas se hacían sentir en los cuerpos de los viajeros. El sol resultaba abrasador cuando se hallaba en su cenit.

Por las noches, la caravana se detenía en pequeños campamentos improvisados en los márgenes de la calzada. Los mercaderes encendían fogatas, compartían historias y cerraban toda suerte de negocios. Glaukias vigilaba sus pergaminos con mayor celo que las provisiones que portaba consigo.

Finalmente, tras varios días de marcha, las imponentes murallas de Roma asomaron en el horizonte. Glaukias se detuvo un momento, observando el espectáculo con asombro y respeto. La grandeza de la ciudad lo hizo sentirse insignificante pero, al mismo tiempo, más consciente de la importancia de su misión.

Segovesus y Glaukias se hospedaron aquella noche en una posada modesta y al día siguiente iniciaron la búsqueda del obispo.

Por desgracia, el edicto de Decio continuaba en vigor, lo que dificultaba enormemente la tarea. Entre los seguidores de Cristo seguía cundiendo mucho miedo, sobre todo entre sus líderes, que

solían permanecer escondidos o en constante movimiento para evitar el acoso de las autoridades. Además, los ritos de culto se llevaban a cabo en la clandestinidad, bien en casas privadas, cuyas ubicaciones rara vez se compartían con extraños, bien en la oscuridad de las catacumbas. Por todo ello, que dos desconocidos —uno de los cuales ni siquiera era cristiano, y el otro poco más que un niño— preguntasen por el obispo, suscitaba recelos más que fundados.

Pese al escaso éxito inicial, Glaukias no estaba dispuesto a rendirse tan fácilmente. Al día siguiente, se desplazaron a un barrio tradicionalmente cristiano y retomaron las pesquisas. Esta vez, al chico se le ocurrió una idea que podía marcar la diferencia: comenzó a usar el nombre de sus tíos —Ardala y Horacio—; tal vez hubiera algún cristiano que los conociera.

La estrategia dio resultado y finalmente lograron que los atendiese alguien con cierta influencia dentro de la Iglesia. Glaukias y Segovesus fueron citados en el mercado de Trajano, uno de los lugares más grandes y concurridos de Roma. Allí podían encontrarse todo tipo de productos, desde artículos de lujo hasta alimentos básicos. Debían aguardar bajo el pórtico de las especias, donde el aire siempre estaba impregnado con el fuerte aroma a canela, pimienta y demás hierbas traídas de los rincones más distantes del planeta.

A pesar del bullicio, el rincón elegido tenía un aire discreto. Y tampoco tuvieron que esperar mucho tiempo. De pronto, se plantó ante ellos un hombre de constitución recia y expresión severa, que les dedicó una mirada gélida. Se trataba de Valerio, que estaba allí para evaluar las verdaderas intenciones de aquellos dos visitantes venidos de tan lejos.

—¿Vosotros dos sois los que estáis preguntando por el obispo?

—Sí —respondió Glaukias—. Hemos venido a Roma con un importante propósito.

—He oído decir que habéis viajado desde Dalmacia y traéis noticias sobre mártires.

—Sí, una muchedumbre de campesinos paganos asesinó a toda mi familia. Y también a otros cristianos del pueblo. —La voz de Glaukias se quebró ligeramente y algunas lágrimas se agolparon en sus ojos—. Lo traigo todo por escrito, pero solo le entregaré los pergaminos al obispo en persona.

El chico hablaba con sinceridad, a Valerio no le cupo duda alguna de ello.

—Hace semanas que la Iglesia carece de obispo, pero puedo llevarte ante uno de sus representantes de mayor autoridad.

Glaukias buscó a Segovesus con la mirada para conocer su parecer. Este se encogió de hombros y después asintió con la cabeza.

—De acuerdo.

—Él no puede venir —puntualizó Valerio señalando al escriba—. Tengo entendido que no es seguidor de Cristo.

—No, pero he acompañado a este joven porque creo en lo que tiene que decir —terció Segovesus—. Aunque no comparta vuestra fe, respeto vuestro dolor y vuestra causa.

Valerio lo miró con detenimiento antes de volver la vista a Glaukias.

—Lo entiendo. Pero insisto, solo tú podrás venir conmigo.

El chico no quería separarse de Segovesus. Por desgracia, estaba seguro de que aquel extraño individuo no cambiaría de opinión.

—Espérame en la posada —le pidió al escriba.

—¿Estás seguro?

—Para esto he venido aquí.

Valerio echó a caminar sin perder un segundo y Glaukias lo siguió tras despedirse de Segovesus. Al cabo de un rato, el bullicio del foro y las grandes avenidas se transformaron en calles estrechas y menos transitadas, y los edificios de mármol y piedra dieron paso a construcciones mucho más modestas. El *fossor* guardaba silencio y Glaukias evitó hacer preguntas.

Por fin, Valerio se detuvo frente a una casa privada de aspecto anodino. No había ningún signo que delatara la importancia del

lugar, ni nada que atrajese las miradas curiosas.

—Ya hemos llegado.

Valerio tocó a la puerta, pero no de una forma cualquiera. Glaukias se dio cuenta de que empleaba una secuencia en particular. Sin duda, un código mediante el cual identificarse.

La puerta se entreabrió lo justo para permitirles pasar y volvió a cerrarse de inmediato. Los recibió un diácono que los condujo hacia una sala interior, tenuemente iluminada por lámparas de aceite. Al fondo, sentado a una sencilla mesa, se encontraba Cornelio, que repasaba varios documentos con gesto de concentración.

Valerio lo saludó y tomó la palabra.

—Este es el chico que dice venir de Dalmacia. Trae algo para usted.

Cornelio frunció el ceño. Hasta Roma habían llegado rumores acerca de una matanza de cristianos en aquella provincia. Sin embargo, las informaciones no eran claras y carecían de detalles concretos.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —preguntó el presbítero.

—Glaukias.

—Bien, Glaukias. ¿Qué traes?

Con manos temblorosas pero decidido, Glaukias le tendió el pergamino enrollado que llevaba bajo la túnica. Cornelio lo tomó y comenzó a leerlo de inmediato. Una expresión de tristeza y gravedad se apoderó de su semblante ya desde los primeros compases.

—Es peor de lo que me había imaginado… —murmuró al final.

Tanto Valerio como el diácono lo miraron intrigados. Cornelio alzó la vista y les resumió el contenido del escrito.

—El documento detalla con precisión la matanza de numerosos cristianos en Marsonia. Cómo familias enteras fueron asesinadas por su fe, los nombres de los mártires y el terrible sufrimiento del que Glaukias fue testigo directo.

—Entonces, ¿los rumores son ciertos? —inquirió el diácono.

—Del todo. Tenemos que hacer copias del escrito de Glaukias y distribuirlas por las iglesias de todo el Imperio. Este infame episodio

no puede olvidarse. Los nombres de estos mártires se leerán en los actos de culto y su memoria será preservada.

Cornelio se levantó, rodeó la mesa y se situó delante del chico.

—Lo que has hecho tiene un gran valor. La Iglesia te agradece tu valentía.

—Gracias, señor.

—Y dime, ¿cómo has llegado hasta Roma?

—He venido con Segovesus, un escriba retirado. No es cristiano, pero siempre se portó bien con mi familia. Él me enseñó a leer y escribir.

—Ya veo… ¿Y qué piensas hacer ahora? No creo que debas volver a Marsonia, no parece lo más conveniente para ti.

En realidad, Glaukias aún no se había parado a pensarlo… Pero Cornelio tenía razón. Lo último que deseaba era vivir en el lugar donde sus vecinos habían masacrado a su familia.

—No lo sé, señor.

—¿Qué te ha parecido Roma? ¿Te gustaría quedarte aquí para formar parte de su iglesia? La comunidad cristiana se convertirá en tu nueva familia. Aquí podrías ayudar mucho. La Iglesia necesita manos capaces, mentes jóvenes que puedan copiar escritos, llevar mensajes, aprender… Hay un lugar para ti si decides quedarte con nosotros.

Aunque Glaukias se sintió inmediatamente atraído por la idea, optó por contestar con cautela.

—Antes debería hablar con Segovesus…

—Hazlo, nosotros te estaremos esperando.

EPÍLOGO

El denso ambiente de las catacumbas estaba cargado de una mezcla de tristeza y reverencia. A la luz titilante de las lámparas de aceite, las sombras de los presentes se proyectaban largas y funestas sobre las paredes de piedra, creando un entorno de recogimiento solemne. Los susurros de las plegarias, apenas audibles, reverberaban en los túneles cercanos dando a lugar a una atmósfera casi sacra.

Livia yacía en su nicho, un lóculo excavado en la pared, sellado parcialmente por la mortaja de tela blanca que envolvía su cuerpo. El mármol frío y crudo de su sepulcro destacaba en la penumbra, y su presencia irradiaba una calma profunda, como si, en su muerte, hubiera alcanzado finalmente la paz que tanto anhelaba.

Frente al cuerpo, el presbítero Cornelio, con el rostro serio, se disponía a oficiar la ceremonia. Sus palabras, llenas de consuelo y esperanza, resonaban suavemente en la pequeña cámara funeraria, envolviendo a los presentes en un aura de comunidad y fe compartida. Novaciano, a su lado, permanecía en un respetuoso silencio, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada baja, como si la solemnidad del momento le impidiese articular palabra alguna.

Entre los fieles, Lucrecia y Félix encabezaban el grupo de dolientes. Los ojos de ella reflejaban un dolor insondable. Pese a recibir la muerte de su hija como un sacrificio santo, sentía que le habían arrebatado una parte de su alma. Sus manos temblorosas apretaban la pulsera de Livia, y sus labios se movían lentamente al compás de las oraciones que Cornelio recitaba. Félix permanecía al lado de su madre, con los ojos clavados en el suelo de piedra, conteniendo el llanto a duras penas.

Los murmullos de las oraciones de los fieles se alzaban en el aire. Algunos lloraban en silencio, otros mantenían los ojos cerrados, en profunda oración. Todos compartían la pérdida de Livia, pero

también la convicción de que su sacrificio no sería en vano. El dolor por su partida terrenal se entrelazaba con la certeza de que ahora estaba junto a Dios, en la vida eterna que tanto había ansiado.

Cornelio levantó la mirada hacia la pequeña congregación, haciendo una pausa en sus palabras. Sus ojos, llenos de compasión y serenidad, recorrieron los rostros de los fieles allí reunidos.

—Hermanos —dijo con voz suave pero firme—, estamos aquí hoy no solo para despedir a Livia, sino para honrar su sacrificio. Su fe, tan inquebrantable, ha sido más fuerte que cualquier sufrimiento que este mundo haya podido infligirle.

Hizo una breve pausa, permitiendo que sus palabras calaran en los presentes.

—Livia no ha muerto en vano —continuó—. A través de su martirio, su espíritu vivirá en nuestros corazones y en los corazones de todos los cristianos. Su sacrificio es un faro de luz en estos tiempos tan oscuros. Y, aunque ella ya no se encuentre entre nosotros, su ejemplo de fe y valor permanecerá para siempre.

De repente, las pisadas de alguien aproximándose alertó a la congregación. De entre las sombras que se proyectaban en la entrada de la cámara funeraria, apareció un visitante inesperado. Era Fabio, que había acudido a rendir sus respetos pese a no ser cristiano. Todos sabían de su sacrificio personal: había renunciado a su prestigioso cargo de magistrado antes que condenar a Livia a muerte. Aquella decisión le había costado su posición en la administración romana, pero le había ganado el respeto de los presentes.

A su lado caminaba Valerio, el *fossor*, que lo había guiado por el oscuro laberinto de túneles que componían las catacumbas. El silencio se hizo más profundo cuando Fabio avanzó hacia el nicho donde yacía Livia, su semblante grave y respetuoso. Los fieles, con un ligero gesto de reconocimiento, le hicieron espacio. Aunque él no compartiese su fe, habían permitido su presencia. Sabían que, en su propia forma de actuar, había mostrado una bondad y un respeto que transcendían las creencias religiosas.

Cuando Cornelio concluyó su sermón, Lucrecia se dirigió hacia Valerio y le entregó la pulsera de su hija, el modesto regalo que había recibido del leproso por sus cuidados.

—Esto perteneció a Livia… —afirmó—. Tenía un significado muy especial para ella.

Valerio entendió el mensaje a la perfección y, con su discreción habitual, tomó el objeto para cumplir con el deseo de Lucrecia. Se acercó al nicho de Livia, donde la argamasa que sellaba la tumba aún estaba fresca, y, con movimientos delicados, fijó la pulsera en la superficie del sepulcro. Al terminar, retrocedió en silencio, permitiendo que los presentes observaran cómo la tumba, ahora con la pulsera en su lugar, estaba completa.

A continuación, los asistentes comenzaron a marcharse, momento que Fabio aprovechó para preguntarle a Valerio acerca de aquella curiosa costumbre.

—¿Es habitual sellar la sepultura con objetos personales?

—Bastante. Muchas tumbas carecen de inscripción, de modo que se usan para reconocer el nicho de un ser querido. Otras veces prevalece el simple fin decorativo o, como en este caso, el valor sentimental.

Algo en aquellas palabras despertó una chispa en la mente de Fabio; un eco lejano que resonaba con fuerza. Y, de repente, todo cobró sentido.

—Valerio, ¿conocías a una viuda cristiana llamada Marcia Agripina? Disponía de una fortuna considerable, y tengo entendido que realizó importantes donaciones a la Iglesia.

—Sí, por supuesto. Murió hace muy poco.

—Exacto, y me consta que está enterrada en las catacumbas, aunque no sé si en estas.

—Está aquí; yo mismo preparé su sepultura.

A Fabio le dio un vuelco el corazón.

—¿Podrías llevarme hasta su tumba? —Y, ante la mirada de extrañeza que percibió, añadió—: Yo la conocía, por eso me gustaría presentarle mis respetos.

Valerio se encogió de hombros y no tuvo inconveniente en complacer la petición de Fabio. El lugar, de hecho, se hallaba tan solo a dos galerías de distancia.

La sepultura de Marcia Agripina, a diferencia de las modestas tumbas que la rodeaban, era de mayor calidad. El nicho estaba enmarcado por un elegante trabajo en mármol, tallado en formas geométricas y con discretos motivos cristianos que reflejaban la considerable fortuna de la mujer que allí reposaba. En la parte superior de la lápida se leía una inscripción en latín escrita con pulcritud: «*Marcia Agripina, fiel servidora de la Iglesia, madre piadosa y benefactora de su comunidad*».

Pero lo que realmente capturó la atención de Fabio fue lo que adornaba la parte central de la tumba: una horquilla de metal antiguo, fijada cuidadosamente en la argamasa que sellaba el sepulcro. A falta de un examen más preciso, Fabio estaba seguro de haber hallado la «lágrima de Cristo».

Tenía todo el sentido del mundo. Cuando Marcia adquirió la reliquia, ya sabía que le quedaba muy poco tiempo de vida, y por eso nunca se le dijo a nadie, ni a su familia, ni tampoco al obispo. Desde el principio, su intención fue llevársela consigo a la tumba, no como un mero objeto de valor, sino como un símbolo de su fe inquebrantable. Para Marcia, la reliquia representaba mucho más que una simple conexión con el pasado de Cristo: era su forma de asegurarse la cercanía con el Salvador en la vida ultraterrena, de garantizar su lugar junto a Él en el reino de los cielos. Su salvoconducto hacia la gloria eterna.

—Valerio, ¿podrías dejarme unos minutos a solas? —pidió Fabio, sin apartar la vista de la tumba—. Quiero despedirme de Marcia en privado. Fuimos amigos cercanos.

Aunque al *fossor* le sorprendió la petición, tampoco vio motivo alguno para negarse.

—De acuerdo. Lo esperaré al final de la galería.

Valerio se alejó distraído, sumido en sus propios pensamientos. Había atribuido la muerte de Elio a un desgraciado accidente, y

nadie había cuestionado su versión de los hechos. ¿Por qué nadie iba a hacerlo? El *fossor* había actuado con la contundencia que una situación tan grave requería. En este caso, hacer pagar al espía el terrible daño infligido a la comunidad cristiana, e incluso a él mismo en la esfera de lo personal. Además, estaba seguro de que Dios, en su infinita misericordia, lo perdonaría. Valerio lo había hecho por la Iglesia, a la que había consagrado su vida desde que perdiese a su familia.

Durante las últimas noches, sin embargo, a Valerio lo asaltaban espantosas pesadillas que no le dejaban dormir. Se despertaba entre sudores con la imagen de Elio siendo engullido por el abismo, y su mirada de incomprensión cuando caía. En la mente del *fossor* comenzaba a germinar una espeluznante duda: ¿y si Elio decía la verdad y él se había equivocado?

Mientras tanto, Fabio se ponía manos a la obra, invadido por una mezcla de culpa y urgencia. A pesar de que sabía que estaba a punto de cruzar una línea casi sagrada, su deber hacia su sobrina le pesaba en aquel momento más que cualquier código ético.

Sacó una moneda de bronce que llevaba en el cinto, la colocó con cuidado en los bordes de la argamasa y comenzó a raspar con precisión. La moneda, aunque pequeña, era lo suficientemente fina y resistente como para deslizarse entre los pequeños huecos, aflojando la mezcla endurecida que sujetaba la horquilla. Con movimientos constantes, el material comenzó a ceder, desprendiendo pequeños fragmentos que caían al suelo.

Cada vez que oía un leve crujido, Fabio se detenía, echando un vistazo hacia el extremo del pasaje para asegurarse de que Valerio no lo veía. El sudor le corría por la frente mientras sus manos trabajaban deprisa hasta que, al cabo de unos minutos, la horquilla se desprendió definitivamente y la guardó en el interior de su túnica. Luego echó una última ojeada a la tumba de Marcia y se reunió de nuevo con Valerio.

Poco después, estaba de vuelta en la superficie sin que nadie hubiese advertido lo que había hecho.

Fabio se dirigió apresuradamente hacia la casa de su hermano Marco, con la «lágrima de Cristo» oculta bajo su túnica. Lo acompañaba una sensación de satisfacción agridulce. Él no creía en los milagros ni en la fe que su hermano profesaba; sin embargo, había prometido encontrar la reliquia y había cumplido con su palabra. Así pues, incluso sabiendo que no serviría de nada, el esfuerzo había merecido la pena, aunque solo fuera por la mezcla de consuelo y esperanza que esperaba proporcionarle.

Cuando llamó a la puerta, el silencio fue la única respuesta durante lo que se le hizo un interminable lapso de tiempo. Finalmente, el sonido de pasos apresurados se oyó en el interior, y Marco apareció en el umbral, con los ojos hinchados y el rostro empapado en lágrimas. Fabio sintió un nudo en el estómago.

—Hermano… —comenzó Marco, con la voz quebrada, y antes de que pudiera decir nada más, se lanzó sobre Fabio y lo abrazó con fuerza, sollozando sin control.

Fabio lo sostuvo, petrificado. Su hermano se aferraba a él como si el mundo entero se desmoronase. Detrás de Marco, Fabio vio a Servilia, cubriéndose la boca mientras lloraba en silencio.

—Lo siento, Marco… —susurró Fabio, con la garganta seca.

Marco lo soltó y, limpiándose las lágrimas, lo miró con una expresión extraña, como si las palabras de Fabio no tuviesen sentido.

—No… Fabio, no… —respondió Marco, con una mezcla de incredulidad y emoción. Las lágrimas seguían cayendo, pero había algo más en sus ojos, un brillo de alegría inconmensurable—. ¡Es Lucila…! ¡Se ha recuperado!

Entonces, desde el interior de la casa, una figura pequeña y llena de vida corrió hacia la puerta.

—¡Tío Fabio! —gritó Lucila con una sonrisa resplandeciente en el rostro.

La niña se lanzó a su regazo y lo abrazó con fuerza. Su piel, antes pálida y enfermiza, estaba ahora llena de color. La fiebre había desaparecido y tampoco quedaba ni rastro de la tos.

—Dios ha escuchado nuestras plegarias y ha obrado el milagro —señaló Marco radiante de felicidad.

Fabio discrepaba, pero prefirió no manifestarlo. Lucila había sido víctima de la «enfermedad de los pantanos», de la que, si bien muchos morían, también los había que la superaban. La respuesta era mucho más sencilla. El organismo de Lucila, pese a tratarse de una niña, había logrado neutralizar el mal siguiendo el curso de la naturaleza. ¿Por qué atribuir entonces a una fuerza superior lo que podía explicarse mediante causas naturales?

Mientras observaba a Lucila correr por la casa, llena de vida, Fabio sintió el peso de la reliquia en su bolsillo. Marco ya no la necesitaba, así que ni siquiera mencionó su existencia. Luego consideró la posibilidad de entregársela a la Iglesia, aunque aquella idea tampoco lo convencía. Si las autoridades eclesiásticas hacían creer a los fieles que la «lágrima de Cristo» tenía la capacidad de realizar supuestos milagros, serviría para alimentar una devoción supersticiosa completamente opuesta a la racionalidad que Fabio defendía. Además, podría desviar la atención de los cristianos de lo verdaderamente importante: vivir de acuerdo a los principios morales y espirituales, en lugar de poner su fe en un simple objeto.

Por todo ello, finalmente decidió devolverla al lugar de donde la había sacado. Allí, en el sepulcro de la viuda, la horquilla podría descansar en silencio, oculta de la vista del mundo y olvidada… Una pieza sin importancia para aquellos que paseasen por las catacumbas. Fabio sabía que aquello era lo correcto: dejar que la reliquia volviese a su lugar, a una tumba, donde su historia quedaría para siempre sepultada entre las brumas del tiempo…

NOTA DEL AUTOR

Tras la muerte de Decio en el 251, durante una batalla contra los godos, la persecución contra los cristianos terminó abruptamente. Treboniano Galo, su sucesor, no renovó el edicto, lo que permitió a los cristianos salir nuevamente de la clandestinidad. Nada pudo evitar, sin embargo, que la Iglesia quedase marcada por las divisiones internas entre los que apostataron y los que se mantuvieron fieles pese a la presión de las autoridades.

El obispado de Roma permaneció vacante durante dieciocho meses, hasta que fue ocupado por Cornelio. Este defendía una postura más conciliadora en relación a los "caídos" —tanto los que habían sacrificado como los que habían comprado *libelos* falsos para evitar el martirio—, apoyado por una mayoría de presbíteros y por Cipriano, obispo de Cartago. Según su punto de vista, aquellos que habían apostatado podían ser readmitidos en la Iglesia una vez que llevaran a cabo la penitencia correspondiente.

Sin embargo, esta visión no fue aceptada por todos. Novaciano adoptó una posición mucho más rigurosa y se opuso firmemente a la decisión de Cornelio, argumentando que ni siquiera la Iglesia podía perdonar un pecado tan grave como el de apostasía. En consecuencia, los cristianos que hubiesen renegado de su fe no debían regresar al seno de la comunidad bajo ninguna circunstancia.

Este conflicto teológico provocó una escisión dentro de la Iglesia. Novaciano fue consagrado máximo pontífice por un pequeño grupo de obispos que apoyaban su postura, lo que dio lugar a un cisma. A partir de entonces, se formó una comunidad cristiana separada que siguió las enseñanzas de Novaciano, conocida como el novacianismo. Este movimiento no solo se limitó a Roma, sino que se extendió por diversas regiones del Imperio.

Cornelio, en todo caso, fue ampliamente apoyado por la mayoría de las comunidades cristianas, especialmente de África y Oriente. Durante su episcopado, convocó un sínodo que reafirmó su

autoridad y excomulgó a Novaciano. Sin embargo, el novacianismo perduró durante varios siglos, continuando su existencia como una corriente separada dentro del cristianismo, con una estructura paralela de obispos y comunidades. Dicho cisma evidenció la tensión entre la necesidad de mantener la pureza doctrinal y la exigencia de misericordia y perdón dentro de la Iglesia primitiva, dilema que marcaría el desarrollo del cristianismo en los siglos posteriores.

La calma no duró mucho para los cristianos, pues la llegada del emperador Valeriano marcó el inicio de una nueva persecución. En el año 257 promulgó un primer edicto que prohibía las reuniones cristianas y ordenaba el exilio de sus líderes religiosos, como obispos, presbíteros y diáconos. Pero en el 258 la persecución se intensificó drásticamente con un segundo edicto que ordenaba la ejecución de los altos cargos eclesiásticos. También se dirigió contra los senadores, patricios y otros ciudadanos de alto rango que se negaban a sacrificar a los dioses, confiscando sus bienes y ejecutándolos si persistían en su fe. Fue durante esta persecución cuando mártires importantes, como Cipriano de Cartago y el papa Sixto II, fueron asesinados.

La persecución de Valeriano, sin embargo, no duró mucho tiempo. En el 260, el emperador fue capturado por el rey persa Sapor I, y su hijo, Galieno, asumió el poder. Galieno, al contrario que su padre, detuvo la persecución y emitió un edicto de tolerancia hacia los cristianos, lo que permitió la restauración de sus propiedades y el regreso de los líderes exiliados.

A partir de ese momento, el cristianismo disfrutó de un periodo de relativa paz que se extendió cerca de cuarenta años. Durante esta etapa, bajo los reinados de emperadores más tolerantes como Galieno y Aureliano, los cristianos pudieron expandirse y consolidarse dentro del Imperio. Las comunidades crecieron en número, las iglesias se fortalecieron y el cristianismo comenzó a desempeñar un papel más visible en la sociedad. Sin embargo, esta calma llegó a su fin cuando Diocleciano se hizo con el poder,

promoviendo la persecución más feroz que la Iglesia había conocido hasta entonces.

En febrero del 303, Diocleciano emitió el primero de una serie de edictos que prohibían el culto cristiano, ordenaba la destrucción de las iglesias y de las Escrituras, y retiraba los derechos civiles a los fieles, incluidas sus posiciones dentro de la administración imperial y el ejército. A aquellos que no sacrificaran a los dioses romanos se les castigaría con gran severidad.

A lo largo de varios años, miles de cristianos fueron encarcelados, torturados y ejecutados, incluidos obispos y clérigos prominentes. La persecución fue particularmente dura en las provincias orientales, donde Galerio tenía mayor influencia, mientras que, en Occidente, los coemperadores Constancio Cloro y más tarde su hijo Constantino se mostraron mucho más moderados, especialmente en la Galia y Britania.

La persecución, que se prolongó tras la abdicación de Diocleciano en el 305, alcanzó su punto álgido bajo Galerio, quien mantuvo una postura aún más severa hacia los cristianos. Sin embargo, después de años de violencia, Galerio cambió su política y, en el 311, en su lecho de muerte, promulgó un edicto de tolerancia, en el que se reconocía que la persecución no había logrado sus objetivos, permitiendo a los cristianos practicar su fe, siempre y cuando oraran por el bienestar del Imperio.

Con todo, la paz completa no llegaría hasta el año 313, con la promulgación del Edicto de Milán emitido por los emperadores Constantino y Licinio, que garantizaba la libertad religiosa a los cristianos en todo el Imperio. Este edicto no solo restablecía los derechos de los cristianos, sino que también devolvía las propiedades confiscadas a la Iglesia.

Constantino, el primer emperador en declararse cristiano, jugó un papel fundamental en el ascenso del cristianismo. Bajo su protección, la Iglesia experimentó un crecimiento sin precedentes, construyendo grandes basílicas y ganando influencia en la política imperial. A pesar de que Constantino no impuso el cristianismo como

religión oficial, su conversión y su respaldo a la fe cristiana marcaron un decisivo punto de inflexión.

El proceso culminó en el siglo IV, cuando el emperador Teodosio I, mediante el edicto de Tesalónica en el año 380, declaró al cristianismo como la religión oficial del Imperio. A partir de entonces, las demás formas de culto fueron restringidas y el paganismo, progresivamente suprimido. La Iglesia, que durante siglos se había considerado una religión clandestina y perseguida, se convirtió en la institución dominante, consolidando su poder tanto espiritual como temporal en todo el Imperio romano.

La transición del cristianismo de religión proscrita a oficial tuvo una profunda ironía: con el tiempo, la Iglesia que hasta entonces había sido perseguida comenzó a perseguir a otros. A medida que su poder crecía, la Iglesia y las autoridades romanas emprendieron campañas contra los paganos, los judíos y las sectas cristianas heréticas, empleando, en ocasiones, métodos coercitivos similares a los que ella misma había sufrido en el pasado. Esta transformación refleja cómo el poder y el control pueden cambiar la dinámica de cualquier institución, incluso una que se había fundado en la resistencia pacífica.

Las principales fuentes disponibles para conocer los martirios cristianos de los primeros siglos se encuentran en las Actas martiriales (*Acta martyrum*), un conjunto de documentos que recogen tanto los relatos de testigos como los archivos judiciales romanos. Dichos textos han permitido a los estudiosos reconstruir las circunstancias de los juicios y ejecuciones de los mártires, además de mostrar el impacto espiritual y social que aquellos episodios causaron entre los cristianos.

El origen de las Actas martiriales se remonta a las cartas que las primeras comunidades cristianas intercambiaron entre sí para relatar los heroicos martirios de sus miembros. Estas narraciones iniciales, como la carta de la Iglesia de Esmirna que describe el martirio de Policarpo, buscaban instruir y edificar a los creyentes al compartir las

historias de compromiso y valentía de los mártires frente a sus perseguidores. Pronto surgió el deseo de preservar fielmente los detalles de los interrogatorios y condenas de los mártires, lo que dio origen a las actas proconsulares, que se obtenían de los archivos judiciales romanos, conocidos por su rigor y precisión.

Estas actas, breves y esquemáticas, capturaban el diálogo entre el juez y el mártir, y se conservaron y transmitieron fervorosamente entre las comunidades cristianas. Además, se leían en los actos litúrgicos que conmemoraban a los mártires. Así, entre los siglos II y III se conformó un rico corpus de literatura martirial que mezclaba historia y espiritualidad. Con el paso del tiempo, estas actas se agruparon en tres grandes tipos: las auténticas, los relatos de testigos y las leyendas.

Las actas auténticas, como la de Justino y sus compañeros, o las de los mártires escilitanos, se caracterizan por la sobriedad y fidelidad a los hechos, y constituyen un valioso testimonio para la historia del cristianismo. Sin embargo, debido al edicto de Diocleciano que ordenó la destrucción de los libros sagrados, muchas de estas actas se perdieron, quedando disponibles apenas una docena de documentos auténticos.

El segundo grupo, los relatos basados en los recuerdos de testigos presenciales o contemporáneos, aunque incluyen piezas tan importantes como el Martirio de Policarpo o las Actas de los mártires de Lyon, tiene un valor histórico relativo. En ellos se destaca el coraje de los mártires y su impacto en las comunidades cristianas, pero también se reflejan las tensiones doctrinales de la época, como en el caso de las actas de Perpetua y Felicidad, de evidente influencia montanista.

Finalmente, el tercer grupo incluye las leyendas, relatos piadosos compuestos mucho tiempo después del martirio, sin la presencia de testigos directos. Estas historias, adornadas con elementos sobrenaturales, se parecen más a novelas piadosas que a documentos históricos, y aunque contienen hechos sustancialmente

ciertos, están plagadas de fantasía. Existen ejemplos notables, como las leyendas de Santa Inés, San Sebastián o San Lorenzo.

A lo largo del tiempo, el estudio de estas actas ha supuesto un desafío para los historiadores, pero investigaciones críticas, como las realizadas por Hippolyte Delehaye y los bolandistas, han permitido separar los elementos históricos de los legendarios. Hoy, las Actas martiriales son valoradas no solo por su contenido edificante, sino también como una fuente crucial para entender el contexto del cristianismo primitivo y su relación con el Imperio romano.

Los edictos imperiales destinados a reprimir el creciente movimiento cristiano no se han conservado completos. Por tanto, lo que sabemos acerca de ellos proviene principalmente de fuentes indirectas, como las narraciones de historiadores cristianos (por ejemplo, Eusebio de Cesarea en su *Historia eclesiástica*), cartas oficiales, inscripciones, y otros documentos contemporáneos que hacen referencia a ellos.

Por otra parte, en cuanto a los *libelos*, hasta la fecha se han hallado alrededor de cuarenta y seis de ellos, mayormente en Egipto, que nos proporcionan valiosa información sobre la organización y burocracia que generaron las persecuciones.

Ambas fuentes, edictos y *libelos*, constituyen elementos esenciales para comprender el ambiente de hostilidad y resistencia en el que se fraguó el cristianismo primitivo.

Tras el fin de las persecuciones, las catacumbas se transformaron, sobre todo bajo el pontificado de Dámaso I (366-384 d. C.), en auténticos santuarios dedicados a los mártires, atrayendo devotos y peregrinos de todos los rincones del Imperio romano. Continuaron utilizándose como cementerios comunes hasta principios del siglo V, momento en que la Iglesia retomó la práctica de realizar los entierros únicamente en la superficie y en las basílicas erigidas en honor a los mártires más destacados.

Las invasiones de los godos y longobardos entre los siglos VI y VIII causaron serios estragos en las catacumbas, lo que llevó a los papas

a tomar la decisión de trasladar los restos de mártires y santos a las iglesias de la ciudad, para protegerlos de posibles profanaciones. Cuando se completó el traslado de las reliquias, la mayoría de las catacumbas fueron abandonadas y quedaron en el olvido, salvo las de San Sebastián, San Lorenzo y San Pancracio.

Con el paso del tiempo, los desprendimientos y la vegetación bloquearon y ocultaron las entradas de las demás catacumbas, hasta el punto de que su ubicación se perdió por completo. Durante siglos se desconoció dónde se hallaban. Fue en 1593 cuando una parte de ellas fue redescubierta por el arqueólogo maltés Antonio Bosio, el primer explorador moderno de las catacumbas. Bosio consagró treinta y cinco años de su vida al estudio de las catacumbas y redactó una completa historia y topografía de las mismas. Su legado dio lugar a nuevas y productivas monografías.

Entrado el siglo XIX, Juan Bautista de Rossi, padre y fundador de la arqueología cristiana, también se dedicó en cuerpo y alma al estudio de las catacumbas. Su trabajo constituyó un verdadero tesoro para los investigadores que le sucedieron. Su mayor éxito fue el descubrimiento de las catacumbas de Calixto.

Hoy en día, el estudio de las catacumbas ya no guarda secretos, gracias a las contribuciones de dichos personajes clave y al uso de modernos recursos y herramientas.

En la actualidad, el cristianismo sigue siendo la religión con mayor número de fieles en el mundo (2.300 millones de creyentes), con una presencia global que abarca diversas tradiciones y corrientes, desde el catolicismo y la ortodoxia hasta el protestantismo y otras denominaciones.

Sin embargo, su papel en la sociedad varía considerablemente según la región: en algunos países continúa desempeñando un papel dominante en la cultura y la política, mientras que en otros enfrenta desafíos como la secularización, el pluralismo religioso y, en algunos casos, la persecución. En ciertas áreas de Oriente Medio, África y Asia, las comunidades cristianas sufren discriminación e incluso

violencia, recordando los tiempos de las primeras persecuciones. Al mismo tiempo, en Occidente, el cristianismo lidia con la disminución de la práctica religiosa y el auge del ateismo.

Pese a todo, sigue teniendo un profundo legado, influyendo en la ética, la cultura y el pensamiento global de la humanidad en el mundo contemporáneo.

AGRADECIMIENTOS

A mi familia y amigos por su constante apoyo.

A mis lectores "beta": Juanlu, Domingo, Loren y, muy especialmente, a mis colegas escritoras Mayte Esteban y Pilar Muñoz. Los primeros en asomarse al manuscrito y darme a conocer su opinión. También a Mónica, por su fantástica labor de corrección.

Tampoco me quiero olvidar de los apasionados a la literatura, que tanto hacen por la difusión de los libros y la lectura en sus blogs y redes sociales. De un modo u otro, todos contribuyen con su grano de arena.

Y, a ti, estimado lector. Tú haces posible que la historia que yo concebí cobre vida ante tus ojos e imaginación. Gracias de todo corazón por estar al otro lado.

Si te ha gustado, te agradecería mucho que me dejases tu valoración en Amazon. Con ese pequeño gesto otros lectores podrían conocer tu opinión, y quizás a través de ella se animen a conocer mi obra. ¡Gracias!

¿Te has leído toda la Trilogía? ¡Asegúrate de completarla!

TRILOGÍA ORÍGENES DEL CRISTIANISMO



LA VOZ DEL INOCENTE

"Un adictivo thriller histórico-religioso, situado en las décadas inmediatas que siguieron a la muerte de Jesucristo"

LA SOMBRA DEL HEREJE

"Un trepidante thriller histórico-religioso situado en el siglo II d. C., en pleno auge de las primeras herejías"



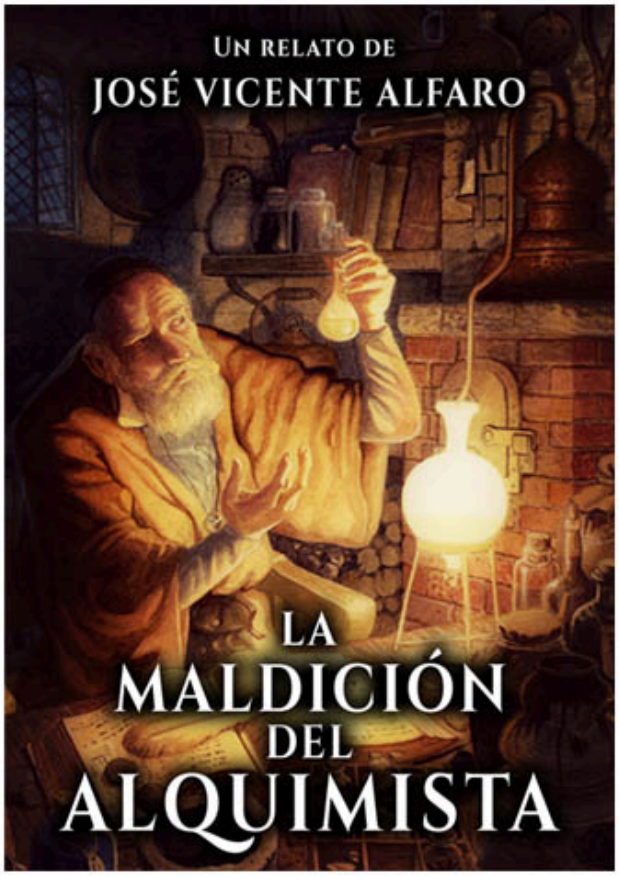


LA RELIQUIA DEL MÁRTIR

"Un apasionante thriller histórico-religioso situado en el siglo III d. C., en el marco de la persecución a los cristianos"

LA VOZ DEL INOCENTE, pulsa aquí
LA SOMBRA DEL HEREJE, pulsa aquí

DESCARGA EBOOK DE REGALO



Por tiempo limitado, hazte con una copia gratis de «La maldición del alquimista», un relato de intriga situado en la Edad Media, acerca del mundo de la alquimia y sus secretos.

amazonkindle

Descargar ebook desde la página del autor:

http://josevicentealfaro.com/

OTRAS OBRAS DEL AUTOR



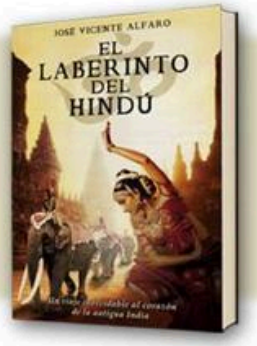
LA CONJURA DEL ORO GUARANÍ

"Una lectura inolvidable acerca de la codicia y el sacrificio, en el controversial marco histórico de la conquista del nuevo Mundo"

LA FRAGILIDAD DEL CRISANTEMO

"Un extraordinario viaje al Japón clásico, repleto de intriga, emociones y personajes inolvidables"





EL LABERINTO DEL HINDÚ

"Adéntrate en la antigua India, en una historia repleta de aventuras e intrigas palaciegas"

LA CONJURA DEL ORO GUARANÍ, pulsa aquí
LA FRAGILIDAD DEL CRISANTEMO, pulsa aquí
EL LABERINTO DEL HINDÚ, pulsa aquí